

Jean-Luc Bannalec

# MUERTE EN LAS ISLAS

UN NUEVO CASO DEL COMISARIO DUPIN



Lectulandia

Es lo último que le apetece a Georges Dupin esa mañana: tener que salir corriendo sin haber podido tomar su segundo café y meterse en una bamboleante patrullera de la policía, atender al prefecto que le atosiga a llamadas porque un amigo suyo ha desaparecido y no disponer de la menor pista sobre la identidad de los tres cadáveres que han aparecido en una playa de las paradisíacas islas de Glénan.

¿Quiénes eran esos tres hombres? ¿Tal vez víctimas del violento temporal que azotó el archipiélago la noche anterior? Todo apunta a que murieron ahogados, hasta que algo despierta las dudas del comisario.

Mientras Dupin, en su cuartel general del bar-restaurant de la isla de Saint-Nicolas, interroga a los sospechosos, vuelve locos a sus colaboradores y se sumerge en las oscuras historias de los isleños, una nueva tempestad empieza a gestarse

**Lectulandia**

Jean-Luc Bannalec

# **Muerte en las islas**

**Un nuevo caso del Comisario Dupin**

**Comisario Dupin 02**

ePub r1.2

pcastrod 28.08.14

Título original: *Bretonische Brandung*

Jean-Luc Bannalec, 2014

Traducción: Lidia Álvarez Grifoll

Editor digital: pcastrod

ePub base r1.1

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

à L.

*An douar so kozh, med n'eo ket sod..*  
La tierra es vieja, pero no está loca.

Dicho bretón

# El primer día

## El archipiélago se alzaba...

El archipiélago se alzaba delante de ellos como un espejismo: las islas, alargadas y llanas, parecían flotar como por arte de magia en el mar opalino, un poco difuminadas y rutilantes.

Las más grandes se reconocían a simple vista gracias a unas pocas construcciones emblemáticas: la misteriosa fortaleza en la isla de Cigogne, el viejo faro azotado por los temporales en la de Penfret, la granja abandonada en la de Dréneq y las cuatro casas marcadas por décadas a la intemperie en la de Saint-Nicolas, la principal del famoso archipiélago... Las legendarias islas de Glénan.

Estaban a diez millas náuticas del continente, de Concarneau, la magnífica «ciudad azul» de la región bretona de Cornualles, para cuyos habitantes eran desde tiempos inmemoriales las «protectoras». Día tras día se constituían en su horizonte inamovible. Dependiendo de cómo se veían, si nítidas, borrosas, empañadas, rutilantes o firmes en el agua, interpretaban el tiempo que haría al día siguiente y, en determinadas fechas, incluso el que haría el resto del año. Los bretones llevaban siglos discutiendo tenazmente sobre cuántas islas había. Siete, nueve, doce o veinte eran las cifras más habituales. Lo único indiscutible era que había siete «grandes». Y «grande» significaba a lo sumo unos cientos de metros de longitud. Antiguamente, el archipiélago formaba una sola isla, que el mar embravecido y el embate constante de las olas fueron fragmentando poco a poco.

Hacia unos años, una comisión del departamento había establecido legalmente, basándose en los criterios oficiales para determinar qué era una isla (porción de tierra en el mar, que sobresale permanentemente del agua y presenta también vegetación permanente), la existencia de «veintiuna islas e islotes». También había una cantidad casi infinita de farallones y grupos de escollos. La cantidad variaba de manera asombrosa dependiendo de la marea, que a su vez variaba considerablemente dependiendo de la posición del Sol, la Luna y la Tierra. Algunos días, la marea subía tres o cuatro metros más que otros y, en plena bajamar, una isla podía verse de un tamaño varias veces mayor y tal vez unida a otra mediante un banco de arena que habitualmente estaba oculto bajo la superficie del agua. No existía una situación «normal», el paisaje del archipiélago estaba en constante transformación y nadie podía decir nunca: «Así son las Glénan». Las Glénan no eran tierra de una manera clara y contundente; eran un espacio intermedio confuso, mitad tierra, mitad mar. En invierno, cuando se desataban tempestades violentas, unas olas gigantescas rompían contra las islas y la imponente espuma que se levantaba las engullía. La descripción poética y a la vez precisa de los lugareños era: «Casi perdidas en la nada, en la



inmensa vastedad».

Hacía un día extraordinario de principios de mayo, que no se diferenciaba en nada de un verdadero día de verano, ni en las temperaturas increíbles ni en la luz viva ni en los maravillosos colores. También corría una brisa veraniega, suave, impregnada con un poco menos de sal, de yodo y de algas, y con el fresco característico del Atlántico, tan difícil de describir. Ya a esa hora, las diez de la mañana, el sol brillaba deslumbrante en el cielo, y los últimos restos de una neblina plateada se perdían progresivamente en el horizonte.

El comisario Dupin, de la policía de Concarneau, apenas se fijaba en esos detalles. Ese lunes por la mañana estaba de muy mal humor. Justo cuando hojeaba los periódicos (*Le Monde*, *Ouest-France*, *Télégramme*) y acababa de pedir el tercer café en el Amiral, el móvil lo había sobresaltado con un sonido estridente. Habían encontrado tres cadáveres en las Glénan. No sabían nada más, solo eso. Tres cadáveres.

Se puso en marcha enseguida. El Amiral, el bar restaurante en el que el comisario empezaba todos sus días, estaba en el puerto, por lo que solo tardó unos minutos en subir a bordo de una patrullera de la policía. Dupin había estado una sola vez en las Glénan el año anterior, concretamente en la isla de Penfret, en el extremo este del archipiélago.

Hacía veinte minutos que habían zarpado y ya habían cubierto la mitad del recorrido, aunque, a su modo de ver, aún le parecía poco: los barcos no eran lo suyo. El mar le gustaba, pero como a un parisino auténtico del Distrito VI (que era lo que había sido hasta el día de su «traslado», hacía de eso casi cuatro años), lo cual significaba la playa, las vistas, tal vez bañarse, la atmósfera, la sensación de relax... Y si los barcos no eran lo suyo, aún lo era menos tener que ir en una de las dos patrulleras nuevas que, después de una lucha encarnizada contra la burocracia, la policía marítima había conseguido hacía dos años y que eran su orgullo. La última generación, un milagro imponente de la alta tecnología, con sondas y sensores para todo. Volaban literalmente por encima del agua. A una la bautizaron con el nombre de *Bir*, «flecha» en bretón, y a la otra con el de *Luc'hed*, «rayo». Dupin creía que a las embarcaciones se les ponía otro tipo de nombres, pero lo único que tuvieron en cuenta en ese caso fue el significado.

Asimismo, le faltaba cafeína y eso lo ponía de muy mal humor. Dos cafés no bastaban ni por asomo a un hombre de su complexión: fuerte, no gordo, pero tampoco delgado; además tenía la presión sorprendentemente baja desde muy joven.

Así que embarcó de mala gana. En realidad, si lo hizo fue únicamente porque no quería mostrar sus puntos flacos al inspector Le Ber, uno de los dos inspectores jóvenes que tenía a sus órdenes y que lo admiraba (cosa que a él solía incomodarlo mucho).

Dupin habría preferido recorrer en coche el trayecto de media hora que lo separaba del pequeño aeropuerto de Quimper y después ir a las Glénan en el helicóptero biplaza de la central, aunque tardara más. Y tampoco es que le gustara volar en esos cacharros inseguros. Pero su superior, el prefecto, se dirigía en él a Bordeaux, un pueblo de mala muerte en la isla de Guernsey, para celebrar una «reunión amistosa» con la prefectura de las islas británicas del canal (Guernsey, Jersey y Alderney). Tanto los franceses como los ingleses tenían la firme voluntad de intensificar la colaboración policial entre ambos países: «No hay que dar opción al delito, sea cual sea su nacionalidad». El comisario Dupin no tragaba al prefecto Gérard Guenneugues y, después de casi cuatro años, seguía siendo incapaz de pronunciar su apellido. (Tampoco es que Georges Dupin soliese llevarse bien con las autoridades; a su modo de ver, con toda la razón del mundo). El prefecto llevaba semanas llamándole a cada minuto. El motivo de las llamadas, que al principio fueron un incordio y, después, un agobio, era «recabar ideas» sobre los temas que había que tratar en la ilustre reunión. Nolwenn, la eficientísima secretaria de Dupin, tuvo que buscar, por orden de Guenneugues, «casos sin resolver» de las últimas décadas que «quizá, posiblemente y de algún modo» incluyeran pistas que señalaran a las islas del canal, casos que «quizá, posiblemente y de algún modo» se «podrían haber resuelto» si la colaboración entre ambos países hubiera sido más estrecha. Eso era ridículo. Nolwenn se sublevó. No entendía por qué «en el sur» tenían que encargarse del norte del canal, donde los icebergs flotaban en el mar y llovía todo el año. Revolvieron metros y metros de actas y no encontraron ni un solo caso significativo, con lo que el prefecto no se puso precisamente contento.

El mal humor de Dupin no mejoró con el pequeño «accidente» que sufrió al poco de zarpar. Hizo lo que solo hacen los peores marineros de agua dulce: a esa velocidad, con viento fuerte de babor y el mar un poco agitado por ese costado, mientras el inspector Le Ber y los dos miembros de la tripulación de la *Bir* permanecían muy juntos en estribor, él quiso echar una mirada a las islas. No tardó mucho en alcanzarlo una ola enorme. Se quedó empapado. La chaqueta, que siempre llevaba desabrochada, el polo y los vaqueros (su ropa de trabajo desde marzo hasta octubre) se le pegaban al cuerpo; solo tenía secos los calcetines dentro de los zapatos.

No obstante, lo que lo ponía especialmente de mal humor era no disponer de más información que el simple hecho de que acababan de encontrar tres cadáveres. Dupin no se caracterizaba por ser un hombre paciente. En absoluto. Labat, el segundo inspector a sus órdenes y con el que solía estar en pie de guerra, solo había podido comunicarle por teléfono lo que les había contado un «hombre con fuerte acento inglés» que acababa de llamar a comisaría, muy nervioso. Los cadáveres se encontraban en la playa del nordeste de Le Loc'h, la isla más grande del archipiélago,

y «más grande» se refería en este caso a una longitud de cuatrocientos metros. Le Loc'h estaba deshabitada y en ella solo había un monasterio en ruinas, un antiguo cementerio, una fábrica de sosa desmantelada y la mayor atracción de la isla, un lago. Labat había tenido que repetir una docena de veces que no tenía más información. Dupin lo había acribillado a preguntas, su obsesión por los detalles y las circunstancias en apariencia insignificantes era archiconocida.

Tres muertos y nadie sabía nada. Lógicamente, en la prefectura reinaba un nerviosismo considerable: era un asunto muy serio para el Finisterre, para el pintoresco «fin del mundo» según los romanos. Para los galos, los celtas (y los lugareños todavía se consideraban celtas), era exactamente lo contrario: no el fin, sino literalmente el «principio», la «cabeza del mundo». *Penn ar bed, no finis terrae.*

La patrullera había reducido la marcha. Ahora navegaban a velocidad moderada: pasaban por una zona complicada. El mar era poco profundo y estaba salpicado de rocas abruptas, dentro y fuera del agua. Navegar por allí era cosa de capitanes con mucho oficio y la tarea aún se volvía más espinosa con marea baja, como ahora. La «entrada» entre Bananec y el gran banco de arena situado frente a la costa de Penfret era el acceso menos peligroso al archipiélago. Por ella se llegaba a la *Chambre*, la «cámara», que era el nombre por el que se conocía al espacio marítimo que quedaba encerrado entre las islas, protegido por ellas de las tormentas y las fuertes marejadas. La *Bir* siguió majestuosamente su camino, maniobró con movimientos armoniosos entre las rocas y puso rumbo a Le Loc'h.

—¡No podemos acercarnos más!

El capitán de la patrullera, un joven policía espigado, vestido con un uniforme de ropa de alta tecnología que el viento agitaba con fuerza, lo dijo gritando desde el puente de mando sin mirar a nadie. Estaba totalmente concentrado en la navegación.

Dupin no las tenía todas consigo. Calculó que aún faltaban unos cien metros para llegar a la isla.

—¡Marea viva! ¡Coeficiente de ciento siete! —gritó de nuevo el capitán larguirucho sin dirigirse a nadie en concreto.

El comisario Dupin miró interrogativamente al inspector Le Ber. Después del incidente con la gran ola se había reunido con los demás y no se había movido del sitio. Le Ber se le acercó. Aunque la embarcación ya casi se había detenido, los motores seguían haciendo un ruido ensordecedor.

—El nivel de la marea es extremo, señor comisario. Los días en que hay marea viva, el nivel del agua es bastante más bajo que con una bajamar normal. No sé si usted...

—Ya sé lo que es una marea viva —lo interrumpió Dupin.

Estuvo a punto de añadir «porque hace casi cuatro años que vivo en la Bretaña y he visto unas cuantas mareas vivas y otras tantas mareas muertas», pero sabía que era

inútil. Además, tenía que reconocer que, aunque le habían explicado muchas veces lo de los coeficientes de las mareas, aún no había logrado entenderlo. Para Le Ber, igual que para todos los bretones, él seguiría siendo un «forastero» (aunque no lo decían con maldad) por más décadas que pasaran. Peor aún, un forastero de la peor especie para los bretones: un parisino (y eso sí podían decirlo con maldad). Siempre le explicaban el tema recitándose de carrerilla: «Cuando la Luna, el Sol y la Tierra están alineados y a eso se le suman los efectos de la gravedad...».

El motor enmudeció súbitamente. Los dos compañeros de la policía marítima se pusieron a trabajar de inmediato en proa. Dupin se fijó entonces en que los dos se parecían curiosamente al capitán: la misma complexión delgada y fibrosa, la misma cara alargada, el mismo uniforme.

—No podemos acercarnos más a la isla. El agua es poco profunda.

—¿Y eso qué significa?

—Tenemos que desembarcar aquí.

Dupin tardó unos segundos en reaccionar.

—¿Tenemos que «desembarcar» aquí?

Desde su punto de vista, todavía estaban en mar abierto.

—El agua es poco profunda, no tendrá más de medio metro.

El inspector Le Ber se agachó y empezó a quitarse los zapatos.

—Pero si llevamos una lancha neumática —objetó Dupin, que justo acababa de verla. Con alivio.

—No vale la pena, señor comisario. No nos permitiría acercarnos mucho más a la playa.

Dupin arqueó las cejas y miró por la borda. Le pareció que había más de medio metro de profundidad. El agua era increíblemente cristalina. Se veían conchas y piedrecitas en el fondo. Un pequeño banco de peces diminutos de color verde claro se deslizaba rápidamente por el agua. Estaban delante de la cara norte de Le Loc'h. Allí no había más que arena blanca deslumbrante y aguas turquesas poco profundas; el mar estaba muy calmado en la *Chambre*. También había unos cuantos cocoteros (Dupin pensó que probablemente era la única especie de palmera que no crecía en toda la Bretaña) y no había nada que diferenciara aquella imagen de una playa del Caribe. A nadie se le habría ocurrido nunca relacionar ese paisaje con la Bretaña. Esas vistas podían admirarse en cientos de postales, y lo cierto era que no exageraban lo más mínimo.

Entretanto, Le Ber se había quitado también los calcetines. Los miembros de la tripulación, que habían echado el ancla y habían saltado ágilmente al agua sin pensárselo dos veces, giraban la embarcación para orientar la popa hacia la playa. La escalera de madera de la barca apenas sobresalía del agua. Le Ber, que llevaba unos pantalones claros, saltó al agua como si fuera lo más natural del mundo. Lo siguió el

capitán larguirucho.

Dupin dudó. La escena le parecía absurda. Los dos policías jóvenes, Le Ber y el capitán lo esperaban; le dio la impresión de que le hacían el pasillo. Encima, todas las miradas se concentraban en él.

Al final saltó. Olvidándose de quitarse los zapatos. Al instante se encontró con el agua a la cintura y, a principios de mayo, el Atlántico estaba como mucho a catorce grados. Observó atentamente el fondo. Los peces verdes diminutos, que ahora formaban un banco más grande, se le acercaron con curiosidad y nadaron sin miedo entre sus piernas. Dupin se volvió para seguirlos con la mirada y entonces lo vio: un cangrejo impresionante, de veinte o treinta centímetros, lo observaba fijamente en posición de ataque; un auténtico buey de mar, un manjar con el que se deleitaban en la costa y con el que Dupin también se relamía. Reprimió ambas cosas: una leve exclamación del susto y la admiración culinaria. Levantó la vista y se dio cuenta de que todos seguían inmóviles, observándolo. Dupin se irguió con determinación y empezó a caminar hacia la playa, procurando no cruzar la mirada con nadie. Le Ber y los otros tres policías lo adelantaron rápidamente en el agua, por la izquierda y por la derecha.

Fue el último en llegar a la playa.

El cuerpo sin vida yacía boca abajo, un poco ladeado. El hombro estaba comprimido de forma muy poco natural debajo del cuerpo y daba la impresión de que hubiera perdido el brazo derecho. El izquierdo se veía tan retorcido que tenía que estar roto. La cabeza se apoyaba casi por entero sobre la frente, como si alguien la hubiera colocado así a propósito. No se le veía la cara. La chaqueta azul y el jersey estaban desgarrados, se veían heridas grandes y profundas en la espalda, el cuello, el codo y el brazo izquierdo. En cambio, la parte inferior del cuerpo parecía casi intacta. Las algas lo cubrían en algunos puntos. Los zapatos náuticos resistentes, los dos aún calzados en los pies, parecían nuevos. En esas condiciones era difícil calcular la edad del hombre. Dupin supuso que sería un poco mayor que él. Al final de los cuarenta o a principios de los cincuenta. El muerto no era muy alto. Dupin se arrodilló al lado para examinarlo con más detalle. El mar lo había arrastrado playa arriba, a pocos metros de la línea donde la arena blanca acababa y empezaba el verde intenso de la vegetación.

—Los otros dos están ahí detrás, bastante juntos. Y en un estado similar. —Le Ber señaló un punto en la playa.

Dupin vio a los jóvenes de la policía marítima al lado de un bulto, a unos cien metros de distancia. Había olvidado que no estaba solo.

—Tienen un aspecto horrible —añadió Le Ber con un hilo de voz.

Pues sí.

—¿Qué forense va a venir?

—El doctor Savoir llegará en cualquier momento. Viene en la otra patrullera. Con el inspector Labat.

—Claro. Cómo no.

Todos sabían que el comisario y el doctor Savoir no se caían bien.

—El doctor Lafond tenía un compromiso en Rennes esta mañana.

Por lo general, Nolwenn siempre movía los hilos para que avisaran al viejo (gruñón, pero magnífico) doctor Lafond cuando Dupin se encargaba de investigar un caso.

El capitán de la *Bir* se les acercó con paso resuelto.

—Son tres hombres, de unos cincuenta años los tres. —El joven hablaba serio y tranquilo—. Identidad desconocida. La última marea habrá arrastrado hasta aquí los cuerpos. Están bastante lejos de la orilla. En las Glénan se registran corrientes fuertes y los días de marea viva son todavía más fuertes que de costumbre. Vamos a fotografiarlo y a documentarlo todo.

—¿Este es el nivel más bajo de la marea?

—Casi. —El policía miró la hora—. El reflujo terminó hace una hora y media. Desde entonces, el agua está subiendo otra vez.

Dupin calculó.

—Ahora son las once menos cuarto, o sea que la última marea baja...

—La última bajamar ha sido esta mañana a las nueve y quince horas; la penúltima, ayer por la noche, a las ocho y cincuenta. Doce horas y veinticinco minutos antes. La pleamar fue a las tres y tres minutos de la madrugada.

El policía lo dijo de corrido y mirando a Dupin sin dársele de nada.

—¿Hemos recibido alguna denuncia por desaparición? ¿Nosotros o salvamento marítimo?

—No, señor comisario. Por lo que sabemos, no hay ninguna. Pero aún es pronto.

—La isla de Le Loc'h está deshabitada, ¿verdad?

—Sí. Saint-Nicolas es la única isla habitada del archipiélago. Y no vive mucha gente, diez personas a lo sumo. Tal vez quince en verano.

—¿Eso significa que aquí no hay nadie de noche?

—Está terminantemente prohibido acampar en el archipiélago, aunque algunos aventureros se quedan a veces a pasar la noche en verano. Inspeccionaremos toda la isla. Y es posible que esta noche hubiera alguna embarcación delante de Le Loc'h, en la *Chambre*. Es un fondeadero muy concurrido. Lo investigaremos.

—¿Cómo se llama usted?

Le gustaba aquel policía joven, impasible y cuidadoso.

—Kireg Goulch, señor comisario.

—¿Kireg Goulch?

La pregunta se le escapó.

—Exacto.

—Es... es un nombre... quiero decir que... es un nombre bretón.

Ese comentario tampoco pareció desconcertar al muchacho. Dupin carraspeó y se esforzó por volver a concentrarse en el asunto.

—El inspector Le Ber dice que el inglés que ha encontrado los cadáveres iba en una canoa.

—Muchos turistas salen a navegar en kayak, es una actividad muy popular. En esta época del año todavía no hay muchos, pero ya han empezado a llegar.

—¿Salen a esas horas? ¿Tan pronto?

—Es lo mejor. El sol aprieta mucho a mediodía en el mar.

—Pero el hombre no ha desembarcado. Se ha ido, ¿verdad?

—Así es, por lo que sabemos. Y no se ven huellas en la arena.

Dupin no había caído en la cuenta. En la arena, virgen después de cada marea, se grababan a la perfección todas las huellas, incluso cualquier intento de borrarlas.

—¿Dónde está ahora el hombre?

—En Saint-Nicolas. Esperando en el muelle. La segunda patrullera lleva ahora a un agente a la isla para hablar con él, como ha ordenado el inspector Labat.

—¿El inspector Labat lo ha «ordenado»?

—Sí, ha...

—Está bien.

No era momento para arrebatos. Dupin sacó aparatosamente una de las libretas Clairefontaine rojas que solía utilizar para tomar notas. Protegida dentro del bolsillo de la chaqueta mojada, salió medio seca del pequeño percance que el comisario había sufrido en el mar. Luego rebuscó con la misma aparatosidad contumaz y sacó uno de los bolígrafos Bic baratos que compraba en grandes cantidades porque siempre se le extraviaban con una rapidez inexplicable.

—¿Ha habido un naufragio?

En el mismo instante en que hizo la pregunta supo que era innecesaria. Se habrían enterado. El joven policía la encajó con paciencia y cordialidad.

—Aún no lo sabemos, señor comisario. Si ayer por la tarde o esta noche hubiera zozobrado una embarcación, es posible que tardasen en echarla en falta. Dependería del tamaño, del equipamiento técnico, de dónde hubiese ocurrido, adónde se dirigiese, quién la esperase...

Dupin tomó un par de notas con desgana.

—¿Anoche hizo mal tiempo? ¿Hubo tormenta?

—No se deje engañar por el día que hace hoy. Anoche, una tempestad azotó la costa. La central nos dirá con qué intensidad, en qué dirección avanzaba y cómo se movía. En Concarneau apenas se notó, pero eso no quiere decir nada. Está todo

registrado. Y el mar sigue bastante agitado, aunque aquí, en la *Chambre*, esté tranquilo. Ya se habrá dado cuenta cuando íbamos en la patrullera.

Hizo la observación en tono neutral, sin el menor retintín. Goulch le caía cada vez más simpático.

—No fue el temporal del siglo, pero sí muy violento —concluyó el capitán.

El comisario Dupin lo sabía de sobra, hacía tiempo que se había vuelto demasiado bretón para dejarse engañar por un cielo azul despejado y la apariencia de un anticiclón perfecto. Nolwenn siempre decía que el Finisterre, la punta más extrema y escabrosa de la península de la Bretaña, estaba situada *en medio* del Atlántico Norte: «la Armórica alargaba su cabeza recortada como un monstruo prehistórico, o un dragón que escupe fuego». A Dupin le gustaba esa imagen, y era verdad que, sobre el mapa, parecía la cabeza de un dragón. La Bretaña no estaba expuesta únicamente a la fuerza bruta del más salvaje de todos los mares, sino también a los frentes variables y caóticos que se originaban entre la costa este de Estados Unidos, Canadá, Groenlandia y el Ártico por un lado, y la costa atlántica occidental de Irlanda, Inglaterra, Noruega y Francia por el otro. El tiempo podía pasar en cuestión de minutos de un extremo a otro. «Cuatro estaciones en un día»: esa era la fórmula que los bretones citaban con orgullo.

—Quizá no fue un naufragio. —La voz de Le Ber había recuperado un poco la firmeza—. Es posible que los sorprendiera la marea o el temporal mientras pescaban o mariscaban, sobre todo si eran turistas. Cuando las mareas son muy bajas viene mucha gente a capturar mariscos.

Era cierto. Dupin lo anotó en la libreta.

—No llevan puesto el chaleco salvavidas. ¿Debemos suponer que no vinieron en barca?

—No necesariamente —contestó Goulch con determinación—. Muchos autóctonos navegan sin chaleco. Y si a eso le sumamos el alcohol... Yo no le daría mucha importancia.

Dupin hizo un gesto de resignación con la mano. Así estaban las cosas. No sabían nada de lo que podía haber ocurrido.

—El alcohol suele estar muy presente en el mar. Sobre todo aquí, en las islas —añadió Goulch.

—Se dice que las botellas son más pequeñas en las Glénan que en tierra firme, por eso aquí se vacían más rápidamente —observó Le Ber.

Dupin tardó un momento en entender el chiste, si es que lo era. Le Ber lo había dicho en tono neutro, como para completar la frase del capitán. Este, sin inmutarse, prosiguió:

—Las olas debieron de arrastrar los cuerpos bastante rato, de ahí probablemente las heridas graves. Si fue un accidente, quizá una parte de las heridas se las hicieron



durante el siniestro.

—¿Es posible que murieran muy lejos de aquí? Es decir, ¿cuánto ha podido arrastrarlos la corriente?

—Depende del tiempo que hayan pasado en el mar. Es posible que aún estuvieran vivos cuando cayeron al agua, que intentaran salvarse y luego se ahogaran. No da la impresión de que hayan estado días en el agua. Los cadáveres tendrían otro aspecto. Aun así, no todas las corrientes son igual de rápidas. Algunas se desplazan a ocho kilómetros por hora, de modo que los cuerpos podrían haber recorrido una distancia considerable en una noche. Pero, según dónde cayeran al agua, lo más probable es que los arrastrara en círculo. La dirección de las corrientes varía dependiendo de la marea, el tiempo y la estación del año.

—Comprendo. Eso significa que no se puede afirmar nada.

—El archipiélago tiene la peculiaridad de que, con determinadas posiciones del Sol, la Luna y la Tierra, muchas corrientes conducen a Le Loc'h. Aquí siempre ha habido naufragios, en todas las épocas. A veces, cuando eran barcos grandes, en la playa se encontraban decenas de cadáveres. Por eso en el siglo diecinueve construyeron un cementerio en la isla, justo al lado de la ermita. De ese modo no había que trasladar los cuerpos a Saint-Nicolas, donde estaba el único cementerio del archipiélago. Los enterraban a todos aquí. Han hallado tumbas incluso de principios de la época celta.

—¿La corriente siempre los arrastraba hasta aquí? —preguntó Dupin, que notó una sensación extraña y miró instintivamente alrededor.

—La gente cree desde hace siglos que esta isla es el escondite legendario de Groac'h, la bruja de los naufragios. Según la leyenda, era inmensamente rica, más rica que todos los reyes juntos. Y el lago, que conecta subterráneamente con el mar, era el cofre donde guardaba su tesoro. Una corriente marina mágica le traía las riquezas de los barcos que naufragaban. Su palacio estaba también en el fondo del mar.

Le Ber sonrió cuando Goulch acabó de hablar, pero se le notaba tenso.

—Le gustan los hombres jóvenes —concluyó Goulch—. Los seduce, los convierte en peces, los fríe y se los come. Muchos han ido en busca del legendario tesoro. Ninguno ha vuelto nunca. Se cuentan muchas historias.

Así eran las cosas en la Bretaña. Debajo de lo cotidiano y natural actuaban fuerzas oscuras, y cualquier sitio tenía sus propias historias sobrenaturales. Aunque los bretones se reían de sí mismos (y Dupin no conocía ningún pueblo que se riera con tanta fuerza y desenvoltura de sí mismo), las risas enmudecían al instante cuando se contaban esas historias. Todo parecía muy real, estaba muy arraigado. Lo sobrenatural había sido la manera más normal de percibir el mundo durante milenios. ¿Acaso iban a cambiar las cosas ahora de repente, solo por estar en el siglo XXI?

—Quiero ver a los otros dos muertos —dijo Dupin.

Avanzó por la playa, y Goulch y Le Ber lo siguieron. En esos momentos, la primera cuestión, la pregunta decisiva que había que plantearse, era si los hombres habían muerto a causa de un accidente. ¿Se habían ahogado? ¿Había indicios que señalaran la posibilidad de que no se tratara de un accidente?

Los cuerpos sin vida estaban ladeados, con las caras mirándose y los brazos extendidos hacia el otro. La imagen era un poco macabra: daba la impresión de que hubieran llegado vivos a la playa y, en plena agonía, se hubieran arrastrado hacia el otro con las últimas fuerzas que les quedaban. El efecto lúgubre de la escena se veía reforzado por las conchas nacaradas que brillaban tenuemente con todos los colores del arcoíris y parecían colocadas adrede en torno a los cadáveres. Los compañeros de Goulch estaban de rodillas entre los cuerpos y uno los fotografiaba con una cámara digital. Se reunieron con ellos sin decir palabra y observaron los dos cadáveres.

Dupin se apartó al cabo de unos instantes y dio un par de vueltas alrededor de los cuerpos, con parsimonia y agachándose constantemente. Las mismas heridas graves y profundas, que en uno se distribuían casi exclusivamente en la parte inferior y en el otro por todo el cuerpo; la ropa destrozada (pantalones de algodón, polo, forro polar, zapatos resistentes) y algas en las heridas.

El policía de la cámara se incorporó lentamente.

—Igual que el otro muerto —dijo—, estos dos no presentan a simple vista más heridas que las que han podido causarles las rocas al ser arrastrados por las olas.

—En el mar no hace falta agredir a alguien para matarlo —observó Goulch—. Basta con un pequeño empujón, una caída al agua. En plena tempestad y con fuerte marejada, ni siquiera un nadador excelente tendría la menor posibilidad. Y los empujones no pueden probarse.

Tenía razón, como siempre. En el mar había que pensar de otra forma, aquel caso exigía otro tipo de aproximación.

—Viene la otra patrullera.

Dupin se sobresaltó. Goulch señalaba al mar. La *Luc'hed* se acercaba a toda velocidad a la *Bir*. Poco antes de alcanzarla aminoró la marcha, se paró al lado y se puso en paralelo.

Dupin observó cómo seguían el mismo procedimiento que ellos antes. Vio a Labat y al doctor Savoir, al capitán y a otro policía, que ya estaba en el agua orientando la embarcación. Saltaron todos sin pensárselo dos veces al agua y avanzaron hacia la playa con Labat en cabeza, claro.

—Hemos dejado a un agente en Saint-Nicolas para que interroge al inglés que ha encontrado los cadáveres. Pronto tendremos un informe. Tres cadáveres, eso es un caso importante. —Labat empezó a hablar antes de salir del agua, usando el tono diligente con que solía decir las cosas y que Dupin odiaba a muerte.

—Todavía no sabemos si es un caso, inspector.

—¿Por qué lo dice, señor comisario?

—De momento, todo apunta a un accidente.

—¿Y eso significa que no tenemos que investigar todo lo que hay que investigar para averiguar lo que ha ocurrido?

A Dupin, la pregunta le pareció una idiotez impresionante. Se dio cuenta de que estaba muy irritado. Y eso se debía a que le habían estropeado la mañana... y a la llegada de la segunda patrullera con Labat y Savoir. El forense desmañado, increíblemente tiquismiquis y que nunca iba al grano, enseguida montaría un espectáculo a lo *CSI*. Entonces vio que el policía de la segunda patrullera cargaba con una maleta enorme y muy pesada, en la que seguro que iba el equipo de alta tecnología de Savoir.

Dupin sabía que tenía que concentrarse en la situación. Quizá todo acabaría en unas horas y dejaría de ser asunto suyo.

—¡Ah, el señor comisario! —En la voz de Savoir resonó un matiz absurdo de orgullo, como si hubiera superado una prueba muy exigente al reconocer a Dupin—. ¿Se sabe ya algo? ¿Con qué hechos contamos hasta ahora?

Hizo las preguntas con mucha energía al pasar junto a Dupin sin aminorar el paso lo más mínimo.

—Cuando los examine —prosiguió—, sabremos más cosas. Aunque solo podré llegar a conclusiones provisionales, obviamente. Para llegar a algo más concluyente necesito el laboratorio. Deje el equipo aquí, por favor, entre los dos cadáveres.

Savoir echó un vistazo a los dos cuerpos, breve pero teatralmente profesional, y abrió la maleta.

—¿Está todo documentado? ¿Fotografiado?

—Sí, ya hemos acabado el trabajo. Con los tres muertos —intervino Goulch. Y preguntó—: ¿Hay que esperar a la autopsia o ya se puede saber si se ahogaron?

Savoir miró indignado a Goulch.

—Imposible. Obviamente, no pienso dedicarme a conjeturar nada, tampoco en este caso. Todas las cosas requieren su tiempo.

Dupin sonrió. ¡Fantástico! Allí no hacía falta. Se acercó a Le Ber y a Goulch.

—Voy a inspeccionar la isla —anunció.

Aunque en realidad no tenía ni idea de lo que iba a hacer exactamente.

—¿Quiere que después la inspeccionemos también nosotros de manera sistemática, señor comisario? ¿Por si encontramos algo anómalo?

—Sí, sí, Goulch, háganlo sin falta. Yo solo echaré un vistazo. Y averigüe si alguien vio una embarcación extraña en Le Loc'h. Y también en otras partes.

—¿Tiene en mente algo concreto?

Labat se le había acercado a una distancia incómoda, le gustaba hacerlo y sabía

que Dupin no lo soportaba.

—Pura rutina, Labat. Simple rutina. Cualquier notificación sobre naufragios o desaparecidos nos llegará automáticamente, ¿verdad? —El comisario se había dirigido a Goulch, sin saber bien ni él mismo a qué se refería con lo de «automáticamente».

—Por supuesto, señor comisario. Todas las comisarías de la costa están informadas, y también las de los distritos vecinos. Hemos pedido los dos helicópteros de Brest, de la central de salvamento marítimo. Se han movilizad o hace una hora y están sobrevolando los alrededores.

—Muy bien, Goulch, muy bien. Le Ber, quédese con Goulch. Quiero que me mantengan informado en todo momento. Labat, tan pronto como Savoir dé luz verde, registre los cadáveres para ver si les encuentra algún tipo de documentación, cualquier cosa que nos ayude a identificarlos.

—Yo... yo...

Labat se calló. Alguien tenía que hacerlo. Y el comisario podía decidir quién. Ese sencillo razonamiento se reflejó lastimosamente en su cara, que se le desencajó por un momento.

—Hágalo a conciencia, Labat. ¿Funcionan los móviles en la isla, Le Ber?

—El año pasado instalaron una nueva antena en Penfret. Aunque no muy grande. La cobertura suele ser estable desde entonces —respondió Le Ber mirando más allá de Le Loc'h, como si buscara con la vista la antena de Penfret.

—¿Y eso qué significa?

—Depende de tantos factores...

—¿Como cuáles? —insistió Dupin; le parecía que el tema era importante.

—Depende del tiempo, sobre todo. Si hace mal tiempo, normalmente no tendrá cobertura, pero con buen tiempo, sí. Aunque de vez en cuando, por algún motivo, tampoco. Depende de si está en el mar o no y, sobre todo, de la isla en la que está, claro. En Bananec nunca tienen cobertura, aunque no está muy lejos de Saint-Nicolas.

Dupin se preguntó cómo era posible que pasase aquello, desde un punto de vista puramente técnico. Y por qué Le Ber estaba tan bien informado. Decidió no ir por ese lado.

—¿Y aquí, en Le Loc'h?

—Hoy, probablemente estable.

—Entonces, yo estaré «probablemente» localizable.

—Ah, señor comisario, y no se extrañe si en el archipiélago ve cosas que desaparecen en un instante. A veces pasa. O si oye ruidos y sonidos extraños. Siempre ha sido así, es normal.

Dupin no habría sabido qué contestar ni por todo el oro del mundo. Se dio la vuelta, se pasó la mano por el pelo y emprendió la marcha por la playa en dirección

oeste por el amplio extremo sur de la isla.

Era verdaderamente impresionante, miraras donde mirases. Arena blanca finísima, playas que descendían suavemente hacia el mar y en las que no se veía dónde empezaba el agua de tan transparente como era. Un azul turquesa, claro y luminoso, que se iba transformando casi imperceptiblemente en azul opalino y, después, en azul claro, y que solo se oscurecía mar adentro. El mar también cautivaba en Concarneau (precisamente eso definía la ciudad), pero allí, en las Glénan, todo se amplificaba mucho más. Allí no se estaba a orillas del mar, se estaba *en* el mar, se tenía la sensación de encontrarse *en medio* del mar. No solo por el olor y el sabor; la impresión era más profunda, más penetrante.

Sin embargo, lo más fascinante era la luz: una luz intensa, imponente, pero suave, en absoluto agresiva. Una luz que lo cubría todo. No parecía proceder de una fuente determinada, al menos no solo de una, no únicamente del sol. Venía del cielo entero: de todas las distancias, alturas, capas, esferas y dimensiones. Y, sobre todo, venía del mar. La luz parecía multiplicarse hasta el infinito, parecía reflejarse en las distintas capas de la atmósfera y en el agua, y por eso daba la impresión de condensarse todavía más. Las pequeñas franjas de tierra eran demasiado insignificantes para absorberla. Dupin nunca había visto tanta luz como en la Bretaña (tampoco un cielo tan alto, tan abierto), pero ahí, en las Glénan, se superaban todas las expectativas. Los habitantes de la costa decían que esa luz embriagaba, que hacía perder la cabeza. Dupin entendió a lo que se referían.

Metió la mano en el bolsillo izquierdo trasero del pantalón y sacó el móvil. Al parecer, había salido indemne del pequeño percance. Y había cobertura.

—¿Nolwenn?

—¿Señor comisario?

Dupin había olvidado por completo que su secretaria tenía visita con el médico esa mañana y que no estaba en la oficina, sino en la consulta del viejo doctor Pelliet, un hombre reservado que también era su médico de cabecera. En ese momento se acordó.

—Ah, claro, usted no está al tanto de lo ocurrido, ¿verdad?

—No. Ahora mismo iba a llamar al inspector Labat. Acabo de ver que ha intentado hablar conmigo tres veces.

—Tres cadáveres. En las Glénan. En Le Loc'h. Arrastrados por las olas y todavía sin identificar. De momento, todo apunta a un trágico accidente.

—Sí, siempre van a parar a Le Loc'h. Las Glénan han significado naufragios en todas las épocas. —Nolwenn hablaba sosegadamente, como siempre—. Aquí decimos: «Si quieres aprender a rezar, ¡sal a navegar!».

A Nolwenn le gustaban los viejos refranes y transmitírselos al comisario formaba parte de las «lecciones bretonas» que le daba desde que llegó en beneficio de su

«bretonización» (así llamaba ella misma a su proyecto).

Dupin no tenía claro qué debía contestar.

—Sí, bueno, sea como sea, se va a armar. Savoir ya ha llegado. Yo estoy inspeccionando la isla.

—¿Está usted ahí?

—Sí.

—¿Ha ido en barca?

—Sí.

El segundo «sí» sonó mucho más resignado de lo que Dupin habría querido.

—¿Puedo hacer algo?

—No. Antes tenemos que averiguar la identidad de los muertos.

En realidad, Dupin no la llamaba para pedirle nada concreto; solo quería ponerla al corriente. Nolwenn había sido su tabla de salvación desde el primer día que pasó en su nueva «patria». Era una mujer formidable y pragmática en todo, daba la impresión de que nada en este mundo (y a Dupin le parecía que tampoco en el otro) podía sacarla de quicio. Dentro de tres semanas se iba de vacaciones por primera vez en dos años, muy lejos, a la costa mediterránea del otro lado de los Pirineos, a Portbou. Dupin estaba muy nervioso desde que se enteró de que pensaba pasar fuera dos semanas enteras.

—El prefecto quería hablar personalmente con usted hoy mismo, después de las primeras conversaciones en la reunión de Guernsey. Quedamos en que le llamaríamos esta tarde. Me temo que ahora será imposible, ¿verdad? Le dejaré un recado en la oficina.

—Eh... ¡sí, una gran idea! Sí. La comunicación aquí es muy mala. El prefecto ya se lo figurará... Es como estar en medio del mar.

—Pero el prefecto sabe que hay una antena nueva en Penfret. La inauguración fue todo un acontecimiento. Aunque es verdad que podría ser más potente. Sin embargo... supongo que usted estará en plena investigación. Tres cadáveres. En el contexto de la Bretaña, eso es... Tanto da cómo murieron. Al prefecto también le interesará que las circunstancias se aclaren rápidamente.

Dupin se animó un poco por primera vez en todo el día.

—Muy bien, sí. Eso es.

Entonces, por un momento, pensó en la antena: ¿por qué fue un «acontecimiento» tan importante que todo el mundo la conocía?

—Le diré que no cuente con que usted lo llame.

—Excelente. —Dupin dudó antes de preguntar—: ¿Ha...? ¿Cómo... le ha ido con el médico? Quiero decir que...

—Todo bien.

—Me alegro.

Se sintió un poco ridículo.

—Gracias, señor comisario. Y, sobre todo, acuérdesese de llamar a su madre. Hoy ha vuelto a dejar tres mensajes en el contestador automático.

Lo que le faltaba. No paraba de olvidarlo. Su madre. Por primera vez desde su «destierro a provincias» (ella insistía en llamarlo así), se había propuesto ir a verlo. El jueves. Y llevaba semanas llamándolo, últimamente a diario, para aclarar «cuestiones importantes» que siempre giraban en torno a un único temor: si tan lejos de la capital vivían suficientemente civilizados. Anna Dupin, la parisina elitista, hija de una familia de la alta burguesía, tiránica si no había alternativa, aunque por lo demás encantadora, solo salía de París si era imprescindible. Evidentemente, Dupin pensaba alojarla en el mejor hotel de Concarneau. Y, evidentemente, le había reservado la habitación más cara, la suite Navy, pero ella no parecía dar por hecho que hubiera agua corriente.

—Lo haré.

—Bien.

—Gracias, Nolwenn.

Dupin colgó. Todavía le faltaba ocuparse de algunas cosas para esa visita, principalmente de su casa. No es que la tuviera muy desordenada, pero no quería exponerse a la menor crítica. Lo mejor sería que no pusiera el pie en el piso. La llevaría a otros sitios.

Dio una vuelta por un pequeño saliente: allí la playa de arena blanca acababa bruscamente y una vegetación áspera, enmarañada, de un verde intenso (cañas, hierba, helechos) crecía descendiendo hacia la orilla rocosa del mar. En ese punto, la pared de roca se adentraba treinta o cuarenta metros en el agua y luego volvía a haber arena.

Dupin tomó el estrecho sendero pedregoso que rodeaba la isla, uno de los antiguos caminos de contrabandistas y piratas que tanto abundaban en aquellas costas. Las Glénan habían sido durante siglos el reino de piratas famosos: ingleses «malos», por ejemplo, y bretones «buenos», a los que todavía veneraban más allá de toda cuestión moral porque lo único que importaba era que fueran originarios de la Bretaña y famosos en el mundo entero. Nolwenn había bautizado a su primera hija con el nombre de su heroína, Jeanne de Belleville, la «Tigresa de la Bretaña»: la primera mujer pirata de la historia. Nacida en el seno de una familia noble de la Bretaña, por aquel entonces todavía independiente, esa mujer bellísima destruyó en el siglo XIII, con mucha astucia y una «flota» compuesta tan solo por tres naves, innumerables navíos cargados de armamento, buques de su enemigo mortal, el rey de Francia.

En el extremo oeste de la isla se distinguían las ruinas de la fábrica de sosa, en la que esa materia prima se extraía de las algas para la elaboración de vidrio, productos

de limpieza o colorantes. Aunque ahora costara imaginarlo, la sosa era muy valiosa a principios del siglo xx. Un poco más allá, se veía de repente un lago admirable. Parecía una superficie lisa, un poco irreal, con el increíble color que lo había hecho famoso: un verde entre azulado y grisáceo, muy brillante, casi fluorescente. Con todo, lo más extraordinario era la curiosa intensidad del tono. Lo quisiera o no (y procuró con todas sus fuerzas no quererlo), Dupin pensó automáticamente en las historias que Goulch había contado del lago. De la bruja. De Groac'h. Entendió al instante que ese lago diera alas a la imaginación, unas alas inmensas y lúgubres. Sintió un escalofrío. En su mente se formaron automáticamente imágenes de laberintos negrísimos dentro de cuevas subterráneas.

Dupin había pensado que sería una buena idea dar una vuelta por la isla, echar un vistazo, pero en realidad no había ningún motivo para hacerlo. ¿Qué buscaba? No sabían qué había ocurrido, pero seguro que no había ocurrido en Le Loc'h. Allí no encontrarían nada relevante. En el fondo, no tenía ni idea de qué podía hacer en la isla. Había que investigar la identidad de los muertos y descubrir lo que les había pasado. Y quedándose allí no iba a hacer nada de todo eso.

Ese lunes no era su día... El comisario no había dormido ni muy bien ni mucho, aunque últimamente dormía de manera aceptable, al menos para él. Había pasado la noche muy inquieto, sin saber por qué. Estaba claro que le hacía falta un café. A toda costa. Y de inmediato.

Dupin sacó el móvil del bolsillo.

—¿Le Ber?

—¿Señor comisario?

—¿Podría pedirle a Goulch que me lleve a Saint-Nicolas en la *Bir*?

—¿A Saint-Nicolas? ¿Ahora?

—Exacto.

Se produjo una pausa larga, durante la cual Dupin se imaginó que el inspector estaba preguntándose qué pensaba hacer el comisario en Saint-Nicolas. Pero Le Ber no dijo nada. Después de trabajar unos años con el comisario, un hombre testarudo y a veces cabezota, sabía que había cosas que no valía la pena preguntar.

—Supongo que Saint-Nicolas será el centro neurálgico del archipiélago, ¿no? Goulch puede aprovechar para recoger a su compañero y a lo mejor yo tengo ocasión de hablar con el inglés.

—Se lo diré a Goulch. Pero usted tiene que volver a la playa, comisario, no pueden ir a buscarlo a la otra punta de la isla.

—No se preocupe. Estaré ahí enseguida.

—Bien.



- Ah, Le Ber... El bar habrá abierto ya, ¿verdad?  
—¿El bar?  
—Para un café.  
—Ni idea, jefe.  
—Bueno, a ver...

Dupin, sentado en una de las sillas de madera cojas y despintadas que se distribuían en el exterior del bar, admiraba las nasas langosteras. Había decenas. Estaban hechas con cuerdas trenzadas de color azul claro y desteñidas por el mar, amontonadas aquí y allá a modo de torres y formando verdaderas montañas a la derecha del muelle principal.

Saltaba a la vista que no habían construido Les Quatre Vents para que fuera un restaurante, un café ni un bar. Era la caseta en la que el primer grupo de salvamento marítimo de la costa guardaba las embarcaciones. Creado con la sede central en Concarneau, habían instalado allí la delegación más importante debido a las constantes operaciones que realizaban en la zona. El edificio tenía más de cien años y lo habían reformado un poco por dentro, pero sin invertir mucho dinero. A la izquierda habían construido un pequeño anexo de madera, de aspecto provisional, torcido y pintado de blanco, igual que el edificio principal de piedra, con el que se comunicaba. Contaba con unas ventanas grandes y sitio para unas cuantas mesas más.

No había mucho donde elegir en el Quatre Vents: un pequeño surtido de bebidas, principalmente cerveza, vino y licores, un menú (pescado del día o un entrecot), bocadillos de paté de pescado, sopa de pescado y marisco del Atlántico: nécoras, centollos, caracoles de mar, almejas, chirlas, orejas de mar, bocinas, bígaros. Y, por supuesto, bogavante de las Glénan. Encima de la puerta de entrada, escrita a mano en blanco sobre un trozo de madera, se leía la palabra *BAR* y, debajo, *LES QUATRE VENTS*. A ambos lados de la inscripción, con un trazo esquemático, unas gaviotas volando. Delante de la caseta todavía se veían los raíles por los que antiguamente bajaban al mar la orgullosa barca de salvamento marítimo hasta que podía maniobrar por sí sola.

Dupin se puso de mejor humor tan pronto como llegó al Quatre Vents. Allí se estaba de maravilla. Enseguida tuvo claro que aquel sitio le gustaba y que se había ganado un puesto en la lista de «sitios especiales» que confeccionaba desde que tenía memoria. Lugares que le hacían feliz. En el Quatre Vents todo era auténtico, no habían decorado ni arreglado nada para que pareciera idílico. Y realmente no era nada idílico, era simplemente precioso, deslumbrante. Y también muy importante: el café era perfecto. Dupin ya iba por el segundo. No había camareros; los clientes iban a buscar las consumiciones a la barra y se las llevaban en una bandeja de madera a la mesa que querían. El comisario se sentó de espaldas a la pared del edificio anexo para

poder observar todo el escenario.

A la izquierda, quizá a unos treinta metros, se alzaba el edificio más grande de la isla: la antigua granja alargada que hacía las veces de sede central de la legendaria escuela de vela Les Glénans (con «s», a diferencia del nombre de las islas, que, en contra de toda lógica gramatical, se escribía sin «s»). La fundaron al final de la Segunda Guerra Mundial unos jóvenes idealistas de la Resistencia y en las décadas siguientes se convirtió en la escuela de vela más reconocida del mundo. Pronto se extendió por cinco de las islas y ahora tenía sede en doce países. El edificio era de un blanco radiante; seguramente lo habían pintado hacía poco porque, en el mar, incluso la pintura especial más resistente perdía el brillo al cabo de pocos meses, castigada por el sol, la sal, la humedad y el viento. Delante de la escuela de vela había una pequeña plaza alargada y, enfrente, dos viveros de ostras que formaban una especie de muelle con sus paredes exteriores sólidas mirando al mar. Encima habían construido un cobertizo que tapaba la mitad de los viveros y en verano funcionaba como ostrería, un local nada elegante (allí nada era elegante), sin pamplinas ni tonterías, pura delicia.

La pared delantera del cobertizo le daba un toque estrambótico a la armoniosa escena: una pintura enorme, estudiadamente naif, en la que se mezclaban paisajes típicos de las Glénans, los emblemas característicos de cada isla y temas míticos, formando una imagen panorámica surrealista. A la derecha se veía el trono de Groac'h y también a ella, representada como una reina hermosa y joven con cola de sirena. En el centro de la imagen había una playa con un pingüino grande, que miraba con desenvoltura el paraje. Los pingüinos eran los animales preferidos de Dupin, pero por mucho que se estrujara los sesos no entendía qué pintaba ahí un pingüino africano, si no se equivocaba.

Al lado del vivero de ostras más grande se extendía el muelle macizo, hecho de cemento pesado, que se adentraba unos cincuenta metros en el mar. En los meses de verano, amarraban allí las numerosas embarcaciones que navegaban entre las islas y otros lugares de la costa. La *Bir* también había tomado puerto allí hacía una media hora. El joven policía había concluido el interrogatorio al inglés (sin obtener resultados) y los esperaba en el muelle cuando llegaron.

No muy lejos de los viveros empezaba una de las típicas playas de las Glénans, que parecían realmente caribeñas. Lo más curioso de esa playa era que con marea baja, como en esos momentos, se prolongaba formando un banco de arena larguísimo que hacía que Bananec, la isla vecina más pequeña de Saint-Nicolas, pareciera un anexo de la isla principal. Entre ambas se extendía ahora la playa más extraordinaria del archipiélago, una playa que cada día, a las doce y veinticinco minutos, emergía del mar como por arte de magia.

Solo había dos mesas más ocupadas en el Quatre Vents. Un grupo de ingleses,

regatistas a juzgar por la ropa que llevaban, y un grupo de franceses, a todas luces parisinos (Dupin tenía buen ojo para esas cosas). En los dos grupos se notaba cierta inquietud, y no era de extrañar. Dupin supuso que hablaban de los cadáveres que el mar había arrastrado a la playa. Evidentemente.

Al registrar a los muertos no habían encontrado ninguna pista sobre su identidad, ni documentación ni teléfonos móviles, nada. Dos de ellos llevaban unas cuantas monedas en el bolsillo de los pantalones y a uno le encontraron una hoja de papel, muy estropeada por el agua salada y que aún no habían podido descifrar. Labat lo había llamado poco después de que llegara a Saint-Nicolas y le pasó el informe, con su habitual tono pedante.

Dupin tenía hambre. En todo el día solo se había comido el cruasán obligatorio con que acompañaba el primer café. ¿Y si pedía algo? Se le antojó extraño: tres muertos desconocidos yacían en la playa de una isla cercana, la investigación estaba en marcha, todos tenían algo que hacer y él estaba allí sentado... como si estuviera de vacaciones. Justo cuando acababa de decidir (dejando a un lado los escrúpulos) que comería algo, un ruido ensordecedor lo arrancó de sus pensamientos. Un helicóptero sobrevolaba Saint-Nicolas trazando una gran curva en dirección este. Parecía salido de la nada y Dupin distinguió que pertenecía a salvamento marítimo. Tenía que ser uno de los helicópteros de los que le había hablado Goulch. Cuando se alejó, Dupin se dispuso a levantarse. Entonces le sonó el móvil.

—¿Sí? —respondió, arrepintiéndose en ese mismo momento de no haber comprobado quién lo llamaba antes de contestar.

—Soy yo.

Ah, Nolwenn. El comisario respiró aliviado.

—Bien, ahora mismo iba a...

—Guennegues. Acaba de llamar desde Guernsey. Ha desaparecido un amigo suyo. Yannig Konan. Un empresario y también inversor, como suele decirse ahora. Se hizo rico fabricando colchones y después invirtió el dinero en distintos negocios. Toca todas las teclas. Muy rico —explicó remarcando ese «muy», y a Dupin le pareció verla arrugando la nariz mientras lo decía— y un experto en vela. Konan salió a navegar con otro hombre.

—¿Un amigo... del prefecto?

—Sí. ¿Cree que...?

—¿Dos? ¿Salieron dos a navegar?

—Sí. Dos. Ese Konan es un criminal, si quiere que le diga la verdad.

—¿Un criminal? ¿A qué se refiere con...? Bah... Seguro que ese fabricante de colchones aparece pronto. Aquí hay tres cadáveres.

Se produjo un silencio.

—¿Desde cuándo lo dan por desaparecido? —Dupin se enfadó por haberlo preguntado; no le apetecía ocuparse del tema.

—Su mujer esperaba que la llamara anoche. Y que esta mañana estuviera de vuelta en el puerto de Sainte-Marine. Es donde tiene el amarre y también una de sus casas. Hoy tenía la agenda llena. Hasta ahora no ha aparecido y no ha avisado a nadie, por eso la mujer ha llamado a su oficina de Quimper y...

—¿Y el amigo?

—La mujer de Konan dice que tampoco contesta al móvil.

—¿Adónde pensaban ir?

—La mujer no lo sabe. Cuando hace buen tiempo, suelen pasar el fin de semana a bordo. A menudo en las Glénan. Para pescar y hacer submarinismo. Para salir a tomar el aire, como decimos nosotros.

Dupin calculaba que uno de cada dos bretones tenía una barca. Y los que no tenían ninguna conocían a alguien que tenía una. Evidentemente, eso solo se cumplía con los bretones de la costa. A los del interior nunca se les ocurriría salir al mar.

—Seguro que donde están no hay cobertura. Por lo que he oído, en el mar hay muchos problemas con eso.

—El yate de Konan está equipado con teléfono por satélite. Pero tampoco han podido localizarlos de esa manera.

—Ya verá que...

El helicóptero había vuelto. Curiosamente, esta vez tampoco lo oyó hasta que lo tuvo encima. El ruido era brutal.

—¿Qué pasa ahí?

A Dupin le costó entender la pregunta.

—¡Un helicóptero! —rugió.

—¿Un helicóptero?

Dupin estaba a punto de quitarse el teléfono de la oreja para ponérselo delante de la boca y explicarse a gritos, pero Nolwenn se le adelantó.

—Claro. La policía marítima.

El helicóptero no daba muestras de irse. Al contrario, ahora se veía claramente que estaba descendiendo. Al principio despacio, y luego cada vez más deprisa. Iba a aterrizar. El estruendo aumentó, era imposible hacerse entender.

—Cuelgo —avisó Dupin. Aunque se preguntó si Nolween le habría oído.

El helicóptero desapareció de su vista, probablemente ya estaba a pocos metros del suelo. Dupin pensó qué debía hacer. ¿Ir a echar un vistazo? Se quedó sentado. Al cabo de uno o dos minutos, el piloto paró el motor y el inmenso y profundo silencio que reinaba en el archipiélago volvió al instante. Antes de que pudiera suspirar con alivio, volvió a sonar el teléfono. Esta vez no era Nolwenn, sino Le Ber.

—¿Qué hay?

—Uno de los helicópteros de los guardacostas tendría que haber aterrizado ahí.

Dupin se sintió incapaz de contestar.

—No podíamos hablar con usted, comunicaba todo el rato. Han divisado algunos objetos en el mar. Puede que de una embarcación. Cerca de un pequeño grupo de islotes, Les Méaban, tres millas náuticas al este del archipiélago. No pertenecen a las Glénan, pero no sé por qué. El otro helicóptero está allí y continúa la búsqueda.

A la discusión secular sobre cuántas islas, islotes y rocas componían el archipiélago con marea alta o baja, siempre se le había sumado otra: ¿qué islas, islotes y rocas que no formaban parte inequívocamente del archipiélago debían incluirse en él? Aunque solo fuera desde un punto de vista meramente geológico. Por lo general, se asignaba a las Glénan todo lo que en cierto modo estaba delante de la costa entre Trévignon, Concarneau y Guilvinec, de modo que el archipiélago se volvía cada vez más grande.

—¿Es posible que el agua arrastrara los cadáveres desde allí? ¿Qué opina Goulch? —preguntó Dupin.

—Cree que sí. Pero también dice que, de momento, son puras especulaciones.

—¿A qué ha venido el helicóptero?

—Es que no lo localizábamos.

—¿Ha venido por mí?

—El... el prefecto ha... or... ordenado... —Era evidente que le costaba reproducir lo que había dicho el prefecto. Titubeó tanto en la primera parte de la frase que pareció que tardase minutos en pronunciarla. Luego soltó la segunda parte en cuestión de décimas de segundo—: Que vaya usted en helicóptero a Les Méaban para examinarlo todo personalmente.

—¿Que vaya a Les Méaban? ¿Lo ha «ordenado»?

Dupin notó que se ponía furioso en contra de su voluntad, puesto que se había propuesto firmemente conservar la calma en todo lo concerniente al prefecto y no dejarse provocar por él, y eso que recordaba muy pocas cosas, frases y actuaciones suyas que no hubieran sido en cierto modo una provocación.

—¿Y por qué tengo que ir yo?

—Yo solo le comunico lo que él ha dicho. Y ha repetido varias veces que era una «orden». —Se notaba que a Le Ber le habría gustado que se lo tragara la tierra.

—¿Lo ha llamado directamente a usted?

—Sí, dos veces los últimos diez minutos. Ha intentado hablar con usted, pero, lo dicho, comunicaba. También me ha pedido —la voz de Le Ber sonaba angustiada— que le recordara sin falta que tiene que activar la llamada en espera del teléfono, que ya se lo ha dicho varias veces, que no puede localizarlo nunca cuando hay algo importante. Que siempre acaba contestándole Nolwenn.

—¿Llamada en espera?

La conversación era ininteligible.

—Eso es...

—No pienso ir a ningún sitio. ¿Qué cree que voy a descubrir desde el aire? Menuda tontería. Los compañeros lo inspeccionarán todo a conciencia. Lo que interesa es enviar una de las patrulleras.

—La *Bir* ya ha zarpado hacia allí. Lleva equipos de submarinismo a bordo. ¿Quiere que pase a recogerlo la otra patrullera?

—No pienso moverme de aquí.

—¿Y el prefec...?

—Eso corre de mi cuenta, Le Ber. Dígale al piloto del helicóptero que ya puede irse. A donde sea. Llámeme si hay alguna novedad.

—Pero...

Dupin colgó. Le Ber lo entendería. Lo conocía cuando estaba de mal humor. El comisario se recostó en la silla y respiró hondo. Intentó tranquilizarse. Entonces se dio cuenta de que los clientes de las otras mesas lo miraban sin mucho disimulo, unos más y otros menos. No se lo tomó a mal. Justo cuando intentaba forzar una sonrisa en dirección a ambos grupos volvió a sonarle el teléfono.

Otra vez Nolwenn.

—Han encontrado el yate de Yannig Konan. Está en buenas condiciones en el puerto de Bénodet. Él todavía no ha aparecido... Pero por lo menos es un descanso. El prefecto dice que puede cesar la alarma.

Dupin se preguntó cómo conseguía el prefecto hacer tantas llamadas en tan poco tiempo y estar siempre al corriente de todo; casi le impuso respeto.

—Menos mal.

—Solo para el fabricante de colchones. Los tres muertos siguen muertos.

Nolwenn había vuelto a dar en el clavo.

—Eso es malo, sí.

Se había esforzado por utilizar el tono adecuado. Solo lo consiguió a medias.

—Pues ya hablaremos más tarde, señor comisario.

—Sí. Solo una cosa más...

En ese momento, el piloto del helicóptero puso el motor en marcha. Volvió a oírse un ruido ensordecedor. Dupin colgó sin más. Poco después, el aparato apareció por encima de la escuela de vela, ascendió a un ritmo considerable y se dirigió hacia el sudeste. Dupin supuso que de vuelta a Les Méaban.

Los últimos minutos habían sido grotescos. Pero no permitiría que lo importunaran más. Ahora mismo se comería un bogavante. Con tranquilidad. Ya casi era mediodía.

Los indicios se acumulaban: probablemente se enfrentaban a un naufragio. La tripulación de la *Bir* examinaría hasta el más mínimo detalle los objetos que habían

visto desde el helicóptero. Kireg Goulch y sus hombres confirmarían que había sido un accidente y lo reconstruirían en un santiamén. El interés tiránico del prefecto por los progresos de la investigación se había agotado en el momento en que tuvo claro que su amigo no era uno de los muertos. Genial.

El comisario se levantó por fin y entró en el bar. Detrás de la barra estaba la misma chica que le había servido el café. Seguía apoyada en la pared, cerca del acceso al edificio anexo y con una pose de aburrimiento provocativa. De baja estatura, no muy frágil, pero delgada, con un pelo negrísimo y largo hasta los hombros, ojos castaños muy oscuros, nariz respingona y, sobre todo, majestuosamente indiferente y lejana. Sin embargo, Dupin habría jurado que antes llevaba una camiseta roja por encima de los pantalones vaqueros, y no de color azul. Esa primera vez, al pedir el café, intentó entablar conversación con ella, pero fracasó de una manera impresionante. De su boca no salieron más que un «sí» y un «por favor». Esta vez tampoco lo miró hasta que se puso delante de ella en la barra.

—Tomaré un poco de bogavante.

La chica tardó unos segundos en contestar.

—Puede ser medio bogavante. O un bogavante entero.

—Bien. Uno entero.

Permaneció quieta hasta ese momento. Luego se movió con la agilidad de un felino y, sin decir palabra, entró en la cocina a través de una puerta estrecha que estaba abierta. La cocina no podía ser muy grande, como mucho habría dos metros hasta la pared del fondo, que daba al exterior. Al final de la barra había un viejo leyendo absorto el periódico. Dupin ya se había fijado en él antes. Seguía sentado en la misma posición. Tenía el pelo blanco y muy corto y la cara surcada por profundas arrugas, curtida por el sol. Cualquiera habría jurado que era un viejo marinero respetable. Igual que antes, levantó un poco la cabeza, lo miró y lo saludó con un gesto mínimo pero cordial. La chica no tardó en volver con un plato rústico de cerámica blanca, en el que había un bogavante partido por la mitad, un buen trozo de pan, medio limón y dos cuencos pequeños blancos, uno con mayonesa y el otro con salsa *rouille*.

—Y una jarra de agua, por favor. —Dupin dudó—. Y una copa de Muscadet.

La chica dejó el plato en una bandeja, cogió una de las jarras de agua, que estaban colocadas formando una hilera larga, y luego sirvió el vino sin prisas.

—Veintidós euros.

Dupin sacó la cartera. Siempre se quedaba fascinado. En París le habrían cobrado al menos sesenta euros. Eso como mínimo.

—¿Se ha enterado de la noticia? ¿De lo que ha ocurrido en Le Loc'h?

—¿Los cadáveres? —respondió ella, como si hubiera noticias aún más espectaculares.

—Exacto.

—Sí.

Seguía impasible.

—¿Y usted qué opina?

Lo miró un poco asombrada.

—¿Yo?

—Sí. Usted vive aquí.

—Ah, ya veo... ¿Usted es el policía, el que va interrogando a la gente?

No fue una verdadera pregunta. Dupin sabía que no parecía policía, y ese día menos aún que de costumbre.

—Sí... No, ya se ha ido. Yo soy... otro policía.

A la chica no la impresionó la respuesta torpe de Dupin.

—Todavía están en Le Loc'h.

—Lo sé. ¿Y usted qué cree que ha ocurrido?

Esta vez lo miró realmente desconcertada. Se hizo un silencio y Dupin supuso que no contestaría.

—Son cosas que pasan. El mar.

A Dupin le gustaba su carácter, aunque hablar con ella fuera un poco complicado.

—Gracias.

Sin decir nada más, la chica volvió a colocarse en la misma postura y en el mismo sitio que al principio. Dupin cogió la bandeja y uno de los periódicos arrugados y manoseados que había en la barra, salió del local y se sentó de nuevo a la mesa. Uno de los dos grupos se preparaba ruidosamente para irse. Dupin se fijó entonces en que no eran regatistas, sino submarinistas: vio los equipos que llevaban en unas bolsas grandes. Había oído decir innumerables veces que las Glénan, sus albuferas, se contaban entre los paraísos más espectaculares de Europa para practicar el submarinismo. Sobre todo la *Chambre*, por supuesto, con su flora y su fauna submarinas únicas. Y la escuela de submarinismo de las Glénan era toda una institución, si bien no tenía tanto nombre ni era tan grande como la escuela de vela. El grupo se dirigió con parsimonia al edificio de la escuela de submarinismo, que estaba a poca distancia del Quatre Vents. No había ningún camino marcado, se llegaba cruzando un campo de musgo.



## El bogavante estaba...

El bogavante estaba riquísimo. Si el bogavante bretón, un poco más pequeño que el americano y de color azul oscuro, ya era una exquisitez por su delicada carne blanca, la fama gastronómica del bogavante de las Glénan (y de todo lo que se pescaba en el archipiélago) era superior. Naturalmente, era «el mejor bogavante del mundo», pero Dupin, que todavía se reía a veces de la típica afición de los bretones por los comparativos y los superlativos en todo lo concerniente a la Bretaña (aunque él mismo la había interiorizado plenamente con el tiempo), pensó que el orgullo estaba más que justificado en ese caso. Aquel bogavante tenía un sabor suave y a la vez aromático, con un ligero toque de almendras amargas que le gustaba mucho. La esencia del mar se condensaba en la lengua con cada bocado. Pensó dónde podría encontrarlos en el continente. Se lo preguntaría a Lily Basset, la dueña del Amiral. O a su marido, Philippe, el formidable cocinero. Quizá incluso los servían en el Amiral. Y seguro que los vendían en el magnífico mercado antiguo de la plaza Mayor de Concarneau, donde había de todo y más. Le recordaba al mercado del Distrito VI de París, en la rue Lobineau, que le encantaba ya de niño y era extraordinario, también porque abría a las seis de la mañana y no cerraba antes de medianoche, una gran ventaja para él, que ya tenía horarios muy irregulares cuando trabajaba en París. Fue mucho tiempo el lugar favorito de Claire y suyo. A veces se veían allí a las diez o a las once de la noche, al salir del trabajo, en un puesto que parecía un bistró, con unas cuantas sillas viejas de madera y donde vendían principalmente vino, queso y mostaza. Comían y observaban a la gente y la maravillosa atmósfera propia de esas horas. Todos bebían vino y no hablaban mucho.

Dupin se acordó de que tenía que llamar a Claire. Quería hacerlo. Sinceramente, *quería* llamarla. Unas semanas antes habían quedado en que hablarían por teléfono. La había llamado a principios de abril, cuando ella iba hacia la clínica, y decidieron que tendrían una conversación más larga otro día. Ya la habían tenido después de las últimas Navidades. Entonces hablaron detenidamente, también para considerar la posibilidad de volver a verse, pero ninguno de los dos se atrevió a dar el paso. Pero él quería verla. Lo tenía claro desde hacía semanas. No es que antes no lo tuviera claro, pero no tanto. Las relaciones que había iniciado desde que rompió con ella (y habían sido unas cuantas) nunca habían llegado a nada serio. Y no porque no fueran mujeres maravillosas, que lo eran, sino porque siempre se acababa dando súbitamente cuenta de que la cosa no funcionaba. Ni siquiera el último año, con la historiadora del arte que lo ayudó en un caso espectacular y con la que salió unas cuantas veces. Estuvo muy bien. Y fueron al Océanopolis. A ver a los pingüinos de Dupin. Después, ella se

marchó a Montreal, donde le habían ofrecido una cátedra en la universidad, aunque ese no fue el verdadero motivo de que no siguieran juntos.

Las dos últimas veces que había hablado con Claire por teléfono, Dupin tuvo la sensación de que ella también pensaba en un reencuentro. Cogió el móvil y marcó su número, que aún sabía de memoria. Pasaron unos segundos.

«Buenos días, le habla el contestador de la doctora Claire Chauffin, del Servicio de Cirugía del hospital Georges Pompidou. Deje su mensaje después de oír la señal».

Había desviado las llamadas al teléfono de la clínica. Como casi siempre. Dupin dudó.

—Yo... te llamo luego —dijo, y colgó bruscamente.

Sabía que el mensaje era cualquier cosa menos perfecto. Confió en que al menos reconociera su voz, porque la conexión en la isla no era muy buena.

Lo reconocería. Seguro. Y él... había llamado.

Mientras se deleitaba con el fabuloso bogavante, lo incordió, en contra de su voluntad, una pregunta que le rondaba la mente desde la última vez que había hablado por teléfono con Nolwenn y que desde entonces intentaba quitarse a toda costa de la cabeza. En vano. Tendría que poner más empeño en distraerse pensando en otra cosa.

Por ejemplo, en la embarcación que acababa de llegar al muelle y no se parecía a las otras. Era más grande, más larga, calculó que unos quince metros, y presentaba unas estructuras que parecían tener una finalidad industrial. El sol quemaba. Le habría ido bien una gorra. Era inútil. No conseguía distraerse.

—Mierda.

Había renegado en voz baja, pero unos cuantos clientes se volvieron a mirarlo. Cogió el teléfono. Volvía a estar casi de tan mal humor como por la mañana. Dupin sabía que los que lo conocían decían que era un gruñón y, a veces, insoportable (durante el último caso oyó que lo llamaban «rezongón», y la palabra le encantó). Dependiendo de cómo estaba de ánimos, reaccionaba a esos comentarios de forma conciliadora, riéndose de sí mismo o con cierta rudeza, pero en general pensaba que esas afirmaciones eran exageradas.

—¿Nolwenn?

—¿Señor comisario?

—El yate del fabricante de colchones, ese que han encontrado en Bénodet... ¿Se sabe algo del hombre? Quiero decir que si ha dado señales de vida.

—No lo sé. El prefecto se ha tranquilizado al saber que el yate de Konan estaba en el puerto. Preguntaré si hay alguna novedad.

—¿Y el amigo de Konan? ¿Hay noticias de él? ¿Y sabe alguien por qué el yate está en Bénodet y no en Sainte-Marine? ¿Quién ha visto el yate en el puerto y por qué

lo ha notificado?

—No tengo ni idea.

—¿Sabe cómo se llama el amigo?

—No.

—¿Tenía también yate?

—Por lo que sé, siempre salían a navegar en el de Yannig Konan. ¿Quiere que aclare todos esos puntos?

Dupin no estaba seguro. Ni él mismo se entendía. Se preocupaba por un amigo del prefecto, al que Nolwenn consideraba un criminal, y todo sin que de momento hubiera indicios que permitieran suponer que había algo de lo que preocuparse. Seguro que estaba con una mujer. Alguna historia sórdida.

—Me estoy acabando el bogavante.

—¿El bogavante?

—Sí, bogavante.

—¿Está en el Quatre Vents?

—Exacto.

—Me alegro de que esté ahí, el bogavante de las Glénan es el mejor del mundo. Hable con Solenn Nuz si necesita algo. Es la dueña del Quatre Vents. Lo sabe todo y conoce a todo el mundo. Las Glénan son su reino.

—¿Su reino?

—Sin duda.

—¿Por qué lo dice?

—Verá, Solenn Nuz compró el Quatre Vents hace diez años al municipio. Con su marido, Jacques, un apasionado del submarinismo. En esa época, él ya era el propietario de la escuela de submarinismo, pero todavía vivían en el continente. Nadie quería la vieja caseta, estuvo vacía durante casi siete años. A todo el mundo le parecía un engorro montar ahí un restaurante. ¿La ha visto? ¿A Solenn Nuz?

—No.

—Entonces habrá visto a una de sus dos hijas. Louann y Armelle también trabajan en el bar. Las tres se parecen tanto que cuesta distinguirlas, es asombroso. Una vive con su madre en el archipiélago y la otra, con su novio en el continente, pero está ahí muy a menudo. Tienen una casita en la isla, casi detrás de la escuela de vela.

Dupin imaginó que vivir allí no sería fácil.

—¿Y el marido? ¿El submarinista?

—Oh, una historia trágica... Se ahogó. Justo cuando acababan de comprar el Quatre Vents y pensaban mudarse a las Glénan. Era el gran sueño de los dos. Solenn se instaló de todos modos en las islas y arrendó el club de submarinismo a una amiga.

En los años que llevaba trabajando con Nolwenn, el comisario se había

acostumbrado a que supiera muchas cosas de mucha gente de Cornualles (la costa entre el extremo más occidental de Francia, Pointe du Raz, y Quimperlé) y nunca se las diera de nada. Sin embargo, a veces se quedaba boquiabierto y se le escapaba la pregunta:

—¿Y usted cómo lo sabe?

—El fin del mundo no es muy grande, señor comisario. Además, mi marido...

—... una vez hizo unos trabajillos para Solenn Nuz.

—Eso es.

Dupin no tenía ni idea de a qué se dedicaba el marido de Nolwenn (enseguida decidió que no lo preguntaría nunca), pero por lo visto tenía un oficio universal. Calculaba que no habría mucha gente en la región a la que el marido de Nolwenn no le hubiera hecho «unos trabajillos».

—Es una mujer muy guapa. Dura. Una belleza sobria. Se conserva bien. Muy joven.

Dupin no estaba seguro de lo que había querido decir Nolwenn. ¿Por qué le hablaba tanto de la dueña del bar?

Hizo una pausa.

—Olvide que la he llamado, Nolwenn.

Nolwenn conocía los cambios bruscos de Dupin, en todos los sentidos.

—De acuerdo. Hablamos más tarde.

—La llamaré.

Nolwenn colgó.

Dupin aún tenía el teléfono cerca de la oreja y, justo cuando acababa de pulsar la tecla roja para colgar, sonó de nuevo. Cogió la llamada en un acto reflejo.

—¿Señor comisario?

—¿Le Ber?

—Siempre comunica. Quería decirle que, si le parece bien, el helicóptero llevará los cadáveres al Instituto Forense de Quimper. Aquí ya no podemos hacer nada. Tampoco Savoir. Los necesita en el laboratorio. Le urge.

—Por supuesto. ¿Hay alguna novedad? ¿Denuncias de desaparición? ¿Un naufragio?

—Hasta ahora no.

—Es imposible. Alguien tiene que echarlos de menos.

—Podrían ser de cualquier parte. Quizá eran extranjeros. Holandeses, alemanes, ingleses o parisinos, que hacían una travesía por la costa. Mucha gente lo hace. Si estaban de vacaciones con su propia embarcación o con una prestada, es posible que tarden en echarlos de menos. Y más aún en avisar a la policía.

Eso era cierto. Dupin frunció el ceño y se frotó la sien con la mano derecha.

—La *Bir* está en Les Méaban —prosiguió Le Ber—. Hay objetos flotando entre

las rocas, sobre todo plástico. De momento, nada que señale específicamente a un accidente marítimo. Lo están examinando todo a conciencia. Labat y yo pasaremos a buscarlo en la *Luc'hed*. Y luego preguntaremos por las embarcaciones que están en la *Chambre*. A ver si les ha llamado la atención alguna cosa. Aunque seguramente no servirá de mucho.

—¿Pasar a buscarme?

—Exacto.

—De acuerdo.

Dupin pronunció las palabras con parsimonia; mientras hablaban, él estaba pensando en otra cosa. Sinceramente, no sabía qué se le había perdido en Saint-Nicolas, en las Glénan, excepto que se estaba de maravilla, había probado el mejor bogavante de su vida y el café era perfecto. Podía volver a Concarneau con el doctor Savoir y dirigir la operación desde allí. Eso le ofrecía la ventaja de que no tendría que volver a subirse a una patrullera.

—¿Sigue ahí, señor comisario?

—Le Ber... Quiero que venga a buscarme el helicóptero. Dentro de media hora en Saint-Nicolas. Todavía tienen que subir los cadáveres a bordo y seguro que tardarán un rato.

La respuesta de Le Ber se demoró un poco.

—Cierto, usted ya no puede hacer nada ahí. Ahora mismo lo arreglo.

—Y ustedes podrán empezar a preguntar directamente por las embarcaciones. No hace falta que vengan a Saint-Nicolas.

Tenía media hora más para estar solo. Para acabar de comer en paz.

Dupin colgó.

Echó un vistazo a su alrededor. La terraza se había llenado de golpe. Casi todas las mesas estaban ocupadas, también una de las dos que estaban más cerca de él. Seguro que la pareja había oído lo que decía. Dupin esbozó una sonrisa marcadamente cordial, aunque eso no cambió el hecho de que sus vecinos lo miraran con recelo.

Había mucho movimiento. La temporada de vela y submarinismo había empezado. Todos los años, la temperatura del Atlántico hacía un salto decisivo a finales de abril y pasaba de diez o doce grados a catorce o quince. Después, en junio y julio, llegaba a dieciocho grados y, cuando había «olas de calor» en la Bretaña, algunas veces a diecinueve o veinte (contaban que en 2006, los días 23 y 24 de agosto al anochecer, ¡el mar alcanzó en Port Manech una temperatura de veintidós grados!). Las personas que veía eran claramente entusiastas de los deportes acuáticos, la mayoría entre los veinte y los cuarenta años. Los meses de mayo y septiembre, cuando aparecían los grandes bancos de caballa, eran la mejor temporada para los pescadores de caña. Solo había que dejar unos segundos el sedal con el anzuelo en el

agua, y los peces picaban. Y con los aparejos de cinco anzuelos que usaban en la zona, salían cinco peces gordos por cada aparejo. Dupin había oído contar muchas historias.

Se comió el último trozo de bogavante, la carne de las pinzas abiertas. Se había guardado lo mejor para el final, era algo que ya hacía de niño. Y bebió el último trago de vino blanco, muy bueno y muy frío.

Dupin se arrellanó en el asiento. Cogió el periódico. La primera página del *Ouest-France* (uno de los dos grandes periódicos regionales que a Dupin le gustaban y que leía detenidamente todas las mañanas) estaba dedicada casi por entero a los treinta y seis jabalíes que habían muerto en los últimos días. Los habían encontrado en la playa, en el departamento de las Costas de Armor, al norte. Muertos a causa de los gases venenosos que provocaba la descomposición de las algas verdes. Era una noticia triste, una noticia que daba muchísimo coraje. La muerte de un jabalí afectaba profundamente a los bretones, que amaban a esos animales (*Astérix y Obélix* eran pura verdad). Hacía años que la plaga de algas era uno de los temas más discutidos en la Bretaña. También era uno de los temas preferidos de Le Ber, que desde el viernes por la tarde no paraba de renegar cada media hora («¡Qué cerdada!»). Los fertilizantes que echaban en el campo se filtraban en la tierra y los nitratos llegaban al mar a través de los ríos y riachuelos. Eso provocaba que en los meses de verano se depositaran grandes cantidades de algas en las playas; en algunas, se acumulaban cubriendo cientos de metros. Eran inocuas, incluso comestibles, pero se convertían en un peligro cuando se descomponían con el sol del verano. Ese año, las primeras algas habían llegado a finales de abril, más pronto que nunca. En toda Francia y en media Europa se hablaba del tema. Quizá la muerte de los jabalíes conseguiría que se actuara contra el poder del lobby de agricultores y la desvergüenza de muchos políticos que le quitaban importancia al problema. Quizá los jabalíes cambiarían las cosas, eso sería una historia muy bretona.

El móvil de Dupin volvió a sonar. Otra vez Nolwenn.

—El amigo de Konan se llama Lucas Lefort. Toda una celebridad en la Bretaña. Copropietario de la escuela de vela Les Glénans. ¡La escuela de vela más famosa del mundo! Es suya y de su hermana, los dos la heredaron. Además, Lefort era regatista profesional. Hace ocho años formó parte de la tripulación del *Explorer IV*, que ganó la primera Copa Admiral, la competición más importante y más dura de yates de vela. De la clase Open... la copa del mundo no oficial. ¡Equipos compuestos solo por bretones!

Nolwenn cogió aire y continuó hablando un poco más tranquila.

—Konan sale a navegar con él. La sede central de la escuela está al lado del Quatre Vents. Lefort también tiene una casa en Saint-Nicolas, una de esas casas horribles por fuera, en dirección a Bananec.

Dupin abordó con desgana la cuestión.

—¿Vive en las islas?

—En realidad vive en Les Sables Blancs, donde tiene una mansión reformada al último grito por un arquitecto estrella, con piscina y todo lo demás. Un soltero empedernido. Si quiere que le diga la verdad, un presuntuoso, un creído y un mujeriego. No para de salir en los titulares.

Dupin tuvo de nuevo la tentación de preguntarle cómo lo sabía y de dónde había sacado tanta información en tan poco tiempo. Y sobre todo por qué le dedicaba adjetivos tan contundentes si al principio parecía que hablara de un héroe.

—Lefort tiene dos yates, pero no en Bénodet, claro, sino en Concarneau. Un velero de lujo y una de esas lanchas rápidas. Probablemente la usa para moverse entre las Glénan y el continente.

—Hum. ¿Y por qué Konan y él no salen a navegar en el velero de lujo?

—Ni idea, señor comisario.

—Veré si lo encuentro por aquí. O si alguien sabe algo.

Dupin lo dijo instintivamente. Nolvonn contaba con ello, lo conocía muy bien.

—Acabo de preguntar en la escuela de vela si está en la isla. Me han dicho que no saben dónde está, pero que lo esperan urgentemente.

—Entendido. Dígale a Le Ber que no hace falta que venga a buscarme el helicóptero. Seguro que también puede venir más tarde. Supongo. Después de llevar los cadáveres a Quimper, ¿verdad?

—No sé. Pero hay otro helicóptero de salvamento marítimo.

—Muy bien.

Dupin solo quería una cosa: no volver a subir a la patrullera.

Al cabo de unos minutos, el comisario Dupin estaba delante de la casa de Lucas Lefort, un edificio realmente feo, el primero de una hilera de casas, todas idénticas. Seis viviendas, una cada quince metros más o menos, y todas unos metros más atrás respecto a la anterior. Las seis tenían un jardín grande, pero árido, únicamente con los típicos matorrales que crecían en la isla, aunque con unas vistas preciosas a la laguna de Saint-Nicolas, a las islas de Penfret, Drénec, Le Loc'h y, en medio de la *Chambre*, a la fortaleza de Cigogne. Un pequeño muro de cemento, que llegaba a la altura de las rodillas, nada decorativo y bastante raro, separaba los jardines del camino, que bordeaba la orilla del mar. Las casas debían de ser de los años setenta y seguro que en aquella época presentaban una arquitectura ambiciosa. Los tejados de pizarra llegaban casi hasta el suelo, y las ventanas y las terrazas se integraban en ellos como si fueran nichos, un diseño que se consideraba elegante en aquella década. La ley de costas, muy estricta desde hacía unos años, había sido probablemente lo que había impedido que las demolieran y las sustituyeran por construcciones nuevas. La terraza

de Lefort, lo único bonito de toda la casa, era de madera y estaba flanqueada por unas piedras grandes. Había una mesa enorme, que a Dupin le pareció exagerada, y una cantidad de sillas que también era desproporcionada.

A través de la ventana panorámica, en la que se reflejaba la luz, no se veía a nadie. En el margen derecho de la finca había una pequeña verja de madera, desde la que partía un camino estrecho de grava que conducía a la puerta de entrada, situada en un lateral de la casa. No había timbre en la verja. Solo una placa esmaltada: «L. Lefort».

Dupin acarició de nuevo la idea de pedirle a Le Ber que pasaran a recogerlo para llevarlo al continente. La situación era de lo más grotesca. Iba a preguntarle a un hombre que caía mal por un hombre que también caía mal y además era amigo del odioso prefecto. Seguro que Lefort estaba durmiendo a pierna suelta después de una noche larga, si no allí, en su mansión de Les Sables Blancs. ¿Y qué significaba eso de que lo esperaban urgentemente? Además, nada indicaba que Konan y Lefort pudieran ser dos de los tres cadáveres que en esos momentos volaban hacia el Instituto Forense de Quimper. ¿Y qué le diría a Lefort si lo encontraba en casa? ¿«Tenía la leve sospecha de que usted era uno de los tres cadáveres que el mar ha arrastrado a la playa, aunque nada apuntaba en esa dirección... Me alegro de que no sea usted»? En realidad, todo indicaba que lo mejor sería volver inmediatamente a Concarneau. Sin embargo, por mucho que lo fastidiara, no le quedaba otro remedio. Abrió la verja y siguió el camino de grava.

La puerta de la entrada, de aluminio y con vidrio traslúcido en el tercio superior, era igual de fea que el resto de la casa. Allí tampoco encontró ningún timbre. Dupin llamó a la puerta. Primero discretamente. Luego, después de esperar un poco, con determinación.

—¿Señor Lefort? ¿Hola? —Dupin lo dijo varias veces. Cada vez más alto—. Comisario de la policía de Concarneau.

—No sé si está.

Dupin se sobresaltó. Detrás de él había una mujer. No podía haber llegado por el camino de grava porque la habría oído acercarse.

—Yo... Buenos días, señora. Soy el comisario Dupin, de la policía de Concarneau.

Calculó que la mujer rondaba los cuarenta. Pelo largo, tupido y rubio claro, recogido disciplinadamente en una trenza. Era delgadísima, de estatura media y con unos pómulos muy marcados que armonizaban totalmente con su cara alargada. Muy alargada, pero en absoluto fea. Ojos de mirada discreta, pero despierta y segura. Falda de paño marrón muy ceñida y blusa muy sobria y también ceñida de color naranja oscuro. Vestía de un modo que hacía gracia, quizá un poco anticuada.

—¿Le ha pasado algo a Lucas? ¿Puedo saber qué? Soy su hermana. Muriel



Lefort.

—No, no, nada. Solo iba a...

Sería aún más complicado que si hubiera encontrado a Lefort. Dijera lo que dijese, la asustaría.

—No tiene por qué preocuparse, se lo aseguro.

Dupin se sintió mal al decirlo.

—Mi hermano y yo habíamos quedado hoy, pero no se ha presentado. Venía a ver si estaba en casa. No contesta al móvil. He visto su lancha en el puerto; o sea, que tiene que estar en la isla. En realidad, vive en Les Sables Blancs, pero viene de vez en cuando, aunque no suele quedarse a dormir. En cualquier caso, anoche estaba aquí.

—¿Anoche estaba aquí?

—Sí. Lo vi un momento en el Quatre Vents. Pero no hablé con él. Solo me quedé unos minutos.

—¿Su hermano estaba solo?

—No sabría decirle. Lo vi en la barra, hablando con una rubia. ¿Por qué lo busca?

Dupin había confiado en que podría evitar la pregunta.

No entendía nada. Lefort estuvo allí la noche anterior. ¿También Yannig Konan? ¿Navegaban por la zona y pararon en la isla debido a la tormenta? ¿Pasaron la noche en la isla? Si Lefort estaba solo, ¿no sería eso un indicio de que Konan no salió a navegar con Lefort, sino que estuvo con una mujer o algo por el estilo? Pero ¿dónde estaba Lefort?

—¿Tiene las llaves de la casa de su hermano?

—Aquí no. Puedo ir a buscarlas, vivo aquí al lado.

El móvil de Dupin retronó. Vio el número de Labat. Se retiró un poco y contestó.

—Tenemos una denuncia por desaparición. Acaban de presentarla en Quimper.

Labat lo dijo hablando atropelladamente, aunque se esforzó por controlar las palabras.

—¿Quién es?

—Un tal Arthur Martin. De Île-Tudy, no muy lejos de Bénodet. Ha...

—¿Edad?

—Cincuenta y cinco.

—Yo... Espere un momento, Labat.

Dupin se volvió hacia Muriel Lefort, que lo miraba con inquietud.

—El asunto es otro, señora Lefort. Es otra persona. Definitivamente.

—Me alegro... Quiero decir que... —Se interrumpió, abochornada—. Voy a buscar las llaves.

—Sí, vaya.

Dupin esperó un momento y volvió a hablar con Labat.

—¿Quién ha puesto la denuncia?

—Su novia. El hombre estuvo en la isla de Les Moutons. No pertenece al archipiélago, pero todo el mundo la incluye. Está a cinco millas náuticas en dirección al continente, un poco al oeste. Tenía que volver con la barca esta mañana como muy tarde. Siempre sale a navegar con una barca no muy grande, cinco metros sesenta de eslora. Pero con camarote. La novia ha intentado localizarlo llamándolo al móvil. Y se ha puesto cada vez más nerviosa.

—Quizá se ha quedado sin batería.

—La mujer ha pasado por su casa y lo ha llamado a la oficina. No se ha presentado al trabajo.

—¿Qué hacía en las islas?

—Pescar. Es un pescador experto.

—¿Iba solo?

—La novia dice que siempre salía solo. He pedido que nos manden una fotografía a mi smartphone.

Labat no tenía móvil, claro que no, él tenía un smartphone. Dupin no soportaba la manera en que Labat pronunciaba la palabra «smartphone», y todavía menos cómo se le subían los humos cuando lo utilizaba, con todas sus funciones sensacionales.

—No veo nada que indique que el desaparecido pueda ser uno de los tres cadáveres. Seguro que el señor Martin aparece pronto.

Dupin era consciente de que la rigurosidad de esa conclusión se basaba principalmente en el enfado que le causaba que Labat se apuntara un tanto. No obstante, la cosa en sí tampoco tenía mucho sentido. Se trataba de un hombre solo. Nada indicaba que se hubiera reunido con alguien. Y era muy improbable que la noche anterior hubieran zozobrado varias embarcaciones con un solo tripulante a bordo y en varios sitios distintos, y que tres cadáveres aparecieran en la misma playa, ¿no?

—Yo también creo que no es más que una casualidad puntual. En este momento tenemos tres cadáveres sin identificar y un desaparecido. Una denuncia por desaparición, precisamente donde ya hay un caso. Pero sería una imprudencia grave no investigarlo.

Dupin tuvo que admitir que, formulada de ese modo, la opinión de Labat parecía convincente.

—De acuerdo.

—Habría que encargar a uno de los helicópteros que examine la zona alrededor de Les Moutons. Y también habría que pedir una lancha en Bénodet o Fouesnant. La isla de Les Moutons está deshabitada, pero es posible que ayer hubiera otras embarcaciones en la zona y alguien viera la barca de Martin.

—Ocúpese usted, Labat.

Dupin colgó. ¿Podía ser que, por algún motivo que ellos desconocían, hubiera dos

personas más a bordo de la barca del hombre de Île-Tudy? En realidad, no sabían nada. Nada de nada.

Echó un vistazo alrededor y vio de nuevo a la señora Lefort, que volvía saltando ágilmente el pequeño muro que separaba la primera casa de la segunda. No tardó mucho en llegar a su lado.

—Las llaves.

Muriel Lefort parecía muy serena.

Un instante después abrió la puerta.

Se entraba directamente en una sala espaciosa y abierta, que hacía las veces de comedor y sala de estar. Las ventanas panorámicas daban a la parte de delante y a la de detrás, y la cocina, pequeña y señorial, estaba justo enfrente de la puerta de entrada.

—¿Lucas? ¿Lucas? ¿Estás ahí?

La casa no estaba limpia como una patena, pero tampoco desordenada. La señora Lefort se quedó en la entrada, un poco indecisa.

—Me resulta un poco embarazoso entrar por las buenas en casa de mi hermano. En circunstancias normales, no lo haría.

—En este caso está... justificado.

Dupin pronunció las palabras con voz suave, pero firme.

—Si usted lo dice.

Muriel Lefort se dirigió a la escalera estrecha de madera que llevaba al altillo. El comisario Dupin se detuvo casi en el centro de la sala.

—¿Lucas? Un comisario de la policía quiere hablar contigo.

Subió las escaleras y desapareció unos instantes en el piso de arriba antes de volver a aparecer.

—No hay nadie, señor comisario. La cama no está deshecha y tampoco parece que hayan usado el cuarto de baño. Da la impresión de que no ha dormido aquí.

—Se iría anoche.

—Ya se lo he dicho: su lancha está en el puerto. Tiene una de esas ridículas lanchas rápidas. Y un amarre en el muelle.

—Tal vez...

Dupin se interrumpió. Aquello no conducía a nada. Eran puras especulaciones. Necesitaban evidencias.

—¿Tiene una fotografía de su hermano?

La señora Lefort volvió a ponerse nerviosa.

—¿Cree que mi hermano podría ser uno de los muertos?

—Me gustaría poder afirmar con toda seguridad que no lo es.

—A lo mejor ha pasado la noche con alguien. Él...

Entonces fue Muriel Lefort la que se interrumpió.

—Voy a buscar una fotografía.

Desapareció de nuevo en el altillo y volvió al cabo de poco.

—Había una encima de la cama, con su novia actual. Creo.

Pronunció la palabra «novia» remarcándola de un modo extrañamente artificial.

—Al menos, la foto es bastante reciente. Tenga.

Se la dio. Dupin vio a un hombre alto, delgado y, había que reconocerlo, atractivo. Tenía unos rasgos muy pronunciados, unos pómulos marcados, pelo corto y sin entradas, negro y brillante, y estaba a bordo de un velero grande, vestido con bermudas y un polo oscuro. Se reía y abrazaba a una joven espectacular de pelo castaño que iba en bikini. Lucas Lefort miraba directamente a la cámara, con seguridad, de manera penetrante, desafiante. El comisario no pudo determinar si el hombre de la foto era uno de los tres muertos que habían encontrado en la playa. También era cierto que solo habían podido ver con cierta claridad la cara de uno de los hombres. Y no era ese.

—No puedo afirmar nada a partir de esta fotografía. Nos vendría bien examinarla un poco más. Así tendremos la completa certeza. Yo...

Dupin se interrumpió, pensativo.

—En internet hay muchas fotos de mi hermano. Es un regatista famoso. La Copa Admiral...

—¿Puedo quedármela de todos modos?

—Pero si aparece pronto, tendrá que explicarle qué hace el comisario de la policía de Concarneau con una fotografía privada de él y su novia.

Muriel Lefort esbozó una sonrisa ligeramente forzada.

—Ya se me ocurrirá algo, no se preocupe. Lo que ahora importa es otra cosa: ¿dice usted que nadie ha visto a su hermano desde anoche?

—Así es, por lo que yo sé —contestó ella con recelo—. Mi secretaria dice que no lo ha visto en toda la mañana. Tampoco sé qué planes tenía. Como ya le he dicho, ayer no hablé con él en el Quatre Vents. Nosotros... —Pareció pensar la respuesta—. Todo el mundo sabe que no nos... llevamos muy bien. Hoy teníamos una reunión para tratar algunos temas importantes. Dirigimos la escuela de vela juntos, en teoría... Quiero decir que... la escuela es de los dos.

—Comprendo.

—Todavía no me ha dicho por qué se le ha ocurrido pensar que podría ser mi hermano.

Dupin tenía que mantener la cabeza fría. En ese momento, daba la impresión de que la situación de Lefort era más inequívoca de lo que los hechos señalaban.

—Es un poco complicado, señora Lefort. Sabemos que su hermano salía a navegar a menudo con un tal Yannig Konan y que tenían planes para este fin de semana. Supongo que conoce al señor Konan, ¿verdad?

—Solo de vista.

—Pero sabe que son amigos y que a veces navegan juntos en el yate, ¿no?

—Sí, ¿por qué?

Dupin dudó.

—Yannig Konan no se ha presentado hoy en su oficina —contestó al final, y rápidamente añadió—: Pero todavía no han denunciado su desaparición. Puede estar en cualquier sitio, creemos que en Bénodet o por los alrededores, porque el yate en el que salió a navegar está amarrado en ese puerto.

Muriel Lefort abrió mucho los ojos.

—¿Konan también ha desaparecido?

—De momento, no sabemos dónde está. Eso es todo.

Dupin fue consciente de que no se había lucido precisamente con sus palabras.

—Entonces, también podría ser Lucas.

—Acabo de enterarme de que su hermano había salido a navegar con Konan. Yo... Esta historia es muy complicada. Pero ya verá que pronto se aclara todo. Seguro.

Dupin se esforzó por hablar con todo el optimismo de que era capaz. No lo logró.

Muriel Lefort se dirigió a la salida.

—Tengo que volver a la oficina, señor comisario. Puede que alguien haya hablado ya con Lucas.

—Gracias de nuevo por su ayuda, señora Lefort.

Salieron de la casa y se despidieron. Dupin apuntó su número de móvil por si había alguna novedad. Luego recorrió lentamente el camino de grava. Sin embargo, no dobló hacia la derecha, hacia el Quatre Vents, sino hacia la izquierda, hacia el banco de arena.

Tenía que llamar por teléfono. Con tranquilidad.

—¿Le Ber?

—¿Señor comisario?

—Quiero que comprueben de inmediato si uno de los muertos es Lucas Lefort. En el acto. Es un regatista famoso. Ganó una copa del mundo o algo por el estilo. Que busquen una fotografía adecuada en internet. Lucas Lefort. Quiero saberlo enseguida. ¿Ya han llegado los cadáveres a Quimper?

—¿El campeón de la Copa Admiral?

Le Ber habló con la voz alterada.

—Sí, nadie lo ha visto desde anoche.

—Llamaré a los compañeros. Creo que llegarán pronto a Quimper. ¿Cómo se le ha ocurrido...?

—Llámelos, Le Ber. Todo lo demás puede esperar.

—Entendido, jefe.

Dupin colgó.

Paseó por una pintoresca pasarela de madera que antes rodeaba la isla entera, siempre a orillas del mar. El «corazón» de la isla (poquita cosa) era árido, seco, y eso le gustaba. Arbustos espinosos, frambuesos, zarzas, una capa de hierba rala, helechos de mediana altura, brezales resplandecientes, aulagas de color amarillo chillón. El banco de arena que se extendía entre Saint-Nicolas y Bananec estaba anegado de agua estancada. Unas olas suaves y largas entraban en la *Chambre* deslizándose desde el Atlántico. Vio a dos hombres en medio del banco de arena. El agua les llegaba solo hasta el tobillo. La imagen era un disparate: daba la impresión de que caminaban sobre las aguas. La marea subía. El paisaje cambiaría y eso significaba ante todo que cada vez se vería menos tierra.

El archipiélago era el último confín del viejo continente. Dupin creyó que eso se notaba. El fin del fin del mundo. En realidad, entre las Glénan y la costa de Canadá no había nada, ninguna franja de tierra, ni siquiera islotes desiertos. Había que recorrer cinco mil kilómetros para encontrar tierra firme de nuevo. Cinco mil kilómetros de agua. Era el océano más salvaje del mundo. Y tampoco podía decirse que allí hubiera mucha tierra. Dupin pensó en la tormenta de la noche anterior. El último confín no era en absoluto una masa de tierra firme, estaba formado por borrones de tierra deformes, de trazo caótico y colocados de cualquier manera. Las populares fotografías aéreas lo mostraban de manera impresionante. El último bastión de tierra era un bastión muy frágil.

Dio una vuelta calmosamente por el extremo norte de la isla. Miró hacia el oeste. El tono de llamada del móvil rompió el silencio. Era Labat. Dupin contestó.

—Negativo. —Labat habló más nervioso que de costumbre.

—¿A qué se refiere, Labat?

—No es él.

—¿Ninguno de los tres muertos que investigamos es el pescador desaparecido?  
¿El hombre de Île-Tudy?

Dupin formuló las preguntas con todo detalle para regodearse. Porque él había acertado con su intuición y Labat, por tanto, había fallado.

—No.

—¿Ha aparecido?

—No. Pero han comparado exhaustivamente los cadáveres con su fotografía y han descartado por completo que sea uno de ellos.

Una franca decepción resonó en la voz de Labat. Y un poco de pena.

—Así pues, tenemos un desaparecido que no es ninguno de los tres muertos y tres muertos a los que nadie da por desaparecidos.

Labat no supo qué contestar ante el arrebató cómico de Dupin y optó por callarse.

—Bien, eso es lo que hay, Labat.

Dupin colgó.

Por macabro que pareciera y por motivos distintos a los de Labat, reconoció que le habría alegrado que el desaparecido fuera uno de los tres muertos que la marea había arrastrado a la playa. Así tendrían al menos una pista. Y probablemente habrían descubierto enseguida quiénes eran los otros dos muertos.

Se detuvo de nuevo. Pensó en dar media vuelta, pero le dio la impresión de que llegaría antes al Quatre Vents si seguía por aquel camino. Desde allí no se veía el bar (una duna se extendía a lo largo de toda la isla), pero no podía estar muy lejos.

Dejó vagar la mirada por la lejanía, por el mar, por el azul ultramar del horizonte. Dupin ya no decía nunca que el mar era azul porque eso no era cierto: el mar no era simplemente azul. Al menos allí, en aquel mundo mágico de luz, era azul, turquesa, cian, azul de cobalto, gris plata, ultramar, azul celeste, gris plomizo, azul marino, azul violáceo... Azul con diez, quince tonos básicos distintos y una infinidad de tonos intermedios. A veces, incluso era verde, totalmente verde o amarronado... y negro intenso. Dependía de varios factores: del sol y de su posición, por supuesto, de la estación del año, de la hora del día, también del tiempo, de la presión atmosférica, de la humedad relativa, que refractaba la luz de manera distinta y desplazaba el azul hacia uno u otro tono, y sobre todo de la profundidad del mar y del tipo de suelo marino en el que caía la luz. También dependía del viento, del estado de la superficie del mar y del oleaje. De la costa, del paisaje y de sus colores. Sin embargo, el factor más importante era otro azul, el del cielo, que también variaba y contrastaba con las nubes. El azul del cielo interactuaba hasta el infinito con los distintos tonos del mar. La verdad era que nunca se veían ni el mismo mar ni el mismo cielo, ni siquiera a la misma hora y en el mismo sitio. Y siempre era un espectáculo.

Dupin siguió andando y aceleró un poco el paso. Se tomaría otro café. Y esperaría la llamada de Le Ber. Y si, como suponía, le confirmaba que no había resultados positivos, adoptaría la decisión irrevocable de volver en helicóptero al continente. Por muy bien que se estuviera en la isla.

La terraza del Quatre Vents se había vaciado considerablemente. Dupin vio por primera vez juntas a las tres mujeres de la familia Nuz. Estaban recogiendo las mesas con destreza y mano experta, y lo ponían todo de nuevo en orden después de la avalancha del mediodía. Nolwenn tenía razón: se parecían tanto que casi resultaba inquietante. Las tres tenían los ojos del mismo color, marrón oscuro, el pelo negro mate y, sobre todo, la misma nariz respingona, que les daba un aire testarudo, y una complexión delgada. A diferencia de sus hijas, Solenn Nuz llevaba el pelo corto, a lo Jean Seberg, y tenía unos hoyuelos muy marcados en las mejillas. La hija pequeña (a Dupin le costó saber cuál de ellas era) le dijo algo en voz baja a su madre cuando él

entró en el bar, y lo hizo sin esforzarse lo más mínimo por disimular. Solenn Nuz le dedicó una breve mirada interrogativa y volvió a concentrarse en los vasos y las botellas detrás de la barra.

Dupin se sentó con un café en el mismo sitio que antes. Entonces vio la *Luc'hed*. Estaba abarloada a una de las embarcaciones situadas cerca del muelle. Por lo visto, aún seguían con los interrogatorios.

No estaba contento. Todo iba muy despacio. Lo mejor sería llamar directamente a Savoir. Tenían que avanzar. Y quería ir sobre seguro.

El doctor Savoir tardó un poco en contestar.

—¿Hay alguna novedad, Savoir?

—¿Con quién tengo el placer?

Dupin estaba segurísimo de que lo había reconocido a la primera.

—¿Ha comparado la fotografía de Lucas Lefort con los tres cadáveres?

—¡Ah, es usted, comisario! Estamos buscando más fotografías y seguimos examinando los cadáveres. Solo uno entra en consideración. Tiene heridas graves, también en la cara. Nos haría falta una fotografía donde se lo vea en primer plano. En la mayoría sale a bordo de un barco o en una ceremonia de entrega de premios, siempre con más gente. Y las personas tienen otro aspecto cuando están muertas. Tenga en cuenta que...

—Quiero saber qué opina usted.

Dupin levantó un poco la voz. Al otro lado del teléfono se hizo un momento de silencio.

—Creo que podría ser él. Hay muchas probabilidades.

—¿Qué? —Dupin se quedó perplejo. Era increíble. Entonces se hizo un silencio en su lado—. ¿Cree que uno de los muertos es Lucas Lefort?

—He dicho que hay muchas probabilidades...

—O sea que está seguro.

A Dupin no le apetecía aguantar el rollo de Savoir.

—Eso creo, sí. De todos modos, vamos a efectuar la identificación, aunque solo sea por cumplir con las formalidades. Tiene una hermana.

—¿Y por qué narices no me ha llamado en cuanto ha tenido la primera sospecha?

—Porque yo trabajo científicamente.

Si la noticia no hubiera sido tan tajante y dramática, y no hubiera desatado en su mente toda una serie de pensamientos, Dupin habría estallado.

—La hermana vive también en las Glénan. Habrá que traerla en helicóptero.

Dupin no contestó. Pensaba. Era Lucas Lefort. Uno de los tres muertos era el hermano de la mujer con la que acababa de hablar. Y había estado en su casa.

—¿Ha oído lo que le he dicho, señor comisario?

Dupin se obligó a retomar la conversación.



—¿Ha encontrado algún indicio sobre la causa de la muerte, Savoir?

—No. Hemos llevado los cadáveres al laboratorio y nos hemos centrado en la cuestión de si Lucas Lefort era uno de ellos. Ahora los examinaremos a conciencia para buscar posibles lesiones que no se expliquen por el hecho de que los arrastrara el mar. Después haremos la autopsia y las pruebas de toxicología y...

—Entiendo.

Dupin lo dijo en un tono brusco, que tuvo su efecto.

—En la isla no he podido hacer casi nada. Lo que he visto parecían heridas externas causadas por las rocas y los arrecifes. Pero son afirmaciones poco sólidas y carecen de fundamento científico.

—¿Cuánto tiempo necesita?

—Si los cuerpos no han pasado más de un día en el agua, una vez les abramos el tórax, tardaremos tres cuartos de hora en saber si murieron por ahogamiento. Con cada uno. Yo...

—Lefort no ha estado más de doce horas en el agua, eso seguro. O sea que los otros probablemente tampoco.

—Entonces empezaremos por él. He pedido dos ayudantes más al instituto. Yo...

—Tenemos que saber a qué nos enfrentamos.

—Soy consciente de ello, señor comisario, y esperamos...

—Savoir.

—¿Sí?

—Busque fotografías de un tal Yannig Konan en internet. Yan-nig Ko-nan. Un gran empresario de la Bretaña.

—¿Cree que es uno de los otros dos muertos?

—Ya veremos.

—¿Qué se lo hace pensar?

—Planeaban salir a navegar juntos. No es que... —Dupin se interrumpió. No le apetecía poner a Savoir al corriente de los detalles—. Es irrelevante. Compruebe lo de Yannig Konan.

Iba a colgarle antes de darle tiempo a contestar, pero cambió de opinión.

—Otra cosa, Savoir.

—¿Sí?

Ese «sí» fue todo un poema.

—Yo mismo se lo comunicaré a la señora Lefort. Ya la conozco. Le diré cómo están las cosas. Y también que necesitan que vaya a Quimper a identificar el cadáver.

—El helicóptero irá a recogerla pronto. No podemos perder tiempo.

—No, no hay que perder tiempo. Llámeme enseguida... Aunque solo se trate de «conjeturas». Yo...

Entonces fue Savoir el que colgó.

Dupin se levantó. Aunque Muriel Lefort y su hermano no se llevaran bien, sería un duro golpe para ella. Y las identificaciones siempre eran terribles.

Pasó junto al muelle. A la derecha, amarrada a la primera boya, había una lancha rápida. Larga, estrecha y de color rojo vivo. Por la mañana no se había fijado en ella, y eso que era muy llamativa. Perteneecía a un muerto.

Le faltaban pocos metros para llegar a la escuela de vela. La puerta, extraordinariamente grande, estaba abierta de par en par. La recepción estaba a mano derecha.

Entró. En ese preciso instante (todavía no había acabado de cruzar el umbral) le sonó el móvil. Savoir.

Dupin dio media vuelta y contestó.

—¡Tenía razón, señor comisario! —La voz le vibró ligeramente, por mucho que se hubiera esforzado por parecer impasible—. Es Yannig Konan. Es él. Definitivamente. El cadáver no tiene heridas de importancia en la cara. Lo hemos identificado claramente gracias a las fotografías que hemos encontrado en internet.

Mientras hablaban, Dupin siguió caminando en dirección a la osterería.

—¿No cabe la menor duda?

—En mi opinión, no. Ninguna duda.

Dupin se pasó la mano varias veces con ímpetu por el pelo. Luego se detuvo.

—Mierda.

—¿Cómo dice?

—Genial. Este caso hará mucho ruido. Es un buen amigo del prefecto. Y aún no tenemos ninguna pista.

Dupin hablaba más consigo mismo que con Savoir.

—¿Un amigo de Guennegues?

—Sí.

—Oh. Entonces será un caso importante. Supongo que tendrá usted que informarlo de inmediato, señor comisario. Yo vuelvo al trabajo. Haremos los análisis lo antes posible.

Eso le pasaba por cabezota y, sobre todo, por haber querido comer a toda costa un bogavante (seguro que en el continente no habría empezado a revolver las cosas sin orden ni concierto). Dupin había levantado la liebre. Ahora le tocaba comunicarle «personalmente» al prefecto la noticia de que su amigo había muerto, y eso después de que el prefecto hubiera ordenado el cese de la alarma. Y antes tendría que comunicarle «personalmente» a Muriel Lefort la muerte de su hermano. Evidentemente, tarde o temprano habrían identificado los cadáveres, pero las cosas habrían sido mucho menos desagradables para él.

Y, prescindiendo del prefecto, ¿cómo había que interpretar los hechos? ¿Quién era

el tercer muerto? Konan y Lefort pensaban salir a navegar juntos. Al menos, eso lo sabían. Al parecer, era lo habitual. ¿Y por qué el yate de Konan estaba en Bénodet? Y si tampoco habían salido a navegar en el yate de Lefort, ¿acaso habían zarpado en la embarcación del tercer muerto? ¿Y qué pasaba con el pescador desaparecido, con el hombre de Île-Tudy, que no era el tercer muerto?

Disgustado, Dupin soltó una maldición.

Como era de esperar, la conversación con Muriel Lefort no fue nada fácil. Entraron en su oficina, una sala pequeña y sobria, situada al lado de la recepción. Al principio se mantuvo serena. Luego se echó a llorar y no pudo seguir hablando. Dupin se sintió extrañamente culpable. La señora Lefort se quedó unos minutos callada, petrificada en su asiento, con la cabeza y los ojos agachados, la mirada perdida. Costaba decir si aún respiraba. Dupin también se quedó quieto y en silencio. Después, Muriel Lefort se levantó bruscamente y le pidió que la dejara sola. Intentó hablar con voz firme. Naturalmente, Dupin se marchó.

Se declaró dispuesta a ir a Quimper a identificar el cadáver tan pronto como se sintiera en condiciones. Le dio a Dupin el número de teléfono de su secretaria y le pidió que lo organizara todo con ella. El comisario tenía unas cuantas preguntas urgentes que hacerle, pero no era el momento. Ya hablaría con ella más tarde.

La llamada al prefecto fue más horrorosa de lo que temía. Una conversación larga, muy pesada y agotadora. Mientras hablaban, Dupin tuvo tiempo de dar una vuelta entera a la isla. El prefecto no paraba de proclamar, lleno de patetismo, que la noticia era tremendamente trágica y sobrecogedora, quería saber por qué Dupin había seguido indagando, qué ocurría con los distintos yates y cómo y por qué se había producido el accidente, y Dupin no tenía la más remota idea de nada. Fue una charla imposible. Si no hubiera sido porque al prefecto se le notaba afectado por la muerte de Konan (y ahora le tocaba llamar a la mujer de su amigo, a la que seguramente había tranquilizado antes profusamente) y que, cosa sorprendente, Dupin sintió una pizca de compasión por él, habrían acabado a gritos. Y eso no lo habría beneficiado en nada, lo sabía por experiencia. En el último momento, haciendo un esfuerzo supremo, se controlaba. El prefecto insistía en hablar del «caso» de Dupin y este puntualizaba una y otra vez que seguramente no era un caso, sino un simple accidente. Que no había indicios que señalaran otra cosa. Una vez que Dupin lo dijo levantando un poco la voz, el prefecto reaccionó gritando que ese «accidente» y su «resolución meticulosa y completa» eran su «caso». Y que Dupin y todos los agentes de la comisaría de Concarneau dejaran todo lo que tuvieran entre manos hasta que no se aclarara el caso. Y que él, el prefecto, proporcionaría personalmente y sin demora todos los refuerzos que hicieran falta. Después, la conversación telefónica acabó.

Dupin estaba servido, tenía el ánimo por los suelos. Poco antes de llegar al Quatre

Vents, torció hacia la playa, bajó por las escaleras anchas de madera y luego fue hacia la izquierda, por encima de las rocas. El sol había superado su cénit y se notaba, si bien aún no picaba con la fuerza del verano.

Así estaban las cosas. Ahora era su «caso».

Dupin decidió inmediatamente que el Quatre Vents sería la «central de operaciones» y eso le levantó un poco el ánimo, aunque por poco tiempo. Cogieron una mesa y seis sillas de la terraza y las pusieron al lado del edificio anexo, en dirección a la escuela de submarinismo. Eran las cuatro y cuarto. Después de hablar con el prefecto, los había llamado a todos, a su pequeña tropa, para ordenarles resolutivamente que se presentaran en el acto. No le apetecía dirigir la investigación a través de una sucesión interminable de conversaciones telefónicas, por mucho que, teniendo en cuenta el terreno en que se movían, tendría que hacerlo la mayoría de las veces. También le pidió a Kireg Goulch que se presentara y que enviara la *Luc'hed* a Les Méaban. Lo único que habían encontrado allí eran seis bidones grandes de los que se utilizaban en las embarcaciones para llevar agua potable y otros líquidos. Nada más.

La mesa no era muy grande y estaban incómodos, muy juntos. Seguro que ofrecían una imagen cómica: Le Ber, Labat, Goulch, los otros dos policías jóvenes de la *Bir* y Dupin. Encima de la mesa, dos bandejas grandes con café, agua, refrescos de cola y bocadillos de paté de cangrejo y de caballa.

—¿Qué tenemos? —preguntó Dupin. Puso aparatosamente el brazo en posición, abrió la libreta, garabateó unas palabras (con lo que obligó a los demás a esperar) y prosiguió—: Hemos identificado a dos de los tres muertos. Lucas Lefort y Yannig Konan. No tenemos ninguna pista sobre la identidad del tercero. Lucas Lefort estuvo anoche en las Glénan. Aquí, en el bar. Lo sabemos por su hermana, Muriel Lefort. Todavía no sabemos cuánto tiempo, si solo o acompañado y, en ese caso, con quién. Tampoco sabemos cuánto tiempo se quedó en la isla. Ni cuándo se fue. Tal vez estuvo aquí con Konan y el tercer muerto. Tenemos...

El móvil le sonó a media frase. Vio el número de Savoir. Hacía rato que esperaba la llamada.

—El cadáver no pasó muchas horas en el agua. Podemos afirmarlo basándonos en un análisis macroscópico, no hace falta hacer un análisis microscópico. De todos modos...

—Savoir, vaya al grano.

Dupin no tenía paciencia para oír sus interminables preliminares.

—Lucas Lefort murió ahogado. Definitivamente. Hemos empezado a examinar el cuerpo de Yannig Konan, pero he pensado que debía informarlo.

En la voz se notó que Savoir se sentía ofendido.

—Le estoy muy agradecido, doctor.

—Por lo demás, no hemos encontrado ninguna herida que no sea post mórtem. Volveré a llamarlo.

Savoir colgó.

Dupin miró al grupo; todos los ojos lo miraban a él con curiosidad. Repitió con pocas palabras lo que Savoir le había dicho y trató de poner en orden las ideas.

—Encaja en la hipótesis de un accidente. Mejor dicho: de momento no contamos con ninguna pista que nos permita concluir que no fue un accidente. Probablemente de yate. Pero ni en el de Konan ni el de Lefort. Seguramente era el yate del tercer muerto. —Dupin hablaba mecánicamente, resumiendo los hechos, sin demasiada inspiración—. Tenemos pistas sobre el lugar en el que se produjo el supuesto naufragio. Eso es lo esencial. Lo que hay que hacer ahora es reconstruir con exactitud lo ocurrido. Y averiguar quién es el tercer muerto.

El comisario intentó compensar la indeterminación de sus palabras expresándolas con mucha determinación. Hacía rato que tenía el bocadillo en la mano izquierda, pero aún no le había dado ni un solo bocado.

—La tormenta fue probablemente un factor importante. Y la bajamar. Con marea alta, Les Méaban son seis o siete rocas escarpadas que sobresalen del mar, solo eso. Y se ven incluso cuando hace mal tiempo. Pero, con marea baja, hay decenas de rocas que cubren una extensión de medio kilómetro y apenas despuntan en la superficie del agua o están por debajo —dijo Goulch, hablando como siempre en un tono neutral y agradable.

—En estos momentos, todo son puras especulaciones —objetó Labat con aspereza.

Esa mañana, cuando estaban en Le Loc'h, Dupin ya supuso que Labat no soportaría no llevar la voz cantante. Allí, en el mar, el papel de solista le correspondía claramente a Goulch. Y él no se dejaba impresionar.

Uno de los otros dos policías tomó la palabra tímidamente.

—He pedido información al servicio meteorológico —dijo ganando seguridad mientras hablaba—, la tempestad alcanzó las Glénan hacia las veintiuna horas y duró hasta medianoche. La tormenta se desplazó muy rápidamente a lo largo de la costa, un poco en zigzag. Casi siempre sobre el mar, solo afectó la costa en Penmarc'h. Con viento de fuerza nueve y diez, incluso con rachas de once.

Dupin miró interrogativo al policía.

—Cien, ciento diez kilómetros por hora.

—Eso es... considerable. Pero también hay tormentas de esa intensidad en verano.

Dupin comprendió que hablaban de una tempestad realmente grave, no tanto por lo que había dicho Goulch, que siempre medía cuidadosamente sus palabras, como por el modo en que entonó ese «considerable».

—Quizá vieron venir el temporal y quisieron volver a tiempo al continente — Dupin tomó unas cuantas notas crípticas mientras hablaba—, seguro que pronto sabremos cuándo se fueron del bar. Alguien se acordará.

—Pero es extraño: el señor Lefort era uno de los mejores regatistas de Francia, en el mar se sentía como en casa y conocía las Glénan como la palma de su mano. Y el señor Konan también era un navegante experto. Evidentemente, los dos eran conscientes del peligro con marea viva. Y también de lo que significa una tempestad en el Atlántico. —Le Ber presentó sus reflexiones con tranquilidad. Se hizo un silencio. Como era típico en él, añadió una coletilla—: El Atlántico es un mar «genuino».

Le Ber podía ser sumamente analítico, preciso, muy práctico y pragmático, y de repente murmuraba frases enigmáticas que planeaban en el aire. Solemnemente.

La expresión «mar genuino» no era típica solamente de Le Ber: conjurar el mar era un mantra bretón desde tiempos inmemoriales. Lo citaban en las situaciones más dispares y Dupin pocas veces entendía qué significaba realmente. Pero siempre salía de «lo más hondo». Y, por lo visto, se refería a muchas cosas a la vez: respeto, temor, miedo, fuerza bruta, fascinación, amor. Perdición. Y orgullo. *Ar mor bras*, «el gran mar», ese era el nombre del océano en celta, antes de que los griegos lo llamaran *Atlantis thalassa*, «mar del titán Atlas». Para ellos también era terminantemente el «fin del mundo»... Y los bretones enseguida presentaban cifras superlativas: «su» mar cubría una quinta parte de la Tierra (¡106,2 millones de kilómetros cuadrados!), alcanzaba profundidades de casi diez mil metros y tenía montañas gigantescas. Lo de «mar genuino» se aplicaba también para marcar una diferencia capital sobre todo con el Mediterráneo, que a los bretones les parecía totalmente sobrevalorado y al que consideraban un simple mar interior del Atlántico. Además, el Atlántico crecía. Dos centímetros al año, cada cincuenta años un metro, cada mil años (y eso no era nada para la percepción bretona del tiempo) ¡veinte metros! A los bretones les dolía un poco que el océano Pacífico fuera mayor (¡de momento!), pero enseguida lo compensaban con otras estadísticas. Por ejemplo, la salinidad media del océano Atlántico era de 3,54, en tanto que el Pacífico solo llegaba a un mísero 3,45 por ciento. ¿Y acaso la sal no era uno de los elementos esenciales de la vida? ¿Y acaso ellos, los bretones, no tenían la sal más deliciosa y famosa del mundo? La *fleur de sel*, la flor de sal. No existía la flor de sal del Pacífico.

—No sería la primera vez que rescatamos navegantes expertos en el mar. A veces, el mayor peligro es pensar que se conoce y se domina todo. El Atlántico es totalmente arbitrario. Es imposible saber qué corrientes se crean en medio de una tempestad con marea viva. De un momento a otro, se originan de la nada olas de diez metros y corrientes con una velocidad de ocho o diez kilómetros por hora. El Atlántico es un lugar extremo.

Lo que Goulch acababa de exponer probablemente era lo que el mantra «mar genuino» significaba en ese caso.

—Algunas olas solitarias alcanzan los veinte, incluso los veinticinco metros, y rompen en dirección contraria a la marejada normal, con un valle profundo y estrecho y una cresta imponente. Están las «solitarias gigantes», las «tres hermanas» y las «murallas de agua».

La voz de Le Ber estaba cargada de una mezcla de respeto, escalofríos y fascinación. A Dupin le pareció muy poético, aunque no pudo evitar echar un vistazo a las aguas tranquilas de la *Chambre*.

—Tenemos que concentrarnos en los hechos concretos. Y averiguar lo antes posible la identidad del tercer hombre. Y si alguien sabe qué planes tenían los tres, adónde pensaban ir a navegar.

Labat habló como un hombre de negocios incansable, un papel que le encantaba. Dupin se separó un poco de la mesa y contestó en tono malhumorado, aunque no era esa su intención.

—Nos dividiremos. La cuestión está clara. Labat, usted concéntrese en Konan. En su entorno. Mujer, amigos, colegas de trabajo. En el puerto donde está su yate. El capitán del puerto y lo que haga falta.

Si Labat se encargaba de Konan, tendría que volver al continente.

—Le Ber, nosotros hablaremos con la gente de Saint-Nicolas. Descubriremos quién había anoche en el Quatre Vents. Si Lefort estuvo ayer en el bar con Konan y el tercer hombre, alguien tuvo que verlos. Quizá alguien sabe quién es. Yo... —añadió frunciendo el ceño—, yo volveré a hablar con la señora Lefort.

Hizo otra pausa.

—Y Goulch, usted dirija la investigación en el mar.

Sonó el móvil de Labat, que se afanó en mirar el número dándoselas de importante.

—¡El prefecto!

Fue como si dijera «su majestad». Contestó antes de que Dupin tuviera tiempo de decirle que ni se le ocurriera.

—¿Señor prefecto? ¿Qué puedo hacer por usted?

A Dupin le subió la tensión arterial en el acto. Tiró el bocadillo sobre la mesa. Todos habían vuelto la cabeza hacia Labat. Se oía vagamente la voz lejana del prefecto, pero no se entendía lo que decía.

—Por supuesto, señor prefecto... Se lo diré sin falta al comisario... El caso tiene máxima prioridad... Usted quiere estar al corriente de todo permanentemente. Que lo haga él en persona. Y yo también, sí... Y que espera resultados lo antes posible... ¿Cómo? ¿Que el señor comisario le ha colgado antes cuando hablaba por teléfono con usted?

Aquello era excesivo.

—Labat, estamos en medio de una reunión importante. ¡Nos molesta! Tenemos que avanzar. El prefecto espera progresos inmediatos.

Dupin habló tan alto que Guenneugues tuvo que oírlo por fuerza.

—Yo... Sí, de acuerdo, señor prefecto. Sí. Lo llamaremos. Hasta luego.

Después de los gestos de alegría al principio de la llamada, Labat volvió a poner la misma cara avinagrada que antes; también parecía un poco confuso: saltaba a la vista que esperaba que el prefecto reaccionara de otra manera a los comentarios de Dupin. El comisario decidió pasar por alto la llamada.

—Y también tenemos un desaparecido. El pescador de Île-Tudy. Labat, apúntelo en su lista.

—Antes ha dado a entender que no tenía ninguna relación con el caso.

—Bueno, ya ha oído que el prefecto le atribuye mucha importancia al caso. Lo investigaremos todo a fondo, también las denuncias por desaparición. La coincidencia temporal es extraña, ¿no cree? Ignorarlo sería una negligencia.

En la cara redonda de Labat (tan redonda que parecía deformarle los ojos, la boca y la nariz, y que la avanzada calvicie no hacía más atractiva precisamente) se reflejaba que se estaba devanando los sesos en busca de una respuesta. Dupin se le adelantó.

—Nada de discusiones ahora. Hay mucho que hacer, no podemos perder tiempo. A trabajar.

Dupin fue el último en levantarse y, mientras envolvía el bocadillo para llevárselo, se fijó en un submarinista que venía del muelle y se dirigía hacia ellos. Los otros también se quedaron quietos, mirando al hombre que, vestido de neopreno de los pies a la cabeza, casi parecía un extraterrestre. Solo se le veía una pequeña superficie de la cara, entre el labio superior y las cejas. A Dupin le hizo gracia la escena.

Al cabo de muy poco, el hombre estaba delante de ellos, jadeando.

—Me han dicho que son policías.

Hablaba interrumpiéndose para coger aire.

—Cierto. ¿En qué podemos ayudarlo?

A Dupin le seguía haciendo gracia la escena.

—Mientras buceaba he visto un yate hundido. Un Bénéteau. Un Gran Turismo.

—¿Cómo? ¿Qué ha visto?

—Estaba haciendo una inmersión. Buscaba arañas de mar. Entre Penfret y Brilimec, no muy lejos de Guiautec. El yate tiene que haberse hundido hace poco. Al menos, ayer no estaba. De eso estoy seguro. Tiene la proa muy dañada. Es imposible leer el nombre.

La expresión de la cara de Dupin (y también la de los demás) cambió de golpe.



—¿Podría indicarnos el lugar exacto, señor? —preguntó Goulch concentrándose enseguida en el asunto.

—Lo he señalado con una boya. Está delante de un pequeño grupo de rocas. He salido a navegar en un bote fueraborda.

—¿A qué profundidad se encuentra?

—A cuatro, quizá cinco metros. Se ve desde arriba.

El submarinista empezó a quitarse la capucha del traje de neopreno y, por lo visto, no era tarea fácil. Se hizo un silencio. Dupin miró a Kireg Goulch.

—¿Usted qué cree?

—Es muy probable que sea el yate en el que iban los tres. No llegaron muy lejos si zarparon aquí y naufragaron en Guiautec.

Aquella investigación, el curso que seguía, el día entero... todo aquello era absurdo. Extraño y retorcido. Dupin estaba hasta las narices.

—Quiero saber a qué atenerme. Goulch, coja la patrullera y vaya con...

Dupin se volvió hacia el submarinista, que lo entendió enseguida.

—Tanguy. Kilian Tanguy.

—Vaya con el señor Tanguy y examine el yate detenidamente. Quiero saber de inmediato y con total certeza si se trata del yate en el que navegaban los tres hombres. Averigüe a nombre de quién está registrado. Y dónde. Así también sabremos quién es el tercer muerto. Es muy probable que el yate sea suyo.

—Zarparemos enseguida. Venga conmigo, señor Tanguy.

Goulch se dirigió al muelle.

—Una cosa más, señor Tanguy. Ha dicho que ayer estuvo buceando en el mismo sitio, ¿verdad? ¿Hasta qué hora?

—Hasta las cinco como muy tarde.

—¿Y a qué hora ha llegado hoy?

—Creo que hacia las tres y media. Tengo el barco en una de las playas de Penfret. Hoy he salido en el bote fueraborda.

—¿Suele hacer inmersiones en esta zona?

—Toda la temporada. Soy miembro del club de submarinismo.

El señor Tanguy miró un momento abiertamente a Dupin.

—Usted es el comisario de París.

Lo dijo en un tono muy cordial y de reconocimiento. Dupin solía protestar enérgicamente en ese tipo de situaciones, aunque no sirviera de nada. Y la situación se repetía con frecuencia. Él no era el comisario de París, era el comisario de Concarneau. Sin embargo, los bretones consideraban que solo había bretones de toda la vida y gente «nueva por aquí».

—Sí, soy yo.

A pesar de todo, la capacidad de deducción del submarinista lo impresionó. La

resolución, el año anterior, del doble asesinato en la idílica población de Pont-Aven, que causó mucho revuelo, había convertido al comisario Georges Dupin en toda una celebridad en el Finisterre. No obstante, no pensaba que también lo conocerían allí.

—La gente del puerto me ha dicho que el comisario de París estaba en la isla. Y ya que pone cara de preguntárselo, le diré que la temporada empieza en abril y acaba a principios de noviembre. La temperatura del Atlántico tiene que ser superior a los catorce grados o hay que utilizar un equipo muy diferente.

—Eso... nos ayuda mucho, señor Tanguy. Se lo agradezco sinceramente. Intentamos aclarar un accidente.

—Los tres cadáveres.

—Exacto.

Cuando Dupin estaba concentrado en algo, a veces le ocurría que se olvidaba del mundo exterior y luego se sorprendía al volver a reparar en él. Evidentemente, la información había corrido por todo el archipiélago y también entre los que se movían en ese ambiente. Más aún, estaba seguro de que la prensa ya se había enterado y que la noticia de los tres cadáveres encontrados en la playa de Le Loc'h ya se había publicado con grandes titulares en la página inicial de las ediciones online del *Ouest-France* y el *Télégramme*. Y también la habrían dado por la radio: un medio que allí, en el fin del mundo, todavía desempeñaba un papel decisivo en la difusión de las noticias con sus numerosas emisoras locales. En realidad, le extrañaba que todavía no hubiera aparecido nadie de la prensa. No tardarían en presentarse.

—Cuesta creer que Lucas Lefort haya naufragado en estas aguas. Qué ironía. Él, que navegaba por aquí con los ojos cerrados.

Dupin se sorprendió de nuevo. Aunque, claro, también había corrido la voz de que Lucas Lefort era uno de los muertos: la noticia era de lo más espectacular. Era curioso lo deprisa que se enteraban de todo en las islas. El señor Tanguy se dio cuenta de que Dupin ponía cara de desconcierto.

—La gente del muelle. Me han dicho que uno de los muertos era Lucas Lefort. Era eso.

—Gracias de nuevo. Como ya le he dicho, nos ha sido de gran ayuda.

—El mar es imprevisible.

El submarinista no se lo decía a Dupin, sino más bien a sí mismo. El comisario supuso que se refería al mantra del Atlántico.

—Manténgame informado en todo momento, Goulch.

—Por supuesto, señor comisario.

Le Ber y Labat se pusieron a la derecha y a la izquierda del comisario.

—¿Y ahora?

Labat consiguió impregnar esas dos palabras banales con un tono sarcástico cargado de dulce complacencia.

—¿Y ahora qué?

—¿Qué hacemos ahora?

Lo malo era que la pregunta de Labat estaba justificada. La situación había cambiado radicalmente. La mayoría de los trabajos que había encargado no tenían sentido. Ahora daba la impresión de que podían reconstruir el suceso en gran parte. Había sido un accidente marítimo. Y cuando averiguaran de quién era el yate, seguramente también descubrirían la identidad del tercer hombre. Quizá incluso antes. Mediante unas cuantas entrevistas en el Quatre Vents. La primera, con Solenn Nuz. Después habría que aclarar por qué los tres iban en ese yate, la hora exacta en que zarparon y esas cosas. Cuando Savoir tuviera los resultados definitivos de la autopsia, recopilarían los hechos y podrían presentarle al prefecto un informe satisfactorio. Aún quedaba pendiente la desaparición del pescador de Île-Tudy, probablemente otro accidente.

En realidad, no podían hacer mucho más en la isla.

—Labat, vaya usted también en la *Bir*, así podrá investigar de inmediato quién es el propietario de la embarcación hundida. Prioridad absoluta. Le Ber, usted venga conmigo. Y...

Le sonó el móvil.

—Soy Muriel Lefort. Quería disculparme por la indisposición de antes. Sé que para usted es importante averiguar pronto ciertas cosas. Y me gustaría ayudarles.

Muriel Lefort habló muy deprisa. Sin expresar el menor sentimiento. Dupin conocía esas reacciones, eran frecuentes después de la primera conmoción. Y sabía que «mostrar» o «no mostrar» los sentimientos no eran indicio de nada. Se alejó unos pasos y se detuvo al llegar al primer criadero de ostras.

—Creo que estoy preparada para identificar a mi hermano. Lo antes posible.

—Ordenaré que el helicóptero vaya a buscarla de inmediato.

Muriel Lefort se quedó callada un momento.

—Me acompañará mi secretaria.

—Por supuesto. Le pediré a uno de mis inspectores que vaya con ustedes.

—Muchas gracias.

—Y me gustaría volver a hablar con usted tan pronto como vuelva.

—Le llamaré.

Colgaron. Dupin barajó la idea de decirle que habían encontrado el yate, pero al final lo dejó correr. Quería estar seguro.

Todavía tenía el teléfono pegado a la oreja cuando el escandaloso tono de llamada se le metió en el tímpano.

—¿Sí? —respondió casi gritando.

—Yannig Konan también murió ahogado. No hay duda. Muerte por ahogamiento.

—Yo...

—Ahora abriremos el tórax del tercer hombre. Le llamo cuando sepa algo más.

Savoir colgó antes de que Dupin tuviera tiempo de contestar.

Vio que Le Ber iba con Labat hacia el muelle. Los siguió. Labat subió a bordo de la *Bir* y se reunió en la proa con los compañeros de Goulch. Los motores ya estaban en marcha.

—¿Le Ber?

—¿Sí, jefe?

—Acompañe a la señora Lefort a identificar a su hermano. Avise a Savoir. La está esperando. Encontrará a la señora Lefort detrás del edificio de la escuela de vela.

—De acuerdo, jefe.

—Llámeme en cuanto acabe.

Dupin dio media vuelta y siguió los raíles oxidados que conducían directamente al bar desde el muelle.

A esa hora, los clientes del Quatre Vents estaban dentro, no había nadie en la terraza. El sol aún estaba bastante alto, pero había «refrescado un poco». En los últimos años, a Dupin le había hecho gracia constatar una y otra vez que, para los bretones, menos de catorce grados era «refrescar un poco», lo cual significaba que, teniendo en cuenta la latitud y su situación en el Atlántico, en la Bretaña «refrescaba un poco» muy a menudo. En esa época del año, el cambio de estar a gusto fuera, gracias a las temperaturas estivales, a estar cómodo dentro era muy rápido. Habían cerrado las ventanas y los clientes, animados y muy juntos unos de otros, ocupaban las pequeñas mesas de madera. El techo de la vieja sala era muy alto, unos cuatro metros, y las paredes rústicas de piedra estaban encaladas.

Las mujeres de la familia Nuz no daban abasto. Solenn Nuz saludó al comisario con un leve movimiento de cabeza al verlo entrar. Dupin le indicó que quería hablar con ella. La señora Nuz dejó la botella de vino que acababa de abrir con mucha destreza y señaló hacia el extremo izquierdo de la barra larga de madera, donde no había nadie. Eso estaba bien.

—Buenos días, señora Nuz. Soy el comisario Georges Dupin, de la policía de Concarneau.

No pretendía ser tan formal. Aun así, Solenn Nuz sonrió abiertamente. Nolwenn tenía razón, era una mujer guapa. Y era difícil calcularle la edad.

—Lo sé.

Dupin sabía que ella lo sabía, por supuesto.

—Estamos investigando el caso de los cadáveres hallados esta mañana en la playa

de Le Loc'h.

—Lo sé.

—¿También sabe quiénes son?

—Lucas Lefort. Y probablemente Yannig Konan. Estuvieron aquí anoche. Navegan juntos muy a menudo. Normalmente, en el yate de Konan. Pero siempre ellos dos solos. ¿Saben ya quién es la tercera persona?

Solenn Nuz lo preguntó como si diera por sentado que ya lo sabían.

—No, todavía no, estamos investigando ese asunto. Esperaba que usted pudiera ayudarnos. ¿El señor Lefort y el señor Konan estuvieron solos todo el tiempo anoche? ¿No había nadie más con ellos?

—Los vi hablar con unas cuantas personas. Pero por la noche casi todo el mundo habla un momento con todo el mundo. En la barra. En las mesas. Tienen que venir a buscar las consumiciones, siempre hay mucho movimiento. —Solenn Nuz puso una cara muy elocuente—. Lucas Lefort se interesa mucho por las jovencitas y aquí hay muchas en temporada alta... Por los cursos de vela, usted ya me entiende.

—Entiendo. Pero, últimamente, el señor Lefort tenía novia «fija», ¿no?

Solenn Nuz le dirigió una mirada irónica. Era evidente que no pensaba contestar a esa pregunta descabellada.

Dupin tardó un momento en reaccionar.

—Vamos al grano: ¿le pareció que hubiera alguien más con ellos? ¿Alguien que llegara o se fuera con ellos?

—No. Seguro que no.

—¿Podría decirme de qué hora a qué hora estuvieron aquí?

—Creo que de siete a nueve. Más o menos. Esto empieza a animarse hacia las seis. Y cerramos a la una. Pero ayer se levantó un temporal. Los que querían volver a casa se fueron enseguida, poco antes de las nueve. Ellos dos también se marcharon hacia esa hora. Si mal no recuerdo, fueron de los últimos, pero tendría que preguntárselo también a mis hijas. Y a los demás clientes. Anoche hubo mucho trabajo.

—¿Estaba tan lleno como hoy?

—Estaba a tope.

Dupin calculó que había unas treinta personas. No cabían muchas más.

—¿De noche no abre el edificio anexo?

—Entra aire por todas partes y no hay calefacción. Solo sirve durante el día. Y en pleno verano. Hemos pensado reformarlo un poco y arreglarlo —explicó Solenn Nuz, y de nuevo se dibujó una sonrisa abierta en su cara—, pero tardará lo suyo. La burocracia...

—¿Habló usted con el señor Lefort y el señor Konan? ¿Le dijeron algo?

Dupin tenía que esforzarse por hablar bastante alto; Solenn Nuz estaba

acostumbrada a hacerlo, se notaba.

—No. No hablé con ninguno de los dos. Anoche no hablé mucho con nadie, solo unas palabras aquí y allá.

—¿Konan y Lefort eran clientes habituales?

—Lefort venía con regularidad y Konan, cada tres o cuatro fines de semana, más o menos. Casi nunca venía solo, a lo mejor una o dos veces al año.

—¿Con quién hablaron? Puede que le contaran a alguien los planes que tenían.

Solenn Nuz lo pensó un momento.

—Seguro que yo no me enteré de todo. No paro de entrar en la cocina. A veces me quedo un buen rato. —Señaló atrás con la cabeza, hacia la entrada a la cocina—. Lefort habló con una chica. Una alumna de la escuela de vela, seguramente. Fue al principio... y creo que otra vez al final. También lo vi un momento con Maela Menez, la secretaria de Muriel Lefort, la jefa de la escuela de vela, su hermana.

—La conozco.

Dupin sacó la libreta y el Bic, la puso encima de la barra y empezó a tomar notas con su peculiar estilo, que convertía las páginas en una especie de obra de arte caótica.

—Oficialmente, Maela Menez también es la secretaria de Lucas, pero la que dirige la escuela es Muriel, no su hermano. Maela ha acompañado a Muriel al continente, al Instituto Forense.

Solenn Nuz dijo «continente» como si hablara de algo muy lejano. A Dupin también le había dado esa impresión todo el día.

—¿Recuerda a alguien más?

—Se sentaron ahí atrás, en el rincón. El nuevo alcalde de Fouesnant, el señor Du Marhallac'h, estaba en la mesa de al lado. Creo que hablaron algo.

—¿Du Mar...?

—Du Marhallac'h. Así de fácil.

Obviamente, ella pronunciaba semejante trabalenguas sin problema.

—Mientras dura la temporada, sale a navegar casi todos los fines de semana, es un apasionado de la pesca. De día, está en el mar y en su yate, y de noche, en mi restaurante. Hoy también ha venido. Lo tiene sentado ahí delante. En la misma mesa que anoche.

Señaló sin disimulo a un hombre de aspecto discreto y de mediana edad que estaba en la otra punta de la sala, charlando animadamente con otro hombre. A su lado estaba el viejo marinero simpático del mediodía; ahora no leía el periódico, pero seguía en la misma postura que antes.

—Sí, en el Quatre Vents tenemos muchos clientes habituales.

Pronunció la frase sin esconder el orgullo. Era evidente que conocía a sus clientes. Los conocía bien.

—La mitad de nuestro mundo es muy familiar y la otra mitad la componen los alumnos de los cursos de vela y submarinismo y los turistas que vienen a navegar, a pescar o a bucear.

—¿Recuerda a alguien más que hablara con Lefort o con Konan?

—Konan habló con Kilian Tanguy, que es socio del club de submarinismo y arqueólogo aficionado, y con su mujer. Se sentó a su mesa, pero no sé cuánto tiempo estuvo con ellos.

—¿El señor Tanguy también estaba anoche aquí?

—Sí, con su mujer, Lily. Vienen casi siempre cuando hace buen tiempo. Y el fin de semana fue fantástico. El mejor de la temporada hasta ahora. Como hoy. Y luego llegó la tempestad, fue muy violenta. Pero es normal... No se me ocurre nada más, pero seguiré pensando y preguntaré a mis hijas.

—Muchas gracias, señora Nuz. Es muy importante. Pronto hablaremos con toda la gente. Tal vez descubramos algo que nos ayude. ¿Conocía bien al señor Lefort?

—No teníamos mucha relación. Aunque lo conocía desde hace mucho. Llevo diez años en las islas. Y antes también venía muy a menudo.

—¿Quién es el viejo que está al lado de March... del alcalde?

Dupin lo preguntó por simple curiosidad.

—Es Pascal, mi suegro —contestó ella mientras lo miraba con cariño—. Anoche también estaba aquí. Siempre está aquí. Vive con nosotras desde hace unos años, desde que murió mi suegra.

Sería necesario hablar con unas cuantas personas. Dupin se enfadó por no haber ordenado a Le Ber o a Labat que lo acompañaran. La señora Nuz lo observaba.

Con el jaleo que había, Dupin apenas oyó el teléfono cuando sonó.

Otra vez Savoir.

—¿Dónde está, señor comisario?

El ruido también se oía al otro lado del teléfono, claro está.

—Un momento. Voy hacia la puerta. —Dupin salió de mala gana—. Va a decirme que el tercer muerto se ahogó, igual que los otros dos, ¿no?

Lo dijo en un tono más sarcástico de lo que pretendía. Evidentemente, Savoir cumplía con su deber comprobándolo.

—El suero se vuelve del todo rosa. La sangre presenta ya una ligera hemolisis, los glóbulos rojos han empezado a destruirse. Eso significa que las sustancias tóxicas detectables se han reducido un poco y...

—Savoir, ¿de qué está hablando?

—Benzodiacepina. Hemos detectado una concentración significativa de benzodiacepina en el suero sanguíneo.

—¿Y eso qué significa?

—He encargado pruebas de toxicología urgentes. Por la vía rápida.

Normalmente...

—¡Quiero saber lo que significa! —exclamó Dupin levantando la voz.

—La sangre de Lefort contenía benzodiazepina. Es un grupo de tranquilizantes fuertes. Seguro que conoce el Valium o el Lexotanil. Si hubieran pasado veinticuatro horas más, habría sido imposible detectarlo, los glóbulos rojos...

—¿Qué? ¿Qué dice que tenía?

En realidad, fue más una exclamación que una pregunta.

—Tenía una cantidad considerable de benzodiazepina...

—Lo he entendido.

Dupin estaba petrificado. Savoir retomó el hilo.

—No creo que tomara semejante dosis a propósito, tenía que conocer los efectos, combinados con el alcohol que hemos detectado...

—¿La dosis era mortal?

—Ya se lo he dicho antes: murió ahogado. Pero no cabe duda de que la dosis era lo bastante alta para provocar una gran desorientación y una pérdida de coordinación considerable. Y eso tiene consecuencias graves a la hora de pilotar un yate cuando la navegación es complicada porque se acerca una tempestad.

—¿Cree que le hizo mucho efecto?

—Es difícil saberlo. Depende de múltiples factores y, después de tantas horas, es imposible determinar la cantidad exacta de benzodiazepina en la sangre. Solo podemos asegurar que era elevada y que seguramente se reflejó en los síntomas que le he comentado. Y, como ya le he dicho, hay que añadir el consumo de alcohol, que no fue poco; el grado de alcoholemia era de uno coma cinco y...

Dupin no prestó atención a la última frase de Savoir.

Era un asesinato. ¡Se enfrentaban a un caso de asesinato!

—Mierda.

—¿Cómo dice?

Dupin intentó poner las ideas en orden a toda prisa.

—¿Ha analizado la sangre de los tres hombres?

—Hemos detectado benzodiazepina en el señor Lefort y en el señor Konan, lo cual hace más que improbable que se trate de un consumo excesivo por error. Pero no hemos detectado nada en el suero del tercer muerto.

A Dupin se le puso la cabeza a mil por hora. Y en todas las direcciones.

—¿Cuánto tardan esos medicamentos en hacer efecto? Me refiero a después de tomarlos: ¿cuánto tardan en notarse los primeros efectos?

—Media hora. No más. Pero después todo va muy deprisa. Al principio, el afectado siente un leve malestar.

—¿Esa sustancia se diluye? En las bebidas, quiero decir.

—Con mucha facilidad. Se diluye muy deprisa. Se puede disolver en una cantidad



pequeña de líquido y se puede añadir tranquilamente a otras cosas, a la comida y a la bebida, por ejemplo. Es muy fácil, no se nota el sabor.

Era un asesinato con premeditación y alevosía.

—¿Ha determinado ya la hora de la muerte?

—No, y aún tardaré bastante. ¿Ha conseguido usted acotarla un poco?

—De momento diría que el yate zozobró después de las nueve y cuarto de la noche, aproximadamente. Y no más tarde de las diez o las diez menos cuarto. Pero, por favor, doctor Savoir, guárdese la información para usted.

—Como quiera.

—Gracias, doctor.

Dupin no se movió ni un centímetro. Se quedó inmóvil, mirando fijamente la *Chambre*, inalterable y majestuosa, y la fortaleza de Cigogne. Todo seguía exactamente igual que unos minutos antes. Pero todo había cambiado para él y para el caso. Drásticamente. Por fin reaccionó y se fue hacia la playa. Notó un ligero mareo. Marcó mecánicamente un número de teléfono.

—Señor comisario, cuánto me alegro de que...

—Fue un asesinato.

—¿Cómo dice? —le preguntó Nolwenn con mucha suavidad.

—Necesito a Le Ber y a Labat. Que vengan lo antes posible. Pero no les diga nada de la nueva situación. Quiero que, de momento, quede entre nosotros.

No había ningún motivo determinado para actuar así, sencillamente era el método característico de Dupin: reservarse alguna información para tenerlo todo controlado.

—Al menos tengo que informar inmediatamente al prefecto... Le diré que lo llamo de su parte.

Cierto; por desgracia, había que avisarlo. No podía ser de otra manera.

—De acuerdo, sí.

Dupin ya iba a colgar, cuando decidió que Nolwenn necesitaba un poco más de información: para dársela al prefecto, claro, pero sobre todo porque siempre venía bien tenerla a ella al corriente de todo.

—A Konan y a Lefort les suministraron una dosis elevada de Valium o un medicamento similar, benzodiacepina, seguramente en el Quatre Vents, probablemente entre las ocho y media y poco antes de las nueve, una dosis tan elevada que no tardaría en producirles graves dificultades de coordinación que explicarían el naufragio. Un submarinista ha encontrado el yate hundido cerca de Guiautec, al borde de la *Chambre*. Hay que averiguar cuanto antes a nombre de quién está registrado. Entonces tendremos la identidad del tercer hombre.

—¿Y a él no le han encontrado benzodiacepina en la sangre?

—No.

—Entonces quien pilotaba el yate solo podía ser Lefort o Konan. Pero ¿por qué

no lo gobernaba el tercer hombre, si era el propietario? Y si uno de los dos se hubiera notado raro, ¿no le habría dejado el timón al otro?

Buena pregunta.

—Pues... ni idea. Probablemente ellos eran más expertos, sobre todo Lefort, por supuesto, que conocía todos los islotes y las rocas de la zona. Tuvieron tiempo de ver que se acercaba la tempestad. Y luego la sustancia empezó a hacer efecto muy deprisa. Además, habían bebido mucho. En esos casos, todo el mundo se sobrevalora.

Lo que acababa de improvisar sobre la marcha le pareció bastante plausible. Aunque fueran puras especulaciones.

—¿Y por qué no le suministraron benzodiacepina al tercer hombre?

—No hacía falta.

Dupin improvisó otra vez, y de nuevo le pareció plausible.

—Pero aún no hemos llegado tan lejos con las pesquisas.

—El prefecto se va a interesar mucho en el caso, señor comisario. Me refiero a un interés personal...

Dupin tenía muy claras las dimensiones del caso, no se hacía ilusiones.

—Seguro que quiere hablar con usted inmediatamente —añadió ella—. Voy a decirle, conforme a la verdad, que está usted llevando a cabo unos interrogatorios importantes. Pero después, cuando se calme un poco, tendrá usted que llamarlo.

—Gracias, Nolwenn.

Mientras hablaban, Dupin siguió andando sin darse cuenta. Cuando la conversación llegó a su fin, se encontraba en el extremo nordeste de la isla. Seguía dándole vueltas a la nueva realidad.

La probabilidad de que se descubriera que había sido un asesinato era mínima. Todo apuntaba a que la muerte de los tres hombres se atribuiría a un accidente, y seguro que el asesino lo sabía. Unas horas más y no habrían detectado la presencia de tranquilizantes. Y si el yate no hubiera naufragado en el archipiélago, sino en algún otro lugar lejos de la costa, o si la tempestad hubiera arrastrado los cadáveres a otra corriente marina de las Glénan, no los habrían encontrado nunca, como solía pasar con la mayoría de los desaparecidos en el mar. Había que admitir que se enfrentaban a un asesinato planeado con inteligencia y sangre fría. No había sido un homicidio involuntario, de eso estaba seguro. El desencadenante no fue un arrebato. Por lo visto, alguien había esperado a que se presentara el momento oportuno. El crimen se cometió con mucha disciplina. Pero ¿el asesino quería matar a los tres hombres? ¿O solo a uno o dos, y asumió el riesgo de que también murieran los otros... o el otro? En el Quatre Vents solo habían visto a Lefort y a Konan. Tal vez hubiera más de un asesino.

Se le ocurrieron más preguntas y posibilidades, las opciones más dispares, todas a la vez. Necesitaba ordenar las ideas, preguntarse qué era lo más urgente. Tenía la

vaga sensación de que había que actuar rápidamente, muy rápidamente. Pero aún no tenía nada a lo que agarrarse. Nada de nada. Estaba al principio.

Puso el móvil en modo vibración. Y activó el desvío de llamadas (después de pasar horas y horas estudiando las absurdas opciones de menú y submenú, había aprendido a activar esa función del móvil). No contestaría si no conocía el número que llamaba. Siempre el mismo teatro: además del prefecto, otras personas «importantes» querían hablar «urgentemente» con él para «comunicarle» algo relevante y, claro está, para saber cómo iba la investigación. Y sobre todo para insistir en las dramáticas circunstancias del caso y en las nefastas consecuencias que acarrearía cada minuto que pasara sin ser resuelto... Dupin aborrecía esas conversaciones y por eso, a partir de ahora, las evitaría porque estaría «ocupado».

## Al entrar de nuevo en ...

Al entrar de nuevo en el Quatre Vents, notó el aire más cargado, más sofocante, con menos oxígeno que antes, y antes ya era escaso.

También tuvo una sensación de irrealidad: en el sitio en el que se había comido el mejor bogavante de su vida, en un ambiente casi de vacaciones, se había cometido con toda probabilidad un crimen espantoso. Esa fue una de las ideas que se le pasó por la cabeza. Por otra parte, cabía la posibilidad de que Konan y Lefort hubieran ingerido el tranquilizante después de salir del Quatre Vents; el asesino podía haberlo disuelto en las botellas de agua que llevaban en el yate, aunque era bastante improbable, porque le habría resultado muy difícil prever si se lo beberían y si lo harían en el momento «oportuno». Imposible calcularlo. Lo más seguro era que alguien les hubiera echado el sedante disimuladamente en la comida o en las bebidas que consumieron en el Quatre Vents. Y eso significaba que el asesino había estado allí anoche.

Le Ber y Labat aún no habían llegado. Solenn Nuz, que se encargaba de la cafetera con la mano izquierda mientras con la derecha servía vino (en la barra había una fila imponente de copas), levantó un momento la cabeza y le sonrió, dedicándole una mirada amistosa y comprensiva, como diciendo: «El trabajo...». Dupin recordó entonces que estaban charlando cuando Savoir lo había llamado. Por muy inoportuno que pudiera ser aquel momento, tenía que hablar con ella. En primer lugar. Ella y sus hijas sabrían mejor que nadie quién había estado la noche anterior en el Quatre Vents. A esas alturas, todos los clientes eran sospechosos. Necesitaba la lista completa lo antes posible.

Dupin se abrió paso entre las mesas y llegó a la barra.

—¿Es urgente?

—Por desgracia, sí.

A Dupin no le sorprendió que Solenn Nuz tuviera buen olfato para esas cosas.

—Venga conmigo.

Con un leve movimiento de cabeza señaló la cocina y dio media vuelta. Dupin la siguió. La hija mayor estaba vaciando el lavavajillas. En el fondo de la cocina había sitio incluso para una mesa y cuatro sillas, iguales que las de la terraza, aunque pintadas de color azul atlántico. El espacio era reducido, pero cómodo y acogedor. En la mesa había dos botellas de vino abiertas, unas cuantas copas medio llenas, media barra de pan y dos velas en sendas botellas de vino vacías. Solenn Nuz se quedó de pie junto a la mesa.

—Usted y sus hijas podrían... tendrían que ayudarnos. Necesitamos una lista

completa y precisa de los clientes que estuvieron anoche en el Quatre Vents. Entre las siete y las nueve. Que no falte nadie. Y la necesitamos lo antes posible.

Dupin intentó decirlo en un tono tranquilo, formulando la petición como si fuera pura rutina, pero Solenn Nuz se dio cuenta de que algo había cambiado. Y mucho. ¿Qué podía decirle? No iba a disimular la urgencia solo para no despertar suspicacias.

—¿Cuándo podrá hablar con sus hijas?

A Solenn Nuz se le notó que tenía una pregunta en la punta de la lengua: ¿a qué venía todo eso? Pero no preguntó nada. Dupin se lo agradeció. Después de un breve silencio, la señora Nuz contestó en tono reflexivo.

—No conocemos a muchos de los clientes, por ejemplo, a los alumnos de la escuela de vela y de la de submarinismo. Algunos se dejan ver unos cuantos días seguidos, otros solo una vez. Tampoco a los que vienen en su propio yate, a los turistas de un solo día y demás.

—Preguntaremos en la escuela de vela y en el club de submarinismo.

—Es importante, ¿verdad?

—Sí.

—Mis hijas y yo haremos una lista lo más completa posible. También había muchos clientes habituales. Ya le he nombrado algunos.

—Es usted muy amable, señora Nuz. Y también me urge saber otra cosa: ¿recuerda usted, o sus hijas, qué comieron y qué bebieron Konan y Lefort anoche?

—¿Qué bebieron y qué comieron?

Solenn Nuz enarcó las cejas. Dupin comprendió que la pregunta, más clara todavía que pedirle una lista, revelaba que allí había gato encerrado.

—Exacto.

—Lo intentaremos, a ver si nos acordamos. Creo que Konan pidió bogavante. Pero no estoy segura.

—¿Y quién tiene acceso a las bebidas y a la comida?

—¿Quiere decir, aparte de nosotras?

—Sí.

—Preparamos la bebida detrás de la barra y después la ponemos en una bandeja, en la barra. La comida la sacamos de la cocina. A veces, la bandeja se queda un momento en la barra hasta que el cliente viene a buscarla, o se la llevamos nosotras a la mesa, si tarda mucho en acercarse a recogerla. En la barra siempre hay mucho jaleo. La gente se aglomera. Ya lo ha visto. No podemos controlarlo todo.

—Entiendo. Nosotros...

La hija pequeña entró de repente en la cocina.

—Lo busca un policía, un tal inspector Labat.

—Ahora mismo voy —dijo Dupin, y se volvió de nuevo hacia Solenn Nuz—. Le agradecería que empezara enseguida.

La señora Nuz puso cara de resignación por un momento. Dupin lo entendió. En el comedor había treinta clientes de buen humor, consumiendo alegremente: era la hora de la cena.

—Me pongo a ello enseguida —respondió, y, mirando a su hija pequeña, añadió—: Tenéis que arreglároslas solas unos minutos. Y luego venid aquí un momento. Las dos.

—Mil gracias, señora Nuz.

Dupin dio media vuelta y salió al comedor. Labat estaba esperándolo en la barra, con su típica expresión de urgencia y apremio en la cara.

—Tenemos que hablar, señor comisario.

Dupin estuvo a punto de echarse a reír. Teniendo en cuenta la nueva situación, la frase de Labat le pareció absurda.

Labat fue detrás del comisario, que pasó de largo por su lado y se dirigió a la puerta. Una vez fuera, siguió andando unos metros al mismo paso y no se paró hasta llegar a la gran pintura surrealista y naif, justo delante del pingüino. Aún no se había dado la vuelta cuando Labat abrió la boca.

—Sabemos casi con toda certeza quién es el tercer hombre. —Hizo una pequeña pausa teatral y luego declamó casi solemnemente—: ¡Grégoire Pajot! Un contratista de obras bretón, de Quimper, la sede de su empresa está actualmente en París, donde vive la mayor parte del tiempo. Tiene una casa en Bénodet. El yate del naufragio, el *Conquerer*, está registrado a su nombre, aunque solo desde hace tres meses. Es un yate nuevo.

Una explicación recitada celosamente a ritmo de *staccato*, como a Labat le gustaba.

—¿Cómo lo sabe?

—Goulch y sus hombres han realizado una inmersión para inspeccionar el yate y han encontrado el registro. Pajot tenía un amarre en el puerto deportivo de Bénodet y otro en el de enfrente, en Sainte-Marine.

—¿Ha informado a Savoir? Necesitaré fotografías para realizar una primera identificación.

—Goulch lo ha informado inmediatamente.

—¿Está casado, tiene familia?

—Soltero. No sabemos nada más.

—¿Y cómo lo han averiguado?

—Es obligatorio presentar la documentación del yate y una fotocopia del título de patrón de embarcaciones de recreo en la oficina de la autoridad portuaria. He llamado al capitán del puerto de Bénodet. Me ha dicho lo que sabía, que no era mucho. Apenas conoce al señor Pajot, porque hace poco que solicitó el amarre. Uno de los mejores y más caros, por cierto. El capitán del puerto de Sainte-Marine todavía sabía

menos; nada, en realidad. También lo he llamado personalmente por teléfono.

—¿Nadie de su empresa ha denunciado su desaparición?

—Todavía no lo sabemos. Pero ¿a quién habrían avisado? ¿A la policía? La mayoría de la gente espera un poco. Le he pedido a Bellec que averigüe más cosas sobre Pajot en su empresa, seguro que tiene secretaria.

Por mucho que le disgustara, tenía que reconocer que Labat tenía razón. Y Bellec era un policía con poca experiencia, pero inteligente, que ya lo había impresionado unas cuantas veces. Era tremendamente rápido, directo, atlético, tenía una musculatura imponente y una cicatriz larga en la mejilla derecha sobre la que guardaba un mutismo absoluto.

—¿Por qué Pajot tenía dos amarres para su yate, y tan cerca uno de otro?

Sainte-Marine, igual que Bénodet, estaba situada en la desembocadura del Odet, justo donde el río formaba un fiordo de unos trescientos o cuatrocientos metros de longitud y luego se convertía lentamente en mar abierto. Estas localidades estaban situadas una enfrente de la otra. Sainte-Marine, además de Port Manech, en la desembocadura del Aven, era para Dupin el pueblo más bonito de toda la costa. Le encantaba, incluidos los dos restaurantes del muelle, que conocía muy bien.

—Algunas «personas de categoría» tienen amarre en las dos riberas, porque así se ahorran cruzar el gran puente en coche cuando quieren hacer algo en la otra.

—¿Pajot no tenía yate antes?

—Por lo visto, no. Al menos en esos dos puertos.

—No tenía yate ¿y de repente se compra uno muy caro y dos amarres?

—Tiene que ser muy rico. Su constructora es una de las más importantes de la Bretaña y es famosa en todo el país. El título de patrón se lo sacó hace mucho, en 1978. El yate, el *Conquerer*, es un Gran Turismo 49. Un Bénéteau.

El tono con que pronunció la última información dejaba claro que pretendía expresar algo grande. En la costa, todos entendían de embarcaciones, uno de sus temas preferidos. A Dupin no le importaba no ser experto en barcos, pero a veces se le hinchaban las narices cuando lo convertían en un saber misterioso.

—¿Y eso qué significa?

—Quince metros y medio de eslora, cuatro y medio de manga, unos doce mil kilos de desplazamiento. Dos motores de 435 caballos. Redondeando, medio millón de euros.

Labat lo dijo presumiendo, como si el yate fuera suyo. Un poco como antes, a ritmo de *stacatto*.

—¿Medio millón?

A Dupin, las otras cifras no le decían nada.

—Los yates son caros. Y como le he dicho, Pajot tenía que ser muy rico.

—¿Cuándo han hablado con Savoir?

—Desde la patrullera. Hace unos minutos.

—¿Qué les ha dicho?

—¿A qué se refiere?

Por lo visto, a Savoir no se le había escapado nada sobre los asesinatos.

—A nada. Llámelo otra vez. Quiero saber con toda certeza si ese hombre es el tercer muerto.

—El Gran Turismo está matriculado a su nombre; es su yate, sin la menor duda.

—Quiero una confirmación totalmente segura.

En ese caso había muchas cosas evidentes que luego resultaban ser otra cosa.

Labat sacó el móvil de muy mal humor. De repente se oyó el ruido infernal de unos rotores y el helicóptero apareció de nuevo sobrevolando la isla. Le Ber volvía. Eso estaba bien.

Labat tuvo que levantar la voz.

—Sí, doctor, exacto, el inspector Labat. Exacto. Yo...

Labat se esforzaba por hacerse entender. El ruido era cada vez más ensordecedor, el helicóptero estaba a punto de aterrizar.

—Hable más alto, doctor. No...

Labat se interrumpió de nuevo. Desesperado, se pegó el teléfono a la oreja y, contorsionándose, intentó hacer pantalla con la otra mano, pero no le sirvió de nada. Tenía un aspecto cómico. Mientras tanto dio unos pasos de un lado a otro, como si buscara (también inútilmente, por supuesto) un sitio en el que el ruido no se oyera tanto. Se paró súbitamente y se apartó el teléfono de la oreja con furia. Después se acercó a Dupin, se inclinó hacia él y gritó:

—¡Es él! ¡Es Pajot! Han...

El helicóptero ya había aterrizado, pero los motores seguían en marcha.

Dupin esperó. Conocía el procedimiento. Antes de medio minuto, la inmensa quietud volvería súbitamente al archipiélago. Dupin estaba más preparado que Labat cuando llegó el momento.

—¿Y no cabe ninguna duda?

—No. El doctor Savoir está seguro. Han encontrado muchas fotografías de él en internet.

—Bien. Ya tenemos al tercer muerto. *Voilà*. Completo.

Labat miró desconcertado al comisario.

Dupin estaba contento de tener algo más a lo que agarrarse. De conocer al menos la situación de partida del caso.

—Hay novedades, Labat. Tenemos que hablar. También con Le Ber. Ahora mismo.

—Sería mejor buscar otro sitio. El Quatre Vents no es el lugar indicado para una reunión de trabajo. Es un lugar público.



—Descartado. Nos quedamos aquí.

La reacción automática de Dupin surgió de un profundo descontento.

Lo cierto era que, dejando aparte la costumbre de Dupin de establecer rituales enseguida, en todas partes y siempre (el verdadero motivo para no querer buscar otro sitio), no tenían alternativa. ¿A qué otro sitio podían ir? ¿A sentarse en el muelle, en la playa o en una duna? ¿A bordo de una embarcación? ¿A ocupar una sala de la escuela de vela o del centro de submarinismo? En honor a la verdad, Dupin lo habría hecho en el acto si lo hubiera preferido, pero (y este era seguramente el segundo motivo importante) allí no había café.

—Nos sentaremos aquí fuera, en el mismo sitio que antes.

Dupin se dirigió a la mesa, que seguía igual que la habían dejado. Labat lo siguió a todas luces de mala gana, pero no dijo nada.

—No tardaremos mucho —dijo Dupin enérgicamente.

La reunión del inspector Le Ber, el inspector Labat y el comisario Dupin realmente no fue muy larga. No porque hubiera «refrescado» (¡y mucho!), sino porque Dupin estaba intranquilo. Todos sabían que la inquietud lo acuciaba cuando investigaba un caso.

En pocas palabras, informó a Labat y a Le Ber de la novedad que lo cambiaba todo. Los dos palidieron visiblemente. Le hicieron unas cuantas preguntas y consiguieron (con mucho esfuerzo y apuro) que Dupin les contara lo que había dicho exactamente Savoir y cómo se habían desarrollado las conversaciones con Solenn Nuz. Dupin quería ponerse a trabajar sin demora.

Labat y Le Ber coincidieron con él en que lo más probable era que a Lefort y a Konan les hubieran suministrado la benzodiacepina en el Quatre Vents. Y que, por lo tanto, el asesino tenía que haber estado allí la noche anterior aunque solo fuera un momento. Les dijo que pronto sabrían quién había estado en el Quatre Vents, lo que bebieron y comieron Konan y Lefort y si alguien había visto algo sospechoso. Y que quería una lista en la que se especificara quiénes eran clientes «habituales o conocidos en el archipiélago» y quiénes «desconocidos». Por supuesto, también había que precisar quién tenía relación con alguno de los muertos y de qué tipo. Otra prioridad era averiguar lo máximo posible de las tres víctimas, y lo antes posible: vida, trabajo y relación entre sí, para ver si daban con algo sospechoso. Posibles pistas, posibles conflictos, posibles motivos, personas que pudieran tener interés en la muerte de los tres hombres...

Dupin ordenó a Labat que se ocupara de Pajot, Le Ber se encargaría de Konan y él, de Lefort, aunque le pidió a Le Ber que se pusiera él en contacto con su novia, cuanto antes mejor. Había que registrar las casas de los tres en el continente, así como la residencia de Pajot en París. Había que iniciar de inmediato las tareas «de rutina»:

recabar información sobre testamentos y legados, indagar bienes y propiedades, movimientos de cuentas bancarias, contactos telefónicos y llamadas... Necesitarían la colaboración de unos cuantos agentes de la comisaría.

Labat insistió en que declarase el Quatre Vents lugar del crimen. Dupin, conocido por precintar a discreción el lugar del crimen, por regla general durante largo tiempo y abarcando una amplia zona, se opuso tajantemente por mucho que Labat presentara argumentos de criminalística nada irrelevantes, como la necesidad de examinar la barra, los vasos y la cocina en busca de rastros del sedante que habían ingerido las víctimas. El comisario no se negó solamente porque temiera perder (¡y mucho!) el suministro de café, que ahora tenía asegurado, sino también porque, si cerraba el Quatre Vents, boicotearía el centro de la investigación: obligarían a la gente a dispersarse. Allí se reunía todo el mundo: los que podían contar anécdotas sobre el archipiélago, los que tal vez sabían algo... y quizá también los asesinos. La discusión no duró mucho. Dupin expresó categóricamente su postura y se encaminó hacia la entrada del Quatre Vents.

La atención de los clientes se centró unos instantes en el pequeño grupo de policías que entraba en el local y las conversaciones cesaron en las mesas. Evidentemente, todos sabían quiénes eran. Dupin, Labat y Le Ber cruzaron la sala con marcada lentitud y se situaron a la izquierda de la barra, junto a la pared. En las mesas, las conversaciones recuperaron muy pronto la animación.

Los tres estaban muy juntos, casi pegados, y eso era algo que Dupin aborrecía. Le Ber y Labat mantenían una charla ininteligible, criticaban el ambiente cargado y se asombraban de que hubiera tanto movimiento. Se notaba que no estaban a gusto.

En cambio, él estaba contento. Desde allí podía observar todo lo que pasaba en el comedor. Veía las bandejas encima de la barra y cómo servían en ellas la bebida y la comida. A veces, las bandejas estaban allí unos minutos sin que nadie las «vigilara». En general, la mayoría de los clientes se quedaba en esa parte de la barra. Todo era exactamente como le había dicho Solenn Nuz: un caos de gente apiñada. A simple vista estaba claro: cualquiera podría haberse acercado a las bandejas en cualquier momento, inadvertidamente y sin levantar sospechas.

Aunque tal vez hubiera ocurrido en la mesa de Konan y Lefort. Evidentemente, intentarían reconstruir con todo detalle la media hora decisiva, antes de que las víctimas se marcharan (les preguntarían a todos si habían visto algo extraño a esa hora), pero Dupin tenía la impresión de que no había muchas probabilidades de descubrir algo por esa vía. Se enfrentaban a un asesino muy inteligente, eso estaba claro.

Dupin frunció el ceño. Aquello no le gustaba. Y tardaban mucho en entregarle la lista.

—Le Ber, Labat, quédense aquí observando a los clientes en los próximos

minutos.

Dupin no estaba seguro de que lo que pensaba hacer fuera acertado. Se le ocurrió de repente, aunque tal vez fuera un poco teatral... y él no soportaba la teatralidad. Mientras todavía estaban fuera, sentados a la mesa, pensaba que, si el asesino tardaba en saber que habían descubierto que se había cometido un asesinato, ellos contarían en teoría con una ventaja táctica. Pero esa idea era totalmente ilusoria. El rumor circularía de todos modos, y muy pronto, sin duda.

Dupin se abrió paso hasta el centro de la barra. Una vez allí, sin más preámbulos, se dirigió con voz potente y en tono oficial a toda la sala:

—Buenas noches, señoras y señores. Soy el comisario Dupin, de la policía de Concarneau.

Se hizo un silencio sepulcral al instante. Seguramente por la claridad de las palabras, pero también por la imponente constitución física de Dupin, que imprimía mucho énfasis a sus palabras cuando se lo proponía. Le Ber y Labat volvieron la cabeza hacia él a toda prisa y se lo quedaron mirando un momento con incredulidad.

—Anoche asesinaron a tres hombres en las Glénan. Los tres muertos que hemos encontrado hoy en Le Loc'h no fueron víctimas de un accidente. Fue un asesinato triple a sangre fría. Un crimen. Y tenemos motivos para suponer que a dos de ellos les pusieron una dosis elevada de tranquilizantes en la bebida o en la comida, aquí, en el Quatre Vents, y el efecto de los tranquilizantes fue lo que provocó el accidente marítimo mortal. —Hizo una pausa teatral—. Estamos investigando un asesinato y quería pedirles que colaborasen con nosotros tanto como pudieran.

Hizo otra pausa. Luego siguió hablando en el tono inequívoco de una instrucción policial:

—Lo primero que queremos saber es quiénes de ustedes estuvieron anoche en el Quatre Vents, aunque solo fuera un momento, dónde se sentaron y si les llamó la atención algo sospechoso. Sobre todo aquí, en la barra, con las bandejas. Por muy insignificante o irrelevante que les parezca, les pido que nos lo digan. Hasta el menor detalle puede ser importante. Los dos hombres, el señor Lucas Lefort y el señor Yannig Konan, estaban en esa mesa.

Dupin señaló una mesa en el rincón.

—También quiero saber si anoche había alguien que no haya venido hoy. Y si conocían a las víctimas y qué hacen ustedes aquí: si participan en un curso de submarinismo o de vela o están de crucero. Del mismo modo, nos urge saber si vieron a las dos víctimas o a una de ellas con el tercer muerto, Grégoire Pajot... Gracias por su colaboración. Tendrán que facilitarnos sus datos personales. Pura rutina policial.

Dupin hizo una pausa más larga y miró a los clientes uno a uno, sin disimulo. Daba la impresión de que la mayoría se habían quedado de una pieza y ni siquiera

habían respirado mientras él hablaba. Incluso las hijas de Solenn Nuz se habían quedado de piedra.

—Mis inspectores pasarán por todas las mesas para hablar con ustedes. Hagan el favor de no abandonar el local hasta que terminen los interrogatorios.

Le dio la sensación de que había acertado con su decisión. El caso cobró realidad saliendo a la luz. A partir de ahora solo tenían que estar alerta. Observar con mucha atención. La partida había empezado.

Se dirigió con paso decidido a Le Ber y Labat. En el Quatre Vents todavía reinaba un silencio absoluto. Dupin murmuró:

—Le Ber, usted por el lado izquierdo; Labat, usted por el derecho.

Los dos inspectores dieron media vuelta y se pusieron a trabajar sin dilación. Pronto se oyó un cuchicheo tímido entre los clientes, que se intensificó lentamente.

Mientras Dupin hablaba, Solenn Nuz estaba en la cocina. Entonces salió, pero se quedó casi en la entrada, con una hoja de papel en la mano. El comisario le hizo un gesto impreciso y se acercó a ella. Si antes, al enterarse de la muerte accidental de los tres hombres, apenas había dejado entrever alguna emoción (y conocía a dos de ellos), ahora parecía alterada.

—Cuesta creerlo, señor comisario. ¿Está seguro de que ha sido un asesinato?

—Totalmente seguro. Los análisis de sangre lo demuestran.

Solenn Nuz se calló un momento.

—¿De quién era el yate que han encontrado?

—De Grégoire Pajot. Es el *Conquerer*, un Bénéteau Gran Turismo. Muy grande. Navegaban en su yate, al menos anoche.

—¿Grégoire Pajot? No me suena el nombre.

—Nosotros tampoco tenemos mucha información. Ni de por qué se reunieron ni dónde estuvieron antes ni... —Dupin recordó una cosa que se le había olvidado—. Les enseñaremos una fotografía del señor Pajot a usted y a los clientes. Espere un momento, señora Nuz, ahora mismo vuelvo.

Dupin se dirigió a Labat, que estaba junto a una de las mesas del lado derecho del comedor.

—Necesitamos una fotografía de Pajot. Usted tiene uno de esos trastos.

En los ojos de Labat apareció un brillo de satisfacción: necesitaban urgentemente su smartphone. Por una vez, a Dupin no le importó: quería la fotografía. Labat ya había sacado el aparato y tecleaba torpemente en la minúscula pantalla. Dupin habló otra vez con voz potente:

—Señoras, señores, otra cosa. Vamos a enseñarles una fotografía del señor Pajot. Queremos saber si alguno de ustedes lo conoce o lo ha visto estos últimos días.

Sonriendo con orgullo, Labat se le plantificó delante y le puso el teléfono en las narices.

—Una fotografía de la web de una de sus empresas.

Antes de que Labat pudiera añadir nada, Dupin le quitó el teléfono de las manos y giró sobre sus talones. Volvió con la señora Nuz.

—¿Podríamos sentarnos un momento en la cocina? Sería conveniente.

—Naturalmente. Venga.

Se sentaron a la pequeña mesa.

—Este es el señor Pajot.

La señora Nuz observó la foto con todo detalle antes de decir nada.

—No. Nunca lo he visto por aquí. Quizá venía a practicar vela o submarinismo. Pero no al Quatre Vents. Tendrá que preguntar en la escuela de vela. Y también a Anjela Barrault, la directora de la escuela de submarinismo. Es amiga mía.

—Lo haremos.

—Me he reunido con mis hijas para hacer la lista de los clientes que vinieron anoche. —La tenía todavía en la mano y la puso en la mesa, delante de Dupin.

—¿Se han acordado sus hijas de alguien que usted no recordara?

—Solo de Muriel Lefort. Por lo visto, pasó por aquí un momento y habló con su hermano. Yo estaría en la cocina. Debió de ser hacia las ocho y media. Más o menos.

Dupin ya lo sabía, aunque desconocía la hora. Sacó la Clairefontaine y lo apuntó.

—Mis hijas también se acuerdan de lo que comieron y bebieron Konan y Lefort. Primero cerveza de barril, y después vino. Pidieron unas cuantas botellas a lo largo de la noche. El agua la cogen directamente los clientes, las jarras están ahí. Los dos cenaron sopa de pescado de primero y, de segundo, Konan comió bogavante y Lefort, un entrecot.

Dupin lo apuntó todo.

—¿Y usted o sus hijas no vieron nada raro anoche? ¿En la barra? ¿Alguien que llamara la atención por su comportamiento?

—No. Pero volveré a hablar con mis hijas.

—¿Había alguien más en la cocina, aparte de usted?

Solenn Nuz dudó un momento.

—No.

Dupin pasó a hablar en un tono solemne.

—Ahora que sabemos que fue un asesinato y que nos enfrentamos a una situación totalmente nueva, ¿se le ocurre algo que pudiera ser relevante? ¿Tiene alguna idea de qué puede haber pasado? Yo...

—Ejem.

Se oyó un carraspeo elocuente. Labat se plantó delante de ellos.

—Mi smartphone. Necesitamos la fotografía.

Dupin se lo dio mecánicamente.

—La señora Nuz ha hecho una primera lista de clientes. Ahora habrá que

completarla. También quiero un croquis preciso del comedor, con todas las mesas y las sillas, y la barra... Anoten a todos los que estaban aquí. Quién estaba en cada sitio, cuánto rato y a qué hora.

Labat y Le Ber conocían esos encargos imposibles. Lo sorprendente era (y lo habían aprendido en los años que llevaban trabajando con Dupin) que a menudo conseguían llevar a cabo lo que al principio parecía totalmente imposible. Y lo útil que podía ser. Labat no dijo una palabra sobre el encargo, incluso puso una cara sorprendentemente neutral. Dio media vuelta y se marchó.

Dupin se dirigió de nuevo a la señora Nuz.

—Le había preguntado si se le ocurría algo en relación al asesinato.

—Encontrará a mucha gente con un motivo. De Konan se cuentan historias terribles. No sé decirle hasta qué punto son ciertas. Y Lefort... todo el mundo lo odiaba. Conozco muy pocas excepciones.

Pronunció las frases en el tono tranquilo que era habitual en ella. Pero se notaba que decía lo que pensaba.

Eso era nuevo. Normalmente, los muertos solo tenían amigos, nunca enemigos, y eran gente admirable, apreciada y querida.

—¿Y por qué lo odiaban? ¿Y quién? ¿Alguien en especial?

—Es largo de explicar.

—Empiece.

Solenn Nuz se puso seria.

—Son historias muy feas.

—Quiero oírlas.

La señora Nuz respiró hondo.

—Desde hace más de diez años, Lucas Lefort intentaba por todos los medios convertir las Glénan en un gran «proyecto turístico», con hoteles, instalaciones deportivas y puentes que unieran las islas. Cuatro islas son suyas. Suyas y de su hermana. Sus planes siempre han fracasado, pero por poco. El antiguo alcalde de Fouesnant se pronunció en contra. Era uno de sus peores enemigos. Lefort modificó después el proyecto dos o tres veces. Pura táctica. Intentó hacerlo pasar por una ampliación descomunal de la escuela de vela. También quería comprarme el centro de submarinismo y ampliarlo. Su última idea era «ecoturismo de calidad». No le hace...

—Se interrumpió un momento—. No le hacía ascos a ninguna mentira, por descarada que fuera.

Dupin tomaba apuntes lo mejor que podía. Lo que le estaban contando era importante. Esas eran las historias que esperaba oír.

—El antiguo alcalde le deseó muchas veces la muerte. Lefort se portó muy mal con él, lo difamó de la peor manera, lo acusó de corrupción. Intentó ponerlo en ridículo. Y el alcalde era un hombre íntegro.

—¿Y cómo están las cosas ahora?

La pregunta no era muy específica, pero Dupin aún tenía que familiarizarse con el asunto.

—No se supo nada más de los planes de Lefort durante unos años, hasta que hace poco volvió con lo del ecoturismo. Según dicen, estaba a punto de presentar oficialmente un primer proyecto revisado. Hace meses que se habla del tema. El nuevo alcalde aún no se ha pronunciado. Damos por sentado que adoptará la misma postura resolutiva que su predecesor. Los miembros del consistorio son prácticamente los mismos que hace unos años. También votaron en contra, aunque por una estrecha mayoría. Igual que la diputación provincial. Lo cierto es que las nuevas leyes de protección de costas lo hacen imposible. Pero eso no ha disuadido a Lefort.

—Anoche también estaba aquí, ¿verdad? Me refiero al alcalde, el señor...

—Du Marhallac'h. Exacto.

—Usted dijo que habló con Lefort.

—Sí.

Solenn Nuz apartó la vista de Dupin y se miró las manos.

—Destruiría las Glénan. Todo esto. Hay turismo, sí, pero solo afecta al archipiélago a medias.

Dupin entendió más o menos lo que quería decir.

—¿Y su hermana? ¿Muriel Lefort?

—Siempre se ha opuesto tajantemente a esos proyectos.

—Entonces ¿tenían grandes discrepancias?

—Continuamente. Discutían con acritud, era una batalla constante —contestó Solenn Nuz sin vacilar.

—Los Lefort deben de ser muy ricos.

—Sí, lo son.

Dupin volvió a tomar notas.

—Aparte de esos proyectos, ¿había enfrentamientos entre ellos por otros motivos?

—Es imposible imaginar a dos hermanos más distintos. En todos los aspectos. Muriel encarna el «espíritu original» de la escuela de vela. Su hermano casi nunca ponía los pies allí. Solo le interesaba ganar más dinero y...

—¿Podría explicarme en qué consiste eso del «espíritu original»?

—Una actitud. Determinados valores e ideales. Honor, vivir en colectividad, solidaridad, independencia. La escuela de vela es una institución en todo el mundo. La fundaron al acabar la Segunda Guerra Mundial, siguiendo el espíritu de la Resistencia. Los padres de Lucas y Muriel fueron miembros de la Resistencia en el Finisterre. Al principio, la escuela de vela era una especie de comuna formada por hombres y mujeres jóvenes e idealistas.

—¿Y después?

—Los padres de Muriel y Lucas la ampliaron a lo largo de los años. Con prudencia. Con mucha inteligencia. Y manteniendo siempre los viejos ideales. Se trataba de grandes ideas. Actualmente sigue siendo lo contrario a un club náutico «distinguido», a las típicas escuelas de vela. Aquí, los cursillistas todavía se alojan en las condiciones más simples. Todos son iguales. No importa que tengan más o menos dinero. Duermen en literas, en habitaciones comunitarias, las duchas también son comunitarias, como en un camping, y comen todos juntos al aire libre. No solo aprenden a navegar, es mucho más que eso. Muriel Lefort defiende ese enfoque. Y también Maela Menez.

—La secretaria.

—Sí.

—¿Qué función desempeña?

—Es la mano derecha de Muriel. Hace de todo. También dirige otras cosas por su cuenta. El centro de alquiler de embarcaciones, por ejemplo. Encarna el espíritu de la escuela con mucha..., cómo lo diría..., con mucha rigurosidad. A rabiar. Es muy... idealista.

—En tal caso, su relación con Lucas Lefort sería tensa, ¿no?

—Por supuesto.

—¿Hablaron anoche?

—Coincidieron en la barra. No sé cuánto rato.

—Pero seguro que hablaron, ¿no?

—No se imagine lo que no es. Muriel y su hermano tampoco se hablaban siempre a gritos —contestó Solenn Nuz y, pensativa, añadió—: Los conflictos calan muy hondo. Y no se olvide de que esto es un mundo aparte. Y muy pequeño.

A Dupin, Solenn Nuz le recordaba a Nolwenn en algunas cosas, ya lo había pensado antes. Y no era porque los nombres sonaran parecidos ni por lo mucho que ambas sabían de la gente, sino por las cosas en que se fijaban y por la manera en que las observaban.

—¿Sabe si últimamente se habían agravado las disputas entre los hermanos?

—Muriel siempre ha intentado que los conflictos quedaran en casa. Por su carácter, lo contrario le habría desagradado mucho. Es muy discreta. Yo no sé qué pasaba. Eso solo lo sabe ella.

Dupin enarcó las cejas.

—¿Quién más? ¿Quién más se contaba entre los enemigos de Lucas Lefort?

—Ya se lo he dicho, unos cuantos. Y seguro que son más de los que yo sé... Marc, Marc Leussot. Biólogo marino y periodista. Ayer también vino. Un enemigo radical de cualquier proyecto turístico. Escribió artículos muy críticos sobre las posibles consecuencias de un aumento del turismo en las Glénan.



Dupin lo anotó. Tenía tan mala letra que, cuando escribía, se obligaba con muchísima disciplina a moderar la velocidad, de lo contrario después ni él mismo entendía algunas anotaciones importantes. Le había ocurrido más de una vez y había sido penoso.

—Está ahí sentado. —Hizo un leve gesto con la cabeza, señalando al comedor—. Viene muy a menudo... Y todas las mujeres de Lefort. No hay que olvidarlas. Muchos corazones rotos. A nadie le extrañaría que una de ellas se hubiera vengado. Sobre todo la última. No paraba de engañarla y lo hacía delante de sus narices.

—¿Sabe cómo se llama su novia actual?

—No.

—¿Qué más se le ocurre?

—También debería tener en cuenta las regatas. Corre el rumor de que consiguió una plaza para participar en la Copa Admiral utilizando métodos despreciables. Era un hombre frío, sin escrúpulos.

Sus últimas palabras sonaron a conclusión tajante.

—Usted conoce este mundo mejor que nadie.

—A la fuerza.

La sonrisa cálida y abierta, que Dupin ya conocía, volvió un momento a la cara de Solenn Nuz.

—Pero no puedo decirle gran cosa. No tengo ni idea de la vida que llevaba Lucas Lefort. Pasaba muchos días fuera, en el continente. No sé en qué negocios estaba metido ahora ni con quién se podía haber peleado.

—Me ha dicho que usted no tenía mucha relación con Lefort, ¿verdad?

—Cuando estaba en la isla, nos saludábamos, alguna vez hablábamos de cosas triviales. Ayer, ni siquiera eso.

Aquel caso era raro desde el principio y seguía desarrollándose del mismo modo. Al final del primer interrogatorio de la investigación, Dupin tendría una lista de entre cinco y siete sospechosos destacados. Y eso solo con relación a Lefort.

—¿Y Konan? ¿Qué sabe de él?

—Empezó fabricando colchones y en pocos años construyó un imperio. Después amplió el negocio y se convirtió en un pez gordo de la exportación de productos bretones. Ha fundado varias asociaciones. Y tiene una empresa que se dedica a la exploración de los fondos marinos, a las prospecciones petrolíferas en el mar. Dicen que tiene una relación muy estrecha con ciertos políticos. Seguro que eso lo ha «ayudado» mucho a la hora de cosechar éxitos.

—¿Cómo sabe todo eso?

—Aquí no lo traga nadie. Un hombre sediento de poder. Un chulo. Quería comprar un amarre exclusivo en el muelle. Aquí las cosas no funcionan así, pero él incluso contrató a dos abogados para intentar salirse con la suya.

—Pero, a pesar de todo, seguía viniendo, ¿no?

—Sí, con Lucas.

Dupin pensó que aquel era realmente un mundo muy singular. Se odiaban, pero aquel sitio los unía a todos.

—¿Y en lo personal? ¿Sabe algo de su vida privada?

—Nos conocíamos de vista y nos saludábamos, eso es todo. Está casado. Su mujer nunca ha venido a navegar con él. Sé muy poco de ella. Es maestra de primaria. Y por lo que cuentan, una mujer corpulenta.

—¿Qué pasó con el antiguo alcalde?

A Dupin le sorprendió que Solenn Nuz titubeara un momento antes de contestar.

—Murió hace dos años. Del corazón. Sufrió un infarto en una *fest-noz*.

Una de las múltiples tareas de los alcaldes bretones consistía en eso: participar en una serie interminable de fiestas regionales, locales y muy locales. Fiestas tradicionales en las que se bebía mucho.

Dupin esperó por si añadía algo más. Se hizo un silencio largo.

—Entiendo que yo también tengo que incluirme entre los sospechosos. Ya sabe lo que opino de Lefort. Y para mis hijas y para mí habría sido muy fácil echarles algo en la comida o en la bebida. Más fácil que para cualquiera.

—Antes me he hecho una idea de lo fácil que habría sido para cualquiera.

—¿Mamá?

La hija pequeña estaba detrás de ellos.

—¿Sí?

—Hay clientes que quieren irse. Quieren volver esta misma noche al continente. Los dos inspectores dicen que nadie puede abandonar el local hasta que acaben con los interrogatorios.

No era una pregunta y se lo dijo a su madre como si Dupin no estuviera presente. De todos modos, Dupin contestó:

—Sí, así es, lo he ordenado yo. Por desgracia, hay que hacerlo. Investigamos un asesinato.

—Bien.

En ese «bien» no había ni rastro de resignación ni de ironía. La chica dio media vuelta y se marchó como había venido, sin hacer el menor ruido.

Cuando ya se había ido, Le Ber apareció en el umbral de la puerta. Se acercó rápidamente a Dupin, se puso a su lado y se agachó para hablar con él.

—Señor comisario, la señora Lefort aterrizará en cualquier momento.

Le Ber lo dijo en voz muy baja, pero Solenn Nuz lo oyó (y eso, a ojos de Dupin, hizo que la situación fuera innecesariamente ridícula).

—Han llamado de Quimper. Muriel Lefort ha confirmado la identidad de su hermano. Los compañeros de la prefectura se encargan también de las formalidades

para la identificación de los otros dos cadáveres. No le han dicho nada del asesinato, como usted ha ordenado. Pero tendría que ir a recibirla, si no quiere que se entere por otros.

Dupin se quedó pensando. Se había olvidado por completo de ella y ahora llegaba en muy mal momento. Pero tenía que hacerlo y quería hacerlo, por varios motivos. Miró la hora; había perdido la noción del tiempo. Las ocho y media.

—Bien, ahora mismo voy.

Se levantó y se despidió de Solenn Nuz.

La mujer sonrió muy amablemente. Dupin lo interpretó como un gesto de cordialidad.

Salió de la cocina, acompañado por Le Ber.

—Usted y Labat sigan con los interrogatorios hasta el final y después vayan a la escuela de vela y al centro de submarinismo. Hablen con la señora Barrault, la directora del centro de submarinismo, y con la señora Menez, la secretaria de Muriel Lefort. Sigue teniendo prioridad terminar el esquema con todos los clientes que estuvieron aquí anoche. No se olviden de nada.

—No, jefe.

—Uno de los clientes habituales que vino anoche es un tal Leussot.

—Ya lo tenemos.

—Muy bien.

—¿Estará localizable, señor comisario?

—Sí, por supuesto.

Dupin sacó el móvil del bolsillo. Seguía en modo vibración.

—Todo en orden.

Cuando sonara, miraría el número de quien llamaba. Hacía un buen rato que no lo miraba: había recibido nueve llamadas. Una de Le Ber, una de Nolwenn, una de un número que no conocía, dos de números ocultos... y cuatro del prefecto. Dupin gruñó. De mala uva.

El helicóptero acababa de aterrizar. El piloto paró los motores justo en el momento en que el comisario Dupin llegaba, jadeando un poco, al prado que había detrás de la vieja granja. La señora Lefort estaba a punto de saltar de la cabina; la señora Menez ya había bajado y la ayudaba. Muriel Lefort parecía muy afectada.

—Es usted muy amable al venir a recibirme, señor comisario. Ha sido... muy difícil.

En la mirada de Muriel Lefort se apreciaba un miedo indefinido, pero intenso, y tenía las pupilas contraídas. Dupin pensó si no sería mejor decírselo cuando estuvieran a solas.

Decidió hacerlo en presencia de la señora Menez.

—Han asesinado a su hermano. No fue un accidente. Podemos afirmarlo sin lugar a dudas. Lo lamento mucho.

El comisario era consciente de que otras veces había comunicado esa clase de noticias con mayor consideración.

Muriel Lefort se quedó mirándolo, petrificada. No dijo nada. El miedo había desaparecido de su mirada, ahora parecía vacía. La señora Menez también enmudeció. Al cabo de unos instantes, Muriel Lefort apartó la vista. Empezó a andar sin rumbo fijo, unos pasos a un lado, otros a otro. La señora Menez parecía indecisa, no sabía si seguirla, pero no se movió.

Dupin observó a la señora Menez, que lo miró varias veces a los ojos y que, a pesar de su silencio, no hacía el menor esfuerzo por aparentar que la noticia la había conmovido.

—No me sorprende —dijo Muriel Lefort con voz ahogada, volviendo lentamente junto a Dupin y la señora Menez—. Pero, aun así, cuesta hacerse a la idea —añadió en un tono bastante formal, como obligada a precisarlo.

—Su hermano tenía enemigos.

—Sí.

—¿Cómo lo mataron?

Hacía rato que Dupin esperaba esa pregunta, pero no que se la hiciera la señora Menez.

—A él y al señor Konan les administraron un tranquilizante muy fuerte. Sumado al alcohol que habían ingerido, no tenían ninguna posibilidad...

Muriel Lefort se tapó la cara con las manos. De nuevo se produjo un largo silencio. La señora Menez seguía sin mostrar la menor emoción.

—También hemos encontrado el yate con el que naufragaron. Era de Grégoire Pajot. Un Gran Turismo. Un yate muy caro. Fueron hacia las rocas al salir de la *Chambre*... ¿Le dice algo el nombre de Grégoire Pajot, señora Lefort?

Muriel Lefort no contestó enseguida.

—Sí. He oído hablar de él. Uno de los «amigos» de mi hermano. Creo que era inversor.

—Seguramente salieron los tres a navegar en su yate el fin de semana.

Muriel Lefort cerró los ojos, cogió aire y lo exhaló.

—¿Podemos seguir hablando en mi casa? Me gustaría beber algo y sentarme.

—Por supuesto. Tengo que hacerle varias preguntas importantes.

—Claro.

La señora Menez iba delante, a buen paso. La señora Lefort la seguía y estuvo a punto de adelantarla, pero no lo hizo. Dupin iba detrás, a unos pasos de ellas. Cruzaron el árido campo a través de un sendero apenas marcado y se dirigieron a las horrorosas casas triangulares, que estaban a unos quinientos metros de distancia. Los

tres iban en silencio, y Dupin se alegró.

El sol ya casi se había puesto en el horizonte, hacía unos minutos que había empezado el espectáculo de colores. Magia exquisita, sin efectos aparatosos. En el azul claro y nítido se mezcló un naranja suave, delicado, al principio de manera casi imperceptible, y un poco de rojo que empezaba a convertirse en un destello anaranjado acuoso y a abarcar toda la cúpula celeste por el oeste: el cielo, el mar y también el sol. Unos minutos más y la esfera luminosa bien definida desaparecería con placidez en el mar, en silencio, con serenidad, al menos esa noche. A Dupin le daba la impresión de que el sol aceptaba ponerse un momento y al instante cambiaba de opinión. Entonces parecía oponerse desde lo más hondo de su ser y se entablaban tremendas batallas cósmicas, surgían colores, escenas y atmósferas apocalípticas, y al final se ahogaba en el mar como si se hundiera en una última catástrofe mundial. Durante la media hora siguiente, el naranja suave desaparecería lentamente y, al final, una profunda negrura se lo tragaría en un instante. Dupin lo sabía de sobra. Una negrura casi corpórea que iba más allá de la simple falta de luz.

Cuando se aproximaron a la primera casa, Muriel Lefort se puso en cabeza. Mientras andaba, empezó a rebuscar en el bolso y sacó con determinación un pequeño manojito de llaves.

Saltaron por encima del murete bajo y esperaron un momento a que la señora Lefort abriera la puerta. Nadie había dicho nada todavía. Entraron.

—Si me disculpa un momento, me gustaría refrescarme un poco. Vuelvo enseguida. La señora Menez lo atenderá.

Muriel Lefort subió las escaleras. La casa era idéntica a la de su hermano y tenía la misma distribución (seguramente como todas aquellas casas), pero la decoración era mucho más sobria. Muebles de madera antiguos, parquet de roble desgastado por el uso y una cocina abierta que se notaba que utilizaban. Dentro había una mesa pequeña y sencilla y otra más grande delante de la ventana panorámica que daba al este. Allí había vida. En el fin del mundo, la diferencia entre los hemisferios era imponente cuando se ponía el sol: en el este era noche cerrada y en el oeste aún brillaba un último fulgor naranja.

—No me extraña que lo hayan asesinado.

Más que pronunciarla, a Maela Menez se le escapó la frase como en un arrebato, como si se hubiera esforzado en contenerla y hubiera acabado por abrirse paso.

—Si yo fuera capaz de cometer un asesinato y la señora Lefort no fuera su hermana, es posible que yo misma lo hubiera matado. Era un canalla. Sé que es una falta de respeto decir algo así, pero me da lo mismo.

Dupin se volvió y miró con interés a la señora Menez. Era una mezcla curiosa: por un lado, se expresaba con cierto amaneramiento, de un modo algo anticuado, y por otro tenía una belleza indiscutible, casi descarada. Calculó que rondaría los

treinta años. En sus ojos oscuros (en el castaño profundo del iris le brillaban en ese momento unas chispas perdidas) y en la expresión de su cara se veía una gran determinación. Su mirada reflejaba una inteligencia práctica impresionante.

—Me han contado que el señor Lefort le caía mal a mucha gente.

—Había motivos más que justificados.

—¿Y por cuál de esos motivos lo habría matado usted, por ejemplo?

Tampoco se inmutó ante la pregunta directa de Dupin.

—He visto cómo trataba a la señora Lefort. Durante años. No era fácil soportarlo. Yo habría intervenido, pero a la señora Lefort no le parecía oportuno. Lo peor... —Se interrumpió y dio la impresión de que por primera vez era consciente de lo que estaba diciendo—. Me refiero a que era repugnante que corrompiera todo lo que representa la esencia de las Glénan, la idea original, el espíritu. Lo habría destruido todo sin miramientos, a él le importaba un comino. Era un egoísta, solo le interesaba forrarse.

Después de la breve interrupción, su voz volvió a alcanzar un clímax impresionante.

—Quería vivir como la jet set. Tenía...

—Maela, no debería hablar así. Y lo sabe. Sobre todo ahora, que ha muerto. Asesinado.

Aunque las palabras parecían una orden, Muriel Lefort no las dijo con aspereza. Estaba en lo alto de las escaleras.

—Lo sé. Pero es la verdad. Y la policía tiene que saberlo todo.

—No tenemos la certeza de que mi hermano fuera el objetivo del asesinato. También podían serlo los otros dos o los tres... Así tendría que ser, la verdad. De lo contrario, el asesino se habría arriesgado a matar inocentes.

Muriel Lefort parecía bastante serena. Y lo que objetaba estaba justificado y era importante. En la isla, todos se empeñaban automáticamente en señalar a Lucas Lefort. Todos suponían que el motivo del asesinato estaba relacionado con algún aspecto de su vida. Evidentemente, porque casi nadie conocía a Yannig Konan ni a Grégoire Pajot. En cambio, Lefort era todo un personaje, una verdadera celebridad.

—Los dejo solos. Muriel, señor comisario, tendrán mucho de que hablar.

La señora Lefort dirigió una mirada interrogativa a Dupin y no contestó hasta que él asintió levemente con la cabeza.

—Gracias. Sí, el señor comisario y yo tenemos que hablar. Y luego me iré a la cama. O saldré a dar un paseo. Hay luna llena. Nos vemos mañana, Maela.

Muriel Lefort acabó de bajar las escaleras. Se notaba que, por mucho que hablara con serenidad, seguía muy afectada.

—Cuando salga la luna, parecerá que en el archipiélago se hace de día. Usted no lo ha visto todavía, señor comisario. Es un sueño.

La señora Menez miró la hora, se despidió de Dupin con un leve gesto de la

cabeza y se dispuso a irse.

—Espero que pueda dormir esta noche, Muriel. Tiene que descansar, necesita recuperar fuerzas.

—Gracias, Maela. Muchas gracias por todo. Esta tarde me ha sido de gran ayuda. Maela Menez ya casi estaba en la puerta.

—Espere un momento, señora Menez. Tenemos que hacerle algunas preguntas urgentes —dijo Dupin en tono neutral—. ¿Sería tan amable de ir a hablar con uno de mis inspectores? Los encontrará en el Quatre Vents.

Por un momento pareció confusa, pero se rehízo enseguida.

—Ah, claro, la investigación.

—Se lo agradezco. —Dupin la miró fijamente—. Yo también quería hacerle una pregunta.

—Usted dirá.

Maela Menez había recuperado el control por completo.

—Anoche estuvo un momento con Lucas Lefort en el Quatre Vents. ¿De qué hablaron?

La mujer contestó sin vacilar.

—Gestiono el centro de alquiler de embarcaciones. Lucas quería que le dejara la barcaza de carga unos días. La semana que viene.

—¿La barcaza?

—Tenemos una vieja embarcación a motor que usamos para transportar botes pequeños, equipamientos voluminosos o material de construcción.

—¿Y para qué la necesitaba?

—No se lo pregunté.

—¿Y qué le dijo usted?

—Que la semana que viene era imposible, la necesitamos nosotros.

—¿Cómo reaccionó?

—Dijo: «Eso ya lo veremos». Eso fue todo.

Las últimas palabras de la señora Menez daban a entender que consideraba que había cumplido con su deber de informar y dio media vuelta para irse. Dupin la dejó marchar.

—Muchas gracias, señora Menez. Hasta mañana.

Sacó la libreta de notas y apuntó un par de cosas mientras aún estaba de pie.

—Oh, discúlpeme, señor comisario. Venga conmigo, sentémonos ahí, a la mesa de la cocina.

—Gracias.

—Necesito beber algo. ¿Me acompaña? ¿Un coñac?

—Yo... Sí.

Era una buena idea.

—¿Y un café?

Eso aún le hacía más falta. El nivel de cafeína le había bajado de manera alarmante.

—Con mucho gusto.

Delante de Dupin, en la vieja mesa de madera, había una taza de café —vacía— que parecía antigua y una copa de coñac barriguda y bien servida. En el medio, la libreta de notas, el Bic y, peligrosamente cerca del canto de la mesa, el móvil. Muriel Lefort estaba sentada enfrente con una copa en la mano, de la que ya había bebido unos cuantos sorbos.

La hermana de Lucas Lefort quería saberlo todo, las circunstancias del accidente, todo lo que la policía pudiera decirle en esos momentos. Dupin le contó lo que sabía, pero no era mucho.

—Lo cierto es que solo sabemos lo que le he contado. El yate era del tercer hombre, Grégoire Pajot.

—¿Por qué navegaban en su yate?

—No tenemos la menor pista.

Muriel Lefort frunció el ceño.

—Quizá pensaron que en la lancha rápida de mi hermano no llegarían muy lejos con un oleaje tan fuerte. Cuando el mar está agitado, esas lanchas no sirven para nada. Tal vez por eso zarparon en el yate del señor Pajot.

—Hemos encontrado el yate del señor Konan en Bénodet. Su hermano tuvo que subir a bordo aquí, en las Glénan. No tenemos ni idea de dónde estuvieron navegando los tres en el yate ni cuánto tiempo. Esperaba que usted supiera algo más.

—No. Ni lo más mínimo. Antes he hablado con la señora Menez, pero solo vio a mi hermano un momento anoche. Hable usted con su novia.

—Estamos en ello. ¿Tienen más familia? ¿Hay que avisar a alguien?

—No, no. Solo nos queda un tío lejano, pero no tenemos ninguna relación con él desde hace más de diez años. ¿Qué han descubierto, señor comisario? Para mí es muy importante saberlo. Eso hará que todo sea más real.

—Suponemos que les echaron el tranquilizante en la comida o en la bebida, en el Quatre Vents.

—¿En el Quatre Vents? Es increíble.

De repente se oyó un zumbido extraño y el móvil de Dupin se movió encima de la mesa. El prefecto. El comisario continuó hablando sin inmutarse.

—¿Estaba usted en el Quatre Vents a la presunta hora del crimen, hacia las ocho y media?

El tono en que lo dijo no se correspondía con la dureza de la pregunta. Muriel Lefort irguió la espalda y se echó un poco atrás en el asiento. No contestó.



—¿Le llamó la atención algo fuera de lo común?

—¿A mí? No. Solo estuve un momento. Fui a buscar la cena. Un entrecot. Te la envuelven para llevar. Lo hago a veces cuando tengo mucho trabajo. Pasé media noche en la oficina, ocupándome del papeleo. Antes hablé un momento con Leussot de cosas banales. Me atendió Armelle Nuz. A Solenn no la vi.

La palabra «entrecot» no le sentó nada bien al comisario. Se dio cuenta de que tenía un hambre voraz, casi estaba mareado. Y el entrecot —entrecot con patatas salteadas— era con mucho su plato preferido. Intentó concentrarse en la conversación.

—¿Dónde estaba su hermano cuando entró usted en el Quatre Vents?

—En la barra, cerca de donde se cogen las bebidas, pero luego también lo vi en la otra punta. A la derecha. Con una rubia.

—Entonces, su hermano y usted estuvieron solo a dos o tres metros de distancia.

—Sí.

—¿Y dice que no habló con él?

—Creo que ni me vio. Estaba absorto en la... conversación. Anoche hubo mucho movimiento en el Quatre Vents.

—Lo sabemos. ¿Quién más estaba cerca? ¿En la barra, esperando la cena o para coger las bebidas?

Dupin sabía que esa pregunta no conducía a nada.

—Eso es mucho pedir.

Se interrumpió un momento, se notaba que se esforzaba por recordarlo.

—Al acercarme a la barra me crucé con Leussot, que volvía con una botella de vino. Fue entonces cuando hablamos un momento. Maela estaba sentada a una de las dos mesas que están delante de la barra, a la izquierda. Con dos empleados nuestros... —Se calló y pareció sentirse obligada a puntualizar—: Unos chicos de absoluta confianza, no me cabe la menor duda. Luego..., tenía delante a cinco o seis personas, pero las servían deprisa. No las conocía, seguro que eran del centro de submarinismo o puede que de nuestra escuela, no conozco a todos los alumnos. Ah, sí, y Kilian... Cuando llegué, era el turno de Kilian Tanguy, ya tenía la bandeja en las manos, Armelle acababa de servirle.

Dupin tomó un par de notas. Muriel Lefort parecía un poco nerviosa desde hacía unos minutos. Hablaba con una voz más insegura que antes. Quizá se debiera solo al cansancio.

—Lamento muchísimo tener que marearla con tantas preguntas, en su situación.

—Yo también quiero que todo se aclare lo antes posible. Ya sabe que mi hermano y yo no nos aveníamos. Defendíamos ideas antagónicas. Pero... era mi hermano.

Sus palabras no eran pura retórica.

—¿Tiene idea de quién puede haberlo matado? ¿Y de cuál pudo ser el motivo?

—Hacía mucho que no hablábamos de asuntos personales. Años. Como ya le he dicho, se había enemistado con mucha gente, pero no sé de nadie concreto en las últimas semanas o meses. No puedo contarle nada sobre la vida de mi hermano, es la verdad.

—¿Qué relación habían tenido ustedes en los últimos meses?

—Nos vimos quizá una hora en febrero y otra en marzo, y también hablamos varias veces por teléfono, cada tres semanas, más o menos. En ningún momento hablamos de cosas personales, solo de temas que afectan a la escuela de vela. Siempre acabábamos discutiendo y, la mayoría de las veces, me colgaba. A finales de año volvió a la carga con sus proyectos.

—¿Los proyectos turísticos?

—Sí. Él y sus delirios de grandeza. Quería convertir el archipiélago en un centro moderno de deportes acuáticos y turismo de aventura. Presentó el proyecto por primera vez hace diez años. En aquella ocasión, camuflado con la etiqueta de «turismo verde». Al morir el antiguo alcalde de Fouesnant, con el que estuvo enfrentado todos esos años, pensó que tendría alguna posibilidad con Du Marhallac'h, el nuevo alcalde. Por lo visto, aceptó que presentara el proyecto otra vez.

—¿En serio?

La señora Lefort lo miró con cara de sorpresa.

—Sí.

—Tenía entendido que el alcalde aún no se había pronunciado.

La sorpresa que se reflejaba en la cara de Muriel Lefort aumentó.

—Es lo que me dijo Lucas en febrero, creo.

Dupin hizo una anotación.

—¿Qué le dijo exactamente?

—Que había vuelto a solicitar los permisos a principios de año y el alcalde le había comunicado que el proyecto le parecía «interesante» y quería estudiarlo más a fondo.

Muriel Lefort lo dijo muy deprisa, hablando muy acelerada.

—Perdone que insista tanto... Tengo esa mala costumbre, lo siento mucho.

La señora Lefort sonrió con alivio.

—Evidentemente, el proyecto «ecológico» no solo requería la autorización del consistorio y de la diputación, sino también el de París, ya sabe, por las estrictas leyes de costas. Es curioso, pero Lucas estaba seguro de que se la concederían. Creo que ahí entraba Konan. Dicen que tenía buenos contactos entre los políticos de la capital. Vivía allí la mayor parte del tiempo.

—¿Konan estaba metido en el proyecto? Quiero decir que si lo gestionaban juntos.

—No sabría decírselo, la verdad. Creo que sí. Al menos, al principio, hace diez o doce años, cuando mi hermano empezó con sus planes.

—Entonces ¿Konan también había puesto dinero?

—Diría que sí.

Dupin volvió a anotar algo en la libreta (había apuntado muchas cosas desde por la mañana y eso nunca era una buena señal).

—Mi hermano también quería ampliar la escuela de vela. «A nivel internacional»: quería abrir más centros. Cinco sucursales en el plazo de unos años. Yo me oponía categóricamente. Creo que su idea era que de ese modo, si sus planes volvían a fracasar, él asumiría aquí, en las islas, el cargo de director del área internacional y se encargaría de la «expansión a escala global», que es como lo llaman actualmente.

—¿Ahora la escuela de vela será toda suya? —Dupin planteó la pregunta de improviso, uno de sus procedimientos favoritos—. Solo es una pregunta rutinaria —añadió, y bebió un trago de coñac que, igual que antes, le pareció extraordinario.

En la cara de Muriel Lefort volvió a aparecer por un instante una mueca involuntaria de tensión.

—No sé si había hecho testamento. Y, si lo hizo, desconozco el contenido. Yo hice el mío hace tiempo. He dispuesto que, en caso de fallecimiento, mi parte irá a parar a una fundación sin ánimo de lucro. La fundación se hará cargo de la escuela de vela. Lo redactó un notario amigo mío. He intentado muchas veces convencer a mi hermano de que lo suscribiera, pero no le interesaba.

—Entonces la escuela de vela seguramente pasará a ser de su propiedad.

—No lo sé, sinceramente. —Frunció el ceño—. Yo... Supongo que sí.

Aunque la sencilla pregunta de quién obtenía un beneficio material de un crimen (naturalmente, todos querían cambiar de tema cuando se la hacían) pareciera anticuada, seguía siendo básica. ¿Quién sacaba algún provecho? ¿Y qué provecho exactamente? Los motivos «tradicionales» para cometer un asesinato seguían gobernando el mundo: los celos, las humillaciones y las ofensas, la venganza, la envidia y la ambición predominaban ampliamente en las estadísticas, por mucho que, últimamente, en las películas, series de televisión y libros solo aparecieran asesinos psicópatas.

—¿Cuánto calcula que vale su empresa?

La mirada de Muriel Lefort dejó claro que la palabra «empresa» no le parecía muy apropiada.

—Es difícil decirlo.

—Tendrán un volumen de negocios anual determinado, en total. Y el valor de la empresa equivaldrá a varias veces esa cantidad.

—Pediré que le entreguen las cuentas. Hablaré con el jefe de contabilidad.

—¿Qué sabe de la relación de Konan con su hermano?

—Casi nada. Venían juntos una vez al mes, quizá, el fin de semana. Creía que siempre salían a navegar en el yate de Konan, un modelo bastante distinguido. Les gustaba ir al Quatre Vents o a las fiestas que se montan en la escuela de vela.

—¿No navegaban nunca juntos a vela?

—Los fines de semana no. Estos últimos años, mi hermano hacía travesías largas cuando navegaba a vela. Iba con sus antiguos compañeros de equipo. No he visto nunca su velero. Está amarrado en Concarneau.

—Eso tengo entendido.

La conversación estaba siendo larga, pero en breve dejaría tranquila a la señora Lefort.

—Puede que tuvieran en mente una nueva búsqueda de tesoros. No lo sé.

Muriel Lefort lo dijo en serio, pero también sin darle mucha importancia. Dupin no supo cómo reaccionar.

—¿Búsqueda de tesoros?

—Sí.

—¿Se refiere a buscar tesoros de verdad? ¿Oro, plata y esas cosas?

—En el archipiélago es una especie de deporte, aunque nadie habla de ello. Hay que tomárselo más en serio de lo que pueda parecer. En el club de submarinismo hay un grupo de arqueólogos marinos. Científicos y arqueólogos aficionados. Colaboran con los departamentos oficiales de las universidades de Brest y Rennes. Da la impresión de que es algo provisional, pero no se deje engañar. Aquí no hacemos mucho caso de las apariencias.

—¿A qué se refiere? —Dupin se pasó la mano por el pelo. Buscadores de tesoros. ¡Menuda extravagancia!—. Quiero decir que de qué clase de tesoros me está hablando.

—En los alrededores de las Glénan hay decenas de barcos hundidos. Algunos son famosos. Sobre todo los de siglos pasados, por supuesto. Las aguas son muy peligrosas en esta zona. Ya se han descubierto los restos de muchos naufragios, incluso hay cartas de navegación especiales en las que aparecen señalados. De otros se sabe más o menos dónde tendrían que estar, pero aún no los han encontrado. Y, evidentemente, tiene que haber muchos más.

—¿Y qué buscan en los barcos hundidos?

—El año pasado, un submarinista encontró un cofre del siglo diecisiete que contenía media tonelada de monedas de plata en muy buen estado. Se trata de encontrar cosas valiosas. Joyas, piedras preciosas, monedas de oro, plata y bronce. Armas antiguas, incluso cañones. Obras de arte... Los departamentos de arqueología se centran en aspectos científicos, por supuesto.

Dupin seguía sin saber cómo tenía que procesar esa información; a él le sonaba a leyenda de marineros.

—¿Y dice que nadie habla del tema?

—Nadie se expondría a dar pistas.

—Pero los tesoros... Quiero decir que los objetos hallados en un barco que ha naufragado son propiedad del Estado, no del particular que los recupera.

—A la persona que los descubre le corresponde el diez por ciento de su valor, y eso puede ser muy atractivo. Aquí hay muchos objetos de valor que se guardan en secreto, créame. Y nadie se entera.

—¿Su hermano también era buscador de tesoros?

—Por supuesto.

Lo dijo como si fuera lo más natural del mundo.

—Es algo que lo fascinaba desde pequeño. Y encontró unos cuantos barcos, pero nada de valor, que se sepa... Como ya le he dicho, es una actividad muy popular en el archipiélago y en las aguas circundantes. Hable usted con Anjela Barrault, la directora del centro de submarinismo. Y con el señor Tanguy, un arqueólogo aficionado.

Dupin seguía pensando que eran fantasías y se inclinaba por despachar la cuestión cuanto antes.

—¿Qué valor tenía el cofre? El que estaba lleno de plata, quiero decir.

—Más de medio millón.

Una suma considerable... y muy real.

—Hace unos años, Konan se peleó también con el antiguo alcalde por un asunto relacionado con no sé qué derechos de rescate.

—¿Cómo dice?

Muriel Lefort había vuelto a hablar como sin dar importancia a lo que decía.

—Solo lo recuerdo vagamente. Me lo contó Kilian Tanguy.

—¿No sabe nada más?

—No.

—¿Y acaba de acordarse ahora?

La señora Lefort lo interrogó con la mirada; se la veía muy cansada.

—Le estoy exigiendo más de lo debido. Le conviene descansar un poco.

—Sí, me vendría bien. Estoy agotada.

—La llamaré mañana por la mañana. Todavía tengo que hacerle algunas preguntas.

—Por supuesto. Llámeme cuando quiera, estaré en la oficina.

Muriel Lefort se levantó antes que el comisario, que la siguió hasta la puerta.

—Buenas noches, señora Lefort.

—Buenas noches.

La mujer cerró la puerta sin hacer ruido.

Era realmente como estar en un sueño insólito. La señora Lefort no había exagerado al hablar de las noches de luna llena. Había una luz diferente y colores extraños que creaban un mundo nuevo. Un mundo nuevo en un universo lejano, con leyes y costumbres distintas. La luna brillaba intensamente en unos tonos grises plateados que Dupin no había visto nunca, de eso estaba seguro. Su luz se reflejaba en el mar como el sol en las horas diurnas. Hacía una noche clara, muy clara. Pero no tenía nada que ver con la claridad del día. El mundo parecía haberse transformado: las rocas, la playa, el pequeño muro de piedra del jardín de Muriel Lefort. La luz proyectaba sombras imprecisas que se unían en los extremos. El mundo del plenilunio y las cosas que había en él brillaban débilmente, un fulgor que se movía entre el misterio, la belleza y lo inquietante. La mayor locura era el mar: una superficie totalmente quieta, como de mercurio helado, en la que destacaban las extravagantes siluetas negras de las islas. Un escenario místico perfecto. Si Groac'h, la bruja de los naufragios, hubiera aparecido en ese momento surcando las aguas hacia su legendario palacio, cualquiera habría pensado que era lo más natural del mundo.

Recorrió unos metros y, cuando ya tenía el móvil pegado al oído para llamar, se detuvo de pronto sin pensarlo. Daba la impresión de que todo era infinito, también el silencio, que a esas horas parecía aún más imponente que de día. Incluso el mar se había transformado en un rumor constante, monótono y armonioso.

Dupin se estremeció. Había «refrescado» muchísimo. Era tarde, no había comido nada desde el bogavante, había bebido una cantidad considerable de coñac para su estómago, casi en ayunas, y el día había sido francamente agotador, pero tenía que reponerse y concentrarse.

Intentó hablar por teléfono con Le Ber y Labat.

Le Ber comunicaba.

—¿Labat?

—Señor comisario.

—¿Dónde están?

—Ahora mismo hemos acabado con los interrogatorios en el Quatre Vents y tenemos las listas.

—¿Tanto han tardado?

—Había treinta personas y muchas preguntas que hacer. Le hemos dado prioridad a la exactitud. Creo que es lo que quería usted. Lo que se pierde al principio no se recupera. Ahora tenemos una lista exhaustiva.

Labat parecía totalmente despejado y con ganas de actuar.

—¿Y el centro de submarinismo y la escuela de vela?

—Acabo de hablar con la directora del centro de submarinismo, la señora Barrault. He insistido en que nos facilite la lista completa de todos los que participan

en los cursos y que pregunte quién estuvo anoche en el Quatre Vents. La tendremos mañana a primera hora. Por cierto, la señora Barrault también estuvo anoche en el Quatre Vents. —Labat hizo una pausa teatral sin motivo—. Llegó bastante tarde, después de salir del trabajo.

—¿La instructora de buceo también estaba?

Ni Solenn Nuz ni Muriel Lefort la habían mencionado. Aunque era posible que la última no hubiera coincidido con ella por poco.

—Los datos sobre la hora de su llegada son inexactos y contradictorios. Ella cree que fue hacia las nueve menos cuarto. Las hijas de Solenn Nuz dicen que a las ocho y cuarto. En cualquier caso, se quedó hasta que pasó la tormenta, hacia medianoche. Hasta que pasó lo peor. Le Ber le ha pedido la lista de la escuela de vela a la señora Menez, la secretaria de...

—Estoy al corriente. ¿Dónde está Goulch?

—Ha intentado hablar con usted, pero no contestaba al teléfono...

—Tiene razón, Labat.

—Goulch y sus hombres han vuelto a examinar el yate. Después han venido a Saint-Nicolas y supongo que ahora estarán en el muelle. Quería organizar el rescate inmediato de la embarcación para mañana a primera hora. La *Luc'hed* ha regresado al continente después de realizar unas cuantas inmersiones infructuosas en las Méaban. No han encontrado nada, solo unos bidones más. Goulch lo ha decidido por su cuenta al ver que usted no...

—Entiendo. Bien.

Labat volvería a sacar el tema varias veces, fuera como fuese.

—De los clientes que había hoy, ¿cuántos estuvieron también ayer?

—Hemos contado doce.

Eran unos cuantos.

—Los hemos dejado marchar hace un cuarto de hora, la mayoría estaban bastante disgustados.

—¿Cómo dice?

Eso no era lo acordado. Dupin estuvo a punto de soltar unos cuantos improperios.

—No teníamos motivos objetivos ni argumentos policiales para retenerlos más tiempo. Naturalmente, les hemos pedido los datos personales a todos.

Aunque no era su estilo, Dupin tuvo que rendirse a la evidencia, aunque le habría gustado hablar personalmente con algunos clientes y, en esas cosas, le traía sin cuidado el reglamento de la policía. Pero Labat había actuado correctamente.

—¿Alguien vio algo sospechoso?

—Negativo, hasta ahora. Por cierto, el alcalde de Fouesnant, el señor Du Marhallac'h, quería hablar con usted. Anoche estuvo aquí y hoy también.

—¿Para qué?

—Quería saber cómo va la investigación.

Dupin no estaba muy lejos del Quatre Vents.

—Vamos a reunirnos otra vez, Le Ber, usted y yo. Llegaré enseguida.

—Yo también creo que sería conveniente.

—¿Quién queda en el Quatre Vents?

—La señora Nuz, Le Ber y yo.

—Bien. Otra cosa: Konan se peleó hace unos años con el antiguo alcalde por una cuestión de derechos de rescate. Supongo que de un barco. Hable con —Dupin hojeó su libreta y encontró lo que buscaba— el submarinista ese, el señor Tanguy. Y con alguien del ayuntamiento. Quiero saber lo que ocurrió.

—Por cierto, el prefecto ha intentado hablar con usted. Estaba muy disgustado.

—No se preocupe, me hago cargo yo. No procede en absoluto que se inmiscuya en la comunicación... impecable entre el prefecto y el comisario jefe.

—Me ha dicho...

Dupin tenía el ánimo por los suelos. Colgó y suspiró profundamente.

Sabía que no podría evitar la conversación inminente con el prefecto. Por mucho que se resistiera. Se paró un momento y marcó el número de móvil de Nolwenn. No tardó ni un segundo en ponerse al aparato.

—¿Señor comisario?

—Todo en orden, Nolwenn. La investigación está en marcha —dijo en un tono resignado—. La investigación avanza a toda velocidad.

Esta vez puso a propósito más energía en la frase.

—*Abred ne goll gwech ebet*: «¡La rapidez nunca pierde!». —Esa respuesta era uno de los dichos preferidos de Nolwenn y seguramente lo dijo para animarlo—. ¿Ya está sobre la pista?

Dupin se detuvo en seco y lo pensó. Volvió a ponerse en marcha. Lentamente.

—No lo sé.

Realmente no podía afirmarlo. Nolwenn sabía que, en todos los casos, llegaba un punto en el que el comisario husmeaba algo, a veces vagamente y sin ser consciente del todo. Entonces solo pensaba en una cosa: seguir el rastro, por inverosímil que pareciera. Todo lo demás le importaba un comino y se mostraba obsesivo, incluso cabezota en algunos momentos. Siempre que alguien hablaba de su «método», Dupin se defendía gruñendo. Actuaba ante todo según un procedimiento muy sistemático, sí, pero había que añadir algo sin falta: ese procedimiento sistemático era muy poco sistemático. Practicaba la observación, la inspección en detalle y (una pasión que ya tenía de niño) el análisis lógico como un poseso, pero después procedía de un modo que parecía totalmente intuitivo, siguiendo de repente, con impaciencia, una idea, una sensación, un impulso, en ocasiones con la complicidad del azar. A capricho. Y siempre con resolución.



—¿Qué ha dicho Solenn Nuz del caso?

—Ha... —Dupin no supo qué contestar. La pregunta de Nolwenn había sonado casi como si solo tuviera que preguntar a Solenn Nuz para saber quién era el asesino—. Ha sido de gran ayuda.

—Seguro que sí. Por cierto, el prefecto ha hablado con la mujer del señor Konan. Ha sido una conversación difícil, el matrimonio no... estaba pasando un buen momento.

—¿Y eso qué significa?

—Por lo visto, hace tiempo que estaban pensando en el divorcio.

—¿Por qué?

—No lo sé.

Una respuesta rara viniendo de Nolwenn.

—El prefecto va a interrumpir su estancia en Guernsey, vuelve a Quimper mañana a mediodía. Creo —su voz se volvió sospechosamente suave, pero sin perder la firmeza—, creo que tendría usted que llamarle, señor comisario. Seguro que este es el caso más importante de su carrera y, lo dicho, está muy implicado personalmente.

—Lo sé.

Realmente lo sabía.

—Es un caso tremendo para la Bretaña.

—Lo sé.

—El presidente del Parlamento bretón ha llamado dos veces al número oficial de comisaría. Y también periodistas del *Ouest-France* y *Télégramme*, y uno de *L'Équipe*, de la delegación regional de Rennes.

A Dupin no le extrañó. Evidentemente, los grandes periódicos deportivos de la nación se interesarían por la muerte de uno de los ganadores de la Copa Admiral, como casi toda la prensa de Francia. Seguro que algunos periódicos nacionales también informarían extensamente sobre el caso. ¡Un asesinato premeditado triple! Aunque solo fuera por los contactos que Konan y Pajot tenían en la capital.

—Cuatro personas han colgado. De números ocultos.

—Nolwenn...

—¿Sí, señor comisario?

—¿Ha oído hablar de la búsqueda de tesoros en la costa, aquí, en las Glénan?

—Las aguas bretonas son un tesoro histórico por sí mismas, señor comisario.

Era el tema preferido de Nolwenn; Dupin reconoció el tono de las «lecciones bretonas» que solía darle.

—En el fondo del mar hay infinidad de naves de todas las épocas: mercantes magníficos, navíos de guerra, barcos de expediciones, cargueros, barcos de pasaje, yates privados, de todo. ¡Incluso galeras romanas!

—Me refería a tesoros a bordo de barcos antiguos. Objetos valiosos, como en las

novelas y en las películas.

—Cada dos por tres se recuperan cargas valiosas. También de metales nobles. El hallazgo más importante cerca de las Glénan fue en los años sesenta, un antiguo barco pirata con media tonelada de oro.

Dupin estaba impresionado. Eso sí era un tesoro.

—¡La Tigresa de la Bretaña también navegaba por las Glénan!

Dupin no entendió a qué venía el comentario, quizá a que la presencia de la Tigresa en esas aguas explicaba por qué había tantos barcos hundidos. Nolwenn no siguió con el tema.

—¿Quiere que investigue los hallazgos más valiosos?

—No hace falta.

—Hay muchos buscadores de tesoros, incluso auténticos profesionales. También unas cuantas empresas. Pero la mayoría son aficionados. En las Glénan hay una asociación de arqueólogos marinos, se organizan en el club de submarinismo. ¿Quiere alguna información en especial? ¿Cree que eso tiene relación con los asesinatos?

—No lo sé. —Sus respuestas seguían siendo absurdas—. ¿Cómo se puede saber si alguien tiene una pista? Aquí, en las Glénan.

—Supongo que de ningún modo. Nadie dice esta boca es mía. A no ser que en la búsqueda participen arqueólogos profesionales, de la Universidad de Brest, por ejemplo. Pero tampoco pondría la mano en el fuego por ellos.

Era lo más probable. Si de verdad se trataba de un tesoro, nadie se iría de la lengua.

—Tiene razón, Nolwenn. —No tenía intención de preguntarlo, pero se le escapó de todos modos—. ¿De verdad hay galeras romanas?

—¡Muchas! En estas aguas libramos la batalla naval decisiva contra Julio César. ¡Una batalla injusta! En el año cincuenta y siete antes de Cristo le infligimos una derrota clamorosa, en tierra, ¡en un combate cuerpo a cuerpo! Después, los romanos se escondieron un año entero y construyeron cientos de naves de guerra en la desembocadura del Loira. Su superioridad era enorme. Pero solo lograron una victoria pírrica.

Dupin había manifestado una laguna cultural lastimosa y, al oír la historia, recordó que Nolwenn ya le había contado ese episodio en una de sus «lecciones bretonas». Confió en que se lo perdonaría.

—Voy a ver a Le Ber y a Labat, y lo dejaremos por hoy. La llamaré mañana a primera hora.

—¿Cómo va a volver al continente? ¿Quiere que me ocupe de eso?

Dupin sintió alivio al constatar que Nolwenn abandonaba el tema de los romanos.

—Hay un helicóptero en Saint-Nicolas. Creo. —Dupin se dio cuenta de que solo

lo suponía. Pero si hubiera vuelto a despegar, lo habría oído. O quizá no, en caso de que se hubiera ido cuando estaba en casa de Muriel Lefort—. Espero.

—Bien... Y no deje que lo mareen, señor comisario.

—Gracias, Nolwenn. Buenas noches.

Dupin llegó al Quatre Vents.

Le Ber y Labat estaban cerca de la puerta, sentados a una mesa. Cuando el comisario entró, volvieron la cabeza hacia él y lo saludaron con un gesto. Parecían muy cansados, Labat más que Le Ber, y eso que poco antes había hablado con él en tono resuelto. No se veía a Solenn Nuz por ninguna parte.

Se sentó con ellos sin decir nada. Le Ber le acercó un esquema, hecho sobre cuatro hojas DIN-A4 pegadas, del bar con la barra, mesas bien dibujadas y personas marcadas con círculos.

—Hemos ubicado a diecinueve clientes que anoche también estuvieron aquí. Siete son conocidos, clientes habituales. Los otros son regatistas y submarinistas.

Dupin se inclinó para estudiar el esquema. Después sacó la libreta de notas.

—¿Qué clientes habituales?

—La señora Menez, la secretaria de la escuela de vela; Marc Leussot, un periodista independiente que colabora con el *Ouest-France*, hoy también estaba y hemos hablado con él; Kilian Tanguy, el submarinista, y su mujer. Hemos anotado la hora en todos los casos, cuándo llegaron y cuándo se marcharon. —Le Ber señaló unas cifras minúsculas, anotadas meticulosamente dentro de los círculos—. Luego, Du Marhallac'h, el alcalde. También hemos hablado con él. Y la señora Barrault, la instructora de buceo y directora de la escuela de submarinismo.

Dupin suspiró levemente. A veces tenía la sensación, por distintas razones, de que era un incompetente. Una de ellas, bastante grave, era que siempre había tenido serias dificultades para retener los nombres. En cambio, se acordaba perfectamente de las caras y de las personas.

—Son unos cuantos.

—A esto hay que añadir a dos personas que solo estuvieron un momento: la señora Lefort y un médico, el doctor Devan Menn, especialista en medicina general.

—Nadie lo había mencionado hasta ahora.

—Sí, es un poco extraño. Solo se acuerdan de él las hermanas Nuz. Nadie más. Dicen que habló con Lefort. Las dos creen que estuvo muy poco rato, diez minutos tal vez. Hacia las ocho y cuarto.

—¿Se llama doctor Menn?

—Sí, tiene la consulta en Sainte-Marine.

—¿Y no ha venido hoy?

—No.

—¿Alguna pista?

—Todavía no.

Eso era muy poco. El balance era muy modesto.

—Hemos avanzado con la lista más de lo que pensaba, jefe.

Le Ber seguramente pronunció la frase para combatir su propio cansancio y para no empeorar los ánimos.

—¿La señora Nuz está en la cocina?

—Se ha ido hace unos diez minutos. Recogerá las mesas mañana.

—¿Les ha dejado las llaves?

—Ha dicho que solo tenemos que apagar la luz y cerrar la puerta. Y le manda recuerdos.

Dupin no pudo evitar una sonrisa.

—Seamos breves, es muy tarde. —La idea le vino a la mente antes incluso de acabar la frase—. Le Ber, el helicóptero sigue en Saint-Nicolas, ¿verdad?

—Sí, señor comisario. Les he dado instrucciones de que esperen. Supuse que le parecería bien. Goulch ya se ha marchado en barca.

—Muy bien. —Dupin pensó que sería mejor salir un momento—. Vuelvo enseguida.

Salió del bar y cerró la puerta con cuidado. Después sacó el móvil.

—Amiral, buenas noches.

—Buenas noches, ¿está Lily?

—Un momento.

Lily Basset, la dueña del Amiral, solo tardó realmente un momento en ponerse al aparato. Dupin la apreciaba mucho, entre ellos había surgido una especie de amistad con los años, ya que el comisario empezaba todos los días con un café en el Amiral y a menudo también los acababa allí por la noche. No hablaban mucho; se había creado un verdadero entendimiento silencioso entre ellos.

—Soy Georges.

—Nos hemos enterado del suceso. ¡Dios mío!

Dupin sabía que no tendría que gastar saliva hablándole del caso. Eso era magnífico.

—Quería pasarme por ahí, pero se me va a hacer tarde.

El Amiral solía cerrar hacia las doce y media. Lily estaba al tanto de que, cuando el comisario investigaba un caso, a veces se le hacía bastante tarde.

—Enseguida aviso a Philippe. Lo de siempre.

«Lo de siempre» significaba: un entrecot grande, patatas salteadas y un tinto con cuerpo de la región de Languedoc, un Château Les Fenals.

—Fantástico.

—Hasta luego.

Dupin se animó mucho. Psicológicamente. Tenía algo a lo que agarrarse.

Entró en el Quatre Vents. Le Ber y Labat le dirigieron una mirada inquisitiva.

—Muy bien, señores. Mañana empezaremos temprano. Digamos que aquí a las ocho. Los próximos días vamos a necesitar las dos patrulleras, a Goulch y sus hombres, y también la *Luc'hed*. Además, quiero los helicópteros permanentemente a nuestra disposición. Es preciso que podamos reaccionar rápidamente ante cualquier eventualidad, sin importar que estemos en medio de la nada.

Lo dijo en un tono casi jovial y le hizo gracia.

—Entonces ¿quedamos mañana a las siete y media en el aeropuerto de Quimper?

—Correcto, Labat.

La perspectiva de sentarse en el Amiral delante de un entrecot le dio nuevas energías.

—¿Hemos averiguado algo más sobre Konan y Pajot? No podemos cometer el error de obsesionarnos con Lefort, sería una negligencia.

Sin embargo, ni él mismo estaba seguro de creer lo que acababa de decir.

—También tenemos que concentrarnos en la relación que unía a los tres hombres: qué habían emprendido juntos, qué planeaban, lo que sea. Si alguien la había tomado con los tres. Lo mismo para todas las combinaciones de dos: Lefort-Pajot, Pajot-Konan, Lefort-Konan. Es muy improbable —Dupin se interrumpió un momento y frunció el ceño— que quisieran actuar contra una sola persona. Pero tampoco podemos descartarlo, por supuesto.

—Ninguno de los clientes con los que hemos hablado esta noche conocía personalmente al señor Pajot, ni siquiera los habituales. Du Marhallac'h había oído hablar de él, pero nadie más. Tampoco la señora Nuz —informó Le Ber. Él también hablaba de la señora Nuz como si fuera la máxima autoridad en cualquier asunto.

Labat también intervino expeditivamente otra vez.

—Les hemos enseñado a todos la fotografía de Pajot, pero parece que nadie lo ha visto en las islas, en ningún sitio. Un poco misterioso.

—Tal vez se quedó en el yate y no desembarcó. No sería nada extraordinario. El yate era bastante grande para pasar una velada confortable.

Como solía hacer, Labat puso cara de niño ofendido. Dupin lo había dicho solo por objetar algo, pero a él le pareció de pronto que había hablado de forma muy concluyente.

Le Ber retomó la palabra:

—Todos los clientes habituales conocían a Konan, venía regularmente con Lefort. Pero nadie sabe casi nada de él, solo un par de cosas que también sabemos nosotros. Todos saben que le apasionaba la pesca. La señora Barrault, la instructora de buceo, conocía el yate y dice que se los encontró unas cuantas veces en el mar, a él y a Lefort, cerca de Les Moutons, en sitios donde hay caballa. Nadie lo conoce lo

suficiente para haberse enterado de posibles conflictos. Era únicamente «el amigo de Lefort» para todo el mundo.

—Labat, quiero que mañana a primera hora vaya a ver a la mujer de Konan. El prefecto ha hablado con ella por teléfono. El matrimonio estaba en las últimas.

Se notó que a Labat le parecía un encargo razonable.

—De acuerdo. A las veinte horas y dos minutos, he hablado con la secretaria de Pajot en París. Estaba aturdida. Mañana por la mañana volveremos a hablar. Pajot no tenía hermanos y sus padres están muertos. Pero la secretaria quería informarse de si alguien sabía algo más. Me ha dicho que era un hombre bastante «distante». No sabía casi nada de su vida privada.

—Las noticias sensacionales vuelan, pronto sabremos si hay más familiares. Si los hay, llamarán y se quejarán de que nadie los haya avisado. —Dupin lo dijo en un tono más cínico de lo que pretendía—. Por hoy, hemos acabado.

Le Ber puso cara de alivio. Incluso Labat parecía contento.

—¿Alguien les ha dicho algo sobre la búsqueda de un tesoro?

Los dos lo miraron perplejos.

—¿Algo sobre un barco hundido, un descubrimiento, la recuperación de una carga?

—A mí no.

—A mí tampoco.

Los dos inspectores parecían demasiado cansados para hacer preguntas. Y Dupin tampoco tenía ganas de dar más explicaciones.

—Nos vamos.

Era una orden.

El helicóptero despegó a las 23.25 h exactamente.

Los tres policías de la comisaría de Concarneau iban en sus asientos respectivos, con el cinturón de seguridad abrochado y bien ceñido —sobre todo Dupin—, totalmente ensimismados, pensando en los acontecimientos del día, tan extraño y dramático. Dupin recordó lo que decían en la costa sobre las Glénan: el tiempo se dilataba en las islas. En cuanto se llegaba al hechizo de ese mundo, podían suceder muchas más cosas que en cualquier otro lugar, en un minuto, en una hora, en un día. Por muy ilusoria que pareciera, esa era la impresión que tenía.

El helicóptero proyectaba una sombra extravagante sobre el mar plateado, parecía una película surrealista. Dupin creyó ver unas cuantas veces la sombra de un ave rapaz volando en picado tan repentinamente que se inquietó.

Pronto llegarían al continente; las luces de Sainte-Marine y de Bénodet centelleaban a lo lejos. Era extraño, daba la impresión de que marcaban con sus destellos una frontera fundamental: a un lado, el extraordinario reino de las Glénan y

del Atlántico, y al otro, el mundo ordinario, la realidad. Dupin se alegró, pero también se puso un poco melancólico. Y no entendía el porqué de ninguna de esas dos sensaciones. Incitado por el ruido monótono de los rotores, que los auriculares amortiguaban pasmosamente, estuvo a punto de dormirse un par de veces. No obstante, el empeño por desarrollar algunas ideas lo mantuvo despierto. Además, ¡nunca se habría dormido delante de sus inspectores! En especial, delante de Le Ber.

Pronto pisarían tierra firme. Él se subiría a su Citroën, conduciría a toda velocidad y se plantaría en Concarneau en treinta minutos, en el Amiral. Aparcaría en el gran aparcamiento del muelle y todo volvería a la normalidad por un tiempo. Entraría en el restaurante y, en menos de cinco minutos, tendría delante un entrecot y ya se habría bebido la primera copa de Languedoc.

## **El segundo día**



## Eran las seis y media

Eran las seis y media. Todavía estaba oscuro, la luna se ponía lentamente. En el extremo occidental del huso horario estándar de la Unión Europea (los bretones también lo consideraban una pequeña ocupación), en mayo no se hacía de día hasta la siete. El comisario Dupin estaba en Le Bulgare tomándose el segundo café, y ya le había pedido el tercero a la camarera, que servía las mesas con mucha energía. Tenía delante la pequeña libreta de notas abierta. Había mucho jaleo. Hacía rato que el día se había puesto en marcha sin sentimentalismos, allí no había nada tranquilo a primera hora de la mañana. La cafetería, situada en la carretera nacional, justo después de la cuarta rotonda (las cuatro se encontraban en la vía de acceso a Quimper, a poca distancia unas de otras) no era nada idílica. El pequeño aeropuerto estaba a cinco minutos de allí. Dupin no la frecuentaba mucho, pero le gustaba y hoy había sido su salvación.

Aunque todavía era muy temprano, ya había hecho unas cuantas cosas. Se había levantado a las cinco y veinte, después de haberse acostado poco antes de la una y media y de pasar la noche en vela sin parar de dar vueltas en la cama. Incluso en un momento le pareció que tenía fiebre. Aunque era plenamente consciente de que lo mejor sería tranquilizarse, dormir, que era absurdo devanarse los sesos en esas condiciones, no podía dejar de pensar en los acontecimientos del día, en los hechos, en lo poco que sabían, en si habrían pasado por alto algún indicio, alguna pista.

Habría madrugado aún más si hubiera sabido dónde encontrar cafeína a esas horas. El Amiral no abrió hasta las siete menos cuarto, había discutido ese detalle varias veces con Lily. La cafetera exprés que había comprado en París a un precio indecente lo dejó tirado la última vez que tuvo una emergencia, el 2 de enero, el único día del año que el Amiral cerraba.

Llamó a Le Ber a las seis menos cuarto para pedirle el número de teléfono del alcalde de Fouesnant. No recordaba con exactitud el razonamiento que había hecho, pero en algún momento de la noche decidió que quería hablar con él.

Y después, a las seis y cinco, llamó por fin al prefecto. A partir de ahora, tendría que informarlo regularmente. Además, entendía que el prefecto era una persona relevante en el caso, aunque solo le tocara de refilón: era amigo de Konan. Los cinco primeros minutos, Dupin aguantó la perorata de costumbre: que por qué no le había dicho nada el día anterior y ahora lo llamaba de repente en plena noche, que esa manera de trabajar no era seria... Dupin no le prestó verdadera atención en ningún momento. Aceptó con total indiferencia que la prefectura se encargara de la comunicación con la prensa y, sobre todo, aceptó informarlo al menos tres veces al

día en ese «caso de excepcional importancia que requería sin falta una resolución rápida lo antes posible». El prefecto esbozó todos los «escenarios desastrosos» en los que probablemente se verían inmersos Dupin, él mismo, la policía del Finisterre y el Finisterre entero si no conseguían resolver el caso totalmente y con rapidez. Dupin esperó a que acabara el arrebató colérico para empezar a plantear sus preguntas. Siempre «en interés de un rápido esclarecimiento». Al principio, Guenneugues preguntó con cierta extrañeza (Dupin no supo si real o fingida) por qué era tan importante saber a qué negocios se dedicaba Konan y si tenía enemigos, pero luego transigió y la conversación telefónica llegó a parecer en algún momento una auténtica entrevista policial con un «testigo». Finalmente, Dupin dejó perplejo a su superior despidiéndose en tono formal y educado con un «gracias por su colaboración». A lo largo de la conversación, la sensación de incomodidad del prefecto había ido en aumento. A partir de un momento concreto, puso mucho empeño en aclarar que Konan no era un amigo en el sentido estricto de la palabra, sino un simple «conocido, un personaje importante en la Bretaña y más allá», con el que tenía una buena relación por motivos meramente profesionales y sociales. Para variar, Dupin lo creyó. Después, el prefecto dio muestras de distanciarse críticamente de Konan. Dijo que había tenido «problemas» con Hacienda varias veces y que el entramado de sus inversiones parecía algo opaco. No sabía nada sobre un conflicto grave o latente con nadie en concreto. La última vez que lo vio fue hacía tres semanas, en una celebración del Club de los Amigos de los Cerveceros Bretones, que en los últimos años abundaban cada vez más... ambas cosas: los productores de cerveza regionales y sus amigos (entre los que se contaba el propio Dupin, aunque no pensaba admitirlo ni dejar de lanzar alegatos a favor de su querida 1664). El prefecto estaba seguro de que la mujer de Konan desconocía en gran medida la vida que llevaba su marido. Hasta hacía unos años, los Guenneugues invitaban a los Konan a cenar una vez al año. Hasta que la crisis matrimonial se hizo pública. El prefecto también confirmó que Pajot era un buen amigo de Konan; sabía que se veían regularmente en París. Él solo había coincidido un par de veces con Pajot en alguna recepción.

Bien, esa mañana Dupin se había enterado al menos de unas cuantas cosas...

En la barra del Bulgare (de unos cinco o seis metros de largo) había un televisor encendido en cada extremo, cada cual con un programa diferente; en uno de ellos, de la TV Breizh, un canal bretón. Evidentemente, hablaban de los muertos. Incluso enseñaron una fotografía de Dupin, «el joven, pero ya veterano, comisario de París, de la policía de Concarneau, que en años anteriores resolvió una serie de casos que levantaron mucho revuelo, dirige la investigación». Gracias a Dios, en el bar todos estaban demasiado ocupados con el comienzo del día para prestarle atención. En los periódicos aún hablarían del «trágico accidente» (la noticia de que se trataba de un asesinato les había llegado después del cierre de la edición). Había varios ejemplares

del *Ouest-France* y el *Télégramme* en la barra, no muy lejos de donde estaba él. Pero no le apetecía leer los artículos.

Se acabó el tercer café y sopesó la idea de pedir el cuarto, porque tenía la sensación de que todavía no le funcionaba el cerebro. Y necesitaba un cruasán para llenar el estómago. Justo cuando establecía contacto visual con la camarera, le sonó el móvil.

—¿Dígame?

Sin pretenderlo, habló con mucha aspereza.

Por un momento, no ocurrió nada.

—¿Hola? —Dupin tenía los nervios de punta.

—Investiguen las actividades de la empresa Medimare, propiedad de Pajot y de Konan, y del Instituto Marino de Concarneau.

La voz sonaba distorsionada, ahogada y profunda, muy lejana. Forzadamente monótona.

—¿Con quién hablo? ¿Quién es?

—Se trata de Medimare. La empresa de Yannig Konan y Grégoire Pajot.

No era una broma.

—¿A qué se refiere exactamente? Dígamelo.

No obtuvo respuesta. Esperó. Nada. Habían colgado. El comisario se despejó de golpe. Se quedó unos instantes inmóvil.

Sin tiempo de pensar en lo ocurrido, volvió a oír que le sonaba el móvil.

—¿Dónde está, señor comisario?

—En... ¿Nolwenn?

—¿Sí?

Dupin tardó un momento en recuperarse.

—¿Le dice algo el nombre de Medimare?

—Hum... No, nada.

La empresa no podía ser muy conocida.

—Acabo de recibir una llamada anónima.

—¿Sí?

Dupin se alegraba de poder contárselo a Nolwenn, de ese modo cobraba realidad.

—Hace un minuto me ha llamado un hombre para pedirme que examine con lupa las actividades de una empresa de Pajot y Konan que se llama Medimare, y también al Instituto Marino de Concarneau. Me ha... —Dupin cayó entonces en la cuenta—: ¿De dónde habrá sacado mi número?

—Ayer, antes de irme, desvié las llamadas del teléfono de su oficina a su número de móvil. Es lo que hacemos siempre de noche cuando hay un caso. Seguramente lo habrá llamado a comisaría. Es fácil averiguar el número.

—Compruébelo, Nolwenn.

Dupin todavía estaba impresionado por la extraña llamada.

—Lo sabremos enseguida. Pero seguro que llamaba desde un número oculto.

Eso era cierto, nadie era tan tonto como para no hacerlo así.

—No me suena el nombre de Medimare, pero seguro que es una de las empresas de las que le hablé ayer. Ahora mismo lo miro. ¿Qué le ha parecido la llamada, señor comisario? La información que le ha dado es muy vaga.

—No lo sé. Pero tenemos que averiguar inmediatamente todo lo relativo a esa empresa.

En realidad, el hombre que lo había llamado le había dicho muy poco. Pero era una pista. Si en esas empresas había gato encerrado y eso había creado enemigos a sus propietarios, tal vez descubrirían posibles motivos... y personas que tuvieran uno. Y no era tan raro recibir llamadas anónimas, aunque muchas veces no tenían la menor importancia o se trataba de bromas de mal gusto por parte de personas que no estaban involucradas en el caso. O incluso resultaban ser maniobras de distracción.

—¿Y no ha reconocido la voz?

—No. Se oía distorsionada. Aunque no de una manera muy profesional.

—¿Era una voz de hombre?

—Sí.

—El Instituto Marino sí que lo conoce usted, ¿no?

—Sí, claro. Quiero decir que sé lo mismo que todo el mundo.

El apartamento de Dupin (cedido por el municipio) estaba a unos cien metros del Instituto. Cuando salía al pequeño balcón y contemplaba el mar, lo veía a mano derecha. Habían abierto otra sede al otro lado del puerto, en la ribera izquierda. Un instituto de biología marina. Y no sabía nada más.

—Es el centro de investigación de biología marina más antiguo del mundo. Y no es casualidad, evidentemente. ¡Bretón tenía que ser!

Evidentemente.

—Tiene mucho prestigio y cuenta con la colaboración de muchos científicos de renombre. El director es el profesor Yves de Berre-Ryckeborec.

Para Dupin, aquello era el colmo: nombres bretones complicados y, por si fuera poco, apellidos compuestos. En su libreta de notas apuntó: «Director, Instituto».

—¿Tiene el despacho en el edificio principal? ¿Dónde está el Marinarium?

En Concarneau había un Marinarium no muy grande, pero diseñado con mucho cariño, ni punto de comparación con el Océanopolis de Brest, pero a Dupin le gustaba aunque no hubiera pingüinos. Lo había visitado hacía dos o tres semanas con motivo de la exposición cuyo título lo convenció a la primera. Había carteles por toda la ciudad: «Pescado que estás en mi plato, ¿cómo te llamas?». Se centraba en las numerosas especies marinas de la zona que podían encontrarse en las pescaderías locales y en los menús de los restaurantes. Mostraba cómo eran los peces antes de ir a

parar al plato, vivos y en su hábitat propio. La variedad era tan increíble que Dupin no salía de su asombro.

—Supongo que en el edificio principal. Voy a verificarlo.

—Sí. Y llámeme luego.

—¿Qué piensa hacer ahora?

—Ya veremos.

Dupin colgó.

¿Tenía que tomarse en serio la llamada anónima? El instinto le decía que sí.

Al menos se encontraba un poco mejor, la cafeína empezaba a hacer efecto. Le Ber y Labat estarían ya de camino al aeropuerto. Él pensaba ir con ellos a las islas y, en primer lugar, hablar otra vez con Solenn Nuz. Después, con la instructora de submarinismo. Por otro lado, también quería entrevistarse con el alcalde de Fouesnant. Y con el médico de Sainte-Marine, que probablemente era la última persona que habló con Konan. Dupin tenía muchas preguntas urgentes que hacer.

Cogió el móvil.

—¿Le Ber?

—¿Sí, jefe?

—Váyanse sin mí en el helicóptero. Yo iré más tarde. Quiero echar un vistazo en el Instituto Marino. Labat y usted hagan todo lo que dijimos anoche. Quiero que me avisen enseguida si surge algo interesante. Sea lo que sea. Ya sabe, cualquier tontería, cualquier circunstancia por insignificante que parezca, pueden ser útiles.

—De acuerdo.

Le Ber conocía el discurso de Dupin al dedillo. Pero se abstuvo de dar muestras de resignación al responder.

—¿Quién está a cargo de la inspección y las labores de rescate del yate de Pajot? ¿Goulch?

—Seguramente. ¿Cómo piensa ir luego a las Glénan, señor comisario?

—Ya veremos. Le llamo después. —Dupin iba a colgar, pero no lo hizo—. Espere, Le Ber.

—¿Sí, jefe?

—Otra cosa. Quiero saber cómo queda la herencia de Lucas Lefort lo antes posible. Si la señora Lefort lo hereda todo. Y vaya a hablar otra vez con la señora Menez, la secretaria.

—¿Por algo concreto?

—Lucas Lefort quería una barcaza para la semana que viene. Investíguelo. Y pregunte para qué se puede usar ese tipo de embarcación. Y entérese de por qué la señora Menez ha ido a parar a las Glénan. Quiero conocer su historia.

—¿Su historia?

—Exacto.

Eran dos cosas que se le habían pasado por la cabeza el día anterior. Dos de muchas.

Cuando terminó la conversación, Dupin cogió la libreta de notas y el bolígrafo, se levantó, dejó un billete de diez euros en el platillo de plástico rojo y salió del Bulgare.

Tenía el coche aparcado delante de la puerta. Era un viejo Citroën XM, sólido y de formas rectas, que le encantaba y que, haciendo caso omiso de las instrucciones del prefecto, no había sustituido hasta ahora por un vehículo nuevo de servicio. Ya había salido el sol y la carretera nacional, que pasaba a unos diez o quince metros y estaba muy transitada en aquel punto, se adentraba hacia el este en dirección a Concarneau bajo un deslumbrante cielo rosa y anaranjado.

Eran las ocho en punto. El director llegó casi al mismo tiempo que Dupin. La ciencia empezaba temprano su jornada.

El despacho del director era imponente, por el tamaño (Dupin calculó que cuarenta metros cuadrados) y, sobre todo, por las vistas: al otro lado de la ventana panorámica se veía el Atlántico. La quinta planta del venerable edificio de piedra oscura, al que se le notaban sus ciento diez años, daba directamente al mar por la parte de atrás; había resistido el embate de las olas embravecidas y presumía de unas vistas como las que se podían tener desde un faro.

Detrás de un escritorio de madera con bordes peligrosamente angulosos se encontraba el director De Berre-Ryckeboerrec, un hombre de casi sesenta años, delgado y no muy alto, pálido, con poco pelo y una actitud apagada a la que solo prestaba cierta animación la mirada vivaz de sus ojos de color verde claro. Llevaba un traje gris oscuro gastado, que seguramente fue elegante en su época.

A la secretaria del director se le notó que la inesperada aparición del comisario la asustaba un poco. Seguro que se había enterado del triple asesinato. Lo condujo al despacho de su superior sin anunciarlo previamente y dio unos golpecitos precipitados en la puerta antes de abrirla. El director acababa de sentarse y dejó muy claro que la manera de proceder de su secretaria no le parecía adecuada.

—Iba a hacer una llamada, señora Sabathier. ¿Desde cuándo recibimos visitas sin cita previa?

Lo dijo a propósito como si Dupin no estuviera presente. A diferencia de su aspecto físico, tenía una voz potente y autoritaria.

—Lo lamento muchísimo, señor director, no volverá a ocurrir. Es que me ha parecido... El señor comisario Dupin está investigando el horrible asesinato que...

—Estoy enterado del crimen.

La conversación proseguía pasando por alto a Dupin olímpicamente.

—Pero eso no es motivo para prescindir de las formas y la etiqueta. Ni para desbaratar mi agenda de trabajo.

Dupin notó un hormigueo de cólera en el estómago. La rabia aumentaba segundo a segundo.

—Yo creo que sí, señor. Un asesinato triple lo desbarata todo.

El director De Berre-Ryckeboerrec lo miró de arriba abajo con frialdad.

—¿Y la investigación de ese asesinato lo trae precisamente al ilustre Instituto Marino? Bien, pues este Instituto, con sus ciento cincuenta científicos internacionales, lo saluda cordialmente. ¿En qué podemos ayudarle?

A Dupin, la llamada anónima le había parecido casi un sueño extraño mientras se dirigía al Instituto. Tenía que admitir que la pista imprecisa que le habían dado sobre ciertas «actividades» no ofrecía mucho fundamento para efectuar un interrogatorio. Y exceptuando la poca información sobre la empresa de Pajot y Konan que Nolwenn había encontrado en internet y que le había dado poco antes de llegar, Dupin no sabía nada. Una posición de partida extremadamente débil. Así pues, no le quedaba más remedio que emprender una huida hacia adelante, una opción que encajaba muy bien con su carácter.

—Se trata de ciertos negocios ilegales entre el Instituto y Medimare, la empresa que pertenecía a dos de los hombres que han sido víctimas de un asesinato.

La imputación no tenía ninguna base. Pero necesitaba saber si iba bien encaminado con esa pista, y la cautela no sería buena consejera en este caso. Al director se le afiló la cara, se le afinaron los labios, y los ojos, que lo miraban fijamente con acritud, se transformaron en pequeñas ranuras.

—Creo que no he entendido bien lo que acaba de decir.

—Se lo repito ahora mismo con mucho gusto.

Tuvo que contenerse, y no le resultó fácil porque ese hombre le despertaba una antipatía visceral muy fuerte. Conocía a esa clase de personas.

—Entiendo. Sus salidas forman parte del método.

La cólera resonó en las palabras de De Berre-Ryckeboerrec. Dupin iba a estallar, pero respiró con calma (estaba orgulloso de haber aprendido a hacerlo, al menos un poco: inspirar hondo, esperar cinco segundos y espirar: ¡todo dependía de esa espera!). En los últimos treinta segundos, el color desapareció por completo de la cara de la secretaria, que parecía petrificada.

—Creo que no voy a mantener esta conversación con usted, señor comisario.

De Berre-Ryckeboerrec sabía que no estaba obligado a decir nada.

—Hablaré con nuestros abogados sobre su infame acusación. Hace años que mantenemos unas relaciones comerciales excelentes con la empresa de los señores Konan y Pajot. Nos han comprado licencias y patentes, igual que otras empresas. Si le interesa el tema, trátelo con nuestros abogados. Ahora, le sugiero que nos despedamos.

—Sí, será lo mejor para los dos.

De Berre-Ryckeboerec se dirigió a su secretaria como si Dupin ya no estuviera en el despacho.

—Voy a hacer la llamada que tenía prevista. Y le agradecería que informara al señor Daeron de que quiero hablar con él aquí, en el Instituto.

A Dupin la cabeza le iba a mil por hora, pero no se le ocurrió ninguna treta, ningún argumento que pudiera esgrimir.

—Comprobaremos —dijo en voz baja, casi susurrando, pero en un tono cáustico y cortante— su colaboración con Medimare hasta el menor detalle, tanto en el presente como en el pasado. —En sus labios se dibujó una leve sonrisa—. Aprovecharemos también para examinar con lupa todas las actividades del Instituto. Ha sido un placer, señor director.

Dupin no esperó la respuesta, dio media vuelta y salió del despacho. Cogió el ascensor, que bajó con una lentitud exasperante.

—¿Nolwenn?

—Ahora mismo iba a...

—Necesito una orden de registro para el Instituto. No importa cómo la consiga. Eso da igual. Y que sea inmediatamente. Tenemos que revisar las relaciones comerciales del Instituto con Medimare, sobre todo la venta de licencias y patentes, así como los resultados de sus investigaciones.

—¿Está en el Instituto?

Nolwenn parecía un poco confusa.

—Yo... Ya me he ido.

—¿Ya se ha ido?

—La entrevista ha sido muy breve. Lo dicho, necesito una orden de registro.

—¿Ha descubierto nuevos indicios en esa conversación tan breve con el director?

—Creo que sí.

—Necesitamos algo más que las vagas insinuaciones que nos han llegado a través de la llamada anónima.

—El director del Instituto se ha negado a colaborar. Tengo «la sospecha fundada de que ha mentido y ha ocultado la verdad, de que corremos el riesgo inminente de que intente destruir documentos comprometedores». Con eso bastará.

Con esa formulación (incoherente), cubría los requisitos formales al uso para obtener una orden de registro.

—Llame al prefecto, Nolwenn. Dígame que las sospechas están más que justificadas y que corremos el grave peligro de que se destruyan pruebas. —Dupin estaba plenamente decidido—. Quiero hacer ese registro. Dígame que es indispensable para el esclarecimiento del asesinato de su amigo. La primera pista clara. Que llame personalmente al juez de instrucción competente o que intente conseguir la orden por medio del fiscal. Necesitamos la colaboración de un equipo de Quimper. También



hay que registrar las oficinas de Medimare en París.

—Bien.

Ese era el «bien» que tanto le gustaba de Nolwenn. Cuanto más se complicaban las cosas, cuanto más urgentes y mayor era la presión, mejor se lo pasaba.

—Magnífico. Hasta luego, Nolwenn.

Dupin colgó.

Llegó al coche, que estaba en la parte baja del gran aparcamiento del puerto deportivo, muy cerca de su casa.

Marcó el número de teléfono de Labat.

—¿Dónde está, Labat?

—En el centro de submarinismo. Le Ber ha ido a la escuela de vela. Yo...

—Llame a Nolwenn. Hemos recibido una llamada anónima que apunta a la existencia de actividades ilegales entre el Instituto Marino de Concarneau y una empresa de Pajot y Konan llamada Medimare. Todavía no sabemos nada más. Compra y vende patentes y licencias para la fabricación de productos farmacéuticos y cosméticos basados en estudios de biología marina. La sede se encuentra en París. Nolwenn está buscando más datos. Hemos pedido una orden de registro para el Instituto y para Medimare.

—¿De qué sospecha exactamente?

—No sospecho de nada en concreto. —Dupin comprendía que era una respuesta poco contundente, por eso habló en un tono aún más resolutivo—. Pero quiero que lo analicen todo, todas las relaciones comerciales. No tengo ni idea de lo que pueden esconder, pero ¡encuéntrenlo! Quiero que se encargue usted personalmente. Con rigor. Y me refiero a una rigurosidad «total y absoluta».

—Entendido.

Dupin supo que lo había entendido de verdad por el tono en que lo dijo, más que por lo que dijo. Era la cara antipática de Labat (la faceta de su carácter que mostraba casi siempre, aunque también tenía otra menos habitual) que estaba predestinada a ese tipo de encargos. Era un buen sabueso.

—Lo dicho, póngase de acuerdo con Nolwenn. Va a organizarlo todo para que un equipo de la central nos ayude en la operación. La dirigirá usted.

—Será un placer.

—Luego hablamos.

Dupin se quedó un momento inmóvil dentro del coche antes de arrancar. Cinco segundos antes de inspirar, cinco segundos antes de espirar. Profundamente.

No sabía si obtendrían la orden de registro. Por mucha energía que hubiera puesto al formular la argumentación y por mucho que Nolwenn se comprometiera a conseguirla, no sería tarea fácil. No tenían nada concluyente. También sabía que no había actuado de un modo muy inteligente en el Instituto. No había sacado nada en

limpio. Pero ¿acaso le habría arrancado más información a ese hombre si hubiera sido más diplomático? No tenía la menor idea de si esa pista conducía a algún lado ni de si encontrarían algo importante en el registro. Quizá el vago indicio de la llamada anónima tenía la finalidad de crear confusión, de despistarle. De hacerle perder el tiempo. El informador que lo había llamado no le había dado pruebas de conocer el tema a fondo ni de saber algo realmente. Pero... la pista existía. Y una cosa estaba clara: el director era un hombre muy desagradable. Se frotó las manos al pensar en la cara que pondría cuando Labat se presentara con la orden de registro. También le gustaba otro aspecto del asunto (y por eso su táctica no era del todo improcedente): un registro armaría mucho revuelo y la prensa se haría eco. Demostraría claramente que la policía estaba decidida a todo y actuaba con todos los medios a su alcance, y cuanto más claro quedara eso, más nervioso se pondría el asesino. Los criminales nerviosos actuaban irreflexivamente y cometían errores. De todos modos, por lo que podía deducirse hasta el momento a partir de las pesquisas realizadas, había que reconocer que el crimen no parecía obra de una persona de carácter nervioso.

Giró la llave de contacto, arrancó y pulsó las diminutas teclas del teléfono del coche. Francamente, aún no tenía ni idea de a qué se dedicaba Medimare. Las explicaciones que le había dado Nolwenn eran muy abstractas. Licencias y patentes para la investigación.

—¿Nolwenn?

—Señor comisario, acabo de hablar con el prefecto. No lo ve muy claro, pero lo intentará. Personalmente. Me ha pedido que le diga que confía en que sabe lo que está haciendo... Y también que lo llame regularmente para...

—Explíqueme a qué se dedica exactamente Medimare.

—Compan resultados de investigaciones centradas en la biología y la bioquímica de los seres vivos de los océanos que pueden aplicarse a la fabricación de productos de uso farmacéutico y comercial. Los centros de investigación se financian en parte con esos recursos...

—Ahora está leyendo...

—¿Cómo dice?

Nolwenn tenía una memoria casi fotográfica.

—Nada... ¿Qué significa todo eso? ¿Qué clase de productos?

—Materiales plásticos biodegradables, por ejemplo, un asunto de mucho peso, o antibióticos totalmente nuevos, cosméticos innovadores, fuentes de energía alternativa, posibles medicamentos contra el cáncer y cosas por el estilo. —Entonces alzó la voz dramáticamente—: La naturaleza marítima de la Bretaña está repleta de seres vivos que son recursos muy valiosos. Es el futuro, señor comisario. Lo llaman «biotecnología azul». En la Bretaña...

—Entiendo. Es lo que quería saber. Supongo que se trata de grandes negocios.

—Muy grandes, sí. Solo hace falta pensar en la industria cosmética. —Se interrumpió un momento—. En noviembre del año pasado le di una muestra de crema de manos de la línea Fluidum. ¿Se acuerda?

Dupin se acordaba. Le dio vergüenza que se lo preguntara porque no la había usado nunca, simplemente porque no utilizaba cremas y, sobre todo, porque todavía no entendía qué sentido podía tener una crema especial para las manos. Aún le daba más vergüenza recordar que el obsequio había sido una manera discreta de decirle que él también tenía que hacerle un regalo de Navidad. Lo entendió tarde, después de comprar en una fábrica de Quimper un cuenco de cerámica con motivos marineros igual que los que le regalaba con entusiasmo desde hacía tres Navidades (Nolwenn insinuó una vez que le gustaban).

Dupin no contestó.

—El ingrediente principal de esa línea de productos cosméticos son las algas naturales. El tubito azul claro, ¿se acuerda?

Al menos no lo dijo en tono severo, lo cual fue un alivio para Dupin.

—Me acuerdo. Deja las manos muy suaves.

Nolwenn suspiró bondadosamente.

—¡Son únicas en el mundo! Un fenómeno de la naturaleza para la piel. Contienen todos los minerales importantes. ¡Un concentrado de todo el Atlántico!

Dupin iba a contestar que no estaba seguro de que los minerales se absorbieran a través de la piel, pero era consciente de que ese no era el tema.

—Labat la llamará pronto, por lo de Medimare. Quiero que él dirija el registro... si conseguimos la orden.

—Bien. Esperaré su llamada. ¿Qué va a hacer usted, señor comisario? ¿Quiere que le mande el helicóptero?

Nolwenn volvió a concentrarse inmediatamente en el asunto.

—Creo que voy a ir a hablar con el alcalde de Fouesnant.

—Le anunciaré su visita.

—Ya estoy en la última rotonda, en dirección a la carretera nacional.

Nolwenn colgó.

La Fôret-Fouesnant era un lugar idílico y, en opinión de Dupin, no exageradamente pintoresco, aunque rozaba el límite. Estaba a orillas de una ría que lo dotaba de un pequeño puerto. La marea estaba baja y las barcas de madera de los pescadores locales, preciosas y pintadas de colores típicos del Atlántico, descansaban pacíficamente ladeadas. Detrás del puerto se alzaban unas suaves colinas de poca altura por las que se distribuía ampliamente la pequeña aldea, que pertenecía a la jurisdicción de Fouesnant, un municipio más grande. Casas de piedra restauradas con mucho tacto en el típico estilo bretón, cafés acogedores, un magnífico quiosco de

prensa y un panadero muy conocido en la región. También un bosquecillo como los típicos de la Bretaña antiguamente, con robles grandes, hiedra y muérdago, un legendario bosque de los druidas, que se cruzaba por una carretera preciosa. Estaba a diez minutos en coche de Concarneau y también de Quimper. Allí vivía el alcalde del pequeño municipio de diez mil habitantes (sumando a los de Fouesnant y a los de La Fôret-Fouesnant) al que pertenecían las Glénan.

El sol picaba con una fuerza sorprendente ese día y, salvo las características nubes anticiclónicas, escasas y de un blanco impoluto, el cielo presentaba un azul majestuoso. Y seguiría así. Dupin sentía una franca admiración por la sorprendente habilidad de los bretones para leer y predecir el tiempo que lo había empujado a intentar dominar ese arte. Lo había convertido en una afición y, a su entender, no se le daba nada mal. Sus conocimientos habían aumentado con los años: lo decisivo era saber reconocer las señales y, cómo no, interpretarlas.

El señor Du Marhallac'h (Nolwenn lo había localizado enseguida) le pidió que fuera a verlo a su casa, donde tenía un pequeño despacho. Era una vivienda discreta, una de las pocas nuevas. Un edificio razonable, ni muy grande ni muy pequeño, ni lujoso ni llamativo, pero que causaba buena impresión. Dupin pensó que le iba como anillo al dedo, pues encajaba con él de un modo curioso: el alcalde no era ni alto ni bajo, ni gordo ni flaco y no destacaba por nada, pero tampoco era un hombre gris, un mediocre sin remedio.

Tenía el despacho en un edificio anexo de madera instalado en el jardín. La decoración iba más allá de lo comedido y entraba en lo realmente feo. El papel pintado de las paredes era de un color pastel monótono y, a saber por qué, en el borde superior habían puesto una especie de cenefa azul celeste a modo de adorno. Estaba todo abarrotado de marcos de plástico de colores con fotografías de vistas típicas de Fouesnant y los alrededores hechas por un aficionado.

—Supongo que aún es pronto para preguntarle por las primeras conjeturas sobre lo ocurrido en las islas, ¿verdad?

—Así es.

Dupin tenía que concentrarse. Seguía pensando en la empresa Medimare, pero el día anterior le había dado la sensación de que tenía que hablar detenidamente y sin falta con todos los habituales y con los habitantes de ese «maravilloso mundo en medio del mar». Y el alcalde era un personaje central en ese mundo. Tenía que hacerle unas cuantas preguntas urgentes.

—Nuestro trabajo consiste en saber, no en hacer conjeturas.

—Es inconcebible. ¡Este caso se las trae! Sobre todo la idea de que el asesino cometiera el crimen en el Quatre Vents, a la vista de todos. Yo también estaba esa noche, anteayer, quiero decir.

El alcalde se interrumpió un momento y buscó la mirada del comisario, que le dio

a entender con un movimiento de ojos que ya lo sabía.

—Precisamente estaba en la mesa de al lado. En mi mesa de siempre. Fue una noche entretenida, como de costumbre en el Quatre Vents... Y en ese ambiente alegre había un asesino. Una persona malvada. ¡Quién lo iba a decir!

Dupin no prestó atención a las últimas frases. Acababa de recordar un detalle. Hojeó la Clairefontaine. Du Marhallac'h siguió hablando, pero cada vez miraba al comisario con mayor desconcierto. «Marc Leussot, biólogo marino, también periodista», eso era. «Biólogo marino». Tal vez no tuviera importancia. Pero la palabra «biología marina» había cobrado un nuevo significado esa mañana.

—Si me disculpa un momento, señor Du Marh... señor alcalde.

Dupin se levantó y, sin esperar respuesta ni una señal de aprobación por parte del alcalde, se dirigió a la estrecha puerta del anexo y salió al jardín.

Llamó a Información.

—¿Podría ponerme con el Instituto Marino de Concarneau? Gracias.

La espera duró un momento.

—Buenos días, me gustaría hablar con el señor Leussot.

La aguda voz femenina le contestó con mucha amabilidad.

—El doctor Leussot dedica mucho tiempo a los estudios de campo en el Atlántico y en estos momentos no se encuentra en su despacho.

—¿Hablamos de Marc Leussot, investigador, periodista y... empleado fijo del Instituto?

Esta vez, la respuesta no fue tan rápida; la pregunta era insólita.

—Sí, sí. El doctor Marc Leussot.

—Muchas gracias.

Dupin colgó. La memoria no lo había engañado. Y se había enterado de algo interesante. Leussot era un empleado fijo del Instituto.

Dupin no se había fijado antes en el jardín, meticulosamente cuidado y de buen tamaño, aunque, a pesar de la exuberancia, transmitía una sensación de mezquindad y de poca personalidad, y parecía tener las plantas contadas: dos camelias, una blanca y otra rosa, un rododendro, unas cuantas mimosas, un rosal silvestre muy alto, primulas, narcisos, azaleas y un enebro marchito. Un prototipo de jardín bretón. Volvió lentamente al despacho del alcalde.

—Asuntos de la investigación. Le pido disculpas de nuevo.

Dupin hizo un gesto impreciso, pero conciliador, y volvió a sentarse.

—Anteayer por la noche usted estuvo en el Quatre Vents, sentado al lado de la mesa que ocupaban Konan y Lefort. ¿No se fijó en nada extraño?

En los ojos de Du Marhallac'h brilló una chispa, tal vez miedo, Dupin no habría podido afirmarlo.

—Lo he estado pensando, pero no. Fue como siempre. Recuerdo que Konan se

acercó un momento a la mesa del señor Tanguy, el del club de submarinismo, el arqueólogo aficionado. Lefort se ausentaba de la mesa de vez en cuando, pero Konan apenas se movió. Lefort habló con una chica, supongo que una alumna de la escuela de vela.

—¿Lo vio hablar con la señora Menez, la secretaria de la señora Lefort?

—No.

Ese «no» fue una respuesta rápida y categórica.

—El señor Konan se quedó solo un rato.

—¿Y no le llamó la atención nada sospechoso? ¿En la mesa? ¿En otro sitio?

—No.

—Esa noche estuvo usted más cerca de ellos que nadie.

El alcalde lo miró con inseguridad.

—Nos interesa sobre todo esa media hora o tres cuartos, entre las ocho y cuarto y las nueve.

—Si no recuerdo mal, Konan y Lefort volvieron a sentarse juntos al final. Y cenaron algo. Pero no estoy seguro.

—¿Le dio la impresión de que se comportaban de un modo distinto, de que no estaban como de costumbre?

—En absoluto.

Dupin hojeó la libreta de notas.

—¿Vio al doctor Menn hablando con Lefort?

—No.

—Devan Menn, médico generalista, con consulta en Sainte-Marine.

—Sí, sí, lo conozco. Aquí lo conoce todo el mundo. La mayoría somos pacientes suyos. Un médico muy bueno. Pero no lo vi, no. Creo que no estaba.

—Las hijas de la señora Nuz lo vieron. Solo un momento, hablando con Lefort en la barra.

—¡Qué raro! Yo no lo vi. Pero de noche, ese local es un no parar. Hay quien solo va a buscar algo para llevar.

—¿El señor Menn es cliente habitual?

—Sí. Y amigo del señor Lefort. Y también su médico.

—¿Amigo?

La pregunta se le escapó a causa de la sorpresa.

Du Marhallac'h pareció confuso un momento, pero enseguida sonrió.

—Entiendo, le han contado muchas cosas de Lucas Lefort.

—¿Cree que lo que cuentan de él no es cierto?

—Yo... —El alcalde titubeó un momento—. Ante todo debo aclarar que solo hace dos años que lo conozco un poco, no mucho. Procuero observar las cosas equilibradamente, sin prejuicios, con objetividad, mediando... Es mi forma de ser y

entiendo que es la mejor actitud para desempeñar el cargo. El mundo de las islas es un mundo singular, una comunidad singular de personas singulares. Por eso es difícil juzgar las cosas desde fuera. A veces, todo tiene su origen en sucesos antiguos. Yo procuro mantenerme al margen. Lucas Lefort era un hombre famoso y rico, y un soltero empedernido, creo. Una cosa está clara: era muy distinto de su hermana. De todos. Eso es cierto. Pero, como ya le he dicho, no lo conocía mucho.

Dupin garabateó unas notas.

—Me han dicho que usted estaba dispuesto a considerar favorablemente su nuevo proyecto para mejorar la explotación turística de las Glénan. Y que su predecesor rechazó con vehemencia los proyectos anteriores de Lefort.

Dupin cambió el tono sin querer al pronunciar esa frase. La dijo con más dureza.

—Lo de «considerar favorablemente» es mucho decir. Solo le aseguré que el consistorio y yo mismo examinaríamos las nuevas ideas y planes en profundidad, que no los desestimaríamos de antemano. Lo que nos presentó fue un proyecto muy ambicioso de turismo sostenible y ecológico que afecta a la escuela de vela y a la de submarinismo, pero va más allá.

—Creía que aún no había presentado el proyecto.

—Oficialmente no. Todavía no nos lo había entregado. Pero nos hizo una presentación informal en una reunión que tuvimos hace unas pocas semanas. Es algo muy normal. —El señor Du Marhallac'h se puso a hablar con una dicción típica de alcalde—. Como ya le he dicho, no hemos recibido ninguna solicitud oficial y, de todos modos, está claro que la realización del proyecto es muy improbable. La ley de costas es sumamente estricta en todo el litoral francés. Además, las Glénan están consideradas reserva natural, lo cual significa que en realidad no se permite hacer ni modificar nada.

—Si no me equivoco, en esa reserva en la que no se permite nada pernocta a diario un centenar de alumnos de los cursos de vela y de submarinismo, aunque sea en condiciones muy sencillas. Y en varias de las islas.

—Ya sabe cómo es Francia: hay leyes estrictas... y las aplicamos a nuestra manera.

Dupin no supo discernir si lo decía con sentido crítico o con orgullo.

—¿El señor Lefort actuaba solo en este asunto? Quiero decir que si gestionaba todo el proyecto por su cuenta.

—No sabría decirle. —El alcalde miró a Dupin con seriedad—. ¿Está pensando en que tal vez el señor Konan y el señor Pajot también participaban? ¿Económicamente?

—Por ejemplo. El señor Pajot era constructor. Por lo tanto, no sería una idea descabellada. Y el señor Konan era inversor, entre otras cosas.

—Es muy posible, señor comisario, pero no dejan de ser simples conjeturas.

Lucas Lefort siempre hablaba en primera persona y a veces con un «nosotros» anónimo que no se refería necesariamente a más de una persona.

—¿Conocía usted bien a Yannig Konan?

—No, solo de las Glénan, de las noches en el Quatre Vents, de saludarnos y charlar un poco.

—¿Y a Pajot? ¿Lo conocía?

—No, para nada. Solo de nombre. Y sé que tenía una de las constructoras más grandes de la Bretaña —respondió el alcalde frunciendo el ceño; exageradamente, en opinión de Dupin—. ¿Cree que tras este asunto se esconde el motivo del asesinato?

—Si lo he entendido bien, ese proyecto es un asunto de mucha importancia y que implica mucho dinero, ¿no?

Du Marhallac'h no dijo nada.

—¿Qué planes tenía Lefort concretamente para las islas?

—Eran muy amplios. Supongo que sabe que la escuela de vela es una de las mayores de Europa. Se trataba de una idea global de turismo y deporte. Planeaba urbanizar Penfret, Cigogne y Le Loc'h. Hoteles e instalaciones deportivas. Ecológicos, sostenibles y exclusivos. Con un pequeño puerto deportivo. Conocía a un arquitecto famoso de París y tenía muchos contactos. Todo funcionaría con energía solar y eólica, igual que se hace ahora en Saint-Nicolas, aunque en menor escala. Una parte de los ingresos se destinaría a proteger con mayor eficacia la ecología del archipiélago.

Du Marhallac'h era un político magistral y Dupin era incapaz de imaginarse algo peor. Ecurridizo, flexible, sin escrúpulos, un experto en espectáculos retóricos para ocultarlo todo, especialmente sus propios intereses, a la vez que los perseguía a macha martillo.

—El consistorio se opone al proyecto.

—El «antiguo» consistorio. Sus miembros daban muestras de una intransigencia irracional.

—Entiendo. «Una intransigencia irracional».

—Un proyecto como ese tiene que pasar primero por todas las instancias.

—¿Cuándo presentó Lefort por primera vez el proyecto de las Glénan?

—Hará unos diez años.

Dupin lo anotó y lo subrayó con determinación. Dos veces. Du Marhallac'h miraba la libreta con curiosidad.

—¿Volvió a presentarlo después?

—No, le dio carpetazo unos años.

—¿Quién se oponía al proyecto?

—Casi todo el mundo. Aunque la mayoría probablemente no lo conocía con detalle.



—¿Quién se oponía más?

—Su hermana. Creo que eso ya lo sabía. Y seguro que también la señora Menez, su secretaria. La escuela de vela entera. Y la directora de la escuela de submarinismo, la señora Barrault, tenía muchos prejuicios en contra. —El alcalde miró de repente a Dupin con cierta inseguridad—. Quiero decir que tenía una opinión muy firme. También Solenn Nuz, evidentemente. Es la otra propietaria de Saint-Nicolas; las islas de Bananec y Quignénec también son de su propiedad. Tiene... sus propios intereses, claro está.

—¿A qué se refiere?

—A nada en concreto.

Dupin era consciente de que Du Marhallac'h lo había dicho con malicia. Y seguro que Du Marhallac'h notó que Dupin se daba cuenta.

—Diría que la mayor parte de los habitantes de la costa estaban en contra del proyecto. También la mayoría de los políticos. Y la prensa, por supuesto, tanto el *Ouest-France* como el *Télégramme*. El señor Leussot, por ejemplo —dijo el alcalde titubeando un momento—, un biólogo marino que, por lo visto, tiene la necesidad de trabajar también de periodista, se empleó a fondo oponiéndose a los planes de Lefort. En mi opinión, se trataba de una disputa puramente ideológica, y eso no me interesa. Lo que me interesa es analizar las cosas con objetividad.

Ahí estaba de nuevo el desvergonzado discurso de un político. La mirada de Dupin se ensombreció.

—¿El señor Leussot escribió artículos en contra del proyecto de Lefort?

—Artículos radicales y tendenciosos.

—¿También en contra del nuevo proyecto?

—Como ya le he dicho, Lefort aún no lo había presentado oficialmente, solo nos lo planteó en una reunión. Un procedimiento totalmente regular. Pero la prensa se enteró, por supuesto. Al fin y al cabo, no fue un acto clandestino. No obstante, se conoce aún tan poco que los periódicos solo han publicado alguna que otra noticia breve. No olvide que, por mucho que algunos le tuvieran ojeriza, Lefort era un personaje muy célebre en la Bretaña, un gran regatista.

—¿El biólogo marino escribió alguna de esas noticias?

—No, que yo sepa.

El tono de llamada estridente del móvil de Dupin los sobresaltó.

Era Nolwenn.

—Si me disculpa un momento, señor Du Marh... alcalde.

No esperó su respuesta, se levantó y se dirigió rápidamente a la puerta que daba al jardín. Allí contestó a la llamada.

—Ha costado lo suyo, señor comisario. —Nolwenn parecía más preocupada que de costumbre—. El prefecto ha llamado al fiscal y al juez instructor competente. Me

ha pedido que le diga que ha sido muy incómodo para él. Ha tenido que hacer mucho hincapié en la gravedad del riesgo de que se destruyan pruebas. Supone que el director interpondrá recurso inmediatamente. Conoce a De Berre-Ryckeborec. Lo cierto es que lo aprecia y...

—¿Tenemos la orden de registro?

Dupin estaba más contento que un niño con zapatos nuevos.

—Estamos organizando la operación.

La noticia lo alivió, pero seguía un poco nervioso, porque en realidad no había indicios claros que justificaran el registro. Necesitaba algo contundente a toda prisa.

—Eso está muy bien, Nolwenn. Perfecto. Todavía estoy hablando con DuMall...  
Con el alcalde.

Colgó. Se quedó pensativo un momento y marcó el número de Labat.

—Adelante. Podemos efectuar el registro.

—Lo sé.

—Lo dicho, quiero saber todos los detalles de los negocios con Medimare. Tiene que haber documentos, archivos informáticos; encuéntrelos. Y no se ande con remilgos.

—Nunca lo hago, comisario.

—Y otra cosa, Labat: quiero que investiguen a fondo todas las actividades económicas de los tres muertos. Además de Medimare. Todas las empresas, sus participaciones en otras empresas, inversiones... Si es posible, lleguen hasta los inicios. Encárguele la tarea a alguien.

—Eso está hecho.

Dupin cruzó el jardín con mucha lentitud, abrió la puerta de la oficina y volvió a sentarse en una de las cuatro sencillas sillas que había alrededor de la mesa rectangular de formica. Lo hizo con marcada parsimonia. Du Marhallac'h parecía esperar al menos una breve explicación, pero Dupin no lo consideró necesario.

—¿Le dice algo el nombre de Medimare?

El alcalde lo miró interrogativamente.

—No me dice nada.

—Es una empresa de Pajot y de Konan que compra y vende resultados de investigaciones en biología marina. Patentes y licencias.

—Ah, sí, he oído hablar de eso. No de la empresa, pero sí de que el Instituto vende los resultados de sus investigaciones a las empresas.

—¿No sabía que Konan y Pajot tenían una empresa de esas?

—No.

A Dupin le dio la impresión de que, llegados a ese punto, ya no descubriría nada interesante. No porque creyera todo lo que le decía Du Marhallac'h, porque no lo hacía, sino porque no podía hacer nada más de momento.

—Le agradezco su colaboración.

El alcalde se quedó un poco perplejo ante el final abrupto de la conversación.

Dupin se levantó. Su interlocutor hizo lo mismo.

—Lo acompaño a la puerta, señor comisario.

—El proyecto, los documentos de la presentación que les hizo Lucas Lefort...  
¿Tiene copias?

—No. El señor Lefort lo tenía todo en su portátil.

—¿Cree que solo él tenía los planos y que únicamente los conocen usted y los miembros del consistorio?

—Sí.

—¿Cuándo se celebró la reunión?

—A finales de marzo. Creo recordar que el veintiséis.

Habían llegado al jardín.

—Seguramente volveremos a ponernos en contacto con usted.

Se dieron un apretón de manos.

—Estoy a su disposición. Tengo mucho interés en que el caso se resuelva pronto.  
Lo digo en mi condición de alcalde del municipio afectado.

—Lo comprendo perfectamente.

—Adiós.

Du Marhallac'h ya le había dado la espalda.

—Una última pregunta.

El alcalde se volvió, todavía con una sonrisa cordial en la cara.

—¿De qué habló con Lucas Lefort y Konan la noche de autos?

La pregunta contenía un matiz indefinido un tanto extraño.

—¿Quién, yo? Ah, solo intercambiamos unas palabras. Como vecinos de mesa.  
Lo normal. Comentarios banales.

—¿Por ejemplo?

—Hablamos de las caballas. De mariscar con marea viva. Del tiempo, de la tormenta que se avecinaba. De esas cosas. Ah, y de las elecciones, claro. ¡Las elecciones! Y del precio de la langosta. Al final, también de los percebes.

—¿De los percebes?

—Sí, ya sabe, ¡los reyes del marisco! Son difíciles de coger. Crecen en lugares muy inaccesibles durante tres meses al año. Los japoneses nos los compran a trescientos euros el kilo, una exquisitez para preparar sushi. Seguro que ha oído contar cosas de ellos, en París...

—¿Trescientos euros el kilo?

—Y más. Son muy sabrosos y tienen un alto contenido en yodo. Los de las Glénan son muy apreciados.

—¿Ninguno de los dos dijo qué pensaban hacer el fin de semana? ¿O mencionó a

Pajot?

—No, ninguno de los dos. Pero tampoco hubo ocasión.

—¿Qué quiere decir?

—No fue una noche normal, como las de costumbre.

—Bien. Gracias de nuevo. Adiós.

Dio la impresión de que Du Marhallac'h iba a añadir algo, pero Dupin se marchó de todos modos.

Necesitaba un café urgentemente. Ya lo necesitaba antes de la entrevista. La oficina del alcalde olía un poco raro, casi parecido a la comisaría; quizá usaban el mismo producto de limpieza. Dupin se alegró de poder tomar el aire, que en La Fôret-Fouesnant estaba perfumado con el aroma de las hortensias en flor a principios de mayo.

Fue directamente al coche, se montó, toqueteó las teclas diminutas del manos libres y arrancó.

—¿Nolwenn? Quiero hablar con el doctor Menn, Devan Menn. Tiene la consulta y la residencia en Sainte-Marine.

—Le envió los números por SMS, señor comisario, así lo llama usted directamente. El de la consulta y el de su casa.

—Muy bien. Y quiero ver a un tal Marc Leussot, un investigador del Instituto Marino. Esté donde esté. La secretaria del Instituto me ha dicho que estaba «realizando estudios de campo» en el mar.

—Lo avisaré de inmediato. Ya hemos hablado con los compañeros de París y están investigando los negocios de Medimare en la capital. La sede central de la empresa está en el Distrito VI, cerca de Luxemburgo.

Dupin tuvo que reconocer que seguía poniéndose un poco nostálgico y sentimental cuando oía hablar de los jardines de Luxemburgo. Él vivía a tres minutos de distancia, en la place Saint Sulpice, y se crió a tan solo dos minutos, en la place de l'Odéon. El parque estaba lleno de recuerdos fantásticos.

—Muy bien.

—Ha llamado su madre otra vez.

—Mierda.

Había vuelto a olvidarse de ella.

—Le he dicho que está usted investigando un caso complicado. Pero, y cito textualmente, da «por sentado que la llamará de todos modos».

Era increíble, pero no lo sorprendió.

—Me ha preguntado si en el hotel Sables Blancs hay albornoces. Y «salón». Y «un buen restaurante».

En el tono de voz se notaba que a Nolwenn le hacían gracia esas preguntas.

—Quería quedar allí con «una vieja amiga». Llega dentro de dos días y aún tiene

que aclarar algunas cuestiones.

—La llamaré. Seguro.

—Bien.

Tenía que llamarla. De lo contrario, las suspicacias de su madre aumentarían innecesariamente. En realidad tenía que decirle con total franqueza que, en esos momentos, no sabía si pasado mañana dispondría de tiempo para ella. No tenía ni idea de cuánto duraría el caso, pero no podía imaginar peor pesadilla que tener a su madre de visita en plena investigación.

Dupin llegó a su destino: una gasolinera grande con área de servicio en la última rotonda de La Forêt-Fouesnant. Era lo bastante grande para servir café para llevar, algo que no se veía mucho en la Bretaña y que solo se hacía en las gasolineras.

Se quedó en la entrada. Un poco más tarde, de nuevo en el coche, con dos vasitos de cartón, un cruasán y *Le petit indicateur des marées Bretagne-Sud*, llamó otra vez a Nolwenn. *Le petit indicateur* era una institución legendaria: una libretita roja de bolsillo que indicaba con exactitud las tablas de las mareas, con coeficientes incluidos, de todo el año. Seguro que le sería muy útil.

—Era verdad, el señor Leussot está en el mar. Entre Les Moutons y las Glénan. Allí no hay cobertura, pero se le puede localizar por radio. ¿Quiere que lo haga?

—Sí, por favor. —Dupin dudó un momento—. No, déjelo.

Prefería ir a verlo sin previo aviso.

—Bien. ¿Quiere que pase a recogerlo una patrullera?

—¿Una patrullera?

Evidentemente, Dupin solo había pensado en el helicóptero, pero era absurdo si Leussot estaba en un barco en medio del mar.

—Bien. Que me espere en Concarneau. En el mismo sitio donde zarpamos ayer por la mañana.

—Le Ber me ha pedido que le diga que ya han terminado la lista. Quiere hablar con usted de un par de cuestiones.

—Intentaré localizar al médico. Hasta luego.

Colgó. Bebió un trago largo de café, toda una osadía: sabía a rayos.

Fantástico. Una maravilla. Una mañana genial. Necesitaba un café de verdad para funcionar. Giró la llave de contacto con un movimiento muy enérgico, teniendo en cuenta el material, y arrancó apretando el acelerador a fondo. Las ruedas rechinaron. Solo daría un pequeño rodeo. No estaba muy lejos. Y podía hablar por teléfono con Le Ber...

Diez minutos más tarde, paró el motor a unos pasos del Café du Port, justo delante del muelle de piedra de Sainte-Marine. El casco antiguo de la preciosa localidad a orillas del río Odet, que allí ya casi era mar, se encontraba en un estuario

de medio kilómetro de anchura sometido a las mareas, muy cerca de mar abierto. Estaba ribeteado por sauces y castaños, jazmín silvestre, palmeras tupidas (una estampa típica de la Bretaña), una pequeña iglesia antigua y pintorescas casitas de pescadores. Con marea baja, la playa de grava fina del estuario se extendía casi hasta el Café du Port.

A Dupin le encantaba el bar restaurante; lo habían conservado en un estilo sencillo, sobrio, de madera, pintado con los colores básicos del Atlántico: azul, blanco y rojo. Allí servían (junto con el Amiral) el mejor café de la región. El Café du Port le gustaba todavía más desde que se hizo amigo de Henri, el magnífico propietario. Se conocieron en un concesionario de Citroën en Quimper. Los dos pedían información sobre el nuevo C6 y ninguno lo compró al final, porque le tenían mucho apego a sus viejos XM, aunque tuvieran muchos años y probablemente no durarían mucho. Con el paso del tiempo, las visitas al mecánico eran cada vez más frecuentes. Dupin calculaba que cada cuatro semanas y Nolwenn diría que cada dos. Hacía mucho que intentaba convencerlo de que se comprara un coche nuevo de una vez. A veces, Dupin encontraba prospectos de coches en la mesa de su despacho; evidentemente, solo de modelos bretones: Citroën, fabricados en Rennes. Después de conocer al propietario del Café du Port, frecuentó más el local, generalmente de noche o cuando tenía algo que hacer por la zona. También le caía muy bien Héloïse, la cocinera. Era la mujer de Henri y le hacía mucha gracia verla con sus abundantes rizos negros al lado del cráneo casi pelado de su marido. Además del gusto por el viejo modelo Citroën, lo que los unía (más aún que la simpatía que se tenían mutuamente) era el hecho de que Henri también fuera «nuevo» allí. No era bretón, sino parisino, igual que Dupin, aunque hiciera treinta años que vivía en la Bretaña (eso seguía mereciendo la consideración de «nuevo»).

Henri estaba detrás de la barra, meticulosamente absorto en una lista, y ni siquiera levantó la cabeza un momento cuando Dupin entró.

—Necesito un café. Doble.

—Maldita sea... Un momento, Georges —contestó en tono cordial pero sin levantar la vista—. Jeannine, ¡un café doble para el comisario!

Lo dijo dirigiéndose a una chica recia que solía ayudarlos a mediodía y, a veces, también por la noche.

—Tiene que venir el distribuidor de bebidas. Es un fastidio, no hay quien entienda estas listas. —Por un momento reinó un profundo silencio—. ¡Maldita sea! Esto no cuadra.

Henri acabó la frase con una carcajada. Se alegraba de que alguien lo distrajera.

—Me voy a ir enseguida, Henri.

—Sí, claro.

Henri estaba al corriente, por supuesto. A Dupin no le haría falta decir mucho.

—Una mierda de caso.

—Eso creo. Eran unos miserables, esos dos, Konan y Lefort. —Henri se puso serio.

—¿Sí?

—Sin duda.

—Bien. Pues los malos ya están muertos. Puede que esté buscando a los buenos. No lo sé. No tengo pistas.

—No dejes que los bretones te vuelvan loco —dijo Henri riéndose.

Dupin se alegró de haber ido. La chica le sirvió un café. Realmente, Henri y él nunca hablaban del trabajo, cosa que le satisfacía enormemente. Se bebió el café de un trago. Era magnífico, fuerte, intenso. Los deliciosos olores de la cocina inundaban el restaurante. Le gustaba la cocina de Héloïse: platos bretones, naturalmente. La sacra doctrina dictaba: «Un auténtico bretón come mantequilla. Por la mañana, a mediodía, por la noche: mantequilla». Héloïse se mantenía férreamente en la «frontera entre el aceite de oliva y la mantequilla», que los bretones se tomaban muy en serio: en los dos grandes periódicos regionales se discutía con regularidad la cuestión de hasta qué punto había dado buen resultado la invasión romana del aceite de oliva como panacea en la cocina y hasta qué punto se había podido defender la línea galo-celta de la mantequilla. Se publicaba constantemente nueva información sobre estudios científicos a favor de la clara superioridad medicinal de la mantequilla, que había caído injustamente en el descrédito. Al principio, Dupin era muy escéptico en ese tema, pero las «pruebas empíricas» casi lo habían convertido en un rebelde.

—Tengo que irme.

—Héloïse está preparando pierna de cordero crujiente al horno, al estilo bretón, con tomillo, flor de sal y pimienta de Espelette. Y judías verdes salteadas. ¿Una tapita?

—Tengo que irme, de verdad.

Dupin suspiró profundamente.

—¡Ven esta noche!

Ojalá pudiera. Disfrutaba reuniéndose con Henri. Hablaban de Dios y del mundo, que últimamente estaba muy loco. También en Francia. Después de provocar que el precio de los vinos franceses aumentara espectacularmente durante unos años (un chino llegó a pagar ciento sesenta y siete mil euros por una botella de Lafitte), los chinos incluso habían comprado no hacía mucho un primer viñedo en Burdeos: un *château* en Lalande-de-Pomerol que, después de treinta meses de negociaciones, había ido a parar a manos de una empresa china, Mingu, que dominaba el inmenso mercado de su país con un vino llamado La Gran Muralla. Y estaba claro que eso solo era el principio, pues había más negociaciones en marcha, también con multinacionales de otros países. ¡Y todo eso en una nación en la que tanto el vino

como ciertas exquisiteces culinarias y las creaciones de los grandes chefs de la cocina disfrutaban de la condición de bienes culturales, como las grandes obras pictóricas o las obras musicales! Y, en opinión de Dupin, Francia tendría que sentirse muy orgullosa de ello. Pero prefería la renuncia definitiva en favor del comercio, venderse al mejor postor, y eso les ponía los pelos de punta. Ambos, Henri y Dupin, podían llegar a acalorarse con ese tema, y hacerlo juntos era todo un ritual.

—Me paso la semana que viene. Depende de cuando acabemos con el caso. Y mi madre viene pasado mañana y se quedará unos días.

—¡Ah sí! Se me había olvidado. Magnífico, venid los dos.

—Seguro que tengo que disculparla.

Henri se echó a reír. Tenía una risa profunda y suave, y se reía con toda la cara.

—Seguro que resuelves pronto el caso. Aunque solo sea por tu madre.

Dupin cogió las llaves del coche de encima de la barra y se dispuso a salir.

—¡Adiós!

—Y llama a Claire.

Entonces fue Dupin quien se echó a reír. Habían hablado de ella. No mucho, pero varias veces.

—Le he dejado un mensaje en el contestador.

—¡Qué romántico!

—Hasta la semana que viene.

—Sí, hasta la semana que viene.

Estaban en medio del profundo azul del Atlántico, con las Glénan refulgiendo delante y Les Moutons detrás. Aunque no estaban muy lejos, Les Moutons solo se veían vagamente. Se difuminaban en el mar. Por la calima. A esas alturas, Dupin lo sabía de sobra: el efecto del agua en el aire era enorme. El azul se volvía suave, tenue, delicado, seguía siendo totalmente azul, pero sin el brillo luminoso del día anterior. La bruma cambiaba la luz, el sol, los colores, el sabor y el olor del aire, que se volvía más suave... y al mismo tiempo más fuerte, más intenso. Amortiguaba los ruidos, incluso el silencio, que también se aterciopelaba. En el horizonte, hacia el oeste, se vislumbraba una capa de nubes oscuras bien perfiladas, una línea fina y compacta, tan larga que era imposible ver el final.

El capitán de la *Luc'hed* paró el motor. La tripulación se ocupaba del bote auxiliar. El mar parecía completamente liso («como una balsa de aceite», decían los bretones), no se apreciaba el menor movimiento y, aun así, la patrullera se balanceaba con fuerza, aunque con una lentitud extraña, como si la meciera una mano invisible.

Estaban a unos treinta metros del barco de Marc Leussot, el *Kavadenn*, que tenía un casco normal, pero contaba con unas instalaciones y estructuras amorfas que indicaban que la embarcación cumplía una función concreta. Dupin tardó unos



instantes en darse cuenta de que era la misma que le había llamado la atención el día anterior, mientras saboreaba el delicioso bogavante en el Quatre Vents.

No había conseguido localizar al doctor Menn, ni en el consultorio ni en casa, ni tampoco llamándolo al móvil. No iba a la consulta hasta la tarde; los martes por la mañana los dedicaba a las visitas domiciliarias, si tenía alguna pendiente, aunque no era el caso ese día, según su secretaria. Así pues, Dupin volvió a Concarneau, donde ya lo esperaba la *Luc'hed*; Nolwenn lo había organizado todo. También habló con Labat, que ya había mantenido una primera entrevista con el director del Instituto, aunque no parecía muy impresionado, y lo informó de que dos especialistas de Quimper habían bloqueado el servidor del centro. El director estaba reunido con sus abogados.

Después, Nolwenn llamó a Leussot por radio para conocer su posición exacta. Y así, igual que el día anterior, Dupin zarpó en la patrullera, en una lancha rápida que hacía honor a su nombre y navegó a toda velocidad con mar de fondo.

—Venga, señor comisario.

Uno de los policías lo esperaba en el diminuto bote auxiliar, que se balanceaba con fuerza. Aquel no era su terreno, ni mucho menos, y lamentó muchísimo haber tirado tan pronto por la borda la decisión, que había tomado el día anterior con toda la razón del mundo, de no volver a ir en barca. Tenía que haberle pedido a Leussot que fuera a verlo a Saint-Nicolas. Hizo de tripas corazón y acopio de toda su fuerza mental y, gracias a su agilidad (que casi nadie se esperaba debido a su corpulencia), poco después se encontraba en el minúsculo bote. El motor fueraborda exhibió sus caballos de vapor de manera impresionante y los acercó al Kavadenn a una velocidad extraordinaria. Leussot estaba en la popa, donde unas anchas escaleras de madera bajaban hasta el agua.

—Buenos días, señor comisario, suba.

Le tendió la mano, pero Dupin subió por su cuenta, moviéndose sin mucha elegancia, pero con precisión.

—Buenos días, señor Leussot.

Era un hombre alto y muy atlético, de facciones delicadas, ojos vivarachos y pelo un poco largo. Tendría unos treinta y pico años, tal vez casi cuarenta. Llevaba unos pantalones cortos desgastados, una chaqueta negra abierta y una camiseta blanca debajo. De cerca, las estructuras instaladas en la embarcación parecían aún más amorfas.

—Acabo de procurarme la comida.

Leussot hablaba con una profunda serenidad que encajaba con precisión en la majestuosa fortaleza apacible que irradiaba. En la banqueta que se extendía por debajo de la baranda había dos cañas de pescar.

—Mire, una maragota, un ejemplar magnífico, formidable.

Leussot levantó un cubo de plástico roto en el que sobresalía una gran aleta.

—No encontrará este pescado en ningún restaurante, en ninguna pescadería, ni siquiera en casa de nadie en la costa. Hay que consumirlo a las pocas horas de pescarlo; de lo contrario, se pudre. Es uno de los mejores pescados del mundo y aquí la población sigue intacta... todavía.

El pez debía de medir cuarenta centímetros de longitud, era voluminoso y de color verde, anaranjado y rojo. Unas manchas doradas brillaban en la piel y reflejaban la luz del sol en todos los colores del arcoíris.

—Imponente.

A Dupin no se le ocurrió nada mejor. El *Kavadenn* se balanceaba tanto como la patrullera. Se había hecho ilusiones de que, teniendo unos metros más de eslora, se movería menos.

—Me gustaría hacerle unas preguntas, señor Leussot. Ya sabe, estamos investigando el asesinato de Lefort, Konan y Pajot.

—Estoy al tanto. Si quiere, podemos instalarnos bajo cubierta. No hay mucho espacio, pero estaremos tranquilos.

Dupin pensó que lo decía en broma, pero Leussot miró hacia una puerta estrecha que se veía detrás del timón y dio muestras de ir hacia allí. Hablaba en serio.

—Si no le importa, prefiero... quedarme en cubierta. Al aire libre.

La idea de encerrarse en un espacio minúsculo lo traumatizaba.

—De acuerdo. Entonces voy a limpiar el pescado mientras hablamos.

El bote auxiliar ya casi había vuelto a la *Luc'hed*.

—¿Qué sabe de los negocios del Instituto con Medimare? ¿Participa usted de algún modo en esos negocios?

—Vaya, veo que va directo al grano —comentó Leussot sin perder la calma.

—Hay indicios que apuntan a que esos negocios no son muy limpios.

Dupin tenía mucho interés en que la conversación en mar abierto fuera lo más breve posible.

Leussot enarcó las cejas y la frente bronceada se le llenó de arrugas.

—Bien, le diré lo que pienso: Konan y Pajot estafaban al Instituto sistemáticamente, una y otra vez, en connivencia con el director. Hacían causa común, pero dudo mucho de que cometieran actos punibles. Todo se desarrollaba aprovechando los vacíos legales, no podrán actuar contra ellos judicialmente. Por mucho que algunos investigadores del Instituto los odieran, hay que reconocer que eran muy hábiles. Esa es mi conclusión.

—¿Cómo ha llegado a esa conclusión?

Leussot abrió una navaja Laguiole. En ese preciso instante, la embarcación hizo un movimiento brusco y se creó una situación (Leussot estuvo a punto de chocar con Dupin) que parecía peligrosa. El comisario estaba tan ocupado intentando mantener

el equilibrio que no se dio cuenta. Leussot se percató del curioso incidente y sonrió. Cogió con la mano izquierda el pez grande y brillante que todavía se agitaba y se puso a limpiarlo con mucha maña. Manejaba la navaja con rapidez y precisión, empezando por la parte inferior de la cabeza.

—También afecta a mis investigaciones. Sí. Seguro que se lo estaba preguntando. Compran los resultados antes de tiempo, asumiendo el riesgo de que no sean tan concluyentes como parece, generalmente a precios muy bajos. Es evidente que el negocio no lo controlan los investigadores, puesto que trabajan para el Instituto. De Berre-Ryckeboerrec saca provecho de los tratos, entre otras cosas consiguiendo que Medimare patrocine el Instituto... aportando los fabulosos fondos de terceros.

Las entrañas del pez cayeron en el cubo. Leussot se las había arrancado con un par de maniobras certeras.

—Pajot y Konan conseguían patentes a precios sumamente favorables. Ese era el trato. En caso de duda, en perjuicio de los investigadores. Por supuesto, solo cuando se trataba de grandes descubrimientos. Pero, como ya le he dicho, no creo que puedan demostrar nada. —Se quedó callado un momento, pero enseguida retomó el hilo—. Tampoco creo que sobornaran al director, que le pagaran como contrapartida. Y eso que es un cabrón muy listo.

Leussot se levantó y se dirigió a la proa, se inclinó peligrosamente por la borda y metió el pez en el agua, de modo que daba a entender que la conversación con Dupin proseguía. El cuerpo del pez seguía agitándose con fuerza cada pocos segundos.

—¿Por qué está tan seguro?

—Intuición.

Dupin estuvo a punto de preguntarle a qué se refería al decir que el director era un «cabrón», pero pensó que era evidente. Leussot volvió, puso el pescado en otro cubo y se sentó en el mismo sitio que antes.

—¿Qué investigan concretamente?

Dupin sacó la libreta. Al intentar tomar la primera nota, se dio cuenta de que no era buena idea escribir a bordo de una embarcación. Siguió de todos modos, aunque sabía que al día siguiente tendría que descifrar todo lo que anotara.

—El mar está lleno a rebosar de tesoros que tienen un valor inmenso para la humanidad. Tenemos que aprovecharlos antes de arrasarlo todo. Pongamos por caso la magnífica *Chondrus Crispus*, un alga roja que estamos investigando ahora. Un ser vivo muy curioso. Cuando la atacan los microbios, se transforma literalmente en una fábrica de alto rendimiento de antioxidantes de ácidos grasos que se pueden utilizar para elaborar medicamentos. Hasta la fecha se han identificado cincuenta mil sustancias y organismos marinos a los que se les supone un potencial terapéutico. Y eso es solo el principio. Muchos se están sometiendo a pruebas clínicas en estos momentos y un gran número ya las han superado.

—Excelente.

Dupin estaba realmente impresionado. Le gustaban esos temas, a veces compraba revistas científicas y las leía con entusiasmo, aunque en realidad no entendía una palabra.

—La vida se originó en el mar, la evolución supera los tres mil millones de años. En los océanos se encuentran muchísimas más formas y funciones que en la tierra. La diversidad biológica es inmensa. —Leussot estaba en su elemento, pero no presumía de nada—. Se calcula que hay más de tres millones de especies distintas. —Hizo una pausa larga—. Y precisamente cuando empezamos a comprender el potencial infinito que encierran los océanos, lo destruimos todo. Absolutamente todo.

—¿Se refiere a las Glénan?

—Me refiero a todo. Los océanos están enfermos.

—¿Y usted hace algo para evitarlo?

Por un momento, Leussot pareció desconcertado, no entendía a qué se refería Dupin.

—Pues sí. Actúo.

Se calló, pero enseguida volvió a aparecerle una sonrisa franca en la cara.

—Sí, soy sospechoso por partida doble... triple. Estaba enemistado con Lefort, me oponía a sus planes destructivos, he escrito artículos críticos, soy uno de los estafados por la empresa de Konan y Pajot... y anteayer por la noche estuve en el Quatre Vents. No está mal, ¿eh?

De repente se puso serio.

—No será fácil encontrar a otra persona que tuviera motivos para matarlos a los tres.

—Si ahora me dice que también se cuenta entre los que buscan tesoros, barcos hundidos, monedas, oro y plata...

Dupin lo dijo en tono prosaico. Acababa de recordar un sueño que había tenido en las pocas horas que había dormido la noche anterior. Un sueño estrambótico, tan patético que habría preferido no recordarlo. Le Ber, Labat y él eran viejos corsarios desvencijados. Con una pequeña fragata ridícula, aunque con una considerable capacidad de abrir fuego, perseguían tres veleros imponentes colmados de tesoros robados y pilotados por Lefort, Konan y Pajot. Lo mejor de la pequeña fragata era que podía sumergirse. Se hundía en el agua y después emergía a una velocidad endiablada en otro sitio.

—Eso son chiquilladas —contestó Leussot, muy serio.

—Si no me equivoco, de vez en cuando hay algún hallazgo.

—Eso no es asunto mío.

A Dupin le dio la impresión de que la frase era categórica.

—¿No sabe de ninguna «búsqueda del tesoro» que esté en marcha? ¿Aquí, por

esta zona?

—No.

—¿Tenía trato directo con Pajot y Konan?

—A Konan lo conocía de vista, del Quatre Vents. Siempre iba con Lefort. Nunca hablé con él. A Pajot no lo he visto nunca. Solo he oído su nombre en relación con Medimare. No quiero tener nada que ver con eso.

—¿Y Lefort? ¿Qué relación tenía con él?

—Ninguna. Ni se me habría ocurrido. Era un miserable. Punto. Ese es mi resumen.

Dupin tenía ciertas dificultades para mantener el equilibrio: a veces, la embarcación se balanceaba peligrosamente.

—¿Tiene alguna teoría para los asesinatos? ¿Una idea de qué pudo ocurrir?

—Alguna de las putadas que hicieron enfureció a alguien. Y mucho.

—¿Conoce al doctor Menn? ¿Lo vio aquella noche en el Quatre Vents?

—¿Menn? No. Por lo que yo sé, no estaba.

El semblante de Leussot se ensombreció y no intentó ocultarlo.

—¿Un amigo de Lefort?

—Sí.

—¿Lo conoce personalmente?

—No.

—¿Sabe que es médico?

—Sí.

No merecía la pena. Leussot no quería entrar en el tema.

—Al parecer, el nuevo alcalde también era amigo de Lefort...

—En su caso, no me extrañaría que lo hubieran motivado con dinero a examinar con buenos ojos el proyecto de Lefort —dijo Leussot, que parecía preocupado— o tal vez le bastaba con sacar provecho de las enormes inversiones en calidad de alcalde. Prosperidad, crecimiento, imagen, muchos más ingresos por impuestos. Esa es la moneda de la realidad. La naturaleza... Los animales, las personas, importan una mierda. Suena horrible, a palabrería barata, a blanco o negro. Pero es así. No hay término medio.

—¿Conocía bien el antiguo proyecto de expansión? —prosiguió Dupin.

—Sí. Lo hicieron público. Escribí detalladamente sobre él, varias veces para el *Ouest-France* y una incluso para el *Libération*. Por curioso que parezca, no se presentó nunca oficialmente. O sea que nunca fue desestimado oficialmente. Es muy probable que, después del fuerte debate que generó, se dieran cuenta de que no tenía la menor posibilidad. Y supongo que Lefort no quería quedar en mal lugar.

—¿Desde cuándo trabaja usted en el Instituto?

Dupin era consciente de que llevaba la conversación de un lado a otro, oscilando

como la embarcación. Seguro que la culpa era del mar; estaba mareado y tenía unas ligeras ganas de vomitar. Había otra cosa que lo distraía desde que subió al barco: un chapoteo fuerte, irregular, que se repetía cada pocos minutos, siempre acompañado por un ruido difícil de clasificar. Al principio echó un vistazo, pero no vio nada y supuso que eran gaviotas. Sobrevolaban los barcos efectuando arriesgadas maniobras de vuelo con la esperanza de encontrar algo que llevarse. En ese momento, el ruido se oyó más fuerte que antes. Dupin miró alrededor. Un grupo de delfines nadaba a menos de diez metros de distancia, a una velocidad vertiginosa; se sumergían en el agua y volvían a salir a la superficie como flechas. La imagen era totalmente irreal. Dupin se quedó boquiabierto. Le costó un gran esfuerzo reprimirse y no gritar: «¡Delfines de verdad!». Nunca los había visto en plena naturaleza. Era como en las películas.

Leussot se percató del asombro (esa no era ni con mucho la mejor manera de expresarlo) de Dupin.

—Me hacen compañía desde la semana pasada. Son muy juguetones.

No se podía expresar con más naturalidad. Leussot lo dijo sonriendo, como si nada.

—Yo... —Dupin no sabía qué decir.

—Vuelven locos a los turistas. Son unos animales fantásticos. —La segunda frase sonó conciliadora—. Pero el mar está lleno de seres vivos maravillosos que son igual de fascinantes. Incluso más que los delfines. El fitoplancton, por ejemplo.

Los delfines nadaban trazando un gran semicírculo en la popa del barco y, tras lo que pareció un salto final, se sumergieron todos a la vez en el agua y desaparecieron. La escena duró como mucho unos quince segundos. Dupin intentó calmarse con todas sus fuerzas.

—Sí, bueno, volvamos. Quiero decir que volvamos a la conversación, señor Leussot. Le había preguntado que desde cuándo trabaja en el Instituto.

Leussot puso cara de pillo, pero contestó como era pertinente.

—Vine aquí de joven, hace quince años. Después de acabar la carrera, empecé aquí mis investigaciones, me doctoré, luego estuve unos años en Brest trabajando en grandes proyectos y volví hace cuatro años. Cuando Lefort intentó que aprobaran sus planes por primera vez, yo estaba en Brest, pero venía con frecuencia. Los planes de Lefort fueron lo que me impulsó a trabajar también de periodista científico. La gente tenía que saber lo que ocurría.

Saltaba a la vista que Leussot ya no pensaba en los delfines. Dupin se obligó a no seguir escrutando el mar con la mirada, y lo consiguió hasta cierto punto. Tenía sensación de ridículo.

—Quince años. Después, también periodista. Brest.

Leussot lo miró desconcertado. Dupin tenía que controlarse.

—Muriel Lefort, la señora Menez, la señora Barrault, el señor... alcalde, Solenn Nuz y sus hijas, el señor Tanguy... ¿Los conoce a todos personalmente?

Leussot lo miró un momento como si fuera un niño pequeño, un alumno ingenuo.

—Ya sabe... las Glénan son todo un mundo. Es difícil explicarlo, hay que vivirlo. Y todo el mundo se reúne en el Quatre Vents: los habitantes de ese mundo y sus constantes invitados. Nos conocemos todos, pero no tal como somos fuera de ese mundo, sino solo tal como somos en él.

Dupin no entendió muy bien el significado de esas palabras, pero intuyó lo que querían decir. Y todavía más importante: encontró el modo de retomar la conversación.

—¿Y cree que esas personas tenían un motivo para cometer el crimen?

—El lugar nos obliga a relacionarnos, el mar, el Atlántico, nos obliga a estar más juntos de lo que sería deseable —respondió, aunque daba la impresión de que no había oído la pregunta de Dupin—, incluso contra nuestra propia voluntad. A veces, las simpatías y las antipatías no tienen la menor trascendencia, ni las enemistades, ni siquiera el odio. Y todavía más importante: el archipiélago nos une... pero cada cual va a lo suyo.

Esas frases también eran crípticas, pero a Dupin le dio la sensación de que expresaban algo importante.

—¿Odio?

Leussot resopló por la nariz.

—Sí.

—¿En quién está pensando?

—No me malinterprete, no me refería a nadie en concreto.

—¿Muriel y Lucas Lefort? ¿Pensaba en los dos hermanos? ¿O en la señora Menez y Lucas Lefort? ¿En usted y Lucas Lefort?

—En nadie en concreto.

—Nos sería de mucha ayuda saberlo.

Leussot guardó silencio. No era un silencio descortés, pero dejaba muy claro que no pensaba contestar.

—Y supongo que la otra noche no habló usted con Pajot ni con Lefort, ¿verdad?

Leussot casi puso cara de estar divirtiéndose.

—Yo no me habría tomado tantas molestias con el asesinato, créame. Seguro que no.

Se rió. Lo hacía muy bien. Si había sido él... su comportamiento no podía ser más hábil.

—¡Increíble! Un plan genial. —Leussot se acordó entonces de la pregunta de Dupin—. No, me senté lo más lejos que pude de ellos, como siempre. Y no vi nada sospechoso en toda la noche. Nada de nada.

Dupin estuvo a punto de soltar: «Ya, claro».

—También reconozco que si hubiera visto algo sospechoso, depende de quién fuera, quizá lo habría olvidado.

Sonrió de nuevo. Dupin se figuró que hablaba en serio.

—Bueno, pues le dejo que prepare el pescado. Es la hora de comer y yo ya sé lo que quería saber.

Era cierto. Había averiguado muchas cosas.

Dupin levantó la mano mirando hacia la *Luc'hed*. Los jóvenes policías estaban alerta, entendieron el gesto a la primera y bajaron sin demora al bote auxiliar.

—Sí, voy a comer y luego volveré al trabajo. Las algas rojas son unas criaturas muy impacientes.

—¿Va a pasar todo el día en el mar, señor Leussot?

—Ya veremos.

Con un leve movimiento de cabeza señaló hacia el oeste, donde la línea de nubes se volvía indiscutiblemente más densa, aunque aún seguía muy lejos.

—Sí, en realidad, sí. De momento, pasaré más o menos toda la semana en el mar.

—Sonrió—. Ya sabe dónde encontrarme.

El bote auxiliar se arrimó a popa.

—Que aproveche, señor Leussot.

—Hasta la vista, señor comisario.

Dupin subió de nuevo ágilmente al pequeño bote, que viró al instante y puso rumbo a la *Luc'hed*. Entretanto, examinó el cielo con el ceño fruncido: salvo por la línea oscura que aumentaba en el oeste, seguía azul y despejado. Dudó un poco de su pronóstico del tiempo, pero no mucho. Las señales eran claras: una gran marea, marea viva, luna llena. Recordaba que, en esos casos, a partir de la luna llena, el tiempo se mantenía igual durante treinta días...

—Señor comisario, el inspector Le Ber ha llamado por radio cuando usted estaba el bote. Tiene que hablar con usted.

El capitán se inclinó hacia Dupin y le tendió la mano. Esta vez, la aceptó. Había olvidado que allí no había cobertura.

—Dentro de diez minutos estará con él, si navegamos a toda máquina.

—Bien, pues a toda máquina.

A Dupin le costaba creer lo que acababa de decir.



## El aire parecía...

El aire parecía totalmente quieto, ni siquiera se notaba la brisa del Atlántico, siempre presente. En cambio, hacía más calor que la víspera. Las islas tardaron en materializarse ante sus ojos y lo hicieron como si surgieran de la nada. Curiosamente, todas a la vez. En el último momento, justo antes de estrellarse contra ellas.

A Dupin lo asaltó por un instante una sospecha vaga, pero la apartó de su cabeza enseguida. Estaba ocupado repasando mentalmente las conversaciones del día. Y también pensó otra vez en los delfines.

Pasaron junto al largo banco de arena de la isla de Guiriden. En su opinión, era la más asombrosa de todas las Glénan. Con marea alta, no era más que unas rocas, un poco de tierra y vegetación alrededor: unos veinte metros cuadrados. Luego, con marea baja, se veían de repente doscientos o trescientos metros de un banco de arena deslumbrante. Una arena blanca, increíble, que descendía suavemente formando lagunas que parecían caribeñas. Era fantástico. Tal como se lo había contado Henri el año anterior en la que había sido su única excursión a las Glénan hasta ese momento. Henri lo convenció para pasar el día en su lancha nueva, una Antares 7.80, de lo que Dupin se arrepintió colosalmente por muy bien que se estuviera en Penfret. Pero ¡esa arena no era normal! ¡Era arena de coral! No era una típica exageración bretona, como creía Dupin. Era arena coralina de verdad. Y en toda Europa solo se encontraba en las Glénan. Nolwenn había insistido también en explicárselo más de una vez. La arena del archipiélago estaba compuesta por esqueletos calcáreos de corales, que se habían desintegrado a lo largo de millones de años. Blanquísima y fina, pero compacta, nada polvorienta. Recordó las palabras de Nolwenn: «No tiene nada que ver con la arena... Son trocitos cristalinos de coral». Naturalmente, la arena bretona no era en general una arena ordinaria, una arena vulgar proveniente de cualquier roca común; no, la arena bretona era en su mayor parte «puramente» de granito. Arena que se había desprendido de las imponentes formaciones graníticas de la costa. Y si lo de los corales ya sonaba espectacular, aún era mejor la explicación: la arena o los corales no habían sido arrastrados hasta allí, sino que, antiguamente, allí crecían corales grandes y magníficos en amplias zonas. Precisamente allí... como si la Bretaña estuviera en el trópico. No era una broma, una metáfora ni una analogía. Era la realidad. Dupin recordó la primera vez que Nolwenn se lo explicó con orgullo: «Durante mucho tiempo disfrutamos de un paisaje exótico tropical, estuvimos en el corazón del trópico». A él le pareció demasiado curioso como para no echarse a reír. Nolwenn se dio cuenta, le dirigió una mirada de indignación y contraatacó con un discurso mucho más serio sobre geología. La posición del eje de la Tierra se había

desplazado drásticamente y, con él, las zonas climáticas. ¡Por eso allí había auténticas playas tropicales! Al menos en el pasado. A ojos de Dupin, los bretones tenían una relación muy especial con el tiempo, con el pasado, incluso con el pasado muy lejano. Y eso significaba ante todo que, para ellos, no existía el pasado. No había pasado. Nada había pasado. Todo lo que había pasado era también presente y permanecería siempre. Eso no implicaba que le quitaran importancia al presente; al contrario, lo hacía aún más inmenso. Dupin tardó en entenderlo. Pero finalmente descubrió que la verdad que eso encerraba era muy tranquilizadora. Y si querías apañártelas en el «fin del mundo», no podías olvidar esa verdad.

La *Luc'hed* navegaba a poca velocidad por la *Chambre*. Pronto divisarían el muelle de Saint-Nicolas, las horrorosas casas triangulares, la vieja granja de la escuela de vela, la escuela de submarinismo y el Quatre Vents. El capitán atracó y Dupin se puso en camino hacia la «central de operaciones».

—¿Qué hay, Le Ber?

El inspector estaba en la misma mesa en la que se habían reunido el día anterior. Concentrado en su libreta de notas, en la que también había varias hojas DIN-A4, no vio venir a Dupin. Se incorporó súbitamente y miró un poco avergonzado el gran plato que había en la mesa, con escasos restos de un bogavante. Al lado, dos botellas de agua y varios vasos. También una copa de vino vacía.

—Hay que beber mucho con este tiempo. He hablado con la señora Nuz y la señora Lefort. Y con la señora Menez. —En voz más baja, añadió—: Acabo de comer.

—Muy bien, Le Ber. Yo voy a hacer lo mismo.

Dupin casi estaba eufórico por tener tierra firme bajo los pies.

Le Ber empezó a contarle las novedades.

—Han denunciado la desaparición del médico de Sainte-Marine que la otra noche se pasó un momento por el Quatre Vents. Devan Menn...

—¿El doctor Menn ha desaparecido? ¿Devan Menn?

El buen humor de Dupin desapareció repentinamente.

—Su mujer lo ha denunciado hace una media hora a la policía.

—Mierda.

—Esta mañana ha salido de casa hacia las ocho para hacer unos recados. Quería ir al banco en Quimper, como casi todos los martes por la mañana, si no tiene pendiente ninguna visita urgente a domicilio. Había quedado con su mujer a las doce. Y siempre es muy puntual. Su mujer está muy preocupada.

—Aún no son ni las dos. No hay motivos —dijo Dupin titubeando— para creer que le ha pasado algo malo.

—A mí me da mala espina.

—Puede que le haya surgido una emergencia médica, de uno de sus pacientes.

Algo muy urgente... y no ha tenido tiempo de avisar. Es médico.

No se lo creía ni él. A decir verdad, compartía la opinión de Le Ber. Seguro que existían posibles explicaciones y el médico podía reaparecer en cualquier momento, pero su desaparición era una casualidad muy grande, dadas las circunstancias.

—¿Y el desaparecido de la isla de Les Moutons, el pescador?

Dupin no se había acordado de él en toda la noche ni en toda la mañana. No volvió a acordarse hasta que pasó en la patrullera por delante de la solitaria isla.

—Sin novedades. Hemos investigado si tenía alguna relación con las Glénan, si venía a veces y si tenía relación con los tres muertos: nada. Al parecer, siempre navegaba entre Les Moutons y el continente, generalmente cerca de la costa. Su mujer no recuerda que hubiera venido a las Glénan en los últimos años. Y tampoco sabe nada de Lefort ni de ninguno de los otros dos.

—Qué raro.

Le Ber lo miró inquisitivamente.

—Quiero decir que es una coincidencia muy extraña: el momento, la proximidad al lugar del crimen.

—Pero no hemos podido relacionarlo. Y hubo una tempestad muy fuerte. En esos casos, no es extraño que desaparezca alguien.

Le Ber tenía razón. Dupin llevaba casi cuatro años allí, pero le seguía resultando inquietante: en el Finisterre, la estadística de «ahogados o desaparecidos en el mar» superaba con mucho el número de asesinatos. Todos los bretones de la costa conocían alguna historia de ahogados en su entorno más próximo.

—¿Qué extensión tiene Les Moutons?

—Es muy pequeña. Una isla principal de unos doscientos metros de longitud y un islote de unos treinta metros. Y muchas rocas.

Dupin no siguió el hilo de la conversación. Estaba pensando. Le Ber malinterpretó el silencio.

—Si la pregunta es si hay ovejas, la respuesta es «no». Los marineros llaman *moutons*, «ovejas», a las crestas blancas de las olas... y en la isla abundan.

No era eso en lo que Dupin estaba pensando.

—Volvamos al doctor Menn. Quiero que inicien la búsqueda. Tal vez encontremos su coche. Tiene que haberlo dejado en algún sitio.

Algo se había puesto en marcha.

Le Ber respiró hondo.

—Esto nos lleva directamente al meollo del caso.

Lo dijo como sin darle importancia, un poco ausente. En momentos así, Nolwenn lo llamaba «el druida». Si el lado «místico» de Le Ber contrastaba graciosamente con su aspecto físico, con su cara de pillo y su juventud (poco más de treinta años), aún encajaba menos con su nuevo peinado, elegante y corto. En comisaría especulaban

sobre si sería el peinado de boda. Le Ber se casaba dentro de dos semanas con la preciosa hija de un fantástico pescadero del mercado de Concarneau. La novia trabajaba con su padre en el puesto. A Le Ber lo volvían loco los langostinos, los medianos de Guilvinec, los «mejores del mundo». Hubo una época en que los compraba casi a diario a la hora de comer. Llegó al extremo de comprar tantos que tenía que repartirlos generosamente en comisaría y, claro está, sus compañeros sumaron dos más dos.

—Hay que hablar con la mujer de Menn. Quiero saberlo todo sobre la relación que tenía con Lefort, Konan y Pajot, con pelos y señales. ¿Quién puede ir a verla?

—Coz y Bellec, los dos compañeros de Concarneau, están en las islas hablando con los últimos alumnos de la escuela de vela y la de submarinismo que estuvieron anteanoche en el Quatre Vents.

—Mande a Bellec. Esto es más importante.

Bellec no perdió el tiempo. Se puso inmediatamente manos a la obra.

Dupin estaba muy inquieto. Si la desaparición de Menn tenía relación con el caso, ¿qué significaba? ¿Qué estaba ocurriendo allí? ¿Era otra víctima o el asesino que huía? No sabía lo que había sucedido en ese minúsculo rincón del mundo, pero tenía la sensación de que estaba relacionado con sus habitantes y los que lo frecuentaban. Ahí encontraría la solución. Había que observarlos atentamente.

—¿Qué hay de Labat y el Instituto?

—De momento, nada concluyente. Labat ha llamado hará una media hora. Han encontrado los primeros documentos y archivos informáticos que tienen algo que ver con Medimare. Pero no será fácil extraer la información útil. Por cierto, la prensa se ha enterado de la operación; el *Télégramme* y el *Ouest-France* lo publican en grandes titulares en sus páginas web. También han dado la noticia por radio. El director está que trina.

—Quiero que examinen especialmente los documentos de todos los negocios relacionados con las investigaciones de Leussot. Hablen también con los investigadores que tengan algo que ver con él.

—Se lo diré a Labat.

—¿Y la sede de Medimare en París? ¿Han encontrado algo?

—Tampoco hay nada revelador. En principio, además del gerente, en la empresa solo trabajan un científico y una secretaria. Los compañeros están hablando ahora con ellos.

—Hay que examinarlo todo, el estado y los movimientos de cuentas. También las del director, incluidas las particulares... lo antes posible.

—Nolwenn conseguirá la autorización. La tigresa.

Dupin sonrió. Sí, Nolwenn lo arreglaría. Aunque eso le diera más disgustos.

—También quiero información sobre las cuentas del alcalde de La Fôret-

Fouesnant.

—¿Alguna sospecha? Ni siquiera Nolwenn lo conseguirá sin una buena justificación.

—Pero pronto tendremos los extractos de todas las cuentas bancarias de los tres muertos, ¿verdad?

—Nolwenn está en ello.

—Quiero saber si constan transferencias a alguien de las islas, tanto de cuentas de las empresas como particulares. A quien sea. Y la cantidad que sea.

Dupin sacó la Clairefontaine y vio que ya había llenado de anotaciones tres cuartas partes de la libreta.

—Bueno, veamos: a Leussot, al alcalde, a Menn, al director del Instituto... — Dupin pasaba las hojas muy deprisa—. También a Tanguy. Y a la señora Menez, Muriel Lefort y Solenn Nuz.

—¿A la señora Lefort y la señora Nuz?

—Sí, a todos.

—Entonces no se olvide de las hijas de Solenn Nuz. Y del suegro.

—Cierto. Y quiero saber qué proyectos presentó Lefort oficialmente para la remodelación de las Glénan... y si es que en realidad presentó alguno. También la documentación que haya respecto al consistorio. Opiniones, vetos... Hay que examinar las actas. Y también quiero saber si alguien más ha presentado proyectos para las Glénan en los últimos diez años.

—Me encargo yo, jefe.

—Prefiero tenerlo conmigo.

Dupin era consciente de que eso había sonado un poco raro.

—Usted y yo tenemos que hablar largo y tendido con toda la gente de aquí. Hay que averiguar qué relación tenía cada uno exactamente con los tres muertos. Necesito saber con más detalle cómo está cada uno con cada cual. Quiero formarme una imagen precisa de este mundo.

—De acuerdo.

Dupin se levantó.

—Un par de cosas más, señor comisario. No hemos podido averiguar dónde estaba Pajot anteanoche, nadie lo vio. Supongo que se quedó en el yate... Pero ya sabemos cuándo llegaron los tres supuestamente a las Glénan. El domingo a las 17 horas. El Bénéteau atrajo miradas de envidia y los propietarios de otros dos yates lo recuerdan. También he conseguido hablar con la novia actual de Lucas Lefort. No ha sido fácil localizarla. Trabaja en Brest, en un spa de lujo. Talasoterapia y esas cosas. Funny Daerlen, holandesa. Como es lógico, se había enterado del suceso, pero estaba sorprendentemente serena. Solo hacía dos meses que se conocían. Lo cierto es que iba a pasar el fin de semana con Lucas Lefort, pero él canceló la salida al ver que no

haría buen tiempo. El día anterior, el jueves. Por lo tanto, los tres salieron a navegar sin planearlo mucho.

—¿Funny Daerlen?

—Sí.

—¿Funny? ¿Como «divertido» en inglés? Es una broma, ¿no?

—No.

La valoración que Muriel Lefort había hecho de esa «relación» parecía ser correcta. La señorita Daerlen no era una persona muy importante para su hermano, solo un «divertimiento». La vida estaba llena de casualidades.

—No sabía que Lucas Lefort hubiera tenido una disputa últimamente. Pero lo más probable es que fuera una de esas relaciones en las que no se habla de esas cosas. La última vez que se vieron fue el martes por la noche, en la casa que Lefort tenía en Les Sables Blancs. Dice que estaba de muy buen humor. Le contó que se había comprado un loft en Londres.

—¿En Londres?

—En South Kensington, Chelsea. Donde los ricos compran propiedades inmobiliarias por miedo a la crisis. Ahora también lo hacen los franceses... Es perverso.

Esa era una expresión muy fuerte en boca de Le Ber. La idea de que Lefort planeara «emigrar» metódicamente no encajaba en la imagen que Dupin se había formado de él. En realidad, no le parecía que fuera una persona especialmente sistemática. No veía nada muy racional en su forma de proceder.

—La mujer del alcalde es londinense. Tiene una casa en South Kensington.

—¿Cómo dice?

—Lo descubrimos anoche casualmente al interrogar a Du Marhallac'h —lo dijo como si nada, pero después Le Ber endureció el tono de voz—. Si poseen una residencia en Inglaterra, no tienen que pagar un céntimo de impuestos sobre sus rentas. Actualmente hay cuatrocientos mil franceses «viviendo» en Londres. ¡La sexta ciudad más grande de Francia! Muchos de ellos se ganan aquí la vida y ocultan sus bienes de esa manera. Realmente perverso.

Dupin comprendía la ira de Le Ber, pero se obligó a volver al tema.

—¿Qué relación puede haber?

—De momento, ninguna.

—Hasta ahora. ¿Ha averiguado alguna otra cosa interesante de... Funny, Le Ber?

—No.

—Creo que tendré que hablar con la señora Barrault.

—Pero ¿no iba a comer algo, señor comisario?

Cierto. Tenía que comer algo urgentemente. Y necesitaba un café.

—Pediré un bocadillo. ¿Le Ber?

—¿Sí, señor comisario?

—¿Sabía que esto está lleno de delfines? Acabo de ver unos cuantos.

—Sí, les gustan las Glénan. ¿Quiere que vaya a buscarle el bocadillo, jefe?

—No hace falta. Voy yo. Puede que vea a Solenn Nuz.

Dupin dio unos pasos en dirección al bar, se detuvo y volvió atrás. Le Ber ya se había levantado.

—Le Ber, mientras podamos, será mejor que no hagamos pública la desaparición de Menn.

—Bien. Si hay novedades, le paso aviso inmediatamente.

No había nadie en el bar. Todos los clientes estaban fuera, disfrutando de un sol magnífico. La hija mayor, Louann, que estaba en la barra colocando vasos, sonrió al verlo entrar.

—Mi madre no está.

Dupin volvió a asombrarse (a sobrecogerse, casi) ante el parecido de las tres mujeres.

—Un café y un bocadillo, por favor.

—¿Queso? ¿Jamón? ¿Paté? Hay paté de caballa, de cangrejo, de centollo y de vieiras.

—De vieiras.

—De acuerdo.

—Primero el café.

La chica sonrió y se puso manos a la obra. Mientras oía el maravilloso borboteo de la cafetera le sonó el móvil. Era Goulch.

—Hemos recuperado el yate, señor comisario. Ha sido más fácil de lo que creíamos. Ahora está en dique seco en Concarneau. —La voz de Goulch subió un poco de tono—. El Bénéteau tiene instalados aparatos muy caros de alta tecnología, un pequeño arsenal tecnológico: un sónar muy superior a los normales, un detector de metales para fondos marinos y una cámara láser submarina.

—¿Qué? —dijo Dupin sobresaltándose. Estaba seguro de entender el significado de todo eso, pero la información lo pilló desprevenido—. Un momento.

Salió del bar y volvió a la mesa a la que se había sentado antes. Le Ber ya se había ido.

—¿Cree que lo habían equipado para buscar tesoros?

—No cabe duda de que se trata de equipos especiales para explorar el fondo marino... y no solo la superficie. Las ondas acústicas de ese sónar atraviesan incluso capas de arena de dos o tres metros de grosor. Son aparatos caros. Muy profesionales.

—¿Algo más?

—¿A qué se refiere?

—En el yate. ¿Alguna pista? ¿Algo que llamara la atención?

—Hasta ahora no. Evidentemente, está todo mojado, incluso la bodega.

—¿Mapas, cartas de navegación?

—Hoy en día todo funciona con cartas digitales. La navegación... —Goulch se interrumpió—. ¿Se refiere a mapas donde pudiera haber determinados puntos marcados en el mar?

—Sí.

—De momento no hemos encontrado nada. Seguramente se habrán perdido muchas cosas que el agua arrastró en el accidente o tras él.

—¿Esos yates tienen caja negra? ¿Podemos ver dónde estuvieron el fin de semana? Antes de venir a las Glénan, quiero decir.

—Solo los barcos grandes. Podemos hacer una cosa, aunque con pocas probabilidades de éxito: mandar un mensaje de radio a través de todas las frecuencias de emergencia que hay en esta zona marítima y preguntar si alguien vio el Bénéteau el fin de semana. También podemos pedir información por medio de la prensa y las emisoras de radio.

—Muy bien, Goulch.

Louann Nuz apareció en la puerta del Quatre Vents, se acercó con el bocadillo y el café, lo dejó todo en la mesa con celeridad y se marchó.

—Lo llamaremos si hay novedades.

—Bien.

Dupin colgó.

No tenía muy claro qué podía hacer con la nueva información. Le parecía que estaba inmerso en una estrambótica novela de aventuras, en un cómic de Tintín. Siempre los leía cuando no conseguía dormir. Le encantaban las historietas de Tintín. ¿Sería posible que el triple asesinato a sangre fría tuviera algo que ver con un tesoro? ¿Un barco antiguo que se hubiera hundido con oro, plata y piedras preciosas a bordo? ¿Los fallecidos seguían la pista de un tesoro y alguien se enteró? O al revés, que los tres quisieran arrebatárselo a alguien... Por muy fantasioso que sonara (y eso en la Bretaña no significaba nada), le pareció muy realista en esos momentos.

Se levantó bruscamente, se pasó la mano derecha por el pelo y la dejó quieta al llegar a la nuca. Tenía el ceño muy fruncido y la cabeza agachada. Cuando adoptaba esa postura, los inspectores que estaban a sus órdenes se apartaban con la mayor discreción posible y se ponían a salvo.

Necesitaba moverse. Pensar. Asió la taza con la mano izquierda, se bebió el café de un trago, cogió el bocadillo y puso rumbo a la playa del extremo opuesto de la isla.

Las cosas tomaban un cariz que no le gustaba. Tres víctimas que, por lo visto, tenían al menos media docena de enemigos, y cuatro motivos de mucho peso para cometer un asesinato (aunque alguno tal vez pareciera un tanto exótico, todos tenían



un potencial tremendo): la ampliación de la escuela de vela y la disputa por su «espíritu», un asunto de mucho dinero y también de valores; el desarrollo turístico de las Glénan, en el que entraban en juego tanto el dinero como los grandes ideales; los negocios con licencias de Medimare, en torno a los cuales seguramente también se movían enormes sumas de dinero... y tesoros marinos que probablemente valían millones.

Ridículo. De momento, la búsqueda en esas direcciones no había dado ningún fruto. Y el caso empeoraba: ahora había además dos desaparecidos. Y una llamada anónima de alguien que tal vez volviera a dar señales de vida (en el fondo, eso era lo que Dupin esperaba, en cierto modo). Nunca había tenido que resolver un caso en el que hubiera tantos motivos posibles.

Sin apenas darse cuenta, bajó a la playa por unos tablones de madera y la recorrió hasta la punta oeste de la isla, que ahora, con la marea alta, estaba a menos de cien metros de distancia. Se detuvo delante de un cartel, claramente provisional, fijado en un simple palo que habían clavado en la arena en medio de la nada. En él se veía una mano que tiraba una botella de vino en un paisaje perfilado a grandes rasgos, tachada con una cruz roja inmensa. Tardó un instante en comprender. Era un aviso de «Prohibido tirar basura», simbolizado por la basura más habitual en las islas: botellas de vino vacías.

A mano izquierda vio uno de los célebres campos de narcisos de los que todo el mundo, Nolwenn incluida, hablaba tan bien y tan a menudo. Formaban parte del orgullo regional de Cornualles (como cientos de cosas más). Esos narcisos de color amarillo claro o blanco crema, de una altura inferior a veinte centímetros (Dupin pensó lo mismo el año anterior cuando estuvo en Penfret: eran muy poco llamativos) fueron clasificados por primera vez a principios del siglo XIX, y en los ciento cincuenta años siguientes dieron lugar a un acalorado debate de datos botánicos y genealogías, hasta que se constató, faltaría más, ¡que eran únicos! Solo existían en las Glénan y eran una especie única: ¡los narcisos de las Glénan! Tras unas décadas de estar en peligro de extinción, los plantaron en varias islas, en campos protegidos como reserva natural estricta, donde florecían de maravilla. Doscientas mil flores protegidas por una asociación independiente: la Asociación por la Prosperidad del Narciso de las Glénan. Estaban especialmente orgullosos del «misterioso origen». En teoría, nadie sabía con exactitud de dónde procedían, aunque se había demostrado que los habían introducido los fenicios, que los consideraban medicinales. Naturalmente, un «origen misterioso» era más interesante. Y más bretón. Florecían a lo largo de tres o cuatro semanas, a finales de abril y principios de mayo, y creaban verdaderos campos de color blanco amarillento. Dupin tuvo que reconocer que, a diferencia de lo que ocurría con las insignificantes plantas sueltas, semejante abundancia era impresionante.

Le dio un mordisco al bocadillo. Casi se le había olvidado. Igual que el día anterior, que iba de un lado a otro con el bocadillo en la mano, hasta que, sintiéndose ridículo, lo tiró disimuladamente al mar. Pronto se demostró que había cometido una imprudencia: una gaviota (un gavión atlántico, para más señas) apareció al instante y se lanzó sobre el bocadillo. Al cabo de unos segundos, había una verdadera bandada revoloteando inquieta, agresiva, lanzando chillidos... y Dupin tuvo que alejarse a toda prisa.

Anjela Barrault llevaba un traje ceñido, de color azul opalino con visos metálicos. Dupin nunca había visto un traje de submarinismo como ese: las mangas de neopreno parecían unirse sin costuras a los guantes, la cabeza era lo único que no le cubría, porque se había bajado la capucha, que se le ajustaba al cuello como un cuello de cisne. Llevaba un cinturón negro ancho a la altura de las caderas, con mosquetones grandes y pequeños. No era muy alta, parecía más bien menuda, a pesar del traje, y tenía el pelo rubio, cortado a media melena y muy revuelto, con mechones de tonos y matices muy diferentes, desde un rubio miel oscuro hasta un rubio escandinavo de un frío tono ceniza.

Dupin estaba un poco avergonzado. Le pareció que la había mirado demasiado rato y demasiado hondo a los ojos cuando se saludaron. Tenía los ojos del mismo color y con el mismo brillo que el traje de submarinismo que llevaba. Estaba muy morena. En su cara se dibujaba una sonrisa picarona y a la vez muy franca. Tendría unos cuarenta y pocos años y era enormemente atractiva. Dupin desvió la mirada a un lado y la fijó en su pelo. De ese modo no parecía tan maleducado, puesto que no hablaba con ella sin mirarla, pero tampoco corría el peligro de caer en el hechizo de sus ojos.

—Ya se lo he dicho, venga conmigo.

A Dupin no se le ocurrió ninguna excusa convincente para decirle que no. Había decidido que ya bastaba de embarcaciones por ese día... En realidad, para todo el caso. Para todo el año.

—Yo...

—Páseme la botella.

El *Bakounine*, un viejo barco de pesca, estaba amarrado provisionalmente al final del muelle. La parte inferior estaba pintada de un rojo anaranjado luminoso y la superior, de azul claro, también deslumbrante. Eran los colores del mundo bretón que a Dupin tanto le gustaban: amarillo, verde, rojo, azul, siempre en tonos intensos, cálidos.

Anjela Barrault estaba a bordo del barco, que allí, en la *Chambre*, se balanceaba discretamente. Como la marea estaba alta, la cubierta quedaba casi a la altura del muelle, donde estaba Dupin, al lado de un montón de material de buceo: trajes,

plomos, aletas, máscaras. Y una botella azul, que no acababa de hacer juego con el tono del traje, aunque se le acercaba sorprendentemente. Dupin se agachó y se la pasó con cuidado, impresionado por el peso. Entre el muelle y el *Bakounine*, entre él y la directora de la escuela de submarinismo, solo había una estrecha separación de dos metros de profundidad. Debajo murmuraba el Atlántico.

—¿Y estas cosas?

—Son para el otro barco —respondió señalando una embarcación amarrada a una boya, cerca del muelle.

—Tenemos varios.

Dupin seguía sin saber qué decir ni qué hacer.

—Voy a hacer la ronda. Tengo que ir a buscar a la gente y llevarla a Penfret. Vamos, venga conmigo.

Dupin dio un salto sin pensarlo dos veces. Anjela Barrault no esperó más, soltó con destreza las dos amarras y se dirigió al reducido puente de mando, donde había un timón enorme.

—Acérquese o no oiremos lo que decimos.

Antes de que Dupin pudiera reaccionar, se notó una vibración fuerte y se oyó el ruido ensordecedor de un motor diésel pesado. Los tubos de evacuación de popa expulsaban chorros de agua como surtidores. Dupin se arrepintió de haber saltado a bordo tan despreocupadamente. El *Bakounine* salió del muelle marcha atrás y a empujones. Dupin se acercó al puente con paso inseguro, la vibración del barco se le transmitía a todo el cuerpo. Le cohibió un poco meterse en el reducido puente de mando con la señora Barrault. Le daba la impresión de que el traje de buceo que llevaba tenía poco que ver con ir vestida.

—Así que ahora tiene que vérselas con toda la chusma de aquí, con los seres raros que habitan este archipiélago mágico.

Pronunció la palabra «mágico» con marcada ironía. A Dupin le costaba oírla, aunque estaba muy cerca de ella, justo en el quicio de la estrecha puerta, en el que se sujetaba fuertemente con los codos.

—No me gustaría estar en su pellejo, señor comisario.

Dupin se rió. Y le sentó bien.

Anjela Barrault estaba ocupada con la marcha adelante. Por lo visto, no era fácil de poner. Le dio un golpe fuerte al timón.

—Me encanta este barco, de verdad, pero se está haciendo viejo.

Dupin se obligó a concentrarse.

—¿Por qué «raros», señora Barrault? ¿A qué se refiere?

—¡Oh, a muchas cosas! Este rincón del planeta es una locura. El más bonito que conozco, pero duro. Muy duro. Estamos lejos del mundo, lejos de la civilización. Los dieciocho kilómetros que nos separan del continente, el mar quieto de hoy, la buena

cobertura para móviles cuando hace buen tiempo, poder tomarse un café, una copa de vino, comer... Todo eso engaña. Esto no es tierra firme de verdad, aquí estamos en el mar.

Dupin pensó que Anjela Barrault hablaba como Leussot. Él también usaba expresiones parecidas. Claro que allí todos lo hacían cuando hablaban de las islas y de sí mismos.

—¿Y por eso la gente es «rara»?

—Sin duda. Pero... hay que ser un poco raro para venir aquí. Nadie viene sin motivo.

—¿Qué quiere decir?

Anjela Barrault se encogió de hombros.

—Cada cual tiene su historia, su experiencia, sus obligaciones, su motivo para estar aquí, en vez de en un sitio más confortable.

—Y... ¿eso podría desembocar en un asesinato?

—Claro que no. Mucho tendrían que torcerse las cosas. En realidad, aunque no lo parezca a simple vista, los caminos de la gente apenas se cruzan en las islas. En el fondo, aquí todo el mundo vive su vida, aunque sea al lado de los otros. No sabemos mucho de nadie, y menos de las cosas decisivas. ¿Entiende lo que quiero decir?

Aunque lo hubiera formulado de una forma un poco rara, Dupin lo entendía a la perfección. Coincidió plenamente con lo que él percibía.

—¿Se refiere a algo concreto que haya pasado aquí? ¿Algo que usted sabe o ha observado? ¿Algo que sospecha?

—No.

Fue un «no» claro y rotundo.

—¿Conocía personalmente a los tres muertos?

—A Pajot no lo he visto nunca. A Konan solo lo conocía de vista, venía con Lefort.

—¿Y a Lefort?

—Un idiota. Nunca me ha interesado.

Por algún motivo, el barco se inclinó un momento a babor de forma preocupante. Dupin perdió el equilibrio y Anjela Barrault lo sujetó por los hombros. Recuperó la estabilidad enseguida.

—¿Se relacionaba con él?

—No, no hablamos nunca. Solo nos saludábamos.

Dupin se sujetó al marco de la puerta con más fuerza que antes. Seguro que tenía una pinta curiosa.

—¿Sabe qué era lo que estaban rastreando?

Lo dijo de forma más directa de lo que pretendía. Anjela Barrault frunció el ceño. Lo entendió enseguida.

—Algunos de esos hallazgos suponen mucho dinero. Tendría que tomárselo en serio. Mucha gente se lo toma en serio.

—¿Sabe algo en concreto?

Entonces, Anjela Barrault se echó a reír.

—Si lo supiera, yo también participaría.

A Dupin le habría gustado saber por qué había fruncido el ceño.

—Usted... ¿Usted también busca tesoros?

—Soy instructora de submarinismo. Practico el buceo libre. Soy la directora del centro de submarinismo. Tenemos quince empleados y, en verano, doce más. La empresa es realmente grande.

—¿Y no busca tesoros?

—A lo mejor encuentro alguno por casualidad.

Otra vez se echó a reír.

Dupin estaba tan concentrado en la conversación y en mantener el equilibrio que tardó en darse cuenta de que se encontraban a quince metros escasos de una isla. Echó un vistazo alrededor.

—Drénec. Recogemos a un grupo de alumnos de buceo y después vamos a Cigogne. ¿Ve la antigua granja de piedra restaurada? —Señaló una isla con la cabeza—. También es propiedad de la escuela de vela. Drénec estaba habitada, aunque la isla no es muy grande. Siempre ha habido gente que quería instalarse, pero nadie se ha quedado nunca mucho tiempo.

Anjela Barrault redujo la velocidad. Dupin vio entonces a un pequeño grupo, seis, quizá ocho personas, esperando.

—Con mareas vivas realmente fuertes se puede llegar a pie desde Saint-Nicolas.

Dupin, asombrado, miró el agua con perplejidad. Y también hacia Saint-Nicolas. Aún no se había acostumbrado a que, allí, la división entre tierra y agua fuera tan inestable y poco clara. En ese momento, todo lo que los separaba de Saint-Nicolas parecía Atlántico.

—Con coeficientes enormemente considerables, de más de 115, se puede pasear casi por toda la *Chambre*.

Eso era un disparate. Dupin sacó del bolsillo el *Petit indicateur des marées* para consultar cuándo se darían esas circunstancias. Vio un montón de cifras y no entendió nada.

—Aunque ha ocurrido únicamente doce veces en los últimos cuarenta años. La marea viva de ayer solo alcanzó un coeficiente de 107.

—Entiendo.

—Por cierto, ahí enfrente hay una nave hundida a poca profundidad, los restos se pueden ver desde cualquier embarcación. Una nave magnífica. Un gran bergantín griego, el *Pangolas Siosif*. Murieron todos ahogados. Fue en 1883.

Dupin estuvo a punto de gritar: «¿Dónde?».

—Intentaron refugiarse aquí de una tormenta y eso fue precisamente su perdición. Así son las Glénan. Les ha ocurrido lo mismo a otros muchos. ¿Sabía que las almas y los espíritus de los ahogados se reúnen desde tiempos inmemoriales en la bahía de Trépassés, en la «bahía de los Difuntos»? Y una vez al año, el día de Difuntos, se deslizan en forma de espuma furtiva por las crestas de las olas. Pinceladas blancas. Se oyen gritos espeluznantes incluso muy lejos de la bahía.

Dupin no lo sabía. Pero era una buena historia.

Anjela Barrault hablaba mirando fijamente hacia delante. Empezó a maniobrar para hacer virar el barco. Seguían a quince metros de distancia de la playa, que allí también tenía un aire caribeño.

—Enseguida seguimos charlando. No tardo nada.

Dupin abandonó cautelosamente la postura que mantenía en el quicio de la puerta y buscó a tientas el pasamanos de la borda.

—Tengo que hacer un par de llamadas.

—Vaya ahí delante, se oye menos el ruido.

El motor estaba en punto muerto. El agua murmuraba plácidamente en los tubos de evacuación.

Anjela Barrault se dirigió a popa y abrió con mano experta una especie de compuerta que había en la borda. El grupo de submarinistas se había acercado bastante.

Dupin se situó en la punta de la proa. Detrás de él, la isla desierta de Quignévec, no muy grande con marea alta, y los dos islotes contiguos que cerraban la *Chambre* por el sudeste. Delante, el impresionante panorama de todo el archipiélago. Sacó el móvil.

—¿Le Ber?

—Jefe, he intentado llamarlo, pero no tenía usted cobertura. ¿Dónde está?

—¿Ha aparecido el doctor Menn?

—No.

—¿Cómo va la operación de búsqueda?

—Hemos transmitido su descripción por radio. Estamos removiendo cielo y tierra. Hemos hablado con su mujer y le hemos pedido que nos dijera todo lo que sabía. Lo de siempre. Dónde solía repostar, dónde se tomaba un café, dónde compraba el periódico, todo... Bellec y otro agente están recorriendo esos lugares.

—¿Y su relación con los tres muertos?

—Ha confirmado que era el médico de Lefort. Y recuerda que salió a navegar con él dos o tres veces el año pasado. La última vez, para la *Transat Concarneau*, el día que empezaba la regata. En abril.

Dupin se acordaba (sobre todo porque pasó unos cuantos días sin encontrar

aparcamiento), era una de las grandes fiestas de la ciudad. No tan grande ni importante como el Festival des Filets Bleus, pero muy grande. Los días anteriores al inicio de la regata, la ciudad entera era una feria, con puestos y chiringuitos de lo más variado. En el muelle podían verse todas las que participaban y había grandes carteles en los que se presentaba a los tripulantes, verdaderos héroes. Cientos de banderines adornaban las calles del casco antiguo. Había mucho ambiente. La Transat era una de las regatas más duras del mundo: de Concarneau a San Bartolomé cruzando todo el Atlántico. Su característica más singular era que todos los participantes navegaban con el mismo tipo de velero, el equipamiento no suponía una ventaja para nadie. Le Ber lo explicaba siempre detenidamente y con todo lujo de detalles: un Figaro Bénéteau.

—Pero su mujer no cree que fueran muy amigos. A veces se desmarcaba totalmente de Lefort.

—¿En qué sentido?

—No aprobaba su conducta con las mujeres. Y también recuerda que hace poco tuvieron alguna desavenencia en relación con el nuevo proyecto de Lefort para las Glénan.

Interesante. Al parecer, excepto el consistorio, nadie conocía el nuevo proyecto, pero todo el mundo hablaba de él.

—¿Conocía el proyecto?

—Su mujer cree que sí, que Lefort se lo había explicado hace unos meses.

—¿Y qué le contó exactamente?

—No lo sabe.

—¿Y por qué su marido estaba en contra?

—Solo sabe que le preocupaba el aspecto ecológico.

—¿Y su relación con Konan y Pajot?

—No sabe si los conocía. O, en todo caso, no muy bien. Dice que su marido estaba muy nervioso desde ayer. Supuso que sería por la noticia de la muerte de Lefort.

—Nervioso... ¿hasta qué punto?

—Dice que estaba muy callado y no paraba de levantarse y ponerse a dar vueltas. Anoche intentó hablar con alguien por teléfono, pero no lo consiguió. La mujer no sabe con quién. Y, por lo visto, esta mañana se ha levantado muy temprano. A las seis. Una hora antes de lo habitual.

—Hum. ¿Algo más?

—No.

—Quiero saber con quién habló por teléfono el doctor Menn los últimos días y semanas, necesitamos los registros de llamadas de todos sus números.

—Habrá que asegurar que existe un riesgo inminente de destrucción de pruebas.

De lo contrario, no conseguiremos la autorización a tiempo.

—Riesgo inminente, Le Ber. Por descontado.

—Bien. Ya he recibido el informe de los registros efectuados en las casas de los tres. También en los yates. Hasta ahora, no han descubierto nada especial. Pero se han llevado los discos duros de todos los ordenadores y los están analizando.

—¿No han encontrado nada en los yates? ¿Mapas, cartas de navegación? ¿Nada sospechoso?

—No. ¿Hay que buscar algo en concreto?

—Dígales que, si encuentran cartas de navegación, quiero verlas de inmediato. Quiero saber si uno de ellos o dos o los tres han navegado últimamente con mucha frecuencia en determinadas coordenadas. Ni idea de si descubriremos algo. Habrá que confiar en la suerte.

—Hoy en día todo el mundo navega con cartas electrónicas.

—Estoy al tanto.

—¿En serio cree que buscaban un tesoro?

—Creo cualquier cosa, por posible o imposible que parezca.

—Si los tres habían descubierto un barco hundido y no querían que nadie más lo supiera, seguro que actuaron con la máxima cautela.

Un fuerte chasquido sobresaltó a Dupin. Anjela Barrault había cerrado la compuerta de la borda y se dirigía de nuevo al puente de mando. En la parte de popa había mucho movimiento, los submarinistas guardaban sus cosas debajo de los estrechos asientos de madera.

—Lo llamo dentro de un rato, Le Ber. Estoy en Drénec.

—¿Y qué hace en esa isla? ¿No quería hablar con Anjela Barrault?

—Estoy en su barco.

—¿Vuelve a estar a bordo de un barco?

—Luego lo llamo, Le Ber —dijo, y estuvo a punto de colgar—. Espere un momento.

—¿Sí, jefe?

—¿Labat ha conseguido averiguar algo sobre la disputa entre Konan y el antiguo alcalde por el tema de no sé qué derechos de un rescate?

—Bellec lo ha preguntado en el ayuntamiento. No han encontrado documentos de ningún expediente al respecto. Y el señor Tanguy tampoco sabía a qué podía referirse Muriel Lefort con esa historia.

Dupin lanzó un profundo suspiro.

—Hasta luego, Le Ber.

El motor diésel volvió a arrancar, la fuerte vibración empezó de nuevo, Anjela Barrault puso una marcha y la embarcación empezó a navegar, primero lentamente y, después, cada vez a más velocidad.



Dupin volvió al puente de mando apoyándose en el pasamanos.

—¿Había cobertura?

—Sí.

—Aquí siempre es cuestión de suerte.

—¿Qué sabe de los negocios de Medimare con el Instituto, señora Barrault? ¿Y de los conflictos que Leussot y otros investigadores tienen con el Instituto?

—En realidad, nada. Solo sé que por ese motivo y algún otro, Leussot y Lefort se liaron a golpes una vez. Y también sé que el director del Instituto es un asqueroso.

—¿Se liaron a golpes? ¿Leussot se peleó con Lefort? ¿Una pelea violenta?

—Delante del Quatre Vents. Hará cosa de un año. Seguro que el alcohol ayudó lo suyo. Pero no sé nada más.

A Dupin le pareció que lo miraba con más picardía aún que antes.

—Pregúntele a Solenn Nuz.

—¿Por qué a ella?

—Lo sabe... casi todo.

—¿Y se enteró mucha gente? Me refiero a la pelea.

Nadie le había dicho nada. Por lo visto, allí solo contaban lo que les convenía en cada situación.

—Creo que sí.

Dupin se planteó de nuevo cómo arreglárselas para tomar notas en esa posición, si necesitaba los dos brazos para mantener el equilibrio. Lo dejó correr.

—¿Qué relación tiene usted con el señor Leussot?

La pregunta no pareció incomodarla lo más mínimo.

—Digamos que antes era... más clara, pero hace tiempo que no lo es. Somos amigos. Al menos, la mayor parte del tiempo.

—Entiendo. ¿Leussot también busca tesoros?

—Seguro que se fija cuando ve algo en el fondo del mar. Se pasa el día en alta mar. Tiene el mejor equipamiento, la tecnología más nueva, aunque al servicio de otros objetivos. Nadie explora el fondo del mar con más precisión que él.

Dupin no había caído en la cuenta, pero era lógico.

—¿El barco en el que navega es suyo?

—No, es propiedad del Instituto. Pero últimamente siempre lo utiliza él.

—¿Conoce el barco?

—Nunca he subido a bordo. Tanguy sí. Se ven a menudo.

A Dupin le sonó el móvil, lo sacó con la mano izquierda y miró el número que aparecía en la pantalla, esmerándose concienzudamente en no dejar de apretar los codos contra el quicio de la puerta. El número le sonaba del día antes o de ese mismo día, pero no lograba asignárselo a nadie.

—Si me disculpa...

Abandonó su posición de seguridad y se dirigió a proa con cautela.

—¿Sí, diga?

—Soy Muriel Lefort. ¿Me oye, señor comisario?

—Sí, la oigo, señora Lefort.

—¿Dónde está? Casi no entiendo lo que dice, solo oigo un ruido espantoso.

—Estoy en plena investigación.

El barco oscilaba a un lado y a otro de un modo extraño, con movimientos cortos y rápidos. Le pareció que otra vez sin motivo, puesto que en el mar no se veía nada que lo justificara. Era asombroso lo variados y distintos que podían llegar a ser los molestos movimientos de un barco. A esas alturas, Dupin ya era capaz de formular una pequeña tipología de esos movimientos: de vaivén, de balanceo, de oscilación, de tambaleo, de mecimiento, de zarandeo, de sacudida...

—Hay un par de cosas... que me gustaría comentarle.

—Yo también quería hablar con usted. Pasaré a verla más tarde. La llamaré antes. Necesitaba un café urgentemente. Sobre todo después de esa segunda aventura en el mar.

—Muy bien. Espero su llamada.

Dupin titubeó un momento.

—Señora Lefort, una pregunta rápida. ¿Sabe por casualidad si su hermano salía a navegar más a menudo últimamente?

—Siempre pasaba mucho tiempo en el mar.

—Me refiero a...

—¿Si iba en busca de un tesoro?

—Sí, exacto.

—Ya me han dicho que lo consideraba usted una posibilidad.

Dupin estuvo a punto de preguntarle quién se lo había dicho, pero lo dejó correr.

—Investigamos todas las posibilidades.

—Ya se lo dije: Lucas soñaba con tesoros desde que éramos niños. ¡Ay, Dios! Pero no puedo contestar a su pregunta. Seguro que yo habría sido la última en enterarse.

—Entiendo. Nos vemos luego.

Muriel Lefort colgó.

En ese mismo instante, el móvil de Dupin volvió a sonar. Se lo apartó de la oreja y echó un vistazo al número. Nolwenn.

—¿Sí?

—El prefecto quería que usted le confirmara personalmente que la operación de búsqueda del doctor Menn es «de extrema importancia». Se lo he confirmado yo categóricamente. Pero quiero que sepa que lo he llamado antes para decírselo. Hace un cuarto de hora.

—Yo... Bien.

—¿Algún progreso?

—No sé. Hay muchas fichas en juego.

—Tranquilo, esta vez tampoco tendrá que beberse toda el agua del océano para resolver caso.

Los refranes y dichos bretones que Nolwenn usaba constantemente siempre lo tranquilizaban... y estaba muy contento de oír la voz de Nolwenn (y de saber que no tendría que beberse toda el agua del océano, por supuesto).

—¿Tenemos acceso a las cuentas bancarias de los tres muertos? Es importante.

—Creo que lo tendremos muy pronto. ¿Dónde está ahora, señor comisario? Casi no entiendo lo que dice.

—En un barco, con Anjela Barrault.

—¡Ay, pobrecito! ¿Otra vez en un barco?

—Exacto.

Dupin empezaba a lamentar que todos estuvieran al tanto de su pequeña fobia a los barcos.

—La semana pasada, el *Télégramme* publicó un artículo sobre Anjela Barrault. Tiene la intención de revalidar el título de campeona mundial este verano.

—¿El título de campeona?

Se pegó el móvil a la oreja.

—Practica el buceo libre. Ha conseguido descender dos veces a la máxima profundidad. Ninguna mujer ha conseguido superar el récord. —Nolwenn se interrumpió un momento—. ¿Sabe en qué consiste el buceo libre?

—Supongo. Un tipo de... submarinismo.

Anjela Barrault se lo había mencionado antes, pero Dupin no supo decir nada más.

—Sumergirse a la máxima profundidad sin botella de oxígeno. Un deporte extremo.

Le sonaba vagamente.

—¿Y Anjela Barrault es campeona del mundo?

—Una bretona. Era profesora de yoga. Una mujer muy atractiva. Deslumbrante. Este verano quiere conseguir la marca de los cien metros.

—¿Cien metros?

—Es bretona. Lo conseguirá.

—Comprendo. ¿Nolwenn?

—¿Sí, señor comisario?

—Este mediodía, en el barco... hemos visto delfines.

Dupin no sabía por qué sacaba un tema que no pintaba nada en la conversación. Probablemente porque hablaban de submarinismo.

—Unos animales interesantes. Pero tenga cuidado.

—¿Cómo dice?

—¿Se acuerda de Jean Floch? ¿El delfín que destrozaba a propósito las redes de pesca y atacaba y hundía botes de remos para que los pescadores cayeran al mar? De eso hace cuatro años, usted aún estaba en la capital, pero salió en todos los medios de comunicación del país. Un ejemplar solitario y agresivo que sembró el miedo y el terror en las costas bretonas. Como un perro rabioso. ¡Pesaba trescientos kilos!

Eso sonaba brutal. Dupin siempre pensaba otras cosas cuando se trataba de delfines.

—Fue un milagro que no dejara huérfanos ni viudas. El sur del Finisterre estaba plagado de carteles de «Prohibido nadar». Después lo ahuyentaron con ruidos... Sí, a veces los machos sexualmente maduros muestran un comportamiento dominante

extremo y los expulsan del grupo.

—Los míos iban claramente en grupo. Quiero decir que eran un grupo, no había ninguno suelto.

Dupin estuvo a punto de decir que los machos agresivos seguramente eran una excepción y que por regla general eran criaturas pacíficas, que eran famosos, entre otras cosas, precisamente por eso... Pero no dijo nada: aquella conversación era absurda.

—Bien. Hablamos después, señor comisario —dijo Nolwenn en tono jovial.

—De acuerdo.

Nolwenn colgó.

Dupin se quedó quieto. Aquel caso era un disparate. Y no solo el caso en sí. Todo era un disparate.

El *Bakounine* se acercó a cincuenta metros de Cigogne, la isla situada en el centro de la *Chambre*. La fortaleza casi redonda se veía claramente. La línea costera de la legendaria isla de Cigogne se caracterizaba por siete recodos pronunciados, y de ahí le venía el nombre (en bretón, siete ángulos se decía «*seiz kogn*»). Ahora la utilizaba la escuela de vela. Antiguamente, de allí partían los barcos que perseguían a los piratas que encontraban un refugio perfecto en las Glénan; los más sanguinarios procedían de la isla inglesa de Guernsey, por supuesto. Se daba por hecho que en la fortaleza abundaban las cámaras y bóvedas ocultas, tanto en el interior como en el subsuelo. Y los pasadizos que terminaban repentinamente en la nada. Contaban que había túneles secretos por debajo del agua, que se ramificaban y conducían a todas las islas. Contemplando esa fortificación de aura tenebrosa, era imposible no creerlo.

Dupin recordó que no había preguntado qué significaba «hacer la ronda». Había muchas islas...

La franja de nubes oscuras, muchísimo más negra y extensa, se aproximaba. Eso no quería decir nada en la Bretaña. Sin embargo, Dupin reconoció que, unas horas antes, no sospechó que fueran a moverse precisamente en dirección a él. Aún no podía decirse que hiciera viento, pero las suaves ráfagas de aire que empezaron a notarse de nuevo por la tarde venían claramente de la dirección contraria, del este. Dupin se relajó. Enseguida volvió al puente de mando. Anjela Barrault lo recibió con una sonrisa deslumbrante.

—La investigación es muy entretenida. Me refiero a su manera de trabajar.

—Yo... Me han dicho que usted y Solenn Nuz son amigas.

—Desde hace mucho. Íbamos juntas al colegio. En Loctudy.

—¿Y cómo vino a parar a las islas y a este trabajo?

—¿Quiere que le cuente «mi» vida?

Por primera vez pareció sorprendida.

—Pues sí.

—Al morir su marido, Solenn Nuz pensó en vender la escuela de submarinismo. Lefort quería comprársela. Le hizo una oferta formidable. Igual que Muriel Lefort, que incluso superó la oferta de su hermano. En aquella época, yo practicaba el submarinismo como hobby y trabajaba de profesora de yoga. Estuve dos años en Katmandú. Cuando volví, me encontré a Solenn por casualidad y quedamos un día para vernos. Me contó su situación, me hizo una oferta y le dije que sí... en un bar, a las dos de la madrugada. Mi novio se buscó a otra mientras yo estaba fuera y mis padres habían muerto hacía poco. Así son las cosas, todo ocurre de golpe. La vida es un caos, con más enredos que un ovillo de lana.

A Dupin le gustó la imagen del ovillo de lana. Y le pareció muy certera.

—Esa es «mi» vida, resumida en un minuto.

Lo dijo sin pesar y también sin coquetería.

—¿Y después se convirtió en una buceadora libre de primera?

—En el fondo, no es más que otra forma de practicar el yoga, créame.

Redujo la marcha. Habían llegado a la siguiente parada. Un pequeño grupo los esperaba en la playa; esta vez solo eran tres submarinistas.

—Los recogemos y luego vamos a Penfret. ¿Ha hecho yoga alguna vez?

Dupin no tenía nada en contra del yoga, pero estaba seguro de que no había nadie en el mundo más inútil que él para esa clase de actividades: yoga, meditación, técnicas de relajación... Se ponía nervioso con solo oír hablar de ellas. No se podía ser más incapaz de relajarse a conciencia. Pasó por alto la pregunta.

—¿Y la señora Lefort también le hizo a Solenn Nuz una oferta muy sustanciosa por la escuela de submarinismo?

Por lo visto, Muriel Lefort era una negociadora más hábil de lo que creía él.

—Sí, y se la hizo en serio. Por cierto, ya que le interesan tanto los barcos hundidos, en este lado de Cigogne hay cuatro naves, todas piratas. En los años treinta encontraron tesoros inmensos en los restos del *Double Revanche*, enterrados en la arena entre decenas de bogavantes. Les gusta vivir en los restos de antiguos barcos de madera hundidos, ¿sabía que las Glénan tienen una mascota? Charlie, un bogavante. Tiene por lo menos ochenta años. Vive en un barco hundido, no muy lejos del muelle de Saint-Nicolas, lo conoce todo el mundo. El club de submarinismo ha puesto un letrero debajo del agua, en el lugar donde más le gusta estar. Todos los alumnos principiantes tienen que presentarle sus respetos —explicó, y se echó a reír—. Charlie. Hay vídeos colgados en internet. —En un tono más científico, añadió—: Los bogavantes son sedentarios. No hace mucho, un ejemplar de ciento cuarenta años se salvó en el último momento de ir a parar directamente a la cazuela... medía casi un metro de largo.

Anjela Barrault giró el timón con mucho ímpetu y puso el motor en punto muerto.

Lo miró como si esperara algo. Dupin tardó unos instantes en comprender: quería ir a popa y él le bloqueaba el paso.

—El mismo procedimiento que antes.

Dupin se apartó y se dirigió de nuevo a proa. Seguía pensando en el bogavante de ciento cuarenta años y un metro de longitud. Había nacido en 1870, y Charlie, en los años treinta, o sea que era más viejo que su madre. Se esforzó por pensarlo en abstracto. Comer bogavante le gustaba mucho.

Buscó el móvil en el fondo del bolsillo del pantalón y marcó el número de Kireg Goulch. El joven policía se puso enseguida al aparato.

—¿Señor comisario?

—¿Dónde está, Goulch?

—En el dique, inspeccionando el Bénéteau. Casi hemos acabado. Hemos conseguido poner a salvo el material cartográfico: cartas de navegación convencionales, papel laminado. Lo analizaremos minuciosamente. Hasta ahora, no parece que haya ningún punto marcado.

—Lo necesito aquí. Vaya a ver al señor Leussot a su barco. Estará todavía por Les Moutons o puede que haya vuelto a Saint-Nicolas. Inspeccione la embarcación, busque técnicas y tecnologías para buscar tesoros. Y también si hay indicios concretos de que... cómo lo diría... de que busca activamente.

—¿Un registro al uso? ¿Lo he entendido bien?

—Si hace falta, sí.

Le daba la impresión de que ese proceder (igual que las demás acciones del día) era un poco como hurgar por hurgar, pero quería información. Además, hurgar por hurgar también podía ser un método eficaz. Siempre y cuando hurgara en el lugar oportuno.

—Y examine también las embarcaciones de Kilian Tanguy, de Muriel Lefort y de Du Marhallac'h... Y la del médico desaparecido, Devan Menn. ¿Se me olvida alguien?

—¿El director del Instituto? ¿Anjela Barrault?

—¿Anjela Barrault?

—La directora de...

—Sé quién es.

—Ella también tiene una. La utiliza a menudo para la escuela de submarinismo.

—¿Y usted cómo lo sabe?

—Todos los que navegamos por aquí nos conocemos, un poco al menos. Esas cosas se saben.

—Yo me encargo de Anjela Barrault. Estoy en su barco.

—¿Está en su barco?

Sinceramente, no sabía si era suyo.

—¿Qué tiene? ¿Cómo es?

—Una lancha Jeanneau, Cap Camarat, abierta, unos siete metros de eslora, un modelo antiguo, pero en buen estado, blanca, recién pintada.

—Entonces no estoy en su barco... Inspeccione también su lancha.

—De acuerdo. Salgo ahora mismo.

—Y sí, también hay que registrar sin falta el yate del director. Y pregunte si alguien sabe algo sobre una... búsqueda de tesoros aquí en la costa.

—Eso podría saberlo la señora Barrault. O uno de los arqueólogos. O Solenn Nuz.

—Llámeme cuando tenga algo.

—De acuerdo, señor comisario.

Dupin colgó. Respiró hondo varias veces. Era asombroso, el aire olía y sabía cada vez más a mar: sal, yodo, magnesio, hierro, calcio... y algas. Sonrió pensando en Nolwenn: las cualidades saludables, más aún, ¡medicinales!, del aire del Atlántico eran uno de sus temas preferidos. Siempre decía: «Es como una piscina termal de agua salada. El sistema nervioso y la musculatura se relajan, los bloqueos y las fijaciones interiores se liberan». A Dupin le gustaba especialmente lo de las «fijaciones internas», aunque no acababa de entender lo que significaba. Asimismo, al aire del Atlántico se le atribuían otros efectos más «banales» como la desintoxicación del organismo, la armonización del metabolismo y diversos resultados curativos. En la primera época de su «traslado», todo eso le sonaba esotérico, a ritos sanadores de los druidas, pero estuvo investigando y se quedó muy impresionado. La proporción de los componentes del mar coincidía en gran medida con la de la sangre y el líquido de los tejidos del cuerpo humano.

—Ahora vamos a dejarlos en Penfret, donde se encuentran nuestros alojamientos espartanos.

Un momento después, Anjela Barrault estaba de nuevo al timón. Y Dupin, en la puerta del puente.

—¿Y luego volvemos a Saint-Nicolas?

Anjela Barrault miró la hora en el imponente reloj de buceo que llevaba encima de la manga del traje.

—Llegaremos al muelle hacia las cinco. Después, si quiere, puede volver a salir a navegar conmigo.

—¿Va a salir a navegar otra vez?

—El sol no se pone hasta las nueve. Esas son «mis» horas, las que me reservo. Sonrió cordialmente.

—¿Saldrá en «su» barca?

La pregunta no la alteró lo más mínimo.

—No, me quedo en el *Bakounine*. No quiero perder tiempo. Lo dejo a usted en el



muelle y sigo navegando. —Luego, sin cambiar de tono, añadió—: Está muy bien informado.

—Es mi trabajo.

—¿Quiere saber si mi lancha sirve para buscar tesoros?

—Pues sí.

—Tengo un sónar de lo más normal, pero una cámara submarina de última generación, carísima. Mis ayudantes me filman mientras entreno. Pero con la cámara solo se puede ver lo que está a la vista: lo que hay en la arena, en el fondo del mar. ¿Quiere verla?

—Con eso me basta, de momento. Un policía inspeccionará la lancha si es necesario.

—¿De verdad cree que los asesinatos tienen algo que ver con un tesoro?

—Ya veremos.

—¿Siempre quiso ser policía?

Anjela Barrault formuló la pregunta en el mismo tono despreocupado en el que hablaba todo el tiempo.

—Creo que sí, aunque nunca lo había pensado. Mi padre era policía. Murió cuando yo tenía seis años.

Dupin contestó sin pensar y se sorprendió de haberlo hecho. No solía hablar de sí mismo. Y todavía menos durante un caso.

—¿Qué cree usted que pasó en las islas, señora Barrault? —preguntó Dupin en tono neutro.

—Quizá no pasó en las islas.

—¿Qué quiere decir?

—Es posible que se trate de asuntos que no tienen nada que ver con la gente de aquí. Y es posible que sucediera aquí solo por casualidad.

Esa respuesta le resultó aún más incomprensible que la primera.

—¿Se refiere a algo en concreto?

—No lo sé. Tenía que ser algo muy serio para provocar tanta destrucción.

Dupin necesitaba centrar la conversación en cuestiones más prosaicas.

—¿Y los planes turísticos de Lefort?

Anjela Barrault soltó una carcajada sarcástica. Dupin no se esperaba tanto sarcasmo.

—¡Ah, sí, sus grandes planes! Su gran parque infantil.

—¿Conoce el nuevo proyecto?

—En realidad no lo conoce nadie, excepto el burócrata amorfo de Fouesnant. Tampoco creo que fuera un proyecto «nuevo». Seguro que era el mismo.

—¿El alcalde?

—El alcalde.

—¿Y usted qué opina?

—¿De qué?

—¿Qué le parece la ampliación de la escuela de vela, del centro de submarinismo... del turismo en las Glénan?

—Un chiste, una broma de mal gusto. Prefiero que el Atlántico se trague las islas. Cosa que pasará muy pronto si continua subiendo el nivel del mar. Se tragará estas pocas piedras y la arena.

—¿No cree que la idea sea llevarlo a cabo ecológicamente?

—Tonterías.

Anjela Barrault no parecía tener ninguna intención de entrar en detalles. Volvió la cabeza y lo miró a los ojos con determinación, casi severamente. Un instante después volvió a mirar al frente con mucha atención. Llegaron a su destino, a Penfret. Estaban delante del «esqueleto de la ballena», el enorme almacén de madera de un antiguo velero imponente que había varado en la playa. La estructura estaba intacta: las tablas exteriores se habían podrido con el paso de los años, pero el esqueleto de madera seguía descollando en la arena. Dupin lo recordaba del año anterior.

Dejó vagar la mirada por la isla mientras los submarinistas desembarcaban. Se veían los sencillos hospedajes, barracones de madera de poca altura y bastante diseminados. Habría unos veinte en total, cuatro de ellos muy juntos. Se distribuían desde la playa hasta el centro de la isla, donde se encontraban las ruinas de las viejas casas de labor del siglo XIX que Henri le había enseñado el año anterior. Entonces, a Dupin le pareció que no eran casas normales. A mano derecha de las casas había dos barracones de madera más altos, de dos pisos, que albergaban provisionalmente bares, cantinas y salas de descanso. Dupin se quedó impresionado: en comparación, los albergues juveniles eran todo un lujo. En la isla destacaba el famoso faro pintado de blanco, que iluminaba con una lente roja. El año anterior celebraron el 175 aniversario adornándolo solemnemente con banderines. Sobresalía por encima del tejado de una gran casa de piedra, habitada en otros tiempos por el farero y su familia. Nolwenn le había contado unas cuantas anécdotas trágicas en torno al faro. Solo recordaba una, que todavía le daba escalofríos. Un día, la lente roja del faro se hizo añicos en medio de una gran tormenta y, para evitar accidentes, decidieron sustituirla a toda prisa, pero solo tenían lentes blancas. Cuatro barcos cargados de pasajeros zozobraron en las semanas siguientes. De noche o con mal tiempo, los marineros tomaban la luz blanca por el faro de Penmarc'h y confundían el rumbo. Centenares de personas encontraron la muerte. Una historia terrible.

Se oían voces en la popa. Oyó a Anjela Barrault diciendo varias veces «hasta mañana», siempre de manera cordial.

Dupin estaba mareado. Probablemente desde hacía rato, pero se había distraído en el trayecto. Por un momento temió perder el equilibrio, tambalearse, desplomarse. El

barco se balanceaba, pero la sensación que tenía él iba más allá; el mar también parecía bascular con un movimiento de vaivén amplio, extenso. Se agarró instintivamente a la borda con las dos manos y se aferró a ella con todas sus fuerzas. Intentó mirar a un punto fijo de la isla.

El chasquido que dio la compuerta de la borda cuando Anjela Barrault la cerró, con más ímpetu que antes, lo cogió por sorpresa. Casi sonó como un disparo, y se estremeció. Sin embargo, el pequeño susto lo ayudó más que respirar profundamente.

Tenía que distraerse.

Volvió al puente. El barco ganó velocidad, la vibración le llegaba hasta la médula y resonaba hasta en los huesos más pequeños.

—¿Qué más quiere saber? Pronto llegaremos a Saint-Nicolas.

Como si quisiera demostrarlo, puso el motor a toda máquina y, con ello, aumentaron el ruido y la vibración.

—¿A qué hora llegó el domingo por la noche al Quatre Vents?

—Ya me lo preguntó un inspector. A las nueve menos cuarto.

—¿Y no se fijó en nada extraño? A esa hora más o menos fue cuando debieron de administrar el tranquilizante a Konan y Lefort.

—Yo me senté en la barra. Ni los vi. Pasé la mayor parte del tiempo charlando con la hija mayor de Solenn. Nos llevamos muy bien. Y con Pascal, el suegro de Solenn.

Dupin se había olvidado de él.

—No es muy hablador.

—No.

—¿De qué hablaron?

—De unas corrientes que últimamente se comportan de un modo extraño.

—¿Corrientes raras?

—Sí, unas corrientes más fuertes de lo normal, en la salida occidental y meridional de la *Chambre*, que tendrían que arrastrarte hacia el sur, a mar abierto, cuando hay marea viva, como ahora. Conocemos ese tipo de corrientes con coeficientes de 120, pero siempre en dirección a tierra. Ahora, de repente, te empujan a mar abierto.

—Así pues ¿no vio nada especial esa noche?

—No.

—¿Quién más estaba en la barra?

—Dios mío, allí siempre hay mucho jaleo. Maela Menez. Es brutal, pero maravillosa. Me cae bien. Creo que también unos cuantos alumnos de submarinismo. Louann Nuz y Armelle Nuz. Me quedé mucho rato. La mayoría se fueron antes de que se desencadenara la tormenta. No me gusta estar sola cuando hay temporal —lo dijo con autoridad—. Me quedé allí sentada y estuve la mayor parte del tiempo sola.

—Las hijas de Solenn Nuz han declarado que llegó hacia las ocho y cuarto.

Dupin vio un pequeño destello en sus ojos.

—Esto parece una vieja novela policíaca. Veneno en las bebidas y un grupo de pajarracos varados en la playa.

Dupin la escrutó con la mirada.

—Pues se equivocan. No puedo decirle otra cosa.

—¿Por qué dice que la señora Menez es «brutal»?

—Implacable. Tiene una voluntad de hierro. Ha interiorizado los antiguos valores de la escuela de vela y los defiende intrépidamente en cualquier lucha. Siempre da la cara. Trabaja día y noche.

—¿A qué luchas se refiere?

—Con Lefort, por ejemplo.

A Dupin, eso le pareció poco concreto y no estaba seguro de que no fuera a propósito.

—Ella expresa los sentimientos que reprime Muriel Lefort. Muriel siempre se contiene.

—¿Qué sentimientos son esos?

—Ya lo sabe... Odio.

—¿Quiere decir que odiaba de verdad a Lucas Lefort?

—No es ningún secreto.

—¿Es usted muy amiga de Muriel Lefort?

—Nos llevamos bien, aunque no puede decirse que seamos amigas. Las mujeres que vivimos aquí tenemos que ayudarnos. Solenn, Muriel y yo. Muriel defiende algo grande y se lo toma muy en serio.

—¿Y Muriel también odiaba a su hermano?

—Profundamente. Quería comprarle su parte... y él a ella. Los dos pensaban que el otro acabaría cediendo. Solo sufría Muriel. Él se divertía. Y pisoteaba todo lo que era sagrado para ella.

—¿Sabe si hay o ha habido algún hombre en su vida?

Ni siquiera él entendía por qué sacaba ahora ese tema.

—No. Aquí las mujeres viven sin hombres. Sin hombres fijos... Ya casi hemos llegado.

Dupin miró al frente. Era verdad, el muelle no estaba muy lejos.

—Quería...

Le sonó el móvil. En medio del fuerte ruido del motor, le pareció que lo oía a lo lejos. Se atrevió a soltarse de la puerta. Era Le Ber.

—Jefe, han encontrado el coche de Menn.

—¿Dónde?

—En un gran aparcamiento de Saint-Marine, en la zona del puerto, no muy lejos

de su casa. Su yate no está. Tiene un Merry Fisher, de la marca Jeanneau, nueve con cuarenta y cinco metros de eslora, una embarcación muy popular en la costa.

Naturalmente, también Le Ber era un especialista en barcos. Además de una vena «druida», tenía mucho interés en las cuestiones técnicas y prácticas.

—¿Ha salido a navegar en su yate?

—Eso parece. ¿Interrumpimos la búsqueda?

—No. Todavía no tenemos a Menn.

—Pero está en el mar.

—Esperemos a ver qué pasa, Le Ber. Podría ser otra cosa. Tal vez quiere engañarnos. Tal vez ha desembarcado en otro sitio. En Fouesnant o en Concarneau. O ha subido por el Odet y ha dejado el barco allí. Cabría la posibilidad, si estuviera huyendo.

—Tiene razón. —Casi se oían los pensamientos de Le Ber—. ¿Tiene alguna sospecha concreta contra Menn?

—De momento, sospecho de todo el mundo. Sobre todo si estaba en el lugar del crimen a la hora del crimen y desaparece al día siguiente.

—También podría ser otra víctima.

Dupin tardó un poco en contestar.

—También podría ser otra víctima.

—Informaré a la guardia costera.

—Bien. Y... ¿Le Ber?

—¿Sí?

—Se me olvidaba una cosa: entérese de cuándo vuelve a tierra Leussot, el biólogo. Y si va a Saint-Nicolas. Quiero que me cuente personalmente por qué se peleó con Lefort y por qué no nos ha dicho nada.

—De acuerdo.

Dupin colgó y entonces se dio cuenta de que el *Bakounine* había atracado en el muelle. A treinta metros de Le Ber. Anjela Barrault estaba en la borda, mirándolo. Antes había saltado a bordo sin dificultad, pero ahora tendría que subir unos cuantos travesaños de la escalera de hierro oxidada.

—Gracias por su ayuda, señora Barrault. Me ha dado información importante.

—Eso solo usted puede juzgarlo.

La sonrisa que se dibujó en su cara cuando pronunció esa frase fue todavía más cautivadora que la de antes. Y era plenamente consciente del efecto que causaba.

—Que se divierta buceando en las profundidades.

—Hoy no descenderé tanto.

—Seguro que volveremos a hablar pronto.

La frase sonó más concreta de lo que Dupin pretendía.

—Con mucho gusto.

Dupin consideró si tenía que estrecharle la mano, pero al final se limitó a subir por la escalera.

## Desde lejos, vio a Labat...

Desde lejos, vio a Labat con Le Ber en la «mesa de operaciones». Entró directamente en el bar, pasando de largo por el lado de los dos inspectores y provocando miradas de desconcierto. Necesitaba un café urgentemente. Y un gran vaso de agua. Al bajar del *Bakounine*, lo asaltó de golpe la intensa sensación de que, aunque pisara tierra firme, el mundo se balanceaba mucho más que el barco. Le entró un mareo mucho peor que el de antes. La hija mayor de Solenn Nuz lo atendió con mucha amabilidad y quiso entablar una conversación, pero él no estaba en condiciones de seguirla. Estaba ocupadísimo intentando recuperar la estabilidad. Pidió dos cafés, se tomó uno de pie, allí mismo, y luego, con el segundo café y el vaso de agua, cruzó el bar con mucha lentitud y cautela y puso rumbo hacia los dos inspectores, que estaban fuera.

Al parecer, Labat no había perdido de vista la entrada del bar, porque tan pronto como Dupin apareció en la puerta, se levantó y salió disparado hacia él.

—Acabo de llegar en helicóptero. Hemos encontrado información explosiva en los registros... Los discos duros han sido decisivos. —Labat hablaba tan rápida y expeditivamente que Dupin no osó interrumpirlo—. He intentado localizarlo, pero comunicaba todo el rato. Quería hablar con usted directamente. Pajot tenía otras cuantas empresas en las que estaba implicado Konan, al menos en parte. Como inversor. Una es un consorcio de los dos y... ¡adivine quién más participaba en ella y cuál era el propósito!

Así era Labat cuando «detectaba» algo. Dupin no estaba de humor para esos excesos. Se sentó. Evidentemente, era una pregunta retórica y, después de una pequeña pausa teatral, Labat volvió al asunto.

—Fundaron un consorcio para ampliar el turismo en las Glénan y que tenía participaciones en la empresa de Lefort.

Era una noticia verdaderamente interesante. Dupin se bebió el segundo café a pequeños sorbos, aunque rápidos, para no quemarse la lengua. No sabía si le sentaría bien en el penoso estado en que se encontraba; el mal de mar también afectaba al estómago, pero Georges Dupin confiaba en la cafeína para todo. Una maravilla terapéutica.

—¿Cómo se llama la empresa?

—Las Glénan Verdes. Ese era el nuevo proyecto de Lefort. Y ahora viene lo mejor. —De nuevo una pausa teatral—. Ha costado muchísimo descubrirlo. Se tomaron todas las molestias imaginables para ocultarlo, con diversas cuentas y subcuentas bancarias. Ha tenido que analizarlas un especialista de Rennes. Yo las he revisado después minuciosamente porque, claro está, él no podía reconocer el sentido

oculto.

—¿Qué, Labat?

—Desde una de las cuentas de Pajot se realizaron dos transferencias a Du Marhallac'h de más de treinta mil euros, una hace nueve meses y la otra, seis.

Dupin se despejó al instante, el mareo se disipó por completo. No dijo nada. Porque la cabeza le iba a mil por hora... y porque no le apetecía mostrarse impresionado delante de Labat.

—Las transferencias se registraron bajo el concepto de «servicios de arquitectura», pero hasta ahora no hemos encontrado nada, ni en los documentos ni en los ordenadores, sobre servicios de esa clase.

—¿«Servicios de arquitectura»?

Le Ber intervino:

—Du Marhallac'h es arquitecto. Hace dos años y medio que tiene despacho propio. No obstante, desde que es alcalde, apenas trabaja de arquitecto. Pero antes debía de tener mucho éxito porque recibía encargos por toda la costa.

El hermano de Le Ber era arquitecto, igual que la hermana de Dupin. Sabía de lo que hablaba.

—Bien.

Dupin se reclinó en el asiento. Ni él mismo sabía lo que quería decir ese «bien». Y por la cara que pusieron, Labat y Le Ber tampoco. Las cosas eran cada vez más curiosas. Sabía que era lo normal, por supuesto. En ocasiones, en un caso aparecían varias pistas importantes, pero por lo general alguna se enfriaba en el curso de la investigación, de repente o paulatinamente. En este caso ocurría lo contrario, cada vez surgían más pistas.

—Labat, ¿qué hay del director... y del Instituto? ¿De los negocios del Instituto con Medimare?

En realidad, eso era lo que le importaba de los registros.

—Los especialistas siguen en ello. Hasta ahora todo parece legal. Al menos sobre el papel. No hemos encontrado movimientos de cuentas sospechosos ni nada por el estilo.

—¿Y los negocios que afectan a las investigaciones de Leussot?

—Tampoco. Hasta ahora, nada extraño. Hemos identificado cuatro casos semejantes. Aunque contengan algo turbio, será difícil o imposible demostrar algún hecho punible.

Saltaba a la vista que Labat disfrutaba explicando que, hasta el momento, la pista de Dupin conducía al vacío.

—Labat, quiero que salga inmediatamente. Vaya a ver a Du Marhallac'h y vuelva a tomarle el pulso. Y esta vez a fondo.

—Pero acabo de llegar y quería ir con Le Ber...



—Apriétele las clavijas, Labat.

El destello de alegría en los ojos de Labat permitía concluir que Dupin había elegido las palabras adecuadas.

—De acuerdo.

—Eso es corrupción. Y quiero pruebas concluyentes, la historia completa. Se vendió, por eso iba a «analizar con objetividad» el proyecto.

Una vez más, los prejuicios de Dupin contra los políticos tenían fundamento... ¡Qué triste y lamentable!

—También quiero saber hasta qué punto habían desarrollado el proyecto de remodelación de las islas. ¿En qué fase se encontraba? Tiene que estar en el portátil de Lefort.

—Lo hemos encontrado, pero aún no hemos podido examinarlo.

—«Servicios de arquitectura»... ¡Ya lo tenemos!

Por mucho que lo intentara, Dupin no consiguió saborear plenamente el momento. El registro no había dado exactamente los resultados apetecidos. Lo que quería era tener en la mano alguna prueba contra el director del Instituto. Y, sobre todo, quería esclarecer el asesinato. Además, había asumido la responsabilidad de recurrir a la *ultima ratio* de los instrumentos de investigación basándose en un indicio vago que le había llegado a través de una llamada anónima.

Labat se levantó lleno de energía.

—Todavía está aquí el helicóptero. Voy a darme prisa.

—Sea implacable.

Al oír esas palabras, Labat se volvió hacia Dupin con una mirada de victoria en la que se adivinaba la sensación irrefutable de tener el caso bajo control.

Dupin y Le Ber se quedaron sentados unos minutos, deliberando. Dupin fue breve, quería hablar con Muriel Lefort lo antes posible.

Entretanto, la prensa había llegado a las islas, aunque con bastante retraso. La «prensa» significaba los dos reporteros jefes de las redacciones del *Télégramme* y el *Ouest-France* en el sur del Finisterre. El viejo y estimado Drollec, un hombre de baja estatura, casi redondo, un verdadero gourmet, y Donal, una delicada intelectual de unos treinta años, con gafas negras cuadradas, a la moda (en cierto modo, a Dupin le caía bien la extraña pareja). Los dos aparecían a menudo forzosamente juntos, y siempre que se trataba de «asuntos gordos». Eran parcos en palabras cuando se encontraban, pero se notaba que no se tenían antipatía. Era como si se hubieran puesto de acuerdo para dejar de intentar ser «el primero» y, a cambio, conseguir más información haciendo causa común. Dupin tenía que reconocer que el acuerdo funcionaba, cosa que, en última instancia, se traducía en un «empate» entre los dos periódicos. En esos momentos, los dos estaban en el lugar en el que se habían hallado los cadáveres, en la isla de Le Loc'h.

Dupin se dirigió a las horrendas casas triangulares por el mismo camino que el día anterior y contempló las mismas vistas impresionantes bajo un cielo todavía de un profundo azul en su mayor parte. Sin embargo, ese día todo era distinto.

Se fijó en que la casa de Muriel Lefort no estaba en tan buen estado como la de su hermano: había musgo en el tejado y hacía mucho que no le daban una buena capa de pintura. Había que rodearla para acceder a la puerta de entrada, igual que en la de Lucas Lefort. El jardín también se componía fundamentalmente de matas y arbustos. En el borde se veían dos camelias tristonas, raquíticas, que no se habían hecho exuberantes.

La señora Lefort no tardó en salir a abrirle. Tenía el pelo revuelto y parecía más delgada y severa que otras veces. En vez del particular conjunto de falda de paño y blusa ceñida, se había puesto unos vaqueros y una túnica ancha de color azul claro que, curiosamente, no le daba un aire más informal. Dupin pensó que el aspecto anticuado, un poco rígido, de Muriel Lefort no se debía a la ropa.

—Me alegro de que haya venido, señor comisario.

—Faltaría más. Y, como ya le he dicho, yo también tengo que hacerle unas preguntas.

Muriel Lefort frunció el ceño y no intentó disimularlo.

—¿Por dónde empiezo? —Se notaba que no le resultaba fácil. Tardó unos instantes en seguir hablando—. Tengo que contarle una cosa. —Se interrumpió de nuevo—. Maela Menez tuvo una relación con mi hermano —lo dijo con una mezcla de dramatismo y abatimiento—. Fue hace siete años. Intentó mantenerlo en secreto, pero me di cuenta.

Muriel Lefort bajó la vista, avergonzada. Estaban todavía en la entrada y en ese momento pareció darse cuenta.

—Perdone la grosería, señor comisario... Ha sido sin querer. Pase, por favor.

Dupin aún no había dicho nada. Entró.

—¿Su secretaria tuvo una aventura con su hermano?

No se lo habría imaginado nunca. La señora Lefort lo acompañó a un rincón en el que había cuatro sillones, justo frente a la gran ventana panorámica que daba a la terraza.

—Lamento mucho no habérselo dicho antes, lo siento mucho, de verdad. La relación duró unos meses.

—¿Y terminó?

—Sí. La señora Menez me lo juró. Y constaté que era cierto, créame. Rompió ella. Cuando le pedí explicaciones, se derrumbó, se deshizo en lágrimas. Inició la relación sabiendo que para él no significaba lo mismo que para ella.

—¿A qué se refiere?

—Ella estaba enamorada de verdad. Y a mi hermano no le interesaba nada.

—Si no me equivoco, su hermano estaba en las antípodas de las convicciones de la señora Menez, que en principio eran muy firmes y claras.

Aunque, sin embargo, Dupin sabía por experiencia que eso no significaba nada.

—Fue una traición, sí.

Una expresión rotunda que contrastaba curiosamente con la forma de decirla, casi como si nada.

—¿Todavía mantienen alguna relación aparte del trabajo? ¿Ha pasado algo recientemente?

—No, nada. Me ha asegurado que no ha habido nada desde entonces. Ningún incidente, nada. Y la creo.

—¿No ha intentado hablar con él, escribirle?

—No. Y, a partir de un momento, dejamos de hablar del tema como si nunca hubiera ocurrido. Fue como un acuerdo tácito entre nosotras.

No había rencor en su voz, sino más bien comprensión.

—¿Y usted qué opina de esa aventura?

—¿Yo?

Parecía sorprendida.

—Me afectó mucho, como comprenderá.

Dupin no estaba seguro de si Muriel Lefort lo «sentía mucho» porque, al darle esa información, podía dirigir las sospechas de la policía hacia la señora Menez, o porque suponía que levantaría sospechas sobre sí misma por habérsela guardado hasta entonces. Se hizo un silencio largo. Dupin quería que siguiera hablando, le daba la impresión de que tenía algo más que contarle. Pero no dijo nada más.

—Le agradezco la información. No sé si esa historia será relevante, pero este caso es muy complejo y tengo mucho interés en contar con la máxima información posible sobre todo el mundo.

Muriel Lefort siguió callada.

—Por teléfono me ha dicho que quería hablarme de varios asuntos.

—Sí.

Parecía más serena; el cable que le había echado Dupin funcionaba, al parecer.

—Quería decirle personalmente que voy a sacar mucho provecho de la muerte de mi hermano. Esta tarde me he enterado de que Lucas no había hecho testamento y que, por lo tanto, lo heredo todo. Me lo ha dicho el notario, los dos teníamos el mismo. La escuela de vela y los bienes raíces pasarán a ser únicamente míos.

Casi disparó las frases. Lo hizo mirándolo a los ojos. Dupin intentó permanecer impassible.

—Uno de sus inspectores me ha preguntado dos veces por este asunto.

—Trabajamos en equipo.

—No sé si también sabe que le hice varias ofertas a mi hermano para comprarle

su parte de las Glénan. Unas ofertas realmente insensatas.

—Sí, lo sabía.

Lo miró entre temerosa y esperanzada.

—Supongo que es un motivo perfecto: mi hermano, un hombre con un ego infinito, se emborracha y muere en un naufragio en plena tormenta... A nadie le extrañaría. Todo el mundo sabía lo arrogante que era. Y al día siguiente... la escuela de vela es toda mía.

Dupin no dijo nada. Muriel Lefort no soportó el silencio mucho tiempo.

—¿Qué opina, señor comisario?

—En efecto, habría sido un crimen perfecto, pero el azar no lo ha querido.

—¿Soy sospechosa?

—Sí.

Ahora fue ella la que calló. Se creó un silencio pesado. Con una expresión imprecisa en la cara y la voz rota dijo:

—Yo no odiaba a mi hermano, créame. —Bajó la voz—. Pero lo despreciaba. Y lo combatía. Habría destruido la obra de mis padres si hubiera podido. Sus grandes ideales. Mis padres fueron miembros de la Resistencia en su juventud. Eligieron las Glénan para mantener el espíritu del grupo y transmitirlo mediante la escuela y la navegación. Creían en algo a lo que dedicaron toda su vida: este es su legado. Defendieron su esencia. Nunca quisieron convertir la escuela en un negocio, ni siquiera cuando empezó a venir gente de todas partes y vieron la posibilidad de ganar muchísimo dinero.

—Usted hereda la parte de la escuela de vela que pertenecía a su hermano... y también las tierras. Si no me equivoco, más de la mitad de Saint-Nicolas y las islas de Cigogne y Penfret, ¿verdad?

Hizo la pregunta con toda naturalidad a propósito.

—Sí.

La miró con la máxima neutralidad posible.

—Y no se habría deshecho únicamente de su hermano. También habría borrado de un plumazo a todos los que amenazan esto.

—Sí. Pensaré que tenía motivos de mucho peso.

—Eso es cierto.

—Estamos hablando de... setenta u ochenta millones de euros.

—¿Y lo hizo usted, señora Lefort? —preguntó Dupin tranquilamente.

Los ojos de Muriel Lefort se estremecieron un momento, y el estremecimiento se le extendió a la cara.

—No.

—¿Sabía que su hermano fundó una empresa para el nuevo proyecto? Las Glénan Verdes. ¿Y que Pajot y Konan tenían un consorcio que participaba en esa empresa?

Muriel Lefort parecía desconcertada. También por el repentino cambio de tema.

—No, no lo sabía.

—¿Hasta qué punto se conocía el nuevo proyecto en el archipiélago?

—Diría que nada. Lucas sabía que estaríamos todos en contra... fuera como fuese el nuevo proyecto. Cuando lo presentó por primera vez, se opuso todo el mundo, aunque al principio consiguió engañar a unos cuantos.

—¿A quién consiguió engañar?

—A unos cuantos, pero al final lo calaron. Empezó diciendo que quería salvar la escuela de vela y este mundo de los peligros del exterior. Contó que había personas «de fuera» interesadas en invertir en las Glénan y en ampliar el turismo. Solenn Nuz y su marido lo apoyaron al principio, y también Kilian Tanguy, pero pronto se distanciaron por completo. Pensaban que todo se llevaría a cabo en colectividad. Igual que en la escuela de vela. Así fue como se lo pintó Lucas. Hasta que quedó claro que solo quería que invirtieran en su negocio y que planeaba explotar el archipiélago hasta destruirlo todo. Konan también se implicó entonces. Lucas consiguió involucrar incluso a dos inversores del continente, pero pronto los perdió... Cuanto más famoso se hacía como regatista, más contactos tenía en esos círculos.

—¿También participaba Devan Menn, el médico?

—Sí, era uno de los dos inversores.

—¿Y siguió cuando los demás se apartaron?

—No lo sé.

—¿Era amigo de su hermano en aquella época?

—Hacía tiempo que era su médico. Lucas tuvo unos cuantos accidentes graves, la mayoría de las veces por imprudencia, y en un par de ocasiones se libró de la muerte por muy poco. Le gustaba navegar a vela en plena tempestad. Menn lo recomponía siempre. También lo asistía como deportista de alta competición. Y al final se hicieron amigos. Pero no sé si muy íntimos o no.

Dupin no sabía si contarle que el doctor Menn había desaparecido.

—¿Le ha notado algo raro a Menn últimamente?

La señora Lefort lo miró confusa.

—No, pero tampoco lo veo muy a menudo.

—La noche del domingo estuvo en el Quatre Vents, aunque solo un momento. Igual que usted —dijo Dupin utilizando un tono neutral a propósito.

—No lo vi. Me habría ido ya. O él.

—No sabemos...

El móvil de Dupin, que curiosamente llevaba mucho rato en silencio, sonó con estridencia. Era Le Ber.

—Discúlpeme un momento, señora Lefort.

Dupin contestó la llamada.

—Uno de los helicópteros ha encontrado la barca de Menn en el lado sur de Brilimec, el que da a mar abierto. Es una de las islas pequeñas. Está varada en la playa, o sea que debió de llegar hace horas, con la marea alta. —Le Ber estaba tan emocionado que casi soltó un gallo—. ¿Jefe? ¿Jefe?

Dupin no dijo nada. La noticia era grave. Tardó unos segundos en poder concentrarse.

—Llame a Goulch. No puede estar muy lejos, navegando en la *Bir*. Que venga a buscarnos inmediatamente. Usted viene conmigo. Nos vamos a Brilimec. Quedamos en el muelle.

—¿Cuándo?

—Ahora mismo.

Un cuarto de hora más tarde, Dupin se encontraba a bordo de una embarcación, surcando las olas a toda velocidad por tercera vez ese día. En esta ocasión, iba tan absorto en sus pensamientos que apenas se dio cuenta. No sabía qué sucedía, pero la situación se agravaba.

Estaba en la proa de la patrullera, notando la tensión en todo el cuerpo, con cara de determinación y enfado. Le Ber se encontraba detrás de él, un poco a un lado. Ambos miraban fijamente, como hechizados, la isla de Brilimec. Ninguno de los dos se percataba de las salpicaduras de la espuma del mar.

Estudiaban visualmente la isla en forma de gota. Brilimec medía unos quinientos metros de longitud y estaba cubierta de hierba rala y espesa. En algunos puntos, el terreno alcanzaba unos diez metros de altura (y eso era mucho para el archipiélago), unas formaciones de granito imponentes, de formas estrambóticas, sobresalían abruptamente. En el extremo más ancho de la isla había una casa abandonada, pero desde la patrullera solo se veía la parte superior del tejado.

—Voy a dar la vuelta a la isla para acercarnos al yate de Menn —gritó Goulch.

De pronto, Dupin tuvo una idea. Se volvió hacia Le Ber.

—Necesito saber una cosa.

Tuvo que gritar.

—¿Sí?

—¿A quién tenemos en Saint-Nicolas?

—De momento, solo a un agente, Philippe Coz.

—Tengo que hablar con él inmediatamente.

Dupin se fue a popa y esperó a que Goulch redujera la velocidad. Ya casi habían rodeado la isla y desde allí se veía claramente el yate de Menn.

—¿Coz?

—¿Es usted, señor comisario?

—Sí.

—Le oigo fatal.

Dupin gritó más fuerte al teléfono.

—Quiero saber dónde está cada uno en estos momentos. ¿Me oye? Muriel Lefort, la señora Menez, el alcalde, Leussot, Tanguy... También la señora Barrault y Solenn Nuz. Llámelos ahora mismo. Y verifique lo que le digan. Arrégleselas como sea. Dígale a Bellec que vaya a ayudarlo.

—Yo...

—Enseguida. Y también a las hijas de Solenn Nuz. Quiero saberlo todo de todos.

—A sus órdenes, señor comisario.

—Manténgame informado.

Dupin colgó. Iba a guardar el móvil en el bolsillo de la chaqueta, pero cambió de opinión y pulsó la tecla de rellamada.

—¿Algo más, señor comisario?

—También quiero saber dónde han pasado el día. Detalladamente. Todos. Las últimas horas. Lo que han hecho en las islas o donde hayan estado.

Goulch paró los motores, pero Dupin dijo la última frase en voz muy alta porque no se dio cuenta, estaba distraído, concentrado en el yate de Menn, que se encontraba en una posición absurda, varado en una pequeña playa, lejos del agua.

—¿Busca algo concreto?

—No, pero necesito saberlo.

—Entendido.

Dupin colgó y esta vez se guardó el móvil en el bolsillo.

El ruido de los motores se apagó. Estaban a unos cincuenta metros de la orilla, echaron el ancla y los dos policías jóvenes se pusieron a bajar el bote auxiliar maniobrando con mucha coordinación. Al cabo de un momento, se dirigían todos hacia la playa a una velocidad considerable. Se produjo una fuerte sacudida. Los dos policías saltaron del bote en el acto. Dupin bajó detrás de ellos y les advirtió:

—No tenemos ni idea de lo que nos espera. Tengan cuidado.

Desenfundó la pistola, una Sig Sauer 9 mm, el arma nacional reglamentaria de la policía. Los demás lo imitaron.

El pequeño grupo se acercó al yate a buen paso.

—¡Policía de Concarneau! ¿Hay alguien ahí? ¡Conteste!

No hubo respuesta.

Los dos policías jóvenes subieron inmediatamente al Merry Fisher. Le Ber, Goulch y Dupin se situaron uno al lado del otro sin decir nada. El yate era de un blanco luminoso, solo la parte inferior del casco estaba pintada de color azul oscuro. Al verlo de cerca, Dupin se sorprendió de su gran tamaño. No se veía nada sospechoso en la cubierta.

—Entramos.

Los dos agentes estaban visiblemente nerviosos. Abrieron la puerta que daba al camarote y desaparecieron por ella en un instante.

Nadie decía nada. A Dupin le pareció que tardaban mucho en informar.

—Aquí no hay nada extraño.

Las voces se oían apagadas.

—Salgan de ahí. Vamos a inspeccionar la isla.

Dupin lo dijo casi a gritos. Luego, en voz más baja, se dirigió a Le Ber y a Goulch.

—Le Ber, usted por la derecha. Goulch, usted por la izquierda. Yo me encargo de la casa abandonada, nos encontramos allí. Goulch, dígales a sus compañeros que no pierdan de vista el yate.

Dupin y Le Ber se pusieron en movimiento. Goulch esperó.

Dupin tuvo que trepar por unas rocas de granito que llevaban a una especie de altozano que, unos pasos más allá, descendía levemente hacia el centro de la isla, donde el terreno era bastante llano. Allí estaba la casa. Se veía desde el altozano. Dupin se detuvo y aguzó la vista. A la izquierda, Goulch se movía deprisa y ágilmente por las piedras, muy cerca del agua. Le Ber iba un poco más adelantado por el lado derecho de la isla.

La casa estaba en un lugar discreto, tranquilo. No se veía a nadie. El comisario avanzó con cautela, empuñando el arma en la mano derecha. Tenía que andar con cuidado para no caerse, el suelo era muy irregular. Se acercó a la casa por la parte de atrás. Había una ventanita cegada con tablas de madera. En cambio, el tejado de pizarra parecía en buen estado, aunque totalmente cubierto de musgo. La casa era de piedra, construida en el estilo típico de la región. Parecía peor conservada que el tejado, incluso se veían algunos desconchones en los muros.

Dupin dio la vuelta alrededor de la casa cautelosamente. Se detuvo casi en la entrada y esperó a que llegaran Le Ber y Goulch.

—No he visto nada sospechoso, ni una sola huella, nada.

—Yo tampoco.

Le Ber y Goulch hablaban en voz baja por instinto.

—¡Vamos a inspeccionar la casa!

Dupin se acercó a la puerta.

—¿Señor Menn? —dijo en voz alta, enérgicamente—. ¿Está usted ahí, señor Menn?

Y una vez más:

—Doctor Menn, soy el comisario Dupin, de la comisaría de Concarneau.

Le Ber y Goulch iban un paso por detrás y casi chocan con él cuando se detuvo bruscamente. Los dos siguieron su mirada. Vieron un candado abierto en el suelo. La puerta, reparada provisionalmente con dos tablones de madera, estaba entreabierta.



Los tres se quedaron inmóviles.

—Vamos a entrar.

Dupin le quitó el seguro a la pistola y le dio una impresionante patada a la puerta, que se abrió de par en par con mucho estrépito. Acto seguido, entró, saltó a la derecha y se quedó pegado a la pared.

—¡Policía! ¿Hay alguien?

Estaba muy oscuro. Dupin tardó un poco en acostumbrarse a la penumbra y reconocer algún detalle.

La sala estaba vacía; en el suelo roto de madera había una capa de polvo de un centímetro de grosor. A mano derecha había un hueco en el que debía de haber habido una puerta. En el polvo se distinguían unas pisadas. Varias. Conducían a la otra sala. Le Ber y Goulch habían entrado también y estaban a su lado, hombro con hombro, empuñando el arma. El silencio era sepulcral; solo se oía la respiración de los tres hombres.

—La otra sala —susurró Dupin.

Siguió avanzando en primer lugar, lentamente, apuntando el arma hacia el hueco, se detuvo un momento como para reunir fuerzas y, de un salto impresionante, entró en la otra sala. Le Ber y Goulch lo imitaron.

Allí tampoco había nada, nadie. Ni rastro de Devan Menn. A diferencia de la otra sala, ahí había un montón de muebles apilados, podían distinguirse claramente dos mesas y un armario desvencijados. Le Ber y Goulch tenían de repente una linterna en la mano. Goulch se agachó a observar unas huellas medio borradas que se veían en la capa de polvo. Ninguno de los tres había dicho todavía nada.

—Creo que eran al menos dos personas. Tal vez tres, es difícil precisarlo. En cualquier caso, más de una. Necesitamos que venga la policía científica, tenemos que movernos con mucha precaución... Y es probable que hubiera alguien ahí. —Goulch señaló al lado de los muebles apilados.

—Sí, llame a los técnicos. Díales que vengan sin tardanza.

René Salou, el mejor científico forense del mundo. A Dupin se le pusieron los pelos de punta al pensar en su presuntuoso «trabajo en el lugar de los hechos». Pero no quedaba más remedio.

—Ya los he avisado.

Goulch salió. Le Ber recorrió la habitación con la linterna sistemáticamente, sin moverse del sitio.

—Esto es muy extraño. ¿Dónde está Menn? Ha venido a la isla en su yate, pero no está aquí. ¿Cómo se ha ido? ¿Quién más había aquí? ¿Y a qué ha venido Menn?

Dupin no sabía si Le Ber hablaba solo o con él.

—Vamos a inspeccionar las playas, a ver si encontramos huellas. Seguro que había otra embarcación en algún sitio Y si Menn no se ha esfumado en el aire, ¡solo

puede haberse ido en ella! ¡Quiero saber lo que ha pasado aquí!

Estaba furioso, aunque no sabía con quién ni con qué. Consigo mismo especialmente.

—Mierda, no puede ser verdad.

Todo había sucedido delante de sus narices, quizá esa misma tarde, mientras él recorría las islas del archipiélago a bordo del *Bakounine*, a menos de un kilómetro en línea recta.

—Vamos.

Dupin quería abandonar esa mazmorra asfixiante. Salió a paso rápido y se quedó a unos metros de distancia. Le Ber y Goulch lo siguieron sin decir nada, por precaución.

La playa más grande de la isla se extendía a unos cincuenta metros de la casa. Poco antes de llegar a la arena había una especie de murete de bloques de granito torneados. Dupin trepó a lo alto, se metió entre dos bloques y avanzó dando pequeños pasos hasta llegar al agua. Nada. No se veía nada. Ni rastro de huellas.

Goulch y Le Ber lo alcanzaron.

—Si había otra embarcación, seguro que fondeó en la otra parte de la isla y no aquí, en la *Chambre*. Fuera quien fuese, no quería que lo vieran. Volvamos. Tal vez los otros hayan descubierto algo —masculló Dupin.

Goulch y Le Ber asintieron.

Volvieron sobre sus pasos, dejaron la casa atrás, subieron una ligera pendiente y llegaron de nuevo al pequeño altozano. Además de la playa que tenían enfrente, en la que estaban el yate de Menn y el bote auxiliar de la patrullera, desde allí se veían tres más.

—Venga conmigo, Goulch, nosotros nos encargaremos de las playas de la izquierda. Le Ber, usted de la de la derecha.

Descendieron con cuidado por las escarpadas rocas.

Goulch y Dupin casi habían llegado a la primera playa (las dos estaban muy cerca), cuando oyeron gritar a Le Ber.

—¡Aquí! ¡Aquí!

Dieron media vuelta.

En menos de medio minuto estaban los dos resoplando al lado de Le Ber en una playa estrecha rodeada de rocas planas. También acudieron los dos policías jóvenes.

Le Ber estaba de cuclillas, inspeccionando la arena.

—Aquí hay huellas de pisadas. Ahí delante, de una persona que iba en esa dirección —dijo señalando ligeramente a la izquierda—, y allí de dos personas que venían en esta dirección.

No cabía ninguna duda. Dupin se levantó y siguió las huellas. Conducían al agua y se perdían en el punto en el que la marea mojaba la arena. Por el otro lado,

acababan en un pequeño campo lleno de piedras, detrás del cual empezaban las grandes rocas, que allí no eran tan escarpadas.

Dupin se pasó las manos por el pelo impetuosamente.

—Menn vino solo. Y también una segunda persona. Se reunieron en la casa abandonada, a saber por qué, y luego se fueron de la isla en la embarcación de esa segunda persona.

—A lo mejor se acercaron también a otro lugar de la isla.

Dupin y Goulch miraron a Le Ber.

—¿Por qué lo dice?

—Bueno, puede que no fueran solo a la casa. Quizá la casa no era el motivo principal para venir a la isla. Tal vez buscaban o uno de los dos buscaba algo. Alguna cosa enterrada o desenterrada.

—¿A qué viene eso?

Dupin estaba de los nervios.

—No sé. —Le Ber dejó vagar la mirada por el agua y murmuró—: En las islas ocurren cosas que no siempre se ajustan a la realidad que conocemos. Eso es archisabido.

Dupin suspiró.

—La policía científica tendrá que examinar la casa... y reconocer toda la isla meticulosamente. Tengo que hacer una llamada.

Se alejó unos metros. Quería hablar con Philippe Coz. Necesitaba saber si era cierto lo que creía saber. Marcó el número. Nada. Lo intentó de nuevo. Nada. Se quedó mirando la pantalla y después volvió con el grupo.

—Le Ber, no hay cobertura.

No pudo evitar que le saliera en tono de reproche.

—Suele pasar en las islas.

—¡Es increíble!

Así no se podía trabajar.

—Lo lamento, pero tampoco sé a quién podríamos llamar por radio.

Dupin creía que era imposible mantener conversaciones largas por radio. Pero Goulch lo había dicho en serio.

—Volvemos ahora mismo a Saint-Nicolas. Y, Goulch, llame por radio a la guardia costera. Que un helicóptero reconozca los alrededores de la isla.

Dupin se dirigió con paso decidido a la playa en la que se encontraban el yate de Menn y el bote auxiliar de la patrullera. Goulch y Le Ber lo siguieron. Cada pocos metros miraba con ira creciente el icono indicador de la cobertura. En vano. Y no hubo cambios mientras navegaban, ni siquiera al llegar al lugar desde el que había llamado a la ida. Era para tirarse de los pelos.

Las primeras barras de cobertura aparecieron poco antes de atracar en el muelle y, al cabo de un momento, todas. Dupin se abalanzó hacia la mesa de operaciones del Quatre Vents como si se dispusiera a hacer una redada.

—¿Qué hay?

Philippe Coz tenía una lista. Dupin se sentó a su lado. El agente era la calma en persona; sin pecar de lento, el ajetreo de sus compañeros no le afectaba. Era el mayor de todos con mucha diferencia, el veterano de la comisaría: le faltaban dos años para jubilarse. Con sus conocimientos, su precisión y, sobre todo, su sensatez, se ganó las simpatías de Dupin desde el principio.

—Acabo de repasarlo otra vez con Bellec. Leussot, el biólogo, ha estado en alta mar desde las nueve, a bordo de su barco, y ha vuelto hace media hora.

—Me interesa —dijo Dupin, pensativo, intentando calcular la hora de la última marea alta— el intervalo entre las doce y media y las cuatro. Quiero saber qué ha hecho Leussot desde que estuve con él y si ha tenido tiempo de ir a Brilimec.

—Dice que ha estado todo el día en el mismo sitio... donde ha ido usted a verlo esta mañana. No podemos comprobarlo.

—¡Pues qué bien!

Dupin se puso las manos en la nuca. Philippe Coz tenía razón.

Le Ber llegó a la mesa y se sentó.

—Continúe.

—El submarinista, el señor Tanguy, tiene visita, una delegación de arqueólogos marinos de Brest. Están aquí, en el Quatre Vents. Ahí, en la terraza. Los ha recogido en Concarneau a las tres.

—¿Y antes?

—Dice que estaba aquí, haciendo los preparativos. También ha pasado la noche en la isla, en su barca.

—¿A qué hora se ha ido?

—Hacia la una y media.

—¿Solo?

—Solo.

Genial. ¿Cómo iban a averiguar si había hecho una parada en Brilimec? Había tenido tiempo de sobra. Incluso para llevar a Menn a algún sitio. Como víctima, asesino o cómplice. Dupin empezó a tomar notas mientras Philippe Coz hablaba.

—¿El alcalde?

—Ha estado casi todo el día en casa, trabajando en el despacho...

—Lo sé.

—Sí, me ha dicho que ha ido usted a verlo esta mañana. Tenía un acto oficial entre las dos y las cinco en la guardería municipal. El señor Du Marhallac'h se ha mostrado muy cooperativo.

—¿Testigos?

—La maestra de la guardería, por supuesto. En cuanto al tiempo que ha pasado en el despacho, es más difícil saberlo. Él afirma que ha hablado varias veces por el teléfono fijo con su mujer, que está en Londres. Podemos comprobarlo.

—Fantástico.

Dupin no podría haber pronunciado la palabra con más sarcasmo.

—La hija pequeña de Solenn Nuz estaba con su novio en Quimper y la mayor ha estado trabajando todo el día aquí, en el Quatre Vents. Solenn Nuz ha ido al continente. Por lo visto, los martes y los viernes se dedica a hacer recados. Ha salido a las diez y media y ha vuelto hace una hora. Ha ido a Fouesnant, al ayuntamiento, y luego a Concarneau. Ha vuelto con varias bolsas grandes de la compra. Ha comido en el Amiral, lo hemos comprobado.

Al oír el nombre del Amiral, lo invadió un sentimiento momentáneo de felicidad.

—¿Y la señora Lefort?

—Bellec está hablando con ella.

—¿La señora Barrault, la instructora de submarinismo?

Philippe Coz echó un vistazo a sus notas.

—Por la mañana tenía un curso, hasta la una. Después ha comido en casa. Por la tarde ha navegado usted con ella. Luego ha hecho submarinismo. Acaba de llegar también, más o menos a la misma hora que Leussot.

—¿Dónde vive la señora Barrault?

—En una de las casas de tejado triangular, en la segunda...

—Las conozco... ¿Y le ha dicho que a mediodía ha estado sola en casa?

—Eso dice. Y que no cree que tenga testigos que lo confirmen.

Dupin sonrió. Aquel era un comentario típico de la señora Barrault.

—¿Y el viejo señor Nuz, el suegro de Solenn Nuz?

—Usted no dijo nada de Pascal Nuz, pero también he hablado con él. Es un poco... reservado. Por la mañana ha estado en el Quatre Vents, en la barra, leyendo los periódicos, y después en casa. A las cuatro ha salido a navegar en su barca, como todos los días, la nieta lo ha confirmado; ha ido a Les Moutons, donde están los bancos de caballa. Ha vuelto a las seis con un montón de pescado.

—Bien.

De repente se oyó una especie de fanfarria. Philippe Coz contestó enseguida la llamada.

—¿Sí? —Se volvió hacia Dupin—. Es Bellec. Tiene más información. ¿Quiere que ponga el manos libres?

Interpretó el titubeo de Dupin como una aprobación, pulsó una tecla y puso el móvil encima de la mesa.

—Bellec, te escuchamos todos.

—Buenos días, señor comisario. Yo...

A Dupin, la situación le pareció grotesca, no le gustaba nada hablar de esa manera.

—Dispare, Bellec.

Tenían que avanzar.

—Muriel Lefort ha estado todo el día en Saint-Nicolas, ha hecho muchas llamadas, entre otras, a su notario. Ha pasado la mayor parte del tiempo en su despacho, en la escuela de vela, pero también ha ido a casa varias veces. Y ha dado un par de paseos. La señora Menez ha estado media hora con ella a mediodía. Después se han visto otra vez en la isla de Penfret, en las instalaciones de la escuela. Más o menos a las seis y cuarto.

Eso también era impreciso en parte y costaría confirmarlo con testigos. Lo que estaba claro era que a cualquiera que estuviera en las islas le habrían bastado tres cuartos de hora para cubrir el episodio Brilimec, dependiendo, claro está, de lo que le hubiera ocurrido a Menn...

—La señora Lefort está muy preocupada porque ahora es la principal sospechosa y porque han vuelto a interrogarla después de haber hablado con usted, señor comisario. Le he asegurado que son investigaciones de rutina.

Seguro que estaba intranquila. Pero, sinceramente, eso era lo que menos le importaba a Dupin en esos momentos.

—¿Y la secretaria, la señora Menez?

—La señora Menez ha puesto cara de compungida, aunque ha contestado con aplomo. Hoy ha tenido varias entrevistas en la oficina con distintos monitores de vela. Como ya le he dicho, a mediodía ha estado con la señora Lefort en su casa. Luego ha comido en el Quatre Vents y después ha tenido reuniones de trabajo con los encargados del alojamiento en Cigogne y Penfret.

—¿A qué hora han empezado las reuniones?

—Una, a las dos y media, y ha durado hasta las cuatro, y la otra, de cinco a seis y media. La señora Menez sigue en la isla de Penfret.

Dupin lo anotó minuciosamente.

—¿A qué hora ha ido a Cigogne? Es decir, ¿cuánto tiempo después de comer?

—Según ha declarado, después de comer pasó un momento por casa. Y salió hacia las dos y cuarto.

—¿Puede confirmarlo alguien?

—Aún no. Tenemos que comprobarlo.

A Dupin lo sacaba de quicio que toda esa información no los hiciera avanzar ni un poco.

—Compruébelo, Bellec.

Philippe Coz colgó.

—¿Quiere que comprobemos más declaraciones, comisario?

Dupin lo pensó. Philippe Coz y Bellec habían hecho un buen trabajo en muy poco tiempo, por mucho que los resultados de la operación parecieran magros en ese momento.

—No hace falta, gracias.

Seguían siendo muy astutos. Todos habían tenido la posibilidad de hacer una excursión a Brilimec. Haría falta mucha, muchísima casualidad para que hubiera testigos. Y seguramente sería imposible acotar el margen de tiempo en cuestión.

—He hablado otra vez con la mujer de Menn, cuando nos hemos enterado de que había venido a las Glénan. Le he preguntado si se le ocurría algo en relación con Brilimec.

Philippe Coz lo arrancó de sus pensamientos. Había tenido una buena idea.

—Pero nada. Nada de nada.

Dupin se levantó bruscamente.

—Este caso me revienta.

Le Ber intervino por primera vez.

—Goulch se encarga de la policía científica en Brilimec. Ha vuelto a la isla. Puede que encuentren huellas en la casa.

—Puede.

Dupin notaba que los pensamientos empezaban a cobrar vida propia. Se alejó unos metros. Tenía unas cuantas hipótesis, algunas más concretas, pero la imagen global todavía era borrosa. No daba con el meollo.

Miró la hora. Eran casi las ocho de la tarde. Estaba en pie desde las cinco de la mañana y el día tardaría en llegar a su fin.

Desde ese lado del Quatre Vents se disfrutaba de las vistas del oeste, lo cual significaba que se podía ver la puesta de sol. Pero esa noche, no. La banda de nubes se aproximaba peligrosamente, se concentraba formando un frente nuboso gigantesco, monstruoso, seguramente a menos de diez kilómetros. Negro como la pez. Entonces se dio cuenta de que no solo había refrescado, sino que unas fuertes ráfagas de viento azotaban las islas. No obstante, eso no significaba nada en la Bretaña, lo sabía por experiencia, ya no era un principiante. Miró el mar. Se veían crestas de espuma blanca. Y olas de verdad. Todo había sido muy rápido. En el camino de regreso de Brilimec a Saint-Nicolas no se había fijado en nada. Pero habían navegado siempre por la *Chambre* y él no paraba de mirar el móvil.

Respiró hondo unas cuantas veces.

—¿Y dice que Kilian Tanguy está en el Quatre Vents?

—Sí, en la terraza.

—Voy a charlar un poco con él.

—Ya se lo he dicho: tiene invitados. Arqueólogos marinos.

—Mejor.

Dupin casi no reconoció a Kilian Tanguy vestido con vaqueros y una sudadera estampada, en vez de un traje de neopreno, con el pelo y la cara secos. Si supo que era él fue sobre todo por la forma de la cabeza: como un huevo. Era calvo (el poco pelo que le quedaba, muy corto y negro, sin una sola cana, empezaba a la altura de las orejas); tenía la nariz protuberante y los ojos vivarachos. Estaba con otros seis hombres, todos más o menos de su edad.

—Buenos días, señores, soy el comisario Georges Dupin, de la policía de Concarneau. He venido a hablar con el señor Tanguy, pero he sabido que son ustedes arqueólogos marinos y me gustaría hacerles unas preguntas también.

Lo dijo con voz profunda y firme, sabía que nunca fallaba.

—Usted es el policía de París, ¿verdad?

Dupin estaba harto de contestar a esa pregunta.

Un hombre muy alto de cara aniñada lo miraba con curiosidad, como el resto del grupo.

—¿Sabía que París se llama así por la legendaria ciudad desaparecida de Ys? — prosiguió enseguida el hombre, en tono solícito—. ¡Par-Ys! Por la Atlántida bretona, inmensamente rica y espléndida, que adoraba al océano como único dios y le dedicaba ceremonias opulentas. El reino de Gradlon, de su hija Dahut, la prometida del mar, y su caballo mágico, Morvarc'h, ese reino es el símbolo de la Bretaña libre. ¡Ys estaba frente a la costa de Douarnenez! Existen datos arqueológicos que lo demuestran y hay que tomárselo muy en serio.

Dupin no lo sabía. Y tampoco sabía que, al final, resultaba que también París era bretón. Afortunadamente, Kilian Tanguy intervino en ese momento.

—En eso estamos todos de acuerdo, señor comisario. Está usted ante un grupo de ilustres arqueólogos marinos de la Universidad de Brest que colabora amigablemente con el pequeño grupo que se reúne en el club. ¿En qué podemos ayudar a la policía?

En su voz había algo de picardía. Una picardía simpática.

—¿Saben algo de búsquedas actuales de tesoros por aquí, en la costa? ¿Han oído algún rumor?

Los submarinistas se miraron, impasibles. De nuevo contestó Kilian Tanguy.

—¿Cree que el móvil de los tres asesinatos es la búsqueda de un tesoro? —dijo con orgullo.

—Es solo una de las líneas de investigación que hemos abierto, nada más.

—No sé nada de hallazgos espectaculares. Ni siquiera he oído rumores — respondió Tanguy, y prosiguió en un tono mucho más serio—: Pero sepa usted, señor comisario, que nosotros no buscamos piedras preciosas, sino que, como nosotros mismos decimos, ¡nos sumergimos en busca de madera! La arqueología marina tiene



otros objetivos. Por ejemplo, localizar asentamientos del Mesolítico. En Brunec se erigió un dolmen hacia el año cuatro mil antes de Cristo. También se levantaron monumentos funerarios en Saint-Nicolas y en Bananec. Es muy poco lo que se sabe de esa cultura. La mayoría de los restos están sumergidos en el agua desde hace mucho tiempo.

Al llegar a ese punto, casi puso cara de indignación.

—¡El nivel del mar ha subido cien metros en los últimos mil años! ¡Cien metros! Hace milenios, los británicos, ¡Dios nos libre de ellos!, podían llegar a Francia sin mojarse los pies... Y si tenemos algún interés en los barcos hundidos, es solamente para poder estudiar aspectos de la construcción naval y las técnicas de navegación de la época.

Una sonrisa dulce, pícara, se dibujó de repente en su cara.

—El año pasado se encontraron dos barcos hundidos, uno del siglo diecisiete y el otro, del siglo veinte. En el del siglo diecisiete hallaron monedas de plata. El otro no tenía nada espectacular. A unos treinta kilómetros de aquí, hacia el sur.

Tanguy pronunció las últimas frases con franca alegría.

—¿Y no hay ningún barco documentado del que se sepa que está por aquí cerca y todavía no se haya encontrado?

Lo miraron todos, sorprendidos. Tanguy fue de nuevo el encargado de contestar.

—Más de dos docenas... en un radio de tan solo cincuenta millas marinas. Y hay documentos que indican que al menos una docena de ellos transportaban cargas de mucho valor. Es muy probable que dos llevaran a bordo gran cantidad de oro.

—¿Se sabe que hay dos barcos cargados de oro en los alrededores?

Dupin estaba perplejo.

—No se figure lo que no es, las cosas son más complicadas de lo que parece. Es como buscar una aguja en un pajar... Pero en un pajar peligroso, salvaje.

—Entonces ¿ninguno de ustedes sabe si alguno de los tres muertos buscaba un tesoro concreto? Es lo que me interesa para la investigación.

—No. No, ni la menor idea.

A Dupin le habría gustado saber si alguno de los submarinistas tenía algo que añadir. Por lo visto, no.

—Gracias, señor Tanguy.

Estaba saturado de historias (por emocionantes e instructivas que fueran). Y, sinceramente, todas las conversaciones sobre el tema acababan en un callejón sin salida, como el resto de la jornada. Sin embargo, una cosa estaba clara: si los tres muertos estaban sobre la pista de algo grande, habrían hecho todo lo posible para que nadie se enterara. Y si alguien se había enterado de algo y ese era el motivo del crimen, no diría nada... porque sería el asesino.

Además, no conseguía concentrarse, no paraba de pensar en lo que le habría

sucedido a Menn en la isla. Le daba muy mala espina.

—Me gustaría...

Un ruido lo interrumpió bruscamente. Una fuerte ráfaga de viento había tirado mesas y sillas en el Quatre Vents. El golpe de viento trajo consigo cuatro gotas gordas de lluvia. Al instante se desató una gran actividad. Los arqueólogos marinos, tranquilos hasta entonces, se levantaron de repente. Uno acudió sin demora en ayuda de una pareja de jóvenes a los que se les había volcado la mesa con todo lo que había encima. Tanguy y los demás recogieron las cosas de la mesa y las llevaron rápidamente al bar. Todos se movieron con rapidez y exactitud, pero sin perder la calma.

—Ya está aquí.

Dupin se volvió. Solenn Nuz salió a la puerta del bar.

Miraba sin inmutarse. Louann Nuz apareció detrás de ella, se deslizó a su lado con agilidad felina y se ocupó de las mesas.

—Llevo todo el día esperándolo. El temporal. Se ha tomado su tiempo.

Lo dijo con toda la tranquilidad del mundo.

Dupin seguía inmóvil en el mismo sitio, como si todavía estuviera allí el grupo de arqueólogos. Solenn Nuz levantó la vista al cielo.

—Arreciará, y mucho.

Volvió al bar.

La borrasca, de apariencia apocalíptica, se aproximaba a las islas a toda velocidad. El cielo estaba negro en el sur y en el oeste. Solo hacia el este, muy a lo lejos, se veía una franja de luz. Fue todo muy repentino, como un asalto. Empezó a llover a cántaros y la temperatura cayó en picado en unos minutos.

—Hoy tenemos *cotriade*.

Dupin estaba en la barra. Al otro lado, Solenn Nuz servía vino de distintas botellas en toda una hilera de vasos a un ritmo imponente. A la derecha del comisario, uno de los arqueólogos marinos del grupo de Tanguy, el de más edad, esperaba el pedido. A la izquierda, Le Ber y Philippe Coz. El suegro de la señora Nuz estaba sentado al final de la barra.

Dupin seguía aturdido. Unos momentos antes disfrutaban de un ambiente veraniego en la terraza y ahora daba la impresión de que estaban en un observatorio solitario, aislados del resto del mundo. En la enorme chimenea de piedra ardía el fuego (Dupin no se había fijado nunca en ella, aunque ocupaba mucho espacio en un rincón del local). Fuera se oían el rugido de la tempestad y el azote de la lluvia, pero, sorprendentemente, como un mero ruido de fondo ahogado, que incluso resultaba placentero. Era agradable estar allí (aunque el comisario estaba de un humor de perros bastante desagradable), pero a la vez le parecía un lugar extremadamente

reducido, una curiosa paradoja.

—Es nuestra tradición, señor comisario: cuando se acerca una tormenta, siempre hay *cotriade*. Levanta el ánimo. ¿Quiere probarla?

A Dupin le preocupaban otras cosas, tenía que hacer un par de llamadas urgentes. Quería seguir varias pistas, sin falta. De todos modos, no podía ocultar que en algún lugar recóndito de la cabeza le rondaba una pregunta: la *cotriade* necesitaba muchas horas de cocción y, por lo tanto, Solenn Nuz tenía que haber empezado a prepararla mucho antes. ¿Cómo podía saber con tanta certeza que se avecinaba una tormenta cuando él mismo habría jurado que se acercaba un anticiclón? No obstante, había asuntos más graves: tendrían que suspender la búsqueda de Menn a causa de la tormenta. Y peor todavía: ¿qué pasaría con las huellas? ¿Con Salou y su equipo? No podrían seguir trabajando. Se preguntó dónde estarían... también Goulch y sus hombres. ¿Habrían encontrado un refugio provisional en Brilimec? ¿Y el helicóptero? Además, si el doctor Menn se había dado a la fuga, por la mañana se habría esfumado... y si estaba en peligro, seguramente llegarían tarde.

Solenn Nuz interpretó erróneamente el silencio y la expresión de Dupin.

—¡Ah, claro! —dijo sonriendo con dulzura—. Usted es nuevo... La *cotriade* es la caldereta de pescado típica de la Bretaña.

Dupin sabía lo que era. Calculó que comía *cotriade* más o menos una vez al mes desde hacía cuatro años, eso hacía un total de treinta y cinco o cincuenta *cotriades*. Era uno de sus platos favoritos. Pero estaba tan ausente que ni protestó.

—¡En el sur nos la copiaron con la bullabesa! ¡La sirven con un poco de salsa *rouille* y en un abrir y cerrar de ojos la elevan a plato nacional!

El arqueólogo marino, un hombrecito al que Dupin le calculaba cincuenta y muchos años, tenía una voz de pato que no encajaba con la expresión indignada de su cara cuando intervino.

—Pero ¡la *cotriade* es la original! Un mínimo de ocho clases de pescado, ¡además de crustáceos y moluscos! Puerro, patatas bretonas, mantequilla bretona. ¡Y hierbas! ¡Laurel! ¡Flor de sal! En Marsella solo ponen seis clases de pescado —dijo con verdadero desprecio—. La inventaron las mujeres de los pescadores. La preparaban de noche con el pescado y los trozos de pescado que sus maridos no habían podido vender en el mercado por la mañana. Se ponen en el plato unos trozos de pan fritos en mantequilla, se vierte el caldo encima y se añaden trozos de pescado, crustáceos y moluscos... Y luego, el toque definitivo: se corona todo con una salsa succulenta. ¡Una receta secreta en cada casa! Usted...

Dupin lo interrumpió.

—Tengo que hablar urgentemente con mis compañeros. Si me disculpan...

Solenn Nuz lo miró y le dedicó una sonrisa comprensiva.

Dupin les hizo una señal a Le Ber y a Philippe Coz, que lo siguieron. Dio unos

pasos en dirección a la puerta, pero cayó en la cuenta de que salir fuera no era buena idea. Tendrían que quedarse dentro. Sin embargo, aunque apenas la mitad de las mesas estaban ocupadas, había mucho ruido para llamar por teléfono, por no hablar de poder hacerlo con discreción. No estarían solos ni en la cocina.

—Vamos al anexo, seguro que la señora Nuz no tiene ningún inconveniente. Voy a preguntárselo.

Le Ber había tenido una buena idea. Dupin se dirigió a la puerta que daba al anexo y Le Ber volvió a la barra para hablar con Solenn Nuz.

Antes de abrir la puerta, miró un momento a Le Ber, que le hizo un gesto afirmativo con la cabeza. Dupin tiró con fuerza del pomo de hierro y entró.

Se llevó tal susto que estuvo a punto de retroceder. En el anexo de madera se oía un ruido ensordecedor. Le Ber y Philippe Coz estaban a poca distancia detrás de él. La iluminación era mucho más débil que en la otra sala.

—La señora Nuz dice que podemos usar el anexo, pero no nos lo recomienda. Dice que no entenderemos una palabra de lo que digamos.

—Es absurdo. Tenemos que hacer llamadas.

El mal humor de Dupin empeoraba por momentos. No podían perder más tiempo.

Se dirigió al otro extremo del anexo con la esperanza de que hubiera menos ruido. Se pegó a la pared de piedra maciza del antiguo edificio. Una esperanza vana. El fragor furibundo de la tempestad y el azote de la lluvia no solo se oían en todo el edificio como si estuvieran al aire libre, sino que daba la impresión de que el cobertizo de madera fuera una caja de resonancia que amplificaba el ruido. Terco como era, sacó el móvil. Marcó el número de Nolwenn. En vano. Otra vez. De nuevo en vano. Se acercó el móvil a los ojos. Nada. Ni una sola barra. Nada. Ni la menor señal. No había cobertura. Por la tormenta.

No lo había pensado. La situación era insostenible.

—Habrà que recurrir al teléfono fijo de Solenn Nuz.

Nadie dijo nada. Unos segundos después, habló Le Ber.

—Aquí no hay red de telefonía fija, comisario.

—¿Qué?

Lo dijo en voz tan baja y tan cohibido que nadie lo oyó. Dupin estaba estupefacto.

—Es imposible, tiene que haber teléfonos fijos.

—Aquí nunca han tenido, jefe. Haría falta una inversión enorme... para un puñado de gente.

Dupin se dio por vencido. No cabía mayor desastre. Por muchos motivos. ¿Y si encontraban a Menn en algún lugar del continente y tenía algo crucial que contarles? ¿Y si Labat había descubierto algo relevante al interrogar al alcalde? Y lo que era más importante: ¿y si había nuevos resultados en el registro de los discos duros que habían intervenido? Se encontraba en un momento crítico de la investigación, tenía

que estar localizable y poder localizar en todo momento a quien necesitara localizar.

—Entonces hay que volver al continente. No queda otro remedio.

Le Ber intentó tranquilizarlo.

—No va a ser posible. No podemos salir de la isla con semejante tormenta.

—¿Qué? ¡Esto es increíble!

—Solo podemos hacer una cosa, aunque nos cueste: esperar. Hay que esperar. Cada cual en su isla. Nosotros aquí, Bellec en Cigogne y los otros en Brilimec.

—¿Cuánto tiempo?

Los esfuerzos de Le Ber por decírselo lo más suavemente posible eran visibles.

—No parece que vaya a escampar pronto. —Después se esforzó por cargar de esperanza la siguiente frase—. Pero nunca se sabe. Es difícil hacer pronósticos meteorológicos en la Bretaña.

—¿Cuánto tiempo?

—Hasta que podamos irnos sin correr peligro... probablemente a medianoche. O mañana a primera hora.

—¿Mañana a primera hora?

Dupin casi no podía hablar.

Poco a poco iba comprendiendo la situación. Y era mucho más grave de lo que había supuesto en el primer impacto.

Estaban incomunicados en el archipiélago. Cautivos. Aislados del mundo, pasara lo que pasase, ocurriera lo que ocurriese. Aunque surgiera una emergencia médica, aunque se perpetrara otro asesinato. Ellos no irían al continente y nadie llegaría del continente. Entonces comprendió lo que significaban las palabras que había oído tan a menudo los últimos dos días: «Las Glénan no son tierra firme, son una nada en medio del mar». Como para resaltar esa idea, una violenta ráfaga de viento azotó la estructura de madera, que empezó a crujir y a chirriar.

Dupin iba a decir algo, pero no abrió la boca. Estaban perdiendo unas horas decisivas.

Le Ber y Philippe Coz estaban visiblemente preocupados por el comisario. Dupin agachó la cabeza y se dirigió a la puerta. La abrió con mucha lentitud y se quedó en el umbral. La clientela había aumentado considerablemente en los últimos minutos, todo el mundo estaba empapado. Vio caras que no conocía, pero también a la señora Menez, a Muriel Lefort y a Marc Leussot. Todos buscaban refugio. Y tenían hambre. Leussot seguramente venía de su barco y la señora Menez habría conseguido llegar hacía poco de Penfret. Ninguno de los tres lo vio.

Solenn Nuz le dirigió desde la barra una mirada difícil de interpretar, que probablemente significaba algo así como: «No se lo tome tan a pecho». Luego sonrió con su sonrisa tranquila y a la vez afable. Dupin se acercó.

—Estamos incomunicados.

—Lo sé. Y usted no puede hacer nada. Es probable que dure.

—¿Qué quiere decir? ¿Cuánto puede durar?

—Toda la noche, seguro. Pero no más, creo.

Dupin estaba tan abatido que no respondió.

—La señora Lefort les procurará alojamiento para pasar la noche. Tiene otra casa al lado de la suya, con dos pequeños apartamentos. En uno vive la señora Menez y en el otro aloja a veces a sus invitados.

Dupin estuvo a punto de rechazar la oferta. Era grotesco: tampoco se le había ocurrido pensarlo, pero en algún sitio tendrían que dormir, aunque solo fuera unas horas.

Le Ber y Philippe Coz se habían sentado a la última mesa que quedaba libre.

—Mira por donde, el señor comisario también se ha quedado varado en las islas.

Marc Leussot se plantó a su lado inesperadamente. Dupin no lo vio acercarse. Todavía llevaba los mismos pantalones cortos desgastados que a mediodía y la misma camiseta. Le dio la impresión de que hacía días que había tenido la entrevista con él en el barco.

El comisario no estaba de humor para charlas, pero precisamente tenía unas cuantas preguntas que hacerle al biólogo marino. Leussot siguió hablando antes de que Dupin pudiera ordenar las ideas.

—¿Ya ha aparecido Menn?

Dupin se sobresaltó.

—¿Sabe que ha desaparecido?

—Hace unas horas han informado en todos los medios de que se había iniciado una operación de búsqueda. Suelo oír la radio en el barco.

Claro. La mayoría se habría enterado. Aunque la señora Lefort no parecía saberlo cuando habló con ella. Ni tampoco Tanguy.

—Sí, buscamos al doctor Menn.

—¡Qué mierda de caso!

—¿Tiene alguna idea de lo que le puede haber pasado a Menn?

—Se lo habría dicho, créame. Esto es muy serio.

—Hablando de cosas serias. No me ha dicho que se peleó con Lefort no hace mucho.

—No es ningún secreto. Y creo que le he dicho con toda claridad lo que opinaba de él.

—¿Hay más cosas que no me haya contado porque no le parecían importantes?

Leussot se rió, con una risa profunda, regia.

—De acuerdo. Y yo... que soy sospechoso múltiple...

De repente se oyó un estampido sordo. Alguien intentó abrir la puerta por fuera y una ráfaga de viento terminó de abrirla con violencia. Anjela Barrault se precipitó en

el bar: una escena divertida y a la vez dramática. Cerró la puerta con energía, se quedó quieta un momento y sonrió a todo el mundo. En vez del traje de buzo llevaba unos vaqueros y una cazadora. Estaba calada hasta los huesos.

—Por poco.

No lo dijo con coquetería y, conociéndola como la conocía, no exageraba: había escapado por los pelos de una muerte segura en el mar.

Las cosas se desarrollaban como si fueran escenas de una novela. Dupin lo habría encontrado divertido si la situación no hubiera sido tan grave. Una pequeña isla incomunicada del mundo, en medio de una tormenta atronadora, en una casa vieja que crujía y se había convertido en una cárcel, en la que todos pasaban la noche en vela junto al fuego de la chimenea. Y en el transcurso de esa escena ocurrían cosas misteriosas. Tal vez un crimen o un asesinato. Lo cierto era que la mayoría de los sospechosos estaban presentes.

A Leussot, la entrada de Anjela Barrault no le fascinó tanto: más bien parecía esperar la continuación del pequeño pulso retórico que mantenía con el comisario. Pero a Dupin se le pasaron las ganas de seguir con la conversación.

—Tengo que hablar con mis compañeros. Si me disculpa, señor Leussot...

Se fue de la barra sin esperar respuesta y se abrió paso entre las mesas. Observó a la señora Lefort y a la señora Menez, que estaban sentadas al fondo, en un rincón, y lo saludaron tímidamente con un gesto. Las acompañaba Solenn Nuz. Dupin supuso que estaban hablando de dónde alojarlos, a él y a sus compañeros. Se sintió incómodo. Anjela Barrault, que se había sentado a la mesa de al lado, también lo vio y le dirigió una mirada enérgica.

El comisario se sentó con los otros dos policías.

—Pensábamos... cenar algo —dijo Le Ber con cautela, como si primero quisiera tantearlo.

Aunque Dupin lo consideró en cierto modo inoportuno, él también tenía un hambre atroz y, además, ¿qué podían hacer? Quisieran o no, estaba claro que pasarían la noche en la isla. Y ese era el único sitio en el que se podía comer algo. Allí no había ningún Amiral. Allí no había nada.

—Bien.

Fue un «bien» huraño, pero aceptable. Le Ber puso cara de alivio. Philippe Coz se levantó en el acto. Le Ber hizo lo mismo al cabo de un instante.

Hablaron los dos a coro.

—Vamos a buscar una *cotriade*. ¿Quiere que le traigamos una, comisario?

Dupin aceptó (refunfuñando solo un poco). Sobre todo por su estómago.

—Le Ber, pida también una botella de vino tinto. Pinot noir frío.

Era lo mejor para el pescado.

A Le Ber le brillaron los ojos, pero procuró disimularlo.

Se pusieron los dos a la pequeña cola que se había formado en la barra.

Dupin cayó en la cuenta de una cosa fantástica: si no estaba localizable en toda la noche, tampoco podría localizar a nadie, ¡ni siquiera al prefecto! No pudo evitar que se le escapara una sonrisa.

Por lo visto, Philippe Coz y Le Ber decidieron que se quedara uno solo en la cola. Le Ber volvió y se sentó derecho a la mesa.

—¿Qué hacemos ahora, jefe?

—La mayoría de los sospechosos están aquí. Va a ser una noche interesante, Le Ber. —Dupin hizo una pausa—. Es cuestión de aguzar la vista y el oído, puede que el asesino o la asesina esté a tan solo unos metros de nosotros. Igual que la otra noche...

Le Ber miró alrededor con disimulo.

—¿Sospecha de alguien en concreto?

Dupin se echó a reír.

—Propongo que, después de cenar, nos sentemos todos a una mesa.

—¿Cree que es una buena idea?

—Ya veremos.

Dupin se notaba raro, aunque se debía en parte a su preocupante hipoglucemia.

Philippe Coz volvió con una gran bandeja en la que llevaba una botella de agua, vino y tres vasos.

—La bebida. La señora Nuz nos traerá las *cotriades*.

—Muy bien.

Dupin reconoció finalmente que de verdad tenía mucha hambre. Cogió la botella de vino, les sirvió un vaso a Le Ber y a Philippe Coz, luego se sirvió él, brindó, «*Yec'hed mat*» (siempre lo decía con mucho orgullo) y vació el vaso de un trago. Los otros también se concentraron en el vino. Había sido un día largo para todos. Nadie dijo nada.

No tuvieron que esperar mucho hasta que Solenn y Louann Nuz les llevaron dos bandejas con tres platos de cerámica llenos de *cotriade*, varios cuencos con pan frito (¡en mantequilla salada!), y la «salsa secreta». En principio se trataba de una vinagreta, cuya receta variaba en cada familia, pueblo y región. Antes de probar un solo bocado, Dupin se bebió el segundo vaso de vino tan deprisa como el primero. Entonces se acordó del chiste de Le Ber: en las Glénan, las botellas son, por desgracia, más pequeñas de lo normal.

Dupin se encontraba mucho mejor. La caldereta de pescado (prohibido llamarla «sopa») olía de maravilla. Dupin reconoció sus pescados favoritos: rape, lubina, salmonete, dorada, abadejo, bacalao, merluza y lenguado. Y también sus moluscos favoritos: chirlas, vieiras, mejillones, almejas finas y, lo mejor de todo, almejas rubias. Además, langostinos de varios tamaños y cangrejos. Era realmente un plato hondo enorme, en el que se elevaba una montaña imponente. Se dio más prisa de lo



que pretendía en tirar la salsa encima del pescado y de las patatas. Y comió. Saboreó el mar entero. Increíble. El pescado, pero sobre todo el caldo, un concentrado que había hervido horas y horas.

Se dio cuenta de su descortesía: no se había fijado en que la señora Nuz seguía a su lado en silencio. Vio que el plato les gustaba.

—Discúlpeme, señora. Está deliciosa, increíble. Es la mejor *cotriade* que he comido en mi vida... Y he comido unas cuantas.

Cuando bebía vino, como ahora, podía ocurrir que, sin darse cuenta, el comisario Dupin formulara frases con cierta carga de patetismo. De lo que sí se dio cuenta fue de que, a partir de ese momento, tenía que beber con más precaución.

—He hablado con la señora Lefort. Pueden disponer del apartamento esta noche. Solo tienen que concretar los detalles con ella.

—Es usted muy amable, se lo agradezco mucho.

La señora Nuz dio media vuelta para irse.

—Disculpe, señora Nuz, quería pedirle una cosa.

Se volvió enseguida.

—Pues claro.

—Le parecerá raro, pero ¿cree que podríamos sentarnos todos juntos? Los habitantes de la isla y los clientes habituales. Cuando acabemos de cenar.

La señora Nuz asintió, esbozando su sonrisa característica.

—Lo mejor será que vengamos todos a su mesa, señor comisario.

—De acuerdo.

Solenn Nuz volvió a la barra. Dupin se concentró de nuevo en la caldereta de pescado y en el tercer vaso de vino, prometiéndose que sería el último de la noche.

Se comieron la *cotriade* hasta dejar limpio el plato (las raciones eran verdaderamente generosas). Sin decir esta boca es mía. Con devoción. Un poco felices a pesar de que la situación era tensa.

Cada dos o tres minutos se oía un golpe violento. En intervalos irregulares, pero nunca muy largos. Sonaban como si algo grande, enorme, sacudiera la parte de atrás del edificio. Eran golpes sordos, pero los acompañaban unos ruidos metálicos agudos, imposibles de clasificar.

La tormenta arreció en la última media hora. El viento alcanzó velocidades demenciales. También había aumentado el ruido sobre el interior del edificio de piedra, donde ahora era casi tan atronador como en el anexo de madera. Dupin se levantó y se dirigió a la puerta. Quería echar un vistazo fuera, sin haber recapacitado en las consecuencias. «¡No haga eso!», le gritó Solenn Nuz en el último momento. Lo dijo cordialmente, pero la escena fue penosa. Dupin recordó cómo había entrado Anjela Barrault en el bar... Y comprendió lo que pasaría si entraba una ráfaga de

viento por la puerta abierta. Se acercó a la pequeña ventana que quedaba a la derecha y miró fuera. No vio nada. Ni un fragmento de mundo. Nada. Solo un agujero negrísimo. La vista no alcanzaba más allá de unos pocos centímetros. Al fijarla en el cristal, daba la impresión de que en el exterior hubiera alguien regando la ventana con una manguera a presión: el agua caía a chorros. Dupin nunca había visto una tormenta tan fuerte. Estaban a merced del temporal, protegidos únicamente por unos viejos muros. El ambiente había cambiado, la tempestad destrozaba los nervios. En las mesas se oían pocas voces y conversaciones. Incluso los arqueólogos marinos, que al principio eran los más alegres con diferencia, se habían calmado considerablemente. Los habitantes de aquel pequeño mundo eran los únicos a los que no parecía afectarlos, sobre todo a Solenn Nuz.

Habían juntado unas cuantas mesas cuadradas para poder sentarse todos juntos. Estaban muy estrechos. A la derecha de Dupin, Solenn Nuz, con Leussot al lado. A la izquierda del biólogo marino, Anjela Barrault, con Le Ber al lado. Casi enfrente, la señora Menez y Louann Nuz. Delante, Muriel Lefort y, al lado, Tanguy y Philippe Coz.

—¿Qué son esos golpes?

Se notaba que Le Ber estaba tenso.

—Cuando hay tormentas tan fuertes, a veces ocurren cosas extrañas —dijo Leussot sonriendo con sorna.

—Es la mano codiciosa de Groac'h, que llama a la puerta. —Kilian Tanguy, que de repente hablaba en un tono descarado que no parecía propio de él, se sumó a la diversión—. O la llamada que precede a la voz ancestral de un ser invisible. Si pronuncia tu nombre, no tienes elección. Te lleva a la bahía de los Difuntos. Allí, en las profundidades del mar, te espera una barca que parece muy cargada, pero está vacía. La barca de los muertos que esperan iniciar la travesía. Se iza una vela por arte de magia y tú te encargas de poner rumbo a la isla de Sein. Las almas desembarcan en cuanto llegan a la isla. Es posible que te permitan regresar con tu familia. El recuerdo se convertirá en una sombra, pero nunca serás el mismo.

Tanguy hizo una mueca, abrió mucho los ojos y prosiguió.

—Y ese sería un destino feliz. Si tienes mala suerte, quien llama es el tenebroso Ankou, el mensajero de la muerte, el guardián de los camposantos, un esqueleto envuelto en un manto negro, que empuña una guadaña. En noches como estas se oye chirriar el carro en el que recoge a los muertos.

Leussot y Tanguy actuaban como un dúo tétrico.

—O son los propios muertos, las almas perdidas, que te llevan astutamente al otro lado de la luz. En noches de tormenta fingen ser marineros en apuros para atraer a los vivos al mar.

Dupin conocía esas historias, no todas (eso era imposible), pero sí muchas. Se

contaban en el tormentoso fin del mundo desde hacía siglos, milenios, y seguían siendo «reales». Ni la cultura romana, ni la cristianización, ni la Edad Moderna, la Ilustración o cualquier otra innovación pasajera habían conseguido cambiarlo. Los grandes Festivals Paroles, en los que los narradores recitaban dramáticamente antiguas epopeyas, sagas, mitos y leyendas, estaban en auge desde hacía unos años. Pocas cosas había más típicas de los bretones que las leyendas, pero Dupin creía que la forma maravillosa que tenían de suavizar el horror de esas historias en la vida aún era más típico de ellos. Encontraban ritos prácticos y muy suyos (a menudo, deliciosos) para suavizar el espanto e integrarlo en la vida. Por ejemplo, el día de Todos los Santos preparaban crepes, muchísimas, para las almas perdidas.

Se notaba que a Le Ber no le hacían mucha gracia esas historias. Philippe Coz también ponía cara de angustia... y Dupin tuvo que reconocer que, en lugares como ese y en semejantes circunstancias, esas historias afectaban mucho más que de costumbre.

Por suerte, Leussot cambió de tema.

—Cuando se haga de día veremos qué provoca ese ruido. No estamos en peligro, créannos. Es muy normal.

Lo dijo en serio, para tranquilizarlos, y Le Ber se relajó un poco, aunque no quedara claro a qué se refería exactamente con «muy normal».

Dupin había puesto muchas esperanzas en la idea de reunirlos a todos a una mesa. Sin embargo, las conversaciones se desarrollaban con muchísima lentitud. Mejor dicho, excepto por las intervenciones del dúo del terror, nadie había mantenido una conversación desde que se habían sentado juntos. De vez en cuando, alguien decía algo, pero nadie contestaba. La mayoría estaban callados, incluso los que normalmente hablaban mucho. Y Dupin no se veía en condiciones (ni físicas ni psicológicas) de efectuar una especie de «interrogatorio en grupo» ni de avivar la conversación. Había tenido una idea ridícula. Seguro que el silencio también se debía a que ninguno de los presentes sabía con qué intenciones los había reunido el comisario. Se había creado una situación artificial.

—¡Y Lucas Lefort quería construir un paraíso turístico aquí!

Leussot se echó a reír. Nadie lo secundó. El comentario sonó macabro.

—Mi hermano salió a navegar con una tormenta como esta —dijo de repente Muriel Lefort, sin patetismo.

Esa frase tampoco tuvo eco al principio.

—Ya van unos cuantos que zarparon en plena tormenta para llegar al continente. Creían que lo controlaban todo.

Era la primera vez que Anjela Barrault decía algo.

—Pero no les habían suministrado sedantes.

Leussot habló en tono agresivo. La mirada se le ensombreció un momento. Dupin

recuperó la esperanza, había apostado precisamente por eso. Esperó. Pero no pasó nada. Leussot se controló y no dio la impresión de que alguien quisiera replicar.

—¿Cuántas veces ha ocurrido que alguien zarpara de aquí demasiado tarde?

Era consciente de que había formulado la pregunta con mucha torpeza. Sin embargo, no le importó. Quizá obtuviese algún resultado.

—La mayoría eran navegantes que hicieron escala en las islas con su velero y subestimaron la situación. Hace cinco años, un panadero de Trégunc que conocía muy bien el mar —explicó Tanguy, que parecía afectado—, mal asunto, hacía las mejores baguettes en kilómetros a la redonda.

—El caso más trágico fue el de la sobrina del director del Instituto, De Berre-Ryckeboerec. Se llamaba Alice. Hace tres años, con su marido. Recién casados. Y también —dijo Muriel Lefort mirando un momento a Solenn Nuz— Jacques, claro, hace diez años.

—¿La sobrina de De Berre-Ryckeboerec? —intervino Dupin.

—Sí. Fue un drama. Iba camino de convertirse en regatista profesional. Estaba muy preparada. Una gran pérdida. Nunca la encontraron.

—¿Nunca?

—Nunca.

—¿Cómo reaccionó el director?

—Era la hija de su hermano mayor. Creo que no estaban muy unidos. Me refiero a él y su hermano. Pero eso solo lo sabe él.

Muriel Lefort se esforzaba visiblemente por darle información precisa.

Dupin esperó que la conversación continuara.

En vano.

—Gracias a todos. Ha sido una conversación realmente... interesante.

No servía de nada. Dupin no podía más. Y no quería continuar. Eran las once y media. Y se había bebido cuatro vasos de vino. Y la mitad del que Le Ber le había servido, a pesar de haberlo rehusado con la mirada, y que todavía estaba en la mesa.

Además, aún tardarían en irse a la cama... donde fuera. Lo más probable era que todavía tuvieran que prepararles el alojamiento. Y se verían obligados a adentrarse en la tormenta. Cien metros, eso era seguro.

Por lo visto, a los demás, incluidos Le Ber y Philippe Coz, el final de la reunión les pareció muy brusco, se los veía indecisos, sin saber qué hacer. Anjela Barrault y Solenn Nuz fueron las únicas que se levantaron sin titubear.

—Buenas noches a todos —dijo Dupin, y luego se dirigió a la señora Lefort—. Le agradezco que nos deje el apartamento.

—No se preocupe, lo hago con mucho gusto. Aunque puede que estén un poco estrechos.

—Nos las arreglaremos.

Dupin no estaba tan relajado como podría parecer por la respuesta que acababa de dar. La idea de que seguramente tendría que dormir en la misma habitación que Le Ber y Philippe Coz lo horrorizaba.

Muriel Lefort intentó esbozar una sonrisa. Dupin ni siquiera se tomó la molestia.

El comisario Dupin estaba en la cama. Para ser exactos, estaba en una cama plegable de aluminio, de apenas medio metro de ancho, que arrastró hasta colocarla junto a la puerta de entrada. Se tapó con dos toallas de playa grandes. Philippe Coz, «vestido y listo para entrar en acción», como él mismo dijo, y calado hasta los huesos, dormía en la diminuta habitación de la buhardilla, en la única cama de verdad que había. Le Ber se había acostado en el sofá, frente a la ventana panorámica.

Dupin colocó la cama plegable lo más lejos posible del sofá. La distancia no era muy grande, pero no importaba: no oiría los ruidos que pudiera hacer Le Ber mientras dormía porque la lluvia y el viento seguían azotando con muchísima violencia las persianas y el estruendo era infernal. Aborrecía compartir habitación desde niño, cuando iba de colonias cerca de Chartres. O cuando visitaban a la familia en las montañas del Jura, en un poblacho minúsculo, y tenía que dormir con sus primos. Tres chicos (muy simpáticos en el fondo) de todas las edades y él repartidos en dos camas. De ahí le venían las manías, seguro.

Aún tenía el pelo mojado. También el polo, pero no le apetecía quitárselo, ya se había sentido bastante incómodo quitándose los pantalones y poniéndolos a secar encima de una silla. De todos modos, lo que le preocupaba de verdad era su libreta de notas roja. Estaba demasiado cansado para examinar la magnitud de los daños causados por el agua. Pero no tenía buena pinta. El *Petit indicateur des marées* aún estaba peor, chorreando.

Evidentemente, cuando se atrevieron a salir del Quatre Vents (ellos tres, la señora Lefort y la señora Menez) para recorrer los cien metros que los separaban de las casas, se mojaron. Fue una locura. Avanzaban en fila india, uno detrás de otro, muy pegados para no perder el contacto. Muriel Lefort iba en cabeza porque conocía mejor el camino. Tardaron cinco minutos en cubrir la pequeña distancia. A los pocos segundos, la lluvia, empujada por el viento, había empapado incluso la ropa más gruesa. Y no solo la lluvia. Después de avanzar uno o dos metros, Dupin se dio cuenta de que el agua que le corría por la cara y la boca tenía un sabor salado. La espuma del oleaje se pulverizaba y se mezclaba con la lluvia. Seguro que había olas de metros. Dupin se alegró de no poder verlas.

Eran las doce y media y, aunque estaba agotado, no se hacía ilusiones, sabía que tardaría en dormirse.

No paraba de pensar en el día. En esos momentos le parecía el más largo de su vida. Y sobre todo en la cuestión de qué pasaba con Menn. Y en el fracaso absoluto

de la reunión en el Quatre Vents. De vez en cuando veía delfines, pero a esas alturas le daba la impresión de que ese episodio era irreal. De pronto le vino una cosa a la mente. Se acordó de un detalle de la reciente conversación; antes no le había parecido importante, pero entonces le dio que pensar. Solo era una idea, todavía imprecisa y vaga. Una simple conjetura. Pero no lo dejaba en paz.

Los pensamientos de Georges Dupin se fueron volviendo cada vez más intrincados e incoherentes.

## **El tercer día**

## El comisario Dupin...

El comisario Dupin empuñó instintivamente el arma, que había guardado debajo de la almohada. Intentó situarse. Estaba en penumbra. No sabía hacia dónde tenía que apuntar con la pistola. Le Ber, en camiseta y calzoncillos, con cara de sueño y de pie a su lado, se apartó de un brinco.

—Soy yo, jefe, soy yo. Jefe, ¡soy yo! —gritó. Más le valía asegurarse de que Dupin fuera consciente de dónde estaba y de lo que pasaba.

—Está bien, Le Ber.

Dupin se calmó. Más o menos.

—Le suena el teléfono.

Al oír la palabra «teléfono», se incorporó de golpe, despejándose al instante. Hacía un momento soñaba con el Caribe, un sueño profundo, inaudito, y se alegró de no recordarlo con precisión.

No había podido conciliar el sueño hasta el alba, después de horas y horas de dar vueltas en la cama, cada vez más desesperado. Miró la hora casi con pánico: las siete y siete.

—¡No puede ser!

Quería levantarse más temprano. No vio a Philippe Coz por ningún lado. El colchón (puesto encima de un somier con los muelles deformados y que a Dupin le dio la sensación de que no medía más que unos pocos milímetros de grosor) estaba húmedo, igual que la almohada, grotescamente gruesa, y las dos toallas de playa de color verde chillón, que no abrigaban nada. La habitación estaba húmeda. Y lo peor era que olía a humedad. No habían podido abrir las ventanas. No cabía duda de que había pasado una de las peores noches de su vida.

El móvil seguía sonando.

—¿Sí?

—¿Señor comisario?

Dupin reconoció la voz de Goulch.

—Estas últimas semanas han visto a Lefort, Konan y Pajot unas cuantas veces en la misma zona, en el mismo sitio. A unas veintisiete millas marinas al sursudoeste de las Glénan. —En contra de lo habitual, Goulch parecía un poco exaltado—. He ido a la lonja de Concarneau. Los pescadores locales llevan las capturas por la mañana, a partir de las cinco, y he preguntado por el Bénéteau. Dos pescadores estaban seguros de haberlo visto en una zona en la que el fondo marino desciende en picado. Un Gran Turismo 49 siempre llama la atención.

Dupin se levantó. Tenía todo el cuerpo dolorido.



—Buen trabajo, Goulch.

—Eso aumenta las probabilidades de que la hipótesis de la búsqueda de un tesoro sea cierta.

—O iban a pescar porque allí hay bancos de peces —respondió Dupin, aunque no lo dijo en serio.

—En esta época del año, los grandes bancos de peces se quedan cerca de la costa, donde la temperatura del agua es más cálida y encuentran más alimento.

—Bien. ¿Cómo averiguamos si de verdad hay algo en el fondo del mar?

—He pedido que vaya un barco especial con el equipo necesario. Está a punto de zarpar.

—Bien. Muy bien, Goulch.

—Otra cosa: la policía científica tuvo que suspender la operación. Dieron media vuelta con el helicóptero cuando se confirmó que la tormenta afectaría las islas. Hoy han vuelto al trabajo. Tendrían que haber llegado ya.

—Yo... no tenía cobertura. Estábamos incomunicados.

—Eso pasa a menudo en las Glénan. La tormenta no fue tan fuerte en el continente, pero al ver que no podía localizarlo, pensé que en las islas sería más violenta... Lo mantendré informado.

—Sí, de acuerdo.

Dupin no se concentraba por distintos motivos. Porque esa mañana no estaba a gusto en su propia piel. Porque todavía no se había tomado un café... mal asunto. Porque, desde que se había despertado, no paraba de pensar en lo que habría pasado mientras estaban aislados del mundo. Y sobre todo porque se acordó de lo que lo había tenido preocupado hasta que consiguió caer en un sueño poco reparador.

Mientras hablaba por teléfono con Goulch, se puso los pantalones (aún mojados) con la mano que le quedaba libre. Después se puso los calcetines y los zapatos (también mojados).

Vio con el rabillo del ojo que Le Ber empezaba a vestirse.

—Necesito un café, Le Ber. —Dupin estaba ya en la puerta. Tenía que marcharse de allí—. Nos vemos en el Quatre Vents dentro de unos minutos. Vaya a ver qué hace Philippe Coz. Puede que aún esté durmiendo.

Abrió la puerta y salió mientras hablaba.

Al llegar fuera, tuvo que entornar los ojos. No pensaba que lo recibiría tanta luz. Era colosal. El cielo estaba totalmente despejado, no se veía una sola nube. En el aire había retazos sutiles de bruma que apenas se veían, solo se intuían. Era una de esas mañanas que los bretones llamaban «plateadas», en las que el sol, el cielo, el mar y el mundo entero resplandecían con efluvios plateados.

Se quedó un momento en el portal. Respiró hondo. Muy hondo. Aire fresco, magnífico. Hacía un poco de frío. Ni rastro del temporal. Como si todo hubiera sido

una pesadilla.

Solenn Nuz lo saludó con una sonrisa especialmente cálida y alentadora, como si quisiera darle a entender que sabía que la noche había sido un suplicio. Estaba radiante, despierta, en plena forma. Era una mujer verdaderamente guapa. Se encontraba precisamente en el sitio al que se dirigía Dupin con ansia: al lado de la cafetera.

—¿Un café?

—Doble.

Puso en marcha la máquina al instante. El sonido celestial se vio perturbado por el móvil de Dupin. Echó un vistazo al número con desgana. Labat. Por supuesto.

—Si me disculpa un momento... —Se dirigió a la puerta y salió—. ¿Sí?

—Ayer por la tarde no pude localizarlo, señor comisario. Ni siquiera por la noche. A Dupin le pareció un reproche.

—¿Qué hay, Labat?

—Du Marhallac'h asegura que diseñó planos para reformar la casa de Pajot, o sea que sí: aportó servicios arquitectónicos. Dice que no hay ninguna irregularidad en eso. Fue un encargo totalmente normal y legal. Pajot hizo reformas en su casa hace medio año, puso una piscina nueva, un jardín distribuido en terrazas y otro edificio. Du Marhallac'h emitió dos facturas, justamente por los importes que se le transfirieron desde las cuentas de Pajot. Le pedí que me enseñara los planos que había diseñado. Dijo que no los tenía en el despacho y que no entendía por qué tenía que hacerlo.

A esas horas de la mañana, Labat ya había caído en su recurrente vicio de presentar los informes con excesiva diligencia y detalle.

—¿Cómo reaccionó?

—Al principio se mostró muy razonable, como siempre, pero al final se puso furioso.

A veces, Labat lo impresionaba... Había cumplido el encargo a rajatabla. Y esa era exactamente la reacción y la respuesta que Dupin se esperaba de Du Marhallac'h.

—Ahora voy a hablar con el constructor que se encargó de las obras. Él sabrá quién diseñó los planos. Ya veremos si realmente se hicieron esas reformas.

—Muy bien, Labat.

Era importante.

—Ayer también fui al ayuntamiento a comprobar qué documentos había entregado Lefort. Ni uno solo. Nada. Oficialmente nunca presentó nada.

—¿Está seguro, Labat?

—Segurísimo.

El interés de Dupin iba en aumento.

—¿Ha leído el periódico esta mañana? Han publicado con todo detalle la noticia de la desaparición de Menn.

—Eso no me preocupa. Ahora voy a...

—Solo una cosa más, sobre Medimare. Han vaciado el contenido de todos los discos duros. Por mucho que delitemos la búsqueda, hay muchísima documentación. Hay que examinarlo todo minuciosamente. Tenemos a cuatro especialistas trabajando en ello. De momento, no han encontrado nada sospechoso en la documentación de los negocios que Medimare hizo, entre otras cosas, con las investigaciones de Leussot.

Dupin reconocía que Labat estaba haciendo un buen trabajo en ese caso.

—Y... el prefecto intentó localizarlo anoche, pero solo pudo hablar con Nolwenn y conmigo. Estaba muy enfadado...

Dupin colgó. Lo que le faltaba. Siempre lo mismo: Labat no cambiaría nunca.

El comisario reflexionó. Había cosas importantes que hacer. Volvió al bar. El café doble estaba en la barra. Al lado, un plato con un brioche pequeño, que no había pedido.

—Fantástico.

Se animó un tanto.

Solenn Nuz no estaba. En la barra, cerca de la puerta que daba a la cocina, había un paquete de periódicos. Dupin reconoció la letra del *Ouest-France* en el primero del montón. Decidió mantenerse a distancia y no leer las noticias.

El brioche estaba riquísimo, tierno y suave como la mantequilla, como tenía que ser, y con el sabor típico de un buen brioche: leche con un toque de levadura. Y lo más importante: el café era perfecto.

No obstante, Dupin no se entretuvo. Al cabo de dos minutos salió del bar.

Al llegar a la terraza vio acercarse a Le Ber y a Philippe Coz por la izquierda. Torció a la derecha, igual que los días anteriores, y se dirigió a la punta de la isla sin pensarlo. Esta vez, la marea estaba alta. Sacó el móvil.

—¿Nolwenn?

—¡Señor comisario! ¡Espero que no haya pasado una noche muy terrible!

Las palabras compasivas de Nolwenn casi consiguieron que todo se arreglara.

—Nolwenn, tiene que hacerme el favor de investigar un asunto. Quiero saberlo todo sobre la muerte del marido de Solenn Nuz. Todo. Revise las actas de la policía. Desapareció en el mar hace diez años. Zarpó de las Glénan poco antes de que una tormenta alcanzara la isla. —Dupin titubeó y le cambió la voz, como si hablara consigo mismo—. Quizá una tormenta como la de anoche... —Se interrumpió de nuevo—. Una tormenta como la de hace tres días, como la de la noche del domingo.

—Voy a ver qué encuentro. Me pongo enseguida. Usted... Usted tendría que...

—Lo sé. Pero no puedo, de verdad.

Nolwenn no tardó mucho en contestar.

—Voy a decirle al prefecto que, desgraciadamente, sigue usted sin poder llamarlo y que lo lamenta muchísimo. Creo que el prefecto... Bueno, tiene mucho interés en que se aclare este asunto.

Dupin quería a Nolwenn. La quería mucho.

—Hasta luego.

—Otra cosa, señor comisario. Su madre. Esta mañana he encontrado cuatro llamadas suyas en el contestador; parecía disgustada. Dice que le recuerde que llega mañana por la tarde y que tiene que hablar con usted urgentemente.

—La llamaré.

Dupin colgó. No podía ser verdad. Mañana. Realmente tenía que llamarla y pedirle disculpas. Pero ahora no.

El accidente de Jacques Nuz. Lo había anotado cuatro veces en la libreta: «Jacques Nuz: muerto en un accidente». Eso era lo que le vino a la memoria cuando estaba acostado en la cama plegable. Lo que le había llamado la atención esa noche, cuando ya no le quedaban fuerzas, no fue que le hablaran de la muerte de la nieta de De Berre-Ryckeboerrec, como pensó en un principio, sino que mencionaran a Jacques Nuz, que zarpó de las Glénan antes de que se desatara una tormenta y nunca llegó al continente.

Mientras andaba, sacó la Clairefontaine del bolsillo de la chaqueta. Seguía mojada, pero las tapas lacadas la habían preservado muy bien, mejor de lo que había temido por la noche. La hojeó y encontró las últimas notas. Sí. Allí lo tenía. «Estuvo en el ayuntamiento». En Fouesnant. Volvió a guardársela en el bolsillo de la chaqueta, que también estaba húmeda todavía. Y marcó el número de móvil de Le Ber.

—Le Ber, ¿dónde dijo Philippe Coz que estuvo Solenn Nuz ayer? Tengo anotado que en el ayuntamiento.

—Eso dijo. Está aquí conmigo, tomando café. ¿Quiere hablar con él?

—Sí, pásemelo.

Se oyó un crujido y Philippe Coz se puso al aparato.

—¿Señor comisario?

—Ayer le preguntó a Solenn Nuz dónde había pasado el día.

—Exacto.

Philippe Coz era un policía muy meticulado.

—Y le dijo que había ido al ayuntamiento de Fouesnant. ¿Le dijo por qué?

—No. Solo que había ido. No insistí porque creía que lo importante era saber dónde había estado entre la una y las cuatro.

—Eso es cierto. O sea que no dijo nada más del asunto.

—No. Nada.

—¿Puede usted llamar al ayuntamiento para averiguarlo?

—Llamo ahora mismo, comisario.

Dupin colgó.

Estaba en la punta de la isla. O mejor dicho: había ido más allá de la punta de Saint-Nicolas, paseaba por el fondo marino, que en esa parte estaba plagado de piedras y conchas, y había llegado a un islote minúsculo, situado a tan solo cuarenta metros de distancia y con una extensión de poco menos de diez metros cuadrados. Con marea baja era un pequeño apéndice de Saint-Nicolas. Dupin estaba tan absorto en sus pensamientos que hasta ese momento no se dio cuenta de dónde estaba. Dio media vuelta en el acto.

Sacó la libreta otra vez, pasó las hojas, encontró lo que buscaba y volvió a marcar el número de Le Ber.

—¿Jefe?

—Páseme otra vez a Philippe Coz.

De nuevo unos crujidos.

—¿Le dijo la señora Barrault lo que hizo entre la hora de comer y el momento en que usted la encontró en el muelle?

—No. Solo que estuvo en casa. No ordené que lo comprobaran.

—Gracias.

Dupin colgó. La llamada no había sido fructífera. En esos momentos se encontraba entre las dos islas. Avanzó con mucha cautela. A un parisino del Distrito VI, como él, la disparatada escena no podía sino provocarle vértigo: estaba andando por el fondo del mar. Con marea alta, aquello estaba lleno a rebosar de peces, como la *cotriade* de la noche anterior.

Le sonó el móvil. Era un número de París. En un primer momento temió que fuera su madre, pero enseguida reconoció el número de Claire. Tras unos instantes de vacilación, descolgó. Y supo que cometía un error. Se vería obligado a decirle que no tenía tiempo para charlar... y eso era precisamente lo que necesitaba evitar: no tener tiempo para Claire, para los dos. Ese había sido el mayor problema en su relación.

—Buenos días, Georges, ¿molesto?

—Eh... No. Buenos días, Claire.

—Gracias por dejarme un mensaje. He tenido mucho trabajo estos días, apenas he salido del quirófano. Hay dos compañeros de baja.

—No pasa nada.

Se creó un silencio incómodo. Claire suponía que Dupin diría algo más. Finalmente, volvió a hablar ella.

—¿Y tú qué haces? ¿Dónde estás?

Por lo visto, no se había enterado del caso. Claire no solía ver los noticiarios.

—Estoy en un archipiélago, a dieciocho kilómetros de la costa. Estoy entre dos

islas, paseando por el fondo del mar, porque hay marea baja. Hay muchísimas conchas de esas que tanto te gustan. Voy pisándolas.

Se lo contó porque no sabía cómo resolver la situación. Incluso pensó en contarle lo de los delfines.

—Parece fantástico. ¿Has ido de excursión?

—Pues... —No tenía otra opción, no le quedaba más remedio que decírselo—. Estoy investigando un caso.

—¿Un caso en un archipiélago?

—Exacto.

Claire tardó un momento en comprender lo que quería decir.

—Entonces no tendrás tiempo para charlar un rato conmigo.

—Pues claro que sí. Yo... No. Tienes razón. Pero te llamo en cuanto lo resolvamos. Entonces tendremos tiempo de verdad.

—Sí, claro. —Hizo otra pausa—. Entiendo.

Eso era lo peor que podía decir.

—Quiero verte.

Lo soltó a bocajarro. Y debió de sorprender mucho a Claire. Habían quedado en plantearse si volvían a verse.

—¿Qué?

—Estoy muy seguro. Quiero verte.

Dupin emprendió la huida hacia delante. Era su única posibilidad. Pero, sobre todo, lo que decía era cierto. Era la pura verdad.

—Bien.

Fue un «bien» auténtico. Dupin lo conocía de la época en que eran felices. Los mejores tiempos que había vivido jamás.

—Entonces nos vemos.

—Bien.

—Me alegro... de que hayamos hablado. Ha sido una... buena conversación.

Dupin estaba muy animado.

—Bueno... Llámame cuando cerréis el caso.

—De acuerdo. Tan pronto como lo resolvamos...

Claire había colgado.

Había sido increíble. Mientras andaba, estuvo a punto de resbalar con un alga. Tenía que andarse con ojo.

Sin embargo, la alegría no le duró mucho tiempo. Volvió a sonar el móvil.

Era Goulch.

—¿Sí?

Por el tono en que contestó, parecía más malhumorado de lo que realmente estaba. Pero le habría gustado deleitarse un poco más con el recuerdo de la

conversación que había tenido con Claire.

—La Científica ha encontrado dos impactos de bala. Hubo un tiroteo en la casa abandonada de Brilimec. Al menos dos disparos.

—¿Disparos?

—Sí, han encontrado las balas en la pared. Pronto sabremos el calibre... Un metro a la izquierda de las huellas de pisadas que vimos. Los dos impactos están muy cerca y seguramente se dispararon desde el punto en el que supusimos que había habido alguien.

—O sea que erraron el tiro a propósito.

—¿Cómo dice?

Dupin siguió reflexionando. El tirador no podía estar a más de dos o tres metros, porque la habitación era muy pequeña, ni aunque hubiera disparado desde el hueco de la puerta que daba a la primera sala. A esa distancia, nadie falla por un metro, y aún menos dos veces. ¿Disparó Menn? ¿O le dispararon a él?

—Fueron disparos intimidatorios.

Goulch no contestó. Luego, él también cayó en la cuenta.

—¡Es verdad!

—¿Han encontrado más huellas?

—Están analizando el candado y la puerta.

—¿Eso es todo?

—De momento, sí.

—Gracias, Goulch.

Al cabo de un minuto, Dupin entró de nuevo en el Quatre Vents.

Le Ber y Philippe Coz ocupaban la misma mesa que la noche anterior. No se veía a Solenn Nuz por ninguna parte, pero sí a la hija mayor. Pascal Nuz estaba en su sitio de costumbre, a la derecha, absorto en la lectura de un periódico. A su lado, Leussot, que saludó jovialmente al comisario con un gesto. Había otras dos mesas ocupadas por pequeños grupos de buceadores o regatistas. Y también vio a la «prensa». La curiosa pareja de periodistas del *Télégramme* y el *Ouest-France* se había sentado en un rincón, al lado de la entrada. Tenían dos cafés con leche humeantes en la mesa y miraban con cara de pocos amigos. Dupin no entendió por qué. Conocían de sobra su política de información, según él, muy clara: ni una palabra hasta que se resolviera el caso. Sabían por experiencia que no le sacarían nada. A no ser que él pensara obtener algo en limpio para la investigación, que no era el caso en ese momento.

Dupin no tenía ganas de hablar y se fue directamente a la cafetera sin prestar atención a nadie. Louann Nuz acababa de hacer un café. Era para una de las mesas.

—Otro café, por favor.

—Marchando... Buenos días, señor comisario.

—Buenos días.

En un visto y no visto, Louann Nuz le hizo el café y se lo dejó, humeante, en la barra.

—¡Gracias! ¿Está aquí su madre?

—Ha ido a buscar no sé qué a casa. Enseguida vuelve.

Dupin sopesó la idea de decirle que quería hablar con ella. Decidió que no.

Cogió el café y se acercó a Le Ber y a Philippe Coz.

—Vamos a trabajar fuera.

—Es lo que pensábamos hacer, jefe. Pero está todo mojado.

—No importa.

Seguir allí dentro era una estupidez, por muchas razones, no solo por los periodistas.

Sacudieron el agua de las sillas y se sentaron.

—Acabo de llamar al ayuntamiento de Fouesnant —dijo Philippe Coz con voz calmada.

—¿Ya está abierto?

Dupin estaba realmente asombrado.

—Son las ocho y media, abren a las ocho. Es una oficina pública. He hablado con la funcionaria de turno. La señora Nuz presentó hace unos meses una solicitud para reformar el edificio anexo del Quatre Vents. Ha ido un par de veces las últimas semanas para aclarar ciertos detalles. Ayer solicitó ver el expediente otra vez. A todas las instituciones, personas y empresas que presentan una solicitud se les abre uno. Es como una carpeta en la que lo archivan todo, incluidas las notificaciones provisionales. Todo el procedimiento.

—¿Para qué lo quería? ¿Qué relación tiene con la reforma que quiere hacer?

—No lo sé. Y la señora Nuz no le dijo a la funcionaria para qué lo necesitaba.

—¿Y se puede acceder a los expedientes en cualquier momento?

—Sí. Es el procedimiento habitual.

Dupin se quedó callado. La sospecha que se abría paso en su mente todavía era muy parcial.

—Necesito un helicóptero.

Le Ber y Philippe Coz lo miraron con cara de sorpresa.

—Tengo que ir al continente. A Fouesnant. Quiero pasar por el ayuntamiento.

La respuesta tardó en llegar.

—Voy a pedirlo.

Philippe Coz se levantó y se alejó unos metros.

Le Ber miró expectante al comisario.

—Quiero ver el expediente.

—¿Busca algo concreto? Me refiero a que si sabe lo que busca.

—No.



Era cierto. No sabía lo que buscaba, pero el instinto le decía que tenía que buscar ahí.

—El helicóptero no está en el aeropuerto —informó Philippe Coz—. Acaba de llegar a Brilimec. Ha ido a buscar a los de la policía científica. Ahora tendrán que esperar.

Dupin pensó en René Salou y se le escapó una sonrisa burlona. Entonces se acordó de una cosa que quería hacer antes. Sacó el móvil del bolsillo de la chaqueta y marcó el número de Salou, que tardó en responder a la llamada.

—¡Ah, señor comisario! Creo que habría sido muy conveniente que hubiéramos hablado personalmente de...

—¿Qué puede decirme de las huellas de la casa?

—Yo...

—¿Son de pies grandes o pequeños? ¿De mujer o de hombre?

—Es sumamente difícil decirlo, usted mismo vio que las huellas no estaban claras. Y el terreno de la entrada de la casa es duro y pedregoso. De todos modos, la tormenta ha destruido todas las huellas que pudiera haber en el exterior. También en las playas. Goulch nos ha enseñado dónde estaban, pero no las hemos encontrado. Ni una. De momento, no puedo asegurar nada.

Dupin aborrecía ese «no puedo asegurar nada».

—Solo quiero saber qué opina usted. Una primera hipótesis, al menos.

—No son ni significativamente pequeñas ni significativamente grandes.

Genial. No eran de un enano ni de un gigante.

—¿De mujer?

—No puedo afirmarlo. Son de zapatos... diría que entre el número 38 y el 44.

Eso no servía de mucho.

—Hemos concluido el trabajo. Volvemos a comisaría. Después examinaremos las dos balas...

Se oyó un ruido ensordecedor que, a esas alturas, Dupin conocía muy bien: las palas de un rotor.

—Está despegando... ¿Me oye, señor comisario?

Dupin colgó y se volvió hacia Le Ber y Philippe Coz.

—El helicóptero está a punto de llegar. Tengo que irme.

—Siéntese, por favor.

La empleada del ayuntamiento, una mujer flaca, más que delgada, era muy solícita, exageradamente servil, pero autoritaria al mismo tiempo. Una mezcla peligrosa, en opinión de Dupin. La mujer forzó una sonrisa que deformó la severidad de sus rasgos. Tenía unos sesenta y pocos años.

El comisario asintió con un leve gesto de cabeza al coger la carpeta que la mujer

le daba con mano firme y fue a sentarse en una de las mesas que había, todas chapadas en madera de color ocre, muy viejas y distribuidas de manera absurda. Eligió la única que estaba en un rincón, para indicar que no quería que lo molestaran.

El trayecto en coche desde el pequeño aeropuerto de Quimper había durado menos de un cuarto de hora. Le Ber había anunciado la visita del comisario, y el vicealcalde (Du Marhallac'h estaba «indispuesto») lo recibió casi solemnemente y lo acompañó al primer piso. La empleada los siguió, mirándolos con curiosidad.

La carpeta estaba llena a reventar. En la pestaña, escrito a máquina, decía: «Jacques Nuz y Solenn Nuz, Pleuvant de soltera». Habían tachado a mano el nombre de «Jacques Nuz» con una raya horizontal enérgica, pero habían dejado la conjunción «y», lo cual producía un efecto extraño.

El expediente parecía muy meticuloso. Los documentos estaban ordenados cronológicamente. Los más recientes al principio.

Encontró la solicitud de la que le había hablado Philippe Coz. Veinticuatro páginas, un formulario cumplimentado a mano y dos croquis adjuntos: del alzado y de la planta. Firmados por un arquitecto llamado Pierre Larmont. De Quimper. Una «reconstrucción en obra del anexo de madera existente». La solicitud estaba repleta de palabras técnicas que no entendía, pero todo parecía convincente y se correspondía con la información que le habían dado. La dejó a un lado. Lo siguiente eran solicitudes menos extensas (formularios de entre seis y ocho páginas y las notificaciones correspondientes) de los últimos años. «Nueva conexión a las instalaciones de energía solar estáticas de rendimiento medio de las Glénan», «Construcción de una fosa séptica independiente, adecuada a las necesidades de la actividad de hostelería». Todo irreprochable y claro.

Llegó a las primeras solicitudes, que había presentado Solenn con su marido. Para el feliz matrimonio y sus grandes sueños, abrir el Quatre Vents había significado una cantidad impresionante de solicitudes y documentación adicional. «Obras de reforma del interior del establecimiento Les Quatre Vents (bar/restaurante), antes llamado Le Sac des Noueds», «Cambio de nombre del establecimiento Le Sac des Noueds a Les Quatre Vents (bar/restaurante)...». Era increíble. Las otras solicitudes se referían al centro de submarinismo: «Asociación internacional de amigos y promotores de las actividades deportivas de buceo en el archipiélago de las Glénan». Y también consistían en una cantidad considerable de documentos. Dupin les echó un vistazo. Todo coincidía con la información aproximada que tenía. Todo parecía en orden.

El comisario se levantó un poco decepcionado. Entonces se dio cuenta de que la funcionaria estaba en el umbral de la puerta. Lo miraba inexpresiva.

—Disculpe, ¿entregó usted personalmente la carpeta a la señora Nuz?

—Por supuesto. Soy yo quien gestiona y lleva los expedientes de todo el archivo.

—¿No sabrá, por casualidad, para qué necesitaba los documentos la señora Nuz?

—Evidentemente, nunca lo pregunto, porque no es de mi incumbencia. Todos los ciudadanos pueden consultar sus expedientes en todo momento y hacer uso de ellos.

Lo dijo como si lo considerara el mayor logro de los ciudadanos libres. Dupin estuvo a punto de preguntarle si las decenas de miles de personas que habían dado su vida en la Revolución lo habían hecho por eso, para tener libre acceso a los expedientes. Siempre que trataba con funcionarios y con instituciones públicas pensaba en la Revolución.

—¿Y no vio, por casualidad, qué documento consultaba la señora Nuz? Procure acordarse, por favor. Y conteste.

Dupin lo dijo a propósito como si fuera una orden.

—No tengo motivos para espiar a la gente —contestó la mujer obedientemente. Después, vacilante y a la vez sulfurada, añadió—: Probablemente necesitaba consultar solicitudes anteriores para rellenar una serie de formularios que todavía tiene que presentar en relación con las reformas solicitadas... Le faltan dos. No pueden llevarse los documentos, aunque sean copias. Tienen que venir a consultarlos, se trata de documentos importantes.

Tenía sentido. Eso explicaría por qué la señora Nuz había ido al ayuntamiento. Y la pista caliente se enfriaría en el acto, la idea que había tenido quedaría descartada.

Se levantó y, cuando se disponía a marcharse sin decir nada, recordó un detalle al que no había prestado atención en su momento.

—¿Copias? ¿Ha dicho copias?

—Por supuesto, ¿qué creía? No podemos entregar los originales, ¡faltaría más! Los originales están en el archivo. ¡Son documentos oficiales!

El horror no era fingido.

—Me gustaría verlos.

—Sin autorización no es posible. Tengo que consultarlo con el alcalde. Son las ordenanzas. Tenemos que cumplirlas rigurosamente. Sin excepciones.

Dupin notó que le cambiaba el color de la cara. Inconscientemente, se plantó delante de ella, tieso como un palo, con toda su corpulencia. La postura dejaba muy claro que estaba a punto de estallar. Antes de que se pusiera a gritar, la empleada, con un hilo de voz, pero en tono agresivo, dijo:

—Voy a buscar el dossier.

Desapareció a una velocidad pasmosa.

Dupin volvió a sentarse.

¿Se había equivocado? Él confiaba en encontrar algo sorprendente que arrojara luz al caso.

—Aquí tiene.

Más que dejarle la carpeta en la mesa, se la tiró.

—Espero que sea consciente de que son originales. Cualquier deterioro o pérdida

tendría consecuencias graves.

Era un hueso duro de roer. Dupin estuvo a punto de enzarzarse con ella en una refriega verbal, pero no lo hizo. Tenía que concentrarse.

Hojeó los documentos siguiendo el mismo orden que antes. Cronológicamente, de los más recientes a los más antiguos. Los examinó uno a uno, meticulosamente. Después de revisar unos cuantos, procedió a formar dos pilas, una para los originales y otra para las copias. De ese modo podía compararlos y detectar más fácilmente si había algo sospechoso, irregular. No había anomalías. Aunque ¿por qué iban a modificar las copias?

Ninguna diferencia, nada, absolutamente nada. Llegó a las solicitudes relativas al centro de submarinismo, es decir, al principio. Pila derecha, pila izquierda. Otro documento. Lo puso a la izquierda... y se quedó paralizado. ¿Dónde estaba la copia? En la pila de la derecha faltaba un documento que solo estaba en la carpeta de los originales. Nervioso, buscó el encabezado: «Construcción de un hotel en Saint-Nicolas, compatible con la normativa 16.BB.12/Finist.7». Era un formulario muy grueso, compuesto de hojas de papel amarillentas y finas. Fecha: «28 de mayo de 2002». Lo hojeó. «Capacidad/número de habitaciones proyectadas en el hotel: 88». Tenía que formar parte del primer gran proyecto de Lefort. Seguro. Un hotel. Y no precisamente pequeño. Dupin siguió leyendo: «Funcionalidad integral de un centro de deportes acuáticos y un puerto deportivo en la misma línea de integración/explotación turística que las instituciones existentes». Ese era el gran asunto en torno al cual giraba todo. Dupin fue a la última página. «Solicitante principal: Jacques Nuz». Debajo, una firma ilegible. Y después: «Otros solicitantes, en virtud del párrafo GHF 17.3: Lucas Lefort, Yannig Konan, Charles Malraux (debía de ser otro de los implicados del continente), Kilian Tanguy, Devan Menn».

Dupin sabía que al principio había más gente implicada en el proyecto turístico de Lefort. Si no había entendido mal, unas cuantas personas jóvenes y emprendedoras pensaron en un primer momento que perseguían un sueño común. Después se comprobó que tenían sueños muy distintos... y se armó una bronca que los enemistó para siempre.

Hasta ahí, todo coincidía con la información que tenía. Pero esa solicitud planteaba algunos interrogantes. Dupin no estaba seguro de que fuera eso lo que buscaba y, si lo era, no tenía claro lo que significaba. En cualquier caso, llamaba la atención que el documento no constara en la carpeta a la que podían acceder los interesados. Si no se había perdido por azar, se lo habían llevado de allí tomándose muchas molestias. Y otra cosa: ¿por qué Jacques Nuz era el solicitante principal? Eso no se lo había dicho nadie. Todos hablaban siempre del proyecto de Lefort. Y por último: la solicitud en realidad sí había llegado a presentarse. Las declaraciones al respecto habían sido contradictorias todo el tiempo. Ni siquiera Labat había

encontrado nada. Pero, claro está, solo buscaba solicitudes presentadas a nombre de Lefort, como todos los demás, probablemente. Repasó los documentos. En la primera página encontró una observación escrita a mano. Con sello oficial del 29 de junio de 2002: «Solicitante dado legalmente por desaparecido». ¿Significaba eso que se había suspendido la tramitación de la solicitud? Eso explicaría por qué nunca se había hecho «oficial», por qué todos pensaban que nunca había existido.

Se levantó. Vio que la arpía del ayuntamiento seguía vigilando desde la puerta y se recreaba observándolo con recelo.

—Si varias personas presentan una solicitud conjunta, ¿se archiva únicamente en el expediente del solicitante principal?

—Antes, sí. Pero el procedimiento se modificó hace dos años. Ahora tienen copia todos los solicitantes.

—Necesito el dossier. Me lo llevo.

Dupin sabía que, para la arpía, no había peores palabras en este mundo.

—¡Señor!

Se notó que hacía un gran esfuerzo por hablar en un tono acorde con su indignación.

—Son... ¡Son los originales! Ni siquiera está permitido llevarse las copias.

El acaloramiento fue en aumento.

—No puede llevárselos, es imposible. Tiene que... solicitarlo de manera oficial.

Dupin no mostró la menor intención de replicar. Fue directamente hacia ella y pasó por su lado. La empleada hizo un movimiento brusco y, por un momento, el comisario creyó que intentaría arrebatarse la carpeta de las manos. Sin embargo, se limitó a girar sobre sus talones, como en un desfile militar, y emprendió la marcha detrás de él. Lo siguió cruzando la puerta. Por el pasillo. Escaleras abajo. Sin decir una palabra. Al llegar a la planta baja, volvió a alzar la voz:

—Se lo advierto, señor, está cometiendo un delito. Se lo pido por última vez: deje los documentos. Son propiedad del Estado francés. —Y gritó pidiendo apoyo—: ¡Señor Lemant! ¡Venga! ¡Necesito su ayuda!

La amable mujer de la recepción miraba asustada el extraño espectáculo.

Dupin se fue con paso decidido, pero no apresurado. Una vez fuera, le hizo una señal al chófer para que pusiera el motor en marcha enseguida. Dos minutos más tarde estaban en la autopista, en dirección a Quimper, de vuelta al aeropuerto. Tenía el móvil en modo vibración y le había vibrado varias veces las últimas horas. Miró los números. El prefecto... cinco llamadas. También Labat, Le Ber, Goulch y Nolwenn. Y Salou, el científico forense.

Nolwenn comunicaba. Lo intentó tres veces.

Después marcó el número de Salou.

—Seguimos sin poder salir de Brillimec. Tiene usted el helicóptero —oyó Dupin,

en vez de un saludo.

—Espero que no me haya llamado antes por eso.

—Quería informarlo de una cosa... muy sorprendente.

Salou hizo una pausa. Dupin conocía su afición por la teatralidad.

—Salou, voy a...

—El arma es probablemente una FP-45 Liberator. De la Segunda Guerra Mundial. Un arma sencilla pero eficaz que los americanos...

—¡Salou!

—... y después la utilizaron los miembros de la Resistencia francesa.

Dupin dio un respingo. La información era interesante.

—¿Está seguro?

—Segurísimo. La munición se reconoce claramente. Aunque solo he podido examinarla con los recursos provisionales de que disponemos en el lugar de los hechos...

—Entonces será un arma difícil de encontrar, ¿no?

—Al contrario. Todavía quedan muchas. Aunque la mayoría no funcionan.

—¿«Muchas»? ¿A qué se refiere?

—Precisamente aquí, en la Bretaña, la Resistencia fue almacenando poco a poco una cantidad considerable de armas. En muchas casas siguen teniendo una, en el desván o en el sótano... Muchos las han conservado y mantenido también por motivos sentimentales.

Eso era muy probable.

—Llámeme cuando sepa algo más, Salou.

Colgó. Intentó otra vez hablar con Nolwenn. Seguía comunicando. Después, con Labat.

—¿Diga?

—Labat, cuando fue al ayuntamiento, ¿pidió que le enseñaran el expediente original de Lefort o solo la carpeta con las copias?

—Los originales, por supuesto. Y requerí la presencia del vicealcalde.

—Bien. ¿Hay alguna novedad?

Dupin hablaba deprisa, pero con claridad, concentrado. Labat se adaptó a su ritmo.

—El constructor ha declarado que el diseño de las terrazas es suyo. Du Marhallac'h se inmiscuyó ocasionalmente con ideas y opiniones, pero nunca dibujó planos concretos.

—Excelente.

Con eso bastaría. Aunque Du Marhallac'h afirmara que Pajot le había pagado los honorarios a cambio de darle consejos verbalmente, no podría demostrar nada. Eso bastaba como sospecha inicial... para acusarlo de corrupción.

—Comuníquesele a la prefectura. Tiene que actuar el fiscal. Inmediatamente... Ah, sí, informe usted mismo al prefecto.

Dupin estaba seguro de que eso no tenía nada que ver con el caso, pero de ese modo mantendría ocupado al prefecto.

—¿Y el director del Instituto?

El conductor entró a mucha velocidad en una rotonda muy estrecha y Dupin chocó contra la puerta.

—¿El señor De Berre-Ryckeboerec?

—Exacto.

—No será fácil. Nuestros hombres todavía no han encontrado ninguna prueba, nada que infrinja la ley. Sin embargo, aunque reciba financiación de terceros, el Instituto es una institución estatal y, en parte, incluso de la Unión Europea, por lo que tiene que respetar una serie de normas relativas a la comercialización de las investigaciones. Los resultados, las licencias y las patentes se someten a control antes de llegar al mercado. Aun así, será complicado demostrar alguna irregularidad porque no está claro qué normas, estatales o europeas, son determinantes en cada una de las actividades que desarrolla el Instituto... Hay que revisarlo todo minuciosamente. Será largo.

—¿Y sus cuentas privadas?

—He hablado con Nolwenn por teléfono un par de veces. Sería más fácil si encontráramos algo aquí. Fue un milagro que consiguiéramos la orden de registro.

—Avíseme si hay novedades. Otra cosa: llame a Le Ber y dígame que hay que ir a ver a Muriel Lefort para preguntarle si tiene un arma de la Resistencia, de sus padres... o quizá de su hermano.

—De acuerdo...

Era evidente que Labat quería decir algo más. Y Dupin sabía de qué se trataba: quería que lo pusiera al corriente de todo.

—Luego lo llamo, Labat, y le cuento los detalles.

Colgó. Quería hablar con Nolwenn. Volvió a intentarlo. Y por fin lo consiguió.

—Tengo la información que me pidió, señor comisario.

Habían llegado al aeropuerto. Dupin se bajó del coche con el móvil pegado a la oreja.

—He revisado minuciosamente la documentación del accidente de Jacques Nuz. Todo empezó igual que el suceso del domingo. Es asombroso. Las Glénan, un día fantástico de principios de verano. Y se levanta una tormenta. Jacques Nuz tenía cosas importantes que hacer en el continente y quería llegar antes de que se desatara la tempestad. Según las declaraciones de Solenn Nuz, zarpó de la isla a las dos y media. Así consta en el atestado. A la mañana siguiente denunció su desaparición en la comisaría de Fouesnant. Inmediatamente se puso en marcha una operación de

búsqueda con barcos y helicópteros. No volvieron a verlo nunca y jamás encontraron el cadáver, solo restos de su barca al cabo de dos días. Al oeste, bastante lejos. No se sabe cómo ocurrió el accidente.

—¿A la mañana siguiente?

—En aquella época no había tantos teléfonos móviles como ahora.

Dupin seguía al lado del coche. A pocos metros de distancia del helicóptero. El piloto estaba en la cabina. Dupin le hizo un gesto impreciso para indicarle que esperara un momento.

—¿Y?

—Ahora viene lo bueno: otras dos embarcaciones zarparon de Saint-Nicolas, una justo después de Jacques Nuz y la otra al cabo de unos minutos. ¿Adivina quiénes eran los propietarios de esas embarcaciones?

Era una pregunta puramente retórica.

—¡Lucas Lefort y Devan Menn! Y ahora viene lo mejor: ¿sabe quién iba a bordo con Lefort?

—Yannig Konan.

No fue exactamente una respuesta, solo lo murmuró. Y se estremeció.

—Así es. Naturalmente, cuando Jacques Nuz desapareció, interrogaron a Lefort y a Konan. Sus declaraciones están en el expediente. Jacques se dirigía a Fouesnant, donde él y Solenn tenían todavía un pequeño piso. Lefort y Konan iban a Sainte-Marine. Al principio, el rumbo era el mismo.

—¿Y Menn?

—Declaró que no vio nada, ni la embarcación de Nuz ni la de Lefort.

—¿Y otros barcos? ¿Había otros barcos navegando, hubo otros testigos?

—No zarpó nadie más. Las personas sensatas lo hicieron antes, a tiempo, o se quedaron donde estaban.

—¿Y no hay ninguna pista sobre lo que ocurrió? ¿Chocó contra una roca? ¿Naufragó? ¿Qué clase de barco tenía?

—Los restos que encontraron no permitieron llegar a ninguna conclusión, aunque los analizaron exhaustivamente. Los informes están en el expediente. Era un viejo Jeanneau, tenía casi cuarenta años, pero, según las declaraciones de Solenn Nuz y otras personas, estaba en buen estado. No había nada que indicara la posibilidad de una avería.

—Hum.

La mente de Dupin trabajaba a todo trapo.

—No hay que perder de vista que esa clase de accidentes son habituales aquí, señor comisario... y en muy pocos casos se encuentran pistas sobre lo ocurrido.

El piloto del helicóptero le hizo una señal. Dupin interpretó que le pedía que subiera. Salou y su equipo estaban esperando. Eso no le importaba mucho, pero tenía



prisa por volver a las islas. Para mantener una... conversación muy importante. Lo que acababan de contarle era muy interesante. Seguía sin entender la historia, pero estaba seguro de que era la clave... la clave de todo.

Vista desde el muelle, la casita de piedra de Solenn Nuz quedaba en la parte posterior de la isla, donde esta se ensanchaba desparramándose caóticamente en el mar. Estaba en la playa del oeste, la más bonita, la que tenía un aire más caribeño. La casa era muy baja, como si quisiera ofrecer la mínima resistencia posible a las tormentas, y estaba rodeada de una cantidad impresionante de bancales, unos más grandes y otros más pequeños, en los que crecían lechugas, patatas y distintas clases de verduras, incluso había alcachofas, además de puerros, la gran especialidad hortícola de la Bretaña. Dupin se los comía en todas sus variedades, aunque últimamente prefería la bretona: con una vinagreta de huevo y cebollino. A todo ello se sumaban dos parterres grandes de hierbas aromáticas. El hecho de que hubiera tierra, suelo firme de verdad, y no solo arena, dunas, maleza, piedras y rocas, en cierto modo no encajaba en la imagen de las islas.

Dupin había ido directamente al Quatre Vents, pero Louann Nuz le dijo que su madre estaba en casa.

El comisario llegó a la vivienda. Parecía muy sencilla. Le gustó. Buscó el timbre en vano. La puerta de madera maciza, con herrajes y bisagras de hierro, estaba entreabierta. Asomó un poco la cabeza para no entrar sin llamar.

—¿Hola? ¿Señora Nuz?

No hubo respuesta. Dio unos golpecitos en la puerta y dijo en voz más alta:

—Soy el comisario Dupin.

Sin respuesta.

Mientras pensaba qué hacer, Pascal Nuz apareció a su lado como si saliera de la nada.

—Está en el mar. A por almejas.

Dupin casi se llevó un susto. El suegro debía de estar en el huerto.

—Quería hablar con ella.

Dupin se dio cuenta de que acababa de decir una frase muy elemental.

—La encontrará en la playa grande. —Pascal Nuz hizo un gesto impreciso con la mano derecha en dirección oeste.

—Voy a buscarla. Gracias.

Dupin encontró un tortuoso camino en zigzag que atravesaba los bancales, dio la vuelta a la casa y al cabo de un momento se plantó en una duna de poca altura, justo delante de la playa grande.

La marea estaba en el punto más bajo y la playa se adentraba a lo lejos en el mar, formando una superficie plana, lisa, perfecta cada vez que se retiraba la pleamar. La

finísima arena había recuperado su blanco radiante, impoluto. El sol había secado la capa superior, todavía delgada. Debajo, la arena mojada brillaba como el pergamino en algunas zonas. Dupin aguzó la vista y descubrió a Solenn Nuz hacia el noroeste. Solo la silueta. Era la única persona que había a la vista, en un paraje que pertenecía al mar la mayor parte del día (Dupin entendió por qué el suegro había dicho que estaba «en el mar»). Se dirigía lentamente hacia la línea de la bajamar por el extremo norte de la isla. Dupin se puso en marcha. Estaba más lejos de lo que pensaba.

Solenn Nuz no lo vio hasta que lo tuvo muy cerca. No la había llamado. Se volvió hacia él de repente. En cada hombro llevaba colgado un cesto de plástico de color verde oscuro, que parecía trenzado, y tenía una pala pequeña de mango largo en la mano derecha.

Sonrió al verlo, con la hermosa sonrisa tranquila que Dupin conocía. No dijo nada hasta que el comisario llegó a su altura.

—Estamos en plena temporada. Almejas, chirlas, berberechos. Y orejas de mar... Las almejas se esconden en la arena, las orejas de mar, en las rocas, en las grietas, donde hay algas —dijo señalando en dirección a Bananec, donde empezaba el paisaje de rocas imponentes cuando había marea baja—. Las almejas se entierran en la arena, a diez centímetros de profundidad. Hay que saber dónde encontrarlas —hablaba con voz tranquila, como de costumbre—. Me lo enseñó mi madre. No dejan muchas señales. ¿Quiere ver cómo se hace?

—Sí, enséñemelo.

Dupin también habló con voz tranquila.

—Hay que buscar pequeños agujeros en la arena en forma de ocho: ahí están las almejas hembra. Y luego, a una distancia de dos o tres centímetros, dos agujeritos más pequeños o del mismo tamaño: ahí están los machos, son más grandes.

Solenn Nuz miró a Dupin un momento y volvió a agachar la cabeza. Observaba el fondo del mar con mirada profesional.

—Después hay que meter la mano con cuidado en la arena, palpar un poco y sacar la almeja.

Dupin iba a su lado.

—¿Le gustan las almejas? ¿Y las orejas de mar... con su concha nacarada?

—Mucho.

Era verdad, las dos especies le gustaban mucho. Las almejas más deliciosas las servían en el Amiral: gratinadas con mantequilla de hierbas y pan blanco rallado. Y tenía que reconocer que se ponía más contento que un niño con zapatos nuevos cada vez que encontraba una concha de oreja de mar nacarada, intacta, que brillaba con todos los colores del arcoiris. Siempre se las guardaba y ya tenía una buena colección acumulada en los cajones del escritorio.

—Esta noche hay crepes con almejas para cenar. Puede que también con orejas de

mar. Fritas... Ya veremos.

—¿Qué me dice de la solicitud que presentó su marido en el ayuntamiento?

Lo preguntó a bocajarro. Sin embargo, Solenn Nuz no dio la menor señal de asombro. Nada. Contestó sin titubear y en el mismo tono en que un momento antes le explicaba cómo capturar almejas.

—Durante un tiempo pensamos que teníamos una idea común: Lucas, Yannig, Kilian Tanguy y nosotros. Y también Devan Menn. Muriel Lefort conocía mejor a su hermano, se negó a participar desde el principio. No le hicimos caso, pensamos que era una anticuada. Al cabo de un tiempo forjando planes juntos, comprendimos que Lucas tenía otra cosa en mente. Nosotros queríamos mantener las Glénan como eran, solo pretendíamos modernizar y ampliar la escuela de submarinismo y el club de vela, construir un hotel y un restaurante... Pero nada de turismo masivo ni de lujo. Para Lucas, eso solo era el principio, una táctica. Empezamos a discutir cada vez más a menudo. Hasta que un día explotó la cosa. Yannig nunca se pronunció, pero estaba de parte de Lucas. Y tenía el dinero. Charles Malraux se puso de nuestra parte. Y Devan intentó quedarse al margen de la disputa.

Se agachó de repente.

—Mire, aquí... ¿Ve esos dos agujeros minúsculos?

Dupin se inclinó. Le costó verlos, pero allí estaban.

Solenn Nuz metió la mano en la arena, con cuidado y soltura, y al cabo de un momento sacó un magnífico ejemplar de almeja fina. Lo puso en el cesto de la derecha. Dupin vio entonces que ya había recogido una gran cantidad de moluscos.

—¿Por qué era su marido el solicitante principal?

—Porque el terreno en el que se iba a construir el hotel era suyo, y al principio todo el proyecto giraba en torno al hotel.

—Tenía entendido que no había llegado a presentarse la solicitud. ¿Por qué la presentó su marido cuando las desavenencias ya eran definitivas?

Dio la impresión de que Solenn Nuz se paraba un momento a pensar, pero Dupin no estaba seguro. Seguía con la cabeza agachada y mirando la arena fijamente.

Se quedó callada unos instantes. Luego pareció hacer de tripas corazón.

—No la presentó él.

Dupin no lo entendía. Solenn Nuz no parecía tener intención de darle más detalles.

—¿Cómo que no la presentó?

—Rellenamos la solicitud, pero fue en la época en la que Jacques, Kilian y yo empezamos a dudar. Habíamos tenido unas cuantas discusiones encendidas con Lefort.

Volvió a quedarse callada. Dupin esperó.

—En esa época, vivíamos entre dos sitios: en el pequeño apartamento que

teníamos en Fouesnant y en las islas. Pasamos unos meses viviendo principalmente en el barco, aunque no teníamos mucho espacio. Todavía no habíamos comprado la casa de la isla y casi nunca usábamos el apartamento. El barco era nuestro verdadero hogar. Allí teníamos todo lo que necesitábamos, nos sentíamos libres, éramos muy felices... También guardábamos allí documentos personales. —Hizo otra pausa y después prosiguió en el mismo tono—: Incluida la solicitud.

Dupin se detuvo. En un primer momento, no entendió lo que insinuaba. Luego le entró un mareo. Empezó a comprender. Notó que se le ponía la piel de gallina.

—La solicitud... ¿estaba en el barco? ¿La solicitud estaba en el barco el sábado en que su marido zarpó de las Glénan una tarde, hace diez años, porque se acercaba una tormenta?

Entonces fue Dupin quien hizo una larga pausa para reflexionar. Las ideas se le agolpaban en la mente a una velocidad inaudita. Solenn Nuz seguía impassible, buscando, con los ojos clavados en la arena.

—La solicitud estaba en el barco de Jacques Nuz cuando zarpó de Saint-Nicolas —dijo Dupin para sí mismo— y la presentaron inmediatamente después del accidente. El barco naufragó. La solicitud... —Cada vez hablaba más lentamente—. La solicitud fue a parar a otra embarcación después de que Jacques Nuz zarpara, no se hundió con él.

Avanzaban en silencio, Solenn Nuz un paso por delante. Era una atrocidad. Dupin intentó concentrarse.

—Fue un asesinato, ¿verdad? Fue un asesinato. Y lo cometieron Lefort y Konan. Solenn Nuz seguía inmutable, incluso ahora.

—Dejaron que se ahogara. Es probable que el motor se averiase. Nadie lo sabe con exactitud. Entre las Glénan y Les Moutons. El mar estaba muy agitado. Jacques debió de colgarse por la borda para reparar algo. Lefort y Konan vieron lo que ocurría. Y vieron que el agua lo arrastraba. Pusieron su barco en paralelo y Lefort saltó a bordo. Y lo vio. —La voz le cambió por primera vez, aunque solo ligeramente; se volvió más átona—. Vio a Jacques y lo abandonó a su suerte en el mar. Y buscó la solicitud. Sabía dónde estaba, conocía el barco. —Hizo una pausa larga—. La cogió y volvió a su barca. Y se fueron. —Se interrumpió de nuevo—. Pensaban presentarla y, si se la aceptaban, afirmarían que Jacques les había entregado los documentos... Habría sido su palabra contra la mía.

Era eso. Ese era el misterio en torno al cual giraba todo. Y a Lefort y a Konan les había sucedido algo parecido la noche del domingo: se encontraron de repente en la misma situación por la que pasó Jacques Nuz diez años antes. Sin posibilidades, sin chalecos salvavidas, en medio de una tempestad, arrastrados por las corrientes implacables del Atlántico.

—¿Y el doctor Menn?

—Iba detrás de ellos. Los vio; no lo vio todo, pero sí lo más importante... que Jacques había caído al agua y Yannig y Lucas se marchaban. No se detuvo. Siguió navegando. No hizo nada. Y tampoco hizo nada después. Le tenía miedo a Lucas. Era un cobarde. Siempre ha sido un cobarde.

Dupin ordenaba la información mentalmente, encajaba las piezas de un rompecabezas espantoso, brutal y terriblemente triste. Le faltaban muy pocas.

—¿Cuándo lo supo? ¿Cómo se enteró? ¿Encontró la solicitud que habían incluido en el expediente?

—La encontré hace tres meses por casualidad. Necesitaba unos datos de los primeros trámites para solicitar la reforma del edificio anexo. Entonces la vi. Y lo comprendí.

—Y fue a ver a Lefort...

La voz de Solenn Nuz cambió por segunda vez. Se volvió inexpresiva. Fantasmagóricamente inexpresiva.

—Se rió. Me dijo que no podía demostrar nada... Y tenía razón.

Dupin calló. Habían llegado a las rocas.

—¿Y cómo supo lo del doctor Menn?

—Lefort habló con él. Le dijo que yo sospechaba de ellos. Menn vino a verme. Y... me lo contó todo —contestó, y prosiguió en un tono claramente más sereno y contenido—. Hay que buscar en las grietas de las rocas, en las grietas estrechas y profundas donde se acumula el agua. Apenas se las ve, solo una parte minúscula de la concha, como mucho, y son del mismo color que la roca, de un tono herrumbroso. Luego...

—¡Señor comisario! ¡Señor comisario!

Era Le Ber. Corría hacia ellos y lo llamaba desde lejos. La imagen del inspector avanzando apresuradamente por la extensa playa era cómica. Un momento muy poco oportuno.

—¡Disculpe! ¡Tengo que hablar con usted, señor comisario!

Dupin fue a su encuentro de muy mal humor.

—Le Ber, ahora no es...

—Pascal Nuz ha confesado. Lo ha confesado todo.

Lo dijo corriendo todavía, jadeando y resoplando. Al llegar a la altura de Dupin, se detuvo.

—¿Qué dice de Pascal Nuz?

—Ha confesado los asesinatos. Que fue él quien echó los tranquilizantes en la bebida. Y dice que ayer se encontró a Menn en la isla, le apuntó con su arma para obligarlo a subir a su barca y después lo obligó a saltar al agua a unas dos o tres millas al sur del archipiélago. También... —Se interrumpió para coger aire, todavía no había recuperado el aliento—. También ha confesado el motivo. Quería vengar la

muerte de su hijo, el... «asesinato de su hijo». —Le Ber apoyó la mano derecha en la cadera—. Afirma que Lefort y Konan mataron a su hijo.

Dupin agachó la cabeza. El mareo lo atacaba otra vez.

Se acercó al agua. Le Ber lo siguió. Dupin se detuvo poco antes de llegar a las olas, que murmuraban suavemente. El agua estaba increíblemente transparente. Cristalina. En el fondo del mar, blanco y resplandeciente, se veían nítidamente todas las piedrecitas y las conchas.

Dupin no daba crédito a sus oídos. Las cosas no habían ocurrido así. Se quedó inmóvil unos momentos. Luego volvió con Le Ber. Parecía perdido en la arena, mirándose los zapatos y fumando, aunque hubiera dejado de fumar definitivamente hacía medio año. Solenn Nuz seguía buscando orejas de mar en las grietas de las rocas.

—¿Philippe Coz ha podido comprobar los datos que les dio Solenn Nuz sobre lo que hizo ayer?

—Sí. Hemos intentado comunicárselo a usted varias veces por teléfono. Todo es cierto, cada minuto. Al menos, lo que hemos podido verificar hasta ahora. Y también hemos conseguido la lista de llamadas de Menn, que no ha sido nada fácil, no crea. Ayer habló dos veces con alguien del Quatre Vents. En el bar tienen un móvil, para las reservas y esas cosas. Una vez lo llamaron a él y la otra fue él quien llamó. La primera vez a las diez y media de la mañana y la segunda, a las once.

Así pues, era cierto que Solenn Nuz no había estado en Brilimec. Aunque entre los datos verificados quedaran pequeños espacios de tiempo por precisar, no sumarían tres cuartos de hora o más. «Ella» no había estado en Brilimec; «ella» no se había encontrado con Menn. Y ella no había podido llamar a nadie desde el Quatre Vents el día anterior por la mañana.

—El de la isla fue realmente Pascal Nuz —dijo Dupin hablando consigo mismo.

—Tiene un arma antigua, de la época de la Resistencia. Su propia arma. Luchó con ella. —Le Ber estaba visiblemente desolado—. También fue él quien lo llamó ayer por la mañana disimulando la voz y le dijo lo de Medimare para ponerlo sobre una pista falsa.

—¿Y Pajot? ¿Qué pasa con Pajot?

—No era su intención. No sabía que había salido a navegar con los otros dos. Ha repetido muchas veces que no era su intención.

Le Ber hablaba como si quisiera defenderlo.

—¿Y cómo lo hizo con los tranquilizantes? ¿Lo que cuenta es creíble?

—Diez pastillas, disueltas en vino tinto... Nos ha enseñado la caja de las pastillas. Todo encajaba, cierto, pero parecía demasiado sencillo.

—¿Y ha ido a contárselo él, así, por las buenas?

—Sí, hace unos minutos, después de que se fuera usted —Le Ber contestó con

voz pastosa—. Me extraña que no se lo encontrara en el camino. Nos ha dicho que, de todos modos, usted no habría tardado mucho en descubrirlo.

Dupin iba a contestar, pero no pudo. No podía hablar. Lo invadía una profunda tristeza. Ese caso era trágico de principio a fin.

Nunca se había encontrado en una situación semejante. Sabía que las cosas no habían sucedido como decían. Pero no sabía qué tenía que hacer. No sabía qué podía hacer. Y, sobre todo, no sabía qué *quería* hacer. Ni siquiera si quería hacer algo.

Le Ber dio media vuelta y se alejó lentamente de la playa, todavía fumando y ligeramente encorvado. Volvía al Quatre Vents.

Dupin no tenía ni idea de cuánto rato llevaba allí, quieto. Finalmente miró hacia las rocas. Vio a Solenn Nuz, erguida y como balanceándose. El comisario se puso en marcha. Solenn Nuz había trepado un buen trecho por el paisaje abrupto de rocas y ahora volvía a la playa de arena por el otro lado. Dupin pensó qué hacer, subió por la playa hasta el comienzo de las rocas y rodeó el campo de piedras.

Salió a unos cinco metros de la señora Nuz. Ella tardó en verlo, estaba totalmente concentrada en localizar orejas de mar.

—Hoy no ha habido suerte. Solo he encontrado cinco.

—Su suegro ha hablado con nosotros. Nos lo ha... —Dupin titubeó—. Nos lo ha contado todo.

Solenn Nuz levantó la vista, con tranquilidad. Le dirigió una mirada profunda, intensa, pero la expresión de su cara no se alteró. Dupin fue incapaz de interpretar su mirada. Después, la mujer agachó la cabeza. Todavía estaba a dos o tres pasos de la arena. No dijo nada. Dupin tampoco. Se acercó a él y se detuvo, con los cestos colgados al hombro y la pala en la mano derecha. De repente parecía absorta en sus pensamientos, como si se le hubiera olvidado que el comisario estaba con ella. Movié la cabeza lentamente, volviéndola hacia el mar. Miró a lo lejos, pensativa. Dupin la observaba. La veía de perfil. No fue capaz de reconocer nada en ella.

Solenn Nuz se quedó inmóvil unos instantes. Después dio media vuelta sin prisa y empezó a subir por la playa. Dupin se puso a andar a su lado. Avanzaban lentamente, pero sin arrastrar los pies. Con paso firme.

Al llegar cerca del final de la playa, a las dunas donde empezaba a crecer la hierba, Dupin supo que había tomado una decisión. En realidad, hacía un rato que la había tomado: cuando comprendió toda la trama de la historia, pero no se dio cuenta hasta entonces.

—Sabemos lo que ocurrió. Sabemos todo lo que pasó, señora Nuz. —Se interrumpió e hizo un esfuerzo para hablar con firmeza y determinación—. Para nosotros, el caso está cerrado —dijo sin mirarla—. La policía ya sabe todo lo que tiene que saber.

Solenn Nuz no reaccionó. Llegaron a las escaleras de madera y subieron juntos los peldaños. Ya casi estaban en el Quatre Vents.

—Seguro que querrá usted hablar con su suegro.

—Sí, me gustaría.

Poco después llegaron a la terraza. Le Ber y Philippe Coz estaban en la entrada del Quatre Vents. Ahora, Philippe Coz también fumaba.

—Pascal Nuz está dentro. Hemos echado a los clientes. Louann Nuz se ha ido a casa. Está solo. Quería estar solo.

Le Ber parecía extrañamente indeciso.

—Tenemos el arma. Philippe Coz ha ido a buscarla a la casa con Pascal Nuz. La tenía en la habitación, en una caja —se apresuró a añadir.

—La señora Nuz quiere hablar con su suegro. Dejémoslos a solas un momento.

Solenn Nuz entró en el bar y cerró la puerta.

Philippe Coz se acercó al comisario. Los tres policías estaban ahora muy juntos. A Dupin no le molestó, excepcionalmente. Ninguno sabía qué decir. Pero no se creó un silencio embarazoso. Tampoco un vacío molesto. Cada cual pensaba en lo suyo.

Se quedaron así un rato.

—Caso resuelto.

Dupin lo dijo con voz clara y juiciosa. Sus palabras actuaron como una señal para volver a la realidad de la que se habían precipitado los tres hacía unos instantes.

—Voy a avisar al piloto, señor comisario —dijo Philippe Coz sacando el móvil.

—Yo voy a informar al inspector Labat. —Le Ber parecía contento de tener algo concreto que hacer—. Y a Kireg Goulch. La búsqueda del tesoro ha terminado.

Se fueron cada uno en una dirección, con el teléfono pegado a la oreja. Dupin se quedó solo.

Se sentó, pero no en la «mesa de operaciones», sino en la misma que la primera vez, el lunes, al lado de la pared. Allí fue donde se comió el bogavante, cuando aún pensaba que se enfrentaban a un accidente marítimo. A un accidente que los inspectores a sus órdenes y el avisado Kireg Goulch aclararían rápidamente.

Miró al mar, más allá del muelle. Volvió a verla: la luz espectacular, envolvente, que lo teñía todo. Tenía que llamar a Nolwenn. Y, sobre todo, tenía que llamar al prefecto. Dupin aborrecía por principio toda clase de llamadas: las propias de una «jornada de oficina» normal y las típicas durante un caso, pero las que más le fastidiaban eran las que tenían que hacerse *después* de resolver un caso. Sin embargo, esta vez era distinto: con el caso resuelto, era muy importante que fuera él quien contara los detalles antes que nadie.

Le Ber volvió.

—He informado a Labat. Estaba un poco enfadado porque al final... cómo lo diría... Al final se ha quedado al margen de los acontecimientos.



Dupin se lo imaginaba.

—Lámelo otra vez y dígame que me gustaría que los cazara, al alcalde y al director del Instituto. Que no afloje, pase lo que pase, en ninguno de los dos casos. Y que se lo notificaré personalmente al prefecto.

—Muy bien —contestó Le Ber inmediatamente con una voz llena de empatía.

Philippe Coz también volvió.

—Tengo que hacer unas cuantas llamadas largas. Ustedes esperen aquí. Dejen a la señora Nuz a solas con su suegro hasta que llegue el helicóptero.

Dupin se levantó.

Absorto en sus pensamientos, esta vez se dirigió a la izquierda. Avanzó entre la vieja granja, la escuela de vela y los dos viveros de la ostrería. Luego pasó junto al gran mural del pingüino surrealista y siguió andando hacia el banco de arena que llevaba a Bananec.

Los sucesos se le agolpaban en la cabeza. La terrible historia, el caso entero.

Se detuvo. Llevaba un rato caminando y había llegado a la franja más estrecha del banco de arena. La marea había empezado a subir. A izquierda y derecha, unas lagunas poco profundas lanzaban destellos de color turquesa. Más allá, hasta el horizonte infinito, solo el mar. Detrás de Dupin, Saint-Nicolas; delante, Bananec. Sacó el móvil. Dieciséis llamadas perdidas. Desde la conversación con Solenn Nuz. Dieciséis.

Marcó el número de Nolwenn.

—¿Señor comisario?

Dupin no sabía por dónde empezar. Le resultaba difícil.

—Estoy informada. A grandes rasgos. El inspector Le Ber me ha puesto al corriente.

Dupin se alegró. Odiaba esos resúmenes. Especialmente en ese caso.

—Es todo muy... trágico.

Dupin creyó notarle en la voz que sospechaba algo.

—Así es, Nolwenn. Trágico.

—Pobre Solenn Nuz. Inconcebible.

Dupin pensó que tenía que decir algo más. Pero no estaba en condiciones.

—Deje los detalles para esta tarde, señor comisario. O cualquier otro día. Ahora tendría que llamar al prefecto. Pregunta por usted cada cinco minutos.

Sí, ahora mismo lo llamaría. Se hizo un breve silencio.

—Bien, Nolwenn.

—Bien, señor comisario.

Esas palabras contenían cierta solemnidad. Eran una especie de conclusión. No, era otra cosa: con ellas establecían tácitamente una especie de cierre. Y Dupin se

alegró.

Colgó y reanudó el paseo. En línea recta, en dirección a Bananec. Con paso decidido. Marcó el número. El prefecto no tardó ni un segundo en contestar. Dupin se apartó el teléfono de la oreja, sabía lo que le esperaba. El prefecto, en uno de sus típicos ataques de ira, gritaba tan desaforadamente que Dupin lo habría oído sin dificultad incluso a varios metros del teléfono. Puso el aparato a una distancia segura y dejó que la furia se atenuara. Entretanto, oyó también algo sobre un «nuevo traslado inmediato». Esperó a que el prefecto hiciera una mínima pausa y aprovechó para intervenir con una rapidez impresionante:

—Caso resuelto.

No habría sido conveniente decirlo con más palabras. El efecto fue arrollador. Por un momento, no pasó nada. Se hizo un silencio sepulcral.

—Eh... ¿Quiere decir que el caso está resuelto? ¿Ya tienen al asesino?

El prefecto parecía confuso.

—Tenemos al asesino.

De nuevo pasaron unos instantes hasta que el prefecto contestó. Tenía que reorganizarse psicológicamente.

—¿Está todo aclarado?

—Todo aclarado.

—¿Puedo presentarme ante la prensa y comunicar el éxito de la investigación?

—Puede presentarse ante la prensa y comunicar el éxito de la investigación.

Al final, siempre se trataba de eso. El prefecto se daba por satisfecho tan pronto como podía anunciar que «sus» investigaciones habían conducido a un éxito inmediato. A esas alturas, Dupin había pasado por lo mismo en muchas ocasiones.

—Voy a convocar una rueda de prensa... —comentó, indeciso— esta misma tarde. ¿Puedo, Dupin?

—Puede.

—¿Y quién fue?

Por fin. Aunque el interés que tenía por saberlo era secundario.

—Es una historia muy triste, señor prefecto. Hace diez años, su amigo Yannig Konan y Lucas Lefort dejaron que Jacques Nuz, el hijo de Pascal Nuz y el marido de Solenn Nuz, se ahogara durante una tormenta. A propósito. Los dos se...

—Dígame quién es el asesino.

El interés no llegaba tan lejos.

—Pascal Nuz, el padre. Ha vengado el asesinato de su hijo. Hace tres meses se enteró de que había sido un asesinato. Diez años después. Pero, por lo visto, el dolor seguía intacto.

—¿Cuántos años tiene el señor Nuz?

—Ochenta y siete.

—¿Y con ochenta y siete años ha planeado y cometido un asesinato múltiple? ¿Él solo?

Dupin titubeó un momento antes de contestar.

—Tenemos una confesión completa. Y coincide con los hechos que conocemos.

—¿Ha confesado? Magnífico. Convocaré la rueda de prensa de inmediato. ¿Y el médico desaparecido?

—Pascal Nuz lo obligó a saltar al agua cerca de las Glénan. Se habrá ahogado.

—¿Y por qué lo hizo?

—El doctor Menn vio que Konan y Lefort dejaban que Jacques Nuz se ahogara y no hizo nada por evitarlo. Para entenderlo...

—Ya me contará los detalles... Evidentemente, necesito saber todos los detalles. Pero ahora no.

Evidentemente.

—Otra cosa, Dupin.

—¿Sí?

—Hablar del señor Konan como si fuera mi amigo no es correcto. Téngalo en cuenta. No todas las personas que conozco son amigas mías.

Eso era repugnante. Dupin no replicó.

—Entonces no tenía nada que ver con la búsqueda de un tesoro.

Dupin no estaba seguro de si tenía que interpretarlo como una afirmación objetiva o como un comentario irónico pronunciado con suficiencia.

—No. Sabemos que dos de los muertos eran buscadores de tesoros y que los últimos meses navegaron con una frecuencia sorprendente a un punto concreto. Y que los arqueólogos marinos creen que todavía hay muchos barcos hundidos en los alrededores de las Glénan... Pero tiene usted razón, eso no tenía nada que ver con el caso.

—¿Y dice que navegaban a un punto concreto?

El prefecto planteó la pregunta en el acto. Dupin sonrió burlón.

—Desgraciadamente no hemos podido determinarlo con exactitud. Y la exploración ha terminado.

El prefecto no dijo nada, casi podía oírse lo que pensaba. Sin embargo, finalmente cambió de tema.

—¿Y qué hay del señor director De Berre-Ryckeboerrec? ¿Y del alcalde de Fouesnant, Du Marhallac'h? Tiene fama de hombre sensato, ha...

—Corrupción. Las pruebas son contundentes. Labat se ha encargado del asunto.

Dupin no pensaba retroceder ni un milímetro. Jamás.

—¿Es eso cierto? ¿Las pruebas son evidentes? ¿Labat opina lo mismo?

—Totalmente.

—¿Cree usted que es imposible que el fiscal lo vea de otra manera?

—Imposible.

Dio la impresión de que el prefecto reflexionaba.

—Si es así, el alcalde es una oveja negra y ojalá le impongan una pena severa.

—Y el director del Instituto —añadió Dupin, aunque era consciente de que, en ese asunto, no pisaba terreno firme, pero no veía ningún motivo para dar a conocer ese punto débil— ha manipulado las normas relativas a la comercialización de los resultados de las investigaciones, las licencias y las patentes del Instituto en numerosos casos demostrables, y con ello ha causado perjuicios económicos a la institución.

Dupin también sabía que no tenían ni una sola prueba, pero en esos momentos le daba igual.

—Estamos investigando si obtuvo beneficios y, en su caso, de qué tipo. Estoy seguro de que encontraremos algo.

—Es un hombre muy desagradable. He tenido que vérmelas con él varias veces los dos últimos días. Con él y sus abogados. Tendría usted que... —El prefecto volvió a acalorarse un poco al pronunciar esas frases; a veces, eso desembocaba en otro ataque de ira. Pero no en esta ocasión—. Lo que quería decirle es que, a partir de ahora, cuando investigue un caso, me informe regularmente de los progresos. Sobre todo en casos de esta magnitud. ¿Me ha entendido?

Dupin no contestó. Casi había llegado a la otra punta de Bananec. A una franja de tierra alargada, donde crecía la hierba y cuyas playas de ensueño conducían en aquel punto, igual que en el extremo oeste de Saint-Nicolas, a otra pequeña isla que, en plena bajamar, parecía un apéndice. Dupin siguió avanzando. El prefecto pareció interpretar que Dupin soportaba en silencio el chaparrón de reproches que le estaba cayendo encima y creyó que había logrado su objetivo.

—Pero, bueno, ahora no es ese el tema, ¿verdad, mi querido comisario? Ahora hablamos de un caso resuelto. ¡Y lo hemos hecho bien!

Ese era el botón rojo de Dupin. La señal roja de advertencia. Cuando el prefecto lo llamaba «mi querido comisario» y pasaba a hablar en plural al final de un caso.

—Dígame, comisario, ¿cuándo puede estar aquí? Para la rueda de prensa. Naturalmente, si no le viene bien, puedo darla sin usted, pero al menos tendríamos que hablar... largo y tendido para que yo conozca los detalles. Tengo que...

—¿Oiga?... ¿Oiga?... ¿Señor prefecto?

Al dejar atrás Saint-Nicolas, había notado que la comunicación perdía estabilidad, se oían interferencias de vez en cuando y unas cuantas veces, durante unos segundos, no oyó lo que decía el prefecto.

—¿Dupin? ¿Me o...?

—¿Sí, señor prefecto?

—Yo... nada más. Necesito... información... urgentemente... que...

Dupin avanzó otro paso. ¡Por fin! La comunicación se cortó.

Unos metros más y llegó a la pequeña lengua de arena, de poca altura, que se levantaba frente a Bananec y que seguramente no estaba registrada como «islote». A unos cuatrocientos metros se distinguía el banco de arena de la isla de Guiriden, por donde había pasado el día anterior en barco, y la distancia desde allí hasta Penfret era más o menos la misma.

Miró alrededor. Las vistas eran increíbles. Estaba pisando una franja de arena que la pleamar conquistaba imparable. En la nada más absoluta. En el océano. Si se daba una vuelta completa, veía todo el archipiélago, las islas no se tapaban entre sí. Ese día, todas parecían muy cercanas, casi apiñadas, colocadas meticulosamente en círculo, como si se hubieran reordenado. Hacía un día increíblemente claro.

Divisó una embarcación que venía de Saint-Nicolas y parecía ir hacia él. Primero tuvo la impresión de que se dirigía al paso entre las islas de Bananec y Guiriden, pero enseguida se hizo evidente que iba directa hacia él. Era una embarcación alargada, con forma de punta de flecha. Entonces la reconoció. Era la *Bir*. Vio a Goulch en el puente de mando elevado. En la proa, los dos policías jóvenes. Dupin cogió el móvil, pero recordó que no tenía cobertura. Goulch le hizo una señal con las dos manos. Tras unos momentos de confusión, el comisario entendió lo que quería decirle. Goulch quería que subiera a bordo para llevarlo al continente.

Dupin tenía la intención de volver al Quatre Vents y ver otra vez a Solenn Nuz. Pero quizá no fuera buena idea, quizá no fuera el momento oportuno. De todos modos, tendría que hablar con ella muy pronto. Para cumplir con las formalidades. Para redactar el informe, las declaraciones oficiales. El día anterior se había jurado que nunca volvería a poner los pies en un barco, que solo se desplazaría en helicóptero. Sin embargo, la patrullera tenía una ventaja: estaría de vuelta en Concarneau rápidamente. Y la *Bir* podía dejarlo exactamente donde él quería, no perdería un segundo. Y tenía mucho interés, casi un gran anhelo, por llegar allí sin demora. Era la una y cuarto. Aún estaba a tiempo.

Habían echado el bote auxiliar al agua. Uno de los policías jóvenes saltó a bordo, vestido con el uniforme reglamentario, muy holgado.

El bote se paró a cuatro o cinco metros de la pequeña superficie de arena, «casi un islote», en el que se encontraba el comisario. El policía le dirigió una mirada amable, expectante. Dupin comprendió. Esta vez, se sentó un momento, se quitó los zapatos y los calcetines, se arremangó los pantalones... y se adentró en el Atlántico sin titubear. Dos minutos después, se encontraba a bordo de la *Bir*.

Goulch le hizo una seña con la cabeza. Dupin no entendió lo que significaba exactamente, pero parecía expresar mucho. Una profunda conformidad. Dupin contestó haciéndole un gesto con la cabeza igual de escueto y elocuente.

La patrullera reanudó la marcha en el acto. El comisario Dupin se instaló en la

popa, detrás del puente de mando. Los dos policías estaban más o menos en el centro de la embarcación, apoyados en la borda, uno a la izquierda y otro a la derecha.

Dupin no paraba de darle vueltas al caso. A la «resolución». También a la decisión que había tomado. La decisión de aceptar lo que le habían dicho y que no se correspondía con la verdad, de eso estaba seguro. ¿Hacía bien? Pensó en el viejo. Pensó en Solenn Nuz. En las palabras de Nolwenn, cuando le dijo que las Glénan eran el reino de la señora Nuz. Un reino mágico. Y que Solenn Nuz había tenido un sueño, junto con su marido. El sueño de vivir en las islas. En «su» sitio. Y le arrebataron ese sueño brutalmente. Para siempre. ¿Qué había conseguido Solenn Nuz? Estaría sola toda la vida. De una manera u otra.

Tenía claro que las cosas se simplificaban mucho si tachaba de «errónea» la cuestión de si hacía «bien». Cierto que era una pregunta fundamental, pero ¿acaso era la única? O tal vez había dos respuestas verdaderas. Tal vez él, Georges Dupin, se encontraba en una situación inextricable. Esas situaciones existían.

El cansancio le pesaba como una losa. Estaba totalmente extenuado. Tanto que ni siquiera le afectó la travesía en barco por altamar, con fuerte marejada y a toda máquina. Tenía que dejar de cavilar; era inútil, en su estado. El caso lo acompañaría mucho tiempo, y lo sabía.

Hacía un momento, las islas se perfilaban con nitidez detrás de ellos, como si las tuvieran casi al alcance de la mano, y de repente no eran más que unas siluetas borrosas que, a medida que la *Bir* avanzaba, se difuminaban en el aire. Escrutó el horizonte con los ojos. Era incapaz de decir si lo que veía era simplemente vapor de agua por encima del mar..., bruma, destellos en la calima, provocados por la luz que se reflejaba en la superficie del mar, que ese «día plateado» refulgía deslumbrante. Las Glénan se desvanecieron en la nada. Desaparecieron.

Dupin entró en el Amiral a las dos y cuarto. Cruzó el muelle largo de piedra en el que lo había dejado la *Bir* y al final del cual se encontraban los grandes aparcamientos, el pintoresco casco antiguo de la ciudad y, al otro lado de la calle, el restaurante.

Lily estaba detrás de la barra, cortando una tarta de manzana finísima con un cuchillo imponente. Los clientes del mediodía se disponían a comer el postre. Vio enseguida al comisario, llamó a uno de los camareros y le pasó el cuchillo.

Dupin observó con alivio que su sitio de siempre estaba libre. Era la mesa del fondo, a la izquierda, desde la que se veía todo: la gente que había en el restaurante y la gente que estaba fuera, en los aparcamientos, y sobre todo se veían los tres puertos. A la derecha, el nuevo puerto deportivo; a la izquierda, el de los pescadores locales, y, detrás el gran puerto marítimo. Y, entre los puertos, la antigua fortaleza, que hacía frente a todo desde hacía quinientos años y que jamás había conquistado nadie. En el muro que daba al Amiral había un gran reloj de sol. Debajo relucían las palabras: «El

tiempo huye como una sombra». Dupin pensó que a veces no, a veces se quedaba para siempre.

La fortaleza era inexpugnable, indestructible. Todo en ella transmitía que perduraría eternamente. Dupin se alegró de estar cerca, de tener un apoyo tan inquebrantable.

—¿Hecho? ¿Ha terminado?

Lily estaba a su lado.

—He terminado.

—¿Ha sido grave?

—Peor.

Lily le dirigió una mirada reconfortante, pero sin exagerar.

—He visto... delfines de verdad.

Dupin sonrió. Una frase absurda. Solo la había murmurado, pero sabía que Lily no le diría nada aunque la hubiera oído.

—¿Entrecot con patatas fritas? ¿Vino tinto? ¿Como siempre?

—Por supuesto. —Se acordó de otra cosa—. Antes de que se me olvide. Mañana tengo visita. Resérveme mesa para dos, hacia las ocho.

—Anotado.

El comisario Dupin se arrellanó en el asiento. «Como siempre». Esas eran las palabras que lo arreglaban todo. Ese día. Al final de ese día. De todo lo que había ocurrido. Así eran las cosas. Así eran de verdad las cosas.



JEAN-LUC BANNALEC es el seudónimo de Jörg Bong, que nace en 1966 en Bonn, en el casco antiguo de Bad Godesberg. Estudió literatura alemana, filosofía, historia y psicología en la Universidad Renana Friedrich Wilhelm de Bonn y la Universidad Johann Wolfgang Goethe de Fráncfort. Fue asistente de investigación para el profesor Dr. Volker Bohn y Silvia Bovenschen. Recibió su doctorado en Frankfurt en el concepto de la imaginación y las cuestiones estéticas de finales de la Ilustración y el Romanticismo temprano en la obra de Ludwig Tieck. Desde 1997, Jörg Bong trabaja para S. Fischer Verlag y vive en Frankfurt. Jörg Bong es también coeditor de la revista literaria Neue Rundschau